



ASOCIACION

DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

POETAS

ECOLÓGICOS

ALLEGORIAS

DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

PA3451

P6

R. C.

DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

LA EUROPEA
DESPACHO:
STA. CLARA. 15.
TALLERES 2ª CALLE ANCHASTA
MEXICO.

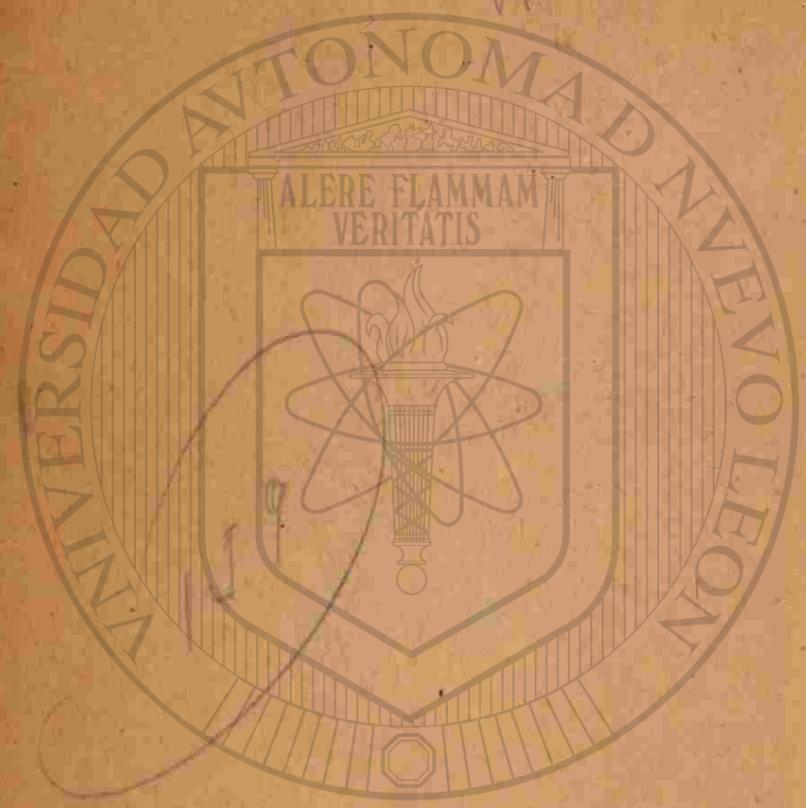


1080013708

LA
S
TALLE
No.

R. C.

JH



BUENAVISTA

BUCÓLICOS GRIEGOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

LA
ST
TALLER
No.



FONDO HISTORICO
RIGARDO COVARRUBIAS
157450

POETAS

BUCÓLICOS GRIEGOS

TRADUCIDOS EN VERSO CASTELLANO

POR

IPANDRO ACAICO

CON NOTAS

EXPLICATIVAS, CRÍTICAS Y FILOLÓGICAS.

EDICION

DE LA ACADEMIA MEXICANA, CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

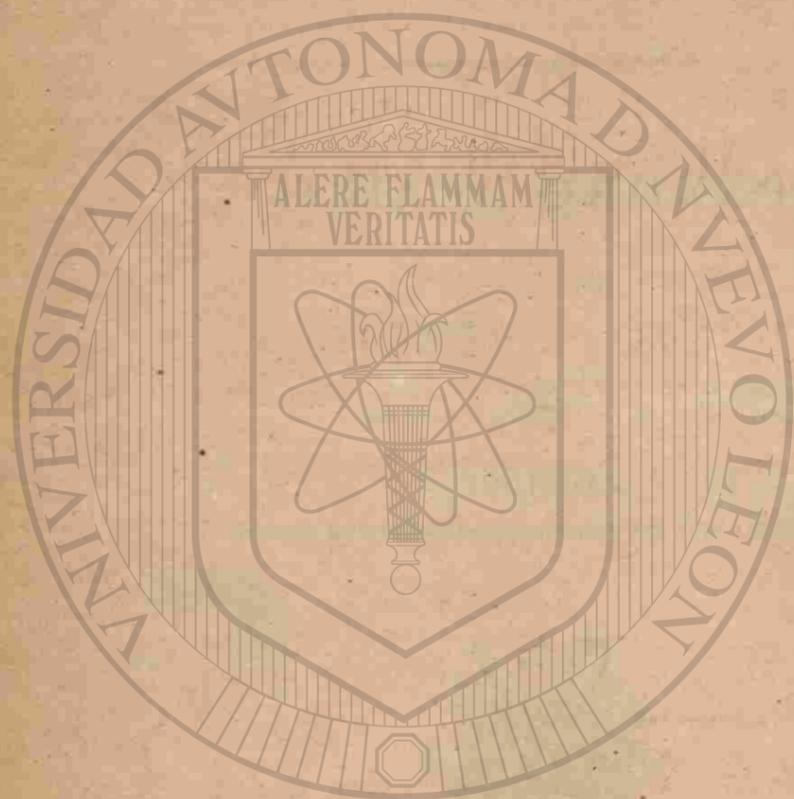
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1877



PA 3451

P6



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CARTA-PRÓLOGO

A

DON JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA,

INDIVIDUO

DE LA ACADEMIA MEXICANA, CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA.

Ἀείδων ἐρόμευε.

Cantando apacentaba su rebaño.

Mosco, Ib. III.

QUERIDO AMIGO:



HOY, que graves asuntos me han traído a México, aprovecho esta oportunidad para seguir el consejo de V. y dar yo mismo la última mano a mi edición castellana de los Bucólicos Griegos. Hace precisamente dos años que, enviando a V. mi manuscrito, impuse a su amistad la tarea bien ingrata de revisar mi traducción y darla a la prensa. Recuerdo que al recibirlo, me manifestó V. su ninguna afición a la Poesía Pastoril, y no disimuló la poca simpatía que le inspiraban varias producciones de los antiguos. Vi, por tanto, con gran satisfacción, las letras que un año después me dirigía, confesando que habiendo leído y releído mi versión, se había V. reconciliado con los antiguos Bucólicos, y ansiaba por que saliesen a luz revestidos del traje español con que acababa yo de cubrirlos.

Este mi primer triunfo, que no sin orgullo consigno, me sugiere la

v

CARTA-PRÓLOGO.

idea de dar á conocer en la portada misma de mi libro el noble fin que me propongo al publicarlo. Usted y los que me conocen comprenderán, en efecto, que cuando un hombre de mis años y ocupaciones, de mi estado y carácter, entrega al público mexicano un volúmen de versos, y de versos traducidos del griego, no es con el objeto de adquirir una gloria efímera, que sus cotidianas meditaciones le enseñan á despreciar, ni con la esperanza, en estos días quimérica, de lucrar con su venta, ni ménos movido de ese afán de *cantar por cantar*, que, frecuentísimo á los diez y ocho años, abandona á todo vate en la edad madura.

Veo con profunda pena el ardor con que la generalidad de nuestra juventud, áun la ilustrada y estudiosa, se lanza en pos de las novelas y producciones obscenas é impías que vomita á millones la prensa francesa, y hace de ellas, por decirlo así, su Evangelio. Leo con dolor las obras de tantos ingenios como florecen en nuestra patria, que serian inmortales si tuvieran por modelo á los poetas y oradores de la Grecia; pero que no pasarán de *flores de un día*, inspiradas como se hallan por los pigmeos corruptores de la literatura moderna. He observado con sentimiento la poca profundidad y duración de los estudios preparatorios á las grandes carreras científicas; defecto que produce amargos frutos en la vida social, y es causa de la mayor parte de nuestras desgracias. Arrancar de manos de la juventud los libros perniciosos; dar á nuestros ingenios buenos modelos que los hagan elevarse á la altura á que son acreedores; inspirar afición á los estudios serios, y de esa manera hacer que se reforme nuestra educacion en general; tal es el fin que me propongo al dar á luz esta version de los Poetas Bucólicos Griegos.

Cuando, sin las dificultades que presenta el original, ni la repugnancia que causan las traducciones literales en prosa, empiece á gustar la juventud las bellezas de Teócrito y demás Griegos; cuando vea que nada valen junto á ellas esas lucubraciones que hasta aquí ha juzgado obras maestras; cuando note que de ellos copiaron ó imitaron no solo los Italianos y Españoles, sino áun Virgilio y los Latinos, lo más bello que en sus poemas se admira; le entrará el hastío por las inmundas obras que hoy forman su delicia; le vendrá el deseo de conocer los originales y de aprender el idioma en que escribieron; se generalizará el gusto por los estudios serios. Quien en su edad temprana cultiva como es debido el sentimiento de lo bello; quien desde la escuela aprende á discernir

CARTA-PRÓLOGO.

lo bueno de lo malo, y á escoger lo mejor sin pararse en dificultades; quien áun antes de salir al mundo adquiriera un buen gusto literario, y se enseñe á sacar las perlas del fango, es probable, diré mejor, es seguro que en su vida religiosa, moral, social y política, no despreciará los dogmas por vanas teorías, no abandonará la justicia por los placeres, no correrá en pos de utopias, ni predicará principios disolventes.

Estas ideas, que someramente indico, sin tener tiempo de desenvolverlas, probarán á V., querido amigo, que al poner en verso castellano las *desgracias de Dafnis* ó las penas de la *Hechicera* de Teócrito, mi mente volaba mucho más alto que las montañas que sirvieron de tumba al enamorado pastor, y que la Luna á quien invocaba la desdeñada *Sime-ta*. Tengo la convicción de que hago una obra meritoria ante Dios y ante los hombres, con presentar á la juventud mexicana buenos modelos que formen su gusto, y la aficionen á lo serio, á lo sólido, á lo verdaderamente bello, primero en literatura, y despues en las ciencias y en la vida real. Lo que en una sociedad diversa de la nuestra se conseguiria quizá con discursos sagrados ó científicos; con obras serias bajo todos aspectos, é impregnadas, por decirlo así, de austeridad, creo que entre nosotros solo podrá obtenerse poco á poco, y propinándole (como dice el Tasso) mezclados con almíbar los alimentos y medicinas que su enfermiza infancia requiere.

Habiendo indicado á V. los motivos que me impulsan á dar á luz el presente volúmen, y que me harán quizás publicar otros del mismo género en lo sucesivo, paso á decir algo sobre la Poesía Pastoril. ¿Cuándo tuvo su origen? ¿Cuándo empezaron los habitantes del campo á componer en versos cadenciosos esos cantares que los Griegos llamaron *bucólicos*, ó como si dijéramos *propios de vaqueros*? ¿Fueron los pastores de Laconia en tiempo de la invasion de Xerxes, los autores de la Poesía Bucólica, ó bien los de Sicilia, cuando llegó á la isla Orétes con el simulacro de Diana? No es fácil decidir entre las diversas opiniones de los eruditos; pero yo casi me inclinaria á creer que su invencion se debe á los Árcades, como nos hacen conjeturar los nombres del Alfeo, el Eurótas, el Liceo, el Ménalo, y otros rios y montes situados en Arcadia, y que el lenguaje poético ha consagrado á la Poesía Pastoril.

Una cosa haré observar á V., amigo mio: ni Teócrito, ni Virgilio, cuando escribieron, aquel sus Idilios, éste sus Églogas, eran zagales ó agricultores. Habitaba el uno la corte de Tolomeo; el otro la de Au-

CARTA-PRÓLOGO.

gusto. Ni Tasso, ni Sannazaro, ni Pope cuidaban ganados, ni vivían en playas desiertas, al trazar el *Aminta*, ó las églogas piscatorias, ó las imitaciones maronianas. Garcilaso entonó con la espada al cinto *el dulce lamentar de dos pastores*, y Valbuena no empuñaba más báculo que el episcopal, al delinear, ó por lo ménos corregir su *Siglo de Oro*. Gesner, Melendez, y los demás autores de piezas bucólicas pasaron su vida en las ciudades, y encerrados en oficinas, ó celdas, ó aún talleres. De aquí infero que la Poesía Pastoril, aún suponiendo que no haya sido la primera inventada por los hombres, será la que más dure, sea cual fuere la sociedad en que se viva.

En efecto, si el que mora en el campo se ve tentado á copiar los paisajes que se le presentan delante de los ojos; más todavía agradan los árboles y los arroyuelos, las fuentes y los prados, al poeta de ardiente imaginación á quien sus desdichas condenan á vivir encerrado en cuatro paredes, siquier doradas y cubiertas de ricos tapices, siquier desnudas y ennegrecidas por la pobreza. Nunca suspiramos tanto por la sencillez de costumbres y felicidad tranquila de la edad de oro, como cuando, víctimas de las pasiones de los hombres, no vemos en derredor sino crímenes, engaños, traiciones; y ya que no podemos transformar el mundo, nos complacemos en forjarnos otro mundo ideal, sea leyendo las producciones de otros poetas, sea inventando nosotros mismos caracteres dulces é inocentes, de suaves pasiones y tiernos afectos, y pintando en nuestra mente los collados y verjeles, los manantiales y las grutas que en vano buscamos en torno nuestro. Otras veces, por el contrario, cuando una serie de circunstancias favorables nos proporciona la felicidad y la quietud campestre, gozamos al comparar con la realidad los cuadros de los buenos autores; al descubrir en cada zagala una Amarilis, en cada cabrero un Comatas, en otros pastores un Dáfnis ó un Menalcas. Así me explico, amigo mio, el que á pesar de la poca afición de V. á la Poesía Bucólica, haya sentido palpar su corazón de poeta con la lectura de Teócrito: aún sin ella estoy convencido de que habría llegado el día en que suspirando por las delicias campestres, y hastiado de la sociedad y de la corte, se trasladara en espíritu á las cabañas y á los bosques, y escribiera, como casi todos los vates, por lo ménos una égloga ó un idilio.

Y á propósito: ¿cuál es la opinión de V. acerca de estos dos nombres con que se designan los poemas pastoriles? Permítame transcribirle lo que á este propósito he encontrado en un libro italiano:

VIII

CARTA-PRÓLOGO.

“Bucólica viene de *βοῦς* y de *κόλον*, voces que significan apacentar bueyes. Las Bucólicas deberían referirse propiamente tan solo á boyeros; pero bucólicas se llaman las de Teócrito y Virgilio, donde no son únicamente pastores de bueyes los que se introducen ó describen. Es voz que comprende tanto la Égloga como el Idilio.

“Égloga (*ἐκ-λεγω*) significa en general una *seleccion* de composiciones de cualquier género. Esta fué su primera acepción. Despues se llamaron así las poesías breves que un autor publicaba; luego cierta especie de poesías que á algunos agradaba designar con tal nombre. Así Plinio en una de sus epístolas dice: *Sive epigrammata, sive edyllia, sive eclogas, seu, quod multi, poematia. . . . licebit voces; ego tantum endecasyllabos praeo*. Segun Julio César Escalígero (*Poet.*, lib. I, c. 4), Virgilio llamó idilios á sus composiciones; pero poco contento con su trabajo, dejó de publicar muchos, y escogió solo algunos, que por esta razon llamó *églogas*. El uso luego determinó su significado, tomando por norma las poesías pastorales del Príncipe de los Poetas Latinos.

“Idilio (de *εἶδος*, vista, imágen) es poco diferente de la égloga. En su origen, conforme á la etimología, solo sirvió para designar un poemita, una pequeña descripción ó pintura de cualquier género. Los Idilios de Teócrito, Bion y Mosco determinaron despues el sentido de esta voz. Los rasgos más bellos de las églogas de Virgilio pertenecen al género del idilio, y hay idilios de Teócrito que son verdaderas églogas.”

Las investigaciones de los críticos modernos, si bien nos han descubierto uno que otro fragmento de idilios perdidos, nada nuevo nos han procurado sobre la vida de los antiguos Bucólicos. De Teócrito sabemos que nació en Siracusa, y parece que sus padres se llamaron Praxágoras y Filina. El sobrenombre de Simiquida con que él mismo se designa, ha hecho á algunos creer que el nombre de su padre fuese Símico, y á otros que fuese un apodo, por ser chato ó *σιμῶς*; pero el retrato que conocemos de él, y que Gronovio trae en el libro 3º de sus antigüedades, nos lo representa adornado de una buena nariz, destruyendo así la segunda conjetura; y en cuanto á la primera, no observaron los que la adoptan que aquel es un nombre patronímico, heredado evidentemente de sus antepasados. Fueron sus maestros, como él mismo nos dice, Filetas de Cóos, y Asclepiades de Samos, y fué contemporáneo de Arato y de Calímaco. Pasó largo tiempo en Alejandría de

IX

CARTA-PRÓLOGO.

Egipto, en la corte de Tolomeo Filadelfo; y fué protegido también por Geron el menor, tirano de Siracusa. El Idilio dedicado á este último nos revela que la fortuna no le sonrió, y que si las Musas lo favorecieron, las riquezas se mantuvieron siempre léjos de su morada. Nada sabemos de cierto acerca de su muerte: la época de su nacimiento puede fijarse en la Olimpiada CXXV, ó sea hácia el año 279 ántes de la Era Cristiana y 470 de la fundacion de Roma.

Bion tuvo por patria á Esmirna, ciudad ilustre de la Jonia, y patria también del grande Homero. Fué, segun parece, contemporáneo de Teócrito y maestro de Mosco. ¿Dónde recibió éste sus lecciones del poeta Esmirnés; dónde floreció Bion; quiénes fueron sus padres; cuál su fortuna y categoría social? Nada sabemos, sino que murió víctima de ale-
voso veneno.

Su discípulo Mosco, fué Siracusano, y algunos han querido identificarlo con Teócrito; pero del *Canto Fúnebre de Bion* se deduce claramente que fueron distintos. ¡Es lástima, en verdad, que tan escasas noticias nos hayan llegado de los tres grandes Bucólicos! No es posible que gustemos, como es debido, las lucubraciones de un poeta, sin conocer á fondo su vida pública y privada, sus circunstancias, su historia, su carácter.

De Teócrito se han perdido los Himnos, Yambos y Elegías, y las *Esperanzas, las Pretidas* y las *Heroínas*. Nos quedan treinta idilios y algunos epigramas: últimamente se ha descubierto y publicado en Alemania un largo fragmento de otro idilio. De Bion y de Mosco se han salvado en todo quince idilios, un epigrama y nueve fragmentos.

Me veo ahora en la necesidad de decir á V. y al público, algo sobre la traduccion y el traductor: al mismo tiempo hablaré de las ediciones de los Bucólicos Griegos, y emitiré mi juicio acerca de éstos.

Desde muy temprano me ejercité en traducir en verso poetas antiguos y modernos. En el colegio de Inglaterra, en que pasé mi infancia, era costumbre en las aulas de Poética y Retórica señalarnos cierto número de líneas de Homero que nos tocaba traducir en hexámetros latinos: otras veces poníamos en verso inglés odas de Horacio ó trozos de Virgilio: otras se nos mandaba escribir composiciones originales; y yo, muy á menudo, con laudable fraude, prefería traducir algun fragmento de los poetas españoles ó franceses, entónces ya estudiados por mí y desconocidos á mis condiscípulos. En un viaje que hice á mi patria al ter-

CARTA-PRÓLOGO.

minar los estudios preparatorios, me acompañó un ejemplar de los "*Poeta Minores Græci*," y uno de mis primeros ensayos en versificación castellana fué la version del Idilio XXX de Teócrito, que, aunque imperfecta, he incluido en el presente volúmen. En 1868, dí á luz los Idilios de Bion; y como en el prefacio doy algunos pormenores, quizá no sin interés para el lector, me permitirá V. que lo trascriba:

"Hace nueve años que empecé por primera vez la traduccion poética de los Idilios que hoy presento al público. Poco satisfecho con mi trabajo, la refundí enteramente ocho meses despues, llegando á hacer de algunos trozos hasta tres versiones diferentes. Me preparaba ya á dar á luz el fruto de mis fatigas, cuando, cambiando de repente de modo de pensar, destruí mis manuscritos, y procuré borrar su contenido de mi memoria.

"No ocultaré, por cierto, el motivo de mi extraña resolucion. Los Idilios de Bion de Esmirna, aunque gentil, nada contienen que pueda llamar la atencion de los que están acostumbrados á las novelas de Dumas ó Fernandez y Gonzalez; sin embargo, hay uno que otro pasaje que no suena del todo bien á oídos delicados. Me veía yo, pues, en la necesidad, ó de ser infiel al original, ó de estampar palabras y frases que pudieran escandalizar á los lectores. Ni uno ni otro extremo quise adoptar, y abandoné la idea de publicar mi version castellana.

"Algunos años despues vino á mis manos la preciosa homilía de San Basilio, en que da varias saludables instrucciones para que la lectura de los autores profanos, en vez de ser nociva, nos sea útil y provechosa; y leí también á este propósito lo que sobre el mismo asunto escribieron San Gerónimo, San Francisco de Sales, y otros Padres y autores eclesiásticos. Aplican al asunto que nos ocupa el texto del Deuteronomio (XXI, 11, 12) en que manda el Señor á los Israelitas, que si entre los prisioneros de guerra se encuentra alguna hermosa cautiva á quien alguno del pueblo escogido quiera unirse en matrimonio, se le haga ántes cambiar su vestidura y tocado, haciendo caer los cabellos y las uñas bajo la tijera purificadora, siendo entónces permitido el enlace. Así dicen que hemos de hacer con los autores profanos: despojarlos de lo supérfluo y poco delicado, y aprovecharnos de lo demás para nuestra instruccion.

"Esto me hizo volver á pensar en la publicacion de mis Idilios traducidos, quitándome al par el escrúpulo de ocuparme en asuntos demasiado profanos, y el de ser algo infiel al original desechando los pocos, poquísimos pasajes, en que el pagano Bion falta algun tanto á la decencia y al decoro. Habiendo gozado últimamente de varios meses de ocio y de quietud, he podido entregarme en la soledad de estas montañas, á mis estudios favoritos, y he llamado á la memoria y consignado al papel mi antigua version. Está hecha sobre la edición griega de Londres de 1728, aunque en algunos puntos me aparto de la lectura comun. Consulté también en Roma, un hermosísimo ejemplar de la Biblioteca Casanatense, de que trascribí varios pasajes que me han servido mucho. He comparado asimismo mi version con la que en hexámetros latinos hizo el Conde Bernardo Zamagna, y con la italiana de Luigi Buchetti. Naturalmente, mi memoria no habia conservado todas y cada una de las palabras de mi primitiva version; algunos pasajes no me agradaron al retocarlos ahora de nuevo; muchos trozos, pues, y aun Idilios enteros, están completamente refundidos, siendo la *cuarta* traduccion de muchos de ellos la que ofrezco al público. No ha faltado, pues, diligencia, y los defectos de que adolece

CARTA-PRÓLOGO.

mi version no deben atribuirse más que á carencia de genio poético. Como no aspiro á adquirir gloria, tampoco temo la crítica, por severa y desfavorable que sea.

“Al dar á luz esta traduccion métrica de los Idilios de Bion de Esmirna, lo que me mueve es el deseo de promover en la juventud mexicana el estudio del incomparable idioma griego, é inspirar afición á su riquísima literatura. Algunos espíritus demasiado austeros juzgarán que mejor hubiera podido hacerlo con una traduccion ó un análisis de alguna homilía del Crisóstomo. Pero, sea dicho con perdon del Abate Gaume y de los admiradores de sus utopías, me atengo más á la experiencia de todos los siglos que nos han precedido, al ejemplo de personajes célebres por su piedad no ménos que por sus letras, y á las doctrinas contenidas en una carta reciente del Cardenal Vicario de Roma. Presentad á un jóven, no digo una homilía de un Santo Padre, sino una arenga de Demóstenes, y lejos de aficionarse á un estudio árido y difícil en los principios, arrojará gramáticas y diccionarios, y correrá en busca de una novela de Eugenio Sue. No así dándole desde luego la leche y suaves manjares que requiere la infancia: poco á poco se acostumbrará á más sólidos alimentos, y no le arredrarán despues las páginas de los Basilio y Gregorios. El mismo Crisóstomo se deleitaba en la lectura de los Cómicos Griegos, y á él debemos la conservacion de las pocas comedias que nos restan de Aristófanes. Aun el grande Apóstol San Pablo, no temió citar, entre los textos dictados por el Espíritu Santo, los versos de un poeta profano. Animado con tan flustres ejemplos, no he vacilado en dar á luz la version castellana de los Idilios de Bion; si el público la juzga favorablemente, emprenderé otros trabajos mayores; si su fallo es demasiado severo, romperé para siempre mi destemplada lira.—Valenciana, 20 de Junio de 1868.”

Usted sabe la buena acogida que tuvo mi publicacion, y recordará que un año despues hacia yo imprimir en el periódico literario “*El Renacimiento*,” el Idilio III de Mosco, precedido de la siguiente carta á los Sres. D. José Sebastian Segura y D. Ignacio M. Altamirano:

“La benévola acogida con que honrásteis mi version métrica de los Idilios de Bion de Esmirna me sugirió la idea, ó mejor dicho, me confirmó en el propósito, de traducir en verso castellano á los otros dos Bucólicos Griegos. Las multiplicadas ocupaciones y viajes casi continuos me han privado de la tranquilidad y reposo que se requieren para semejante empresa; así es que apenas he podido delinear los principales cuadros de Mosco de Siracusa, sin acabar más que uno solo, y aun éste no me ha sido posible retocarlo. Es el que hoy os ofrezco, y en el cual presenta el discípulo á su maestro espirando víctima del veneno y llorado por los dioses, por los hombres y por toda la naturaleza. El original es inimitable; mi copia no puede ménos que ser pobrísima. Sea como fuere, á vosotros la dedico, y por vuestro medio á la juventud estudiosa de México y á los amantes de la Literatura Griega.”

Estas líneas trazaba mi pluma en vísperas de un largo viaje á Europa, África y Asia. A mi vuelta á América ya me era imposible disfrutar de aquella quietud y aquel ocio, si no indispensables, al ménos muy provechosos para los trabajos literarios. Revestido de una dignidad que solo me traía sinsabores; condenado por mi árduo ministerio á una vida

CARTA-PRÓLOGO.

errante, agitada y de incesante ocupacion, me fué preciso hacer pedazos lira y zampoña; y el báculo, que á Valbuena no impidió sonar la épica trompa ni el caramillo pastoril, entregado á Ipandro Acaico en sus verdes años, cortó el vuelo á su Musa casi adolescente. Pasó mucho tiempo sin que soñara escribir ni un solo verso, y creía que desde 1870 habia sonado la hora de exclamar con el Vate Latino:

Nunc itaque et versus, et caetera ludicra pono.

Me engañé. Acontecimientos que V. conoce, me hicieron volver á pulsar la zampoña á principios de 1875, mas bien por distraccion y juguete, que con el intento deliberado de consagrarme otra vez á la poesía. Mis quehaceres y sinsabores, en vez de disminuir, se habian centuplicado; pero esto mismo hacia que las Musas me suministrasen doble consuelo en medio de las amarguras que me aquejaban. Las noches insomnes me parecian breves, cuando las llenaba traduciendo algun pasaje de Teócrito; y los ardores del sol tropical se templaban para mí, cuando al trote sobre mi no cansado caballo, ponía en versos castellanos el viaje marítimo de la ninfa Europa, ó describía en romance los umbrosos verjeles en que se celebraran las fiestas de Céres.

Estos pormenores tengo que consignarlos, para que disculpe el lector las faltas inevitables y los descuidos de una version hecha con el ánimo agitado y el cuerpo extenuado con el movimiento, las fatigas de viajes continuos por regiones casi desiertas, y la inedia y privaciones que acompañaban á tales jornadas. No tenia yo entonces mas texto que la pequeña edicion de Boissonade (Paris, 1823), y en vez de diccionario, que no podia llevar conmigo, me ayudaba tan solo la version poética italiana de Pagnini, que en la edicion diamante de Florencia, podia guardar en mi faltriquera.

En el espacio de seis meses habia terminado la version de Teócrito y Mosco, y recordará V. que en Octubre de 1875 la empezó V. á dar á la prensa. El viaje á Europa que me vi obligado á emprender á principios del año próximo pasado, me fué en extremo provechoso. Visité varias Bibliotecas, conocí y cotejé casi todas las ediciones y muchos manuscritos de los Bucólicos Griegos, y pude comparar mi version con la mayor parte de las inglesas, francesas é italianas en verso y en prosa. Sin contar las ediciones de Parma, Paris, Lóndres, Dublin y Oxford

CARTA-PRÓLOGO.

que adquirí y conservo, pude pasar los ojos por las de Aldo Manucio (1495), Giunta (1516), Caliergo (también 1516), Enrique Stéfano (1566), Heinsio (1604) y Reiske (1765), á más de otras que no es preciso enumerar, y examiné minuciosamente los preciosos manuscritos que encierra la Biblioteca Laurenciana de Florencia.

No especificaré las traducciones por mí consultadas; solo sí manifestaré á V. el placer que sentí al ver que en ningun punto esencial habia errado, y que, como version, puede la mia sostener el cotejo con cualquiera de las que se han hecho hasta el dia. Particular satisfaccion me causó el ver la traduccion *expurgada* de un docto clérigo anglicano, cuyo nombre cometí la indiscrecion de no apuntar. No parece sino que nos habiamos puesto de acuerdo sobre los puntos que debian omitirse, y sobre el modo de hacer las convenientes sustituciones de palabras y frases. Si en algo diferimos, es en que yo he sido más escrupuloso al expurgar que el ministro protestante; y esto me tranquiliza más y más al dar á luz las poesías de Teócrito, pues no creo que los oídos meridionales sean más delicados que los ingleses.

Teócrito, al pintar la vida campestre, copió lo que veía sin reticencia alguna; y al expresar las pasiones de los pastores, no se paró á considerar si eran ó no conformes al deber y á los instintos naturales; de igual manera que San Pedro Damiano no tuvo reparo en describir los idénticos desordenados afectos, que en su tiempo predominaban á despecho del cristianismo. ¿Y será esto una razon para que los condenemos, y mirémos con horror cuanto han escrito? Si el primero no profirió una palabra de reprobacion para esos tristísimos deslices, fué porque su religion no los prohibia, sino al contrario, los autorizaba con el ejemplo nada ménos que del Padre de los Dioses, y de casi todos sus héroes y divinidades. Lo que sí debemos hacer, es suprimir de las ediciones de sus obras (fuera de aquellas destinadas tan solo á los eruditos y en el idioma original) todos los pasajes que ofendan al pudor; y hechas las supresiones y cambios necesarios, aprovecharnos de sus bellezas, y darlas á conocer á la juventud estudiosa.

Por eso omití por completo los Idilios XII, XXVII y XXIX de Teócrito; y cuando por cortesía del erudito Bibliotecario de la Laurenciana, tuve en mis manos el nuevo Idilio recién descubierto, me abstuve de traducirlo, á pesar de lo lisonjero que me habria sido el ser el primero en incorporarlo á las demás obras. Por eso suprimí el principio del Idi-

CARTA-PRÓLOGO.

lio XIII, y en éste y en el XIV hice varias sustituciones. Por eso el lector erudito hallará, al cotejar mi version con el original, varias omisiones de palabras y frases; muchos conceptos atenuados, y otras laudables infidelidades. Era mi intencion enumerarlas todas; pero al fin me he abstenido de un trabajo que resultaria inútil, cansado y quizás indiscreto.

Por lo demás, he sido fiel en expresar los conceptos, los giros y las frases del original; y aún los epítetos peculiares del idioma griego los he vertido siempre al castellano. Esto no quiere decir que me haya apegado al texto con escrupulosa minuciosidad. Antes bien he parafraseado una que otra vez; y aunque procurando conservar siempre el perfume griego, he revestido mi traduccion (si así puedo expresarme), con el traje español. Traducir á Homero en verso suelto, me parece practicable aunque difícil; pero, por hacer alarde de una fidelidad inoportuna, poner en endecasílabos no rimados odas pindáricas ó canciones bucólicas, lo juzgo en extremo impropio y altamente reprobable. A uno que otro Idilio conviene esta clase de versificacion; pero ni Garcilaso ni Valbuena hicieron á sus pastores cantar en verso suelto, ni Herrera en las églogas ó elegías que imitó y casi tradujo de Teócrito y Bion, huyó de las dificultades de la rima. Quien lea la version de los Bucólicos de D. Josef Antonio Conde, no solo no se formará una idea justa del original, pero ni siquiera podrá saborear un instante alguna de sus innumerables bellezas; tanto más cuanto que sacrificó en muchos puntos, á una brevedad y una concision incompatibles, la claridad y la exactitud.

No todas las obras que nos quedan de Teócrito, Bion y Mosco son del género pastoril. Del primero solo pueden llamarse composiciones bucólicas los primeros nueve Idilios y el undécimo. Me he servido de la silva para el I y II, tanto más cuanto que los *intercalares* que en ambos ocurren á desiguales distancias, casi no me dejaban otra eleccion. En el III, IV y V pude servirme de tercetos; el VI y XI los traduje en octavas. Al hacer la version del magnífico Idilio descriptivo que hallamos bajo el número VII, quise tener más libertad, y á despecho del incontentable Hermosilla, usé del romance endecasílabo: con todo, al tratarse de las canciones, las puse en estrofas iguales y rimadas. En el Idilio VIII, aunque la narracion está en silva, trasladé á los versos *amébeos* ó alternativos, en cuanto lo permite la índole de nuestro idioma, toda la regularidad de los griegos y latinos, y la severidad de sus reglas.

CARTA-PRÓLOGO.

En el IX puse en sonetos, y en el X en pequeñas estrofas de cinco versos, las canciones de los interlocutores, hallándose el resto en tercetos. De la silva me volví á servir para los idilios XIII y XXIV, y de los tercetos para el XVII, XX y XXIII, siendo este último una verdadera elegía. El animado diálogo del XIV, me pareció que estaria bien en cuartetas de ocho sílabas, á estilo de nuestras comedias antiguas; y en versos de arte menor puse igualmente el XXVII. La acción rápida del XXVI y el fuego báquico que respira, me pareció exigir estrofas decasílabas, y el XXX, que es una verdadera anacreóntica, no me dejaba elección. Los Idilios XXII y XXV son más bien himnos, y aún parecen fragmentos épicos, y los habria puesto en octavas, si los diálogos que en ambos se encuentran me lo hubieran permitido. Restábame escoger entre el romance endecasílabo y el verso suelto; y desconfiando de mí mismo, preferí el primero, que exige ménos maestría que el segundo. Me atreví, sin embargo, á desembarazarme de la rima y del asonante en el Idilio XVI: á ello se presta el asunto tan serio y la gravedad que respira desde el principio hasta el fin; pero no sé si habré tenido buen éxito en este mi primer ensayo. No cansaré á V. con más pormenores: V. y el público juzgarán si he acertado en mi elección de metros, y solo añadiré que, con excepcion del romance endecasílabo, en todo lo demás he procurado seguir las huellas de nuestros buenos poetas del siglo XVI.

Si para traducir bien á un poeta, se requiere otro poeta, segun el bien conocido axioma, para expresar en un idioma moderno la graciosa sencillez, la riqueza de lenguaje y la magnificencia de descripción que caracterizan á Teócrito, seria preciso, no solo un poeta del calibre del modelo, sino una lengua tan flexible y tan rica como la griega. Difícil es encontrar reunidas todas estas circunstancias; y ni aún Virgilio ni Ovidio, á pesar de su genio y de la riqueza de la lengua latina, igualaron al Bucólico de Siracusa en los pasajes que imitaron ó tradujeron. Teócrito (dice el Italiano Vincenzo Gravina, *Della Ragion Poetica*, c. XXIII), Teócrito, que imitó las costumbres pastorales, fué felicísimo en su empresa; pues ni ofendió la simplicidad con su cultura, ni con representar los puntos más finos de las pasiones perdió el carácter de la rusticidad; y todos sus pensamientos y maneras parecen nacidas de la mente grosera de aquellos pastores. En las cosas y en las expresiones lo hallamos moderado por justas medidas, y templado por

CARTA-PRÓLOGO.

suavísima gracia, que resulta de la dulce combinación de las palabras y de la delicadeza que en todas partes conserva."

Mosco y Bion ofrecen dificultades algo menores al traductor moderno. Más refinados que Teócrito, más cuidadosos en la elección de palabras, sin la sencillez ni la negligencia que en aquel encontramos, pueden sus Idilios traducirse más literalmente, sin que resulte tal simplicidad ó falta de elegancia que desagrade á nuestros oídos.

Toda edicion de los poetas antiguos ha menester de notas; y cuando se trata, sea de jóvenes estudiantes, sea de personas no versadas profundamente en la Mitología, Historia Antigua y Arqueología, éstas se hacen de todo punto indispensables. En las que he puesto al fin de mi version he procurado ser breve al mismo tiempo que claro, y he evitado particularmente el distraer la atención del lector con multiplicados números y llamadas. La parte crítica y filológica es bastante reducida; me he extendido más en explicaciones históricas y mitológicas. La mayor parte son fruto de mis propios estudios en estas materias: algunas veces, cuando las necesidades del lector español me han parecido idénticas á las del lector italiano, y mi modo de pensar coincidía con el de Pagnini, me he aprovechado de las investigaciones, y casi de las palabras, del sabio Carmelita.

"En este tiempo de ampulosidad y de afectación, no están nunca de más los ejemplos de una poesía natural, sobria y elegante, como la de los Griegos. Tenemos conceptos más elevados y más justos que los antiguos; pero nos falta mucho en el estilo, y es bien sabido que el estilo es la vida de la poesía." De estas y otras observaciones semejantes se hacia preceder en Italia, no há mucho, la edicion de una gran parte de los Poetas Griegos, traducidos en verso Toscano. Me parecen muy acomodadas á nuestras circunstancias, y no puedo ménos que transcribirlas al lanzar al público mexicano y español mi version del Príncipe de los Bucólicos, y de sus dos gloriosos émulos. No sé qué crítico, al examinar las poesías pastoriles de Valbuena, manifiesta el deseo de que el Obispo de Puerto-Rico, en vez de imitar libremente, hubiese consagrado su gran talento á hacer una traducción completa de Teócrito, Bion y Mosco. Los deseos del censor acaban de realizarse, en el país en que trazó *la Grandeza Mexicana* aquel grande ingenio, y en que estudió por vez primera los soberbios modelos en que calcó su *Siglo de Oro*. Muy inferior al del Prelado-poeta es el númen del temerario apren-

CARTA-PRÓLOGO.

diz que ósa en cierto modo emularlo; pero confío en que mi tentativa no será mal recibida por el público, y que incitará á otros á emprender trabajos más acabados del mismo género.

Doy á V. las gracias, amigo mio, por el ímprobo trabajo de revisar mis versos y corregir la impresion, que tuvo V. á bien tomarse; y las doy igualmente á nuestro co-académico D. José Sebastian Segura, que condescendió en asociarse á V. en la molestísima tarea. Acepte V., en prenda de mi gratitud y estimacion, la dedicatoria del primer Idilio, en mi concepto y en el de V. uno de los más bellos que escribió el Príncipe de los Bucólicos. A mi buen amigo Segura, en reconocimiento de sus trabajos y benevolencia, consagro la que con justicia se ha denominado *Reina de las Églogas*. A otras personas á quienes estoy ligado con los vínculos del parentesco, de la gratitud ó de la amistad, ó que me han estimulado en mis trabajos literarios, he dedicado igualmente otras versiones, y confío no desdeñarán esta manifestacion de mis particulares y desinteresados sentimientos.

En el mundo literario deseo ser conocido únicamente con el nombre de IPANDRO ACAICO, y ruego á V. y á todos mis amigos que no me arranquen el ténue velo del seudónimo que me asignó la *Arcadia* de Roma. Creo poderlo exigir áun de mis enemigos. Ellos, mejor que yo, saben que es grande agravio en el carnaval y prueba de salvaje descortesía, el llamar por su nombre ó descubrir al que lleva careta, por más que éste sea conocido y se le trasluzca el rostro bajo su antifaz. Los críticos más mordaces de la civilizada Europa han respetado siempre el seudónimo, y creo no es demasiado pedir lo mismo en la República de México.

La correccion y belleza de la presente edicion demuestran el buen gusto de nuestro tipógrafo, y el empeño que ha tomado en colocar su establecimiento á la altura de los mejores. Uno que otro descuido venial del cajista ó de mí mismo, lo hallará el público salvado en la *Fe de erratas*, que ruego al lector no deje de ver.

Réstame manifestar mi gratitud á nuestros colegas de la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española, por la deferencia, para mí tan honrosa, de hacer suya mi pobre version, publicándola bajo su nombre. Los temores que, áun á última hora me asaltaban, se han desvanecido por completo, al verme escudado por una corporacion que cuenta en su seno varones tan ilustres como Arango y Escandon,

CARTA-PRÓLOGO.

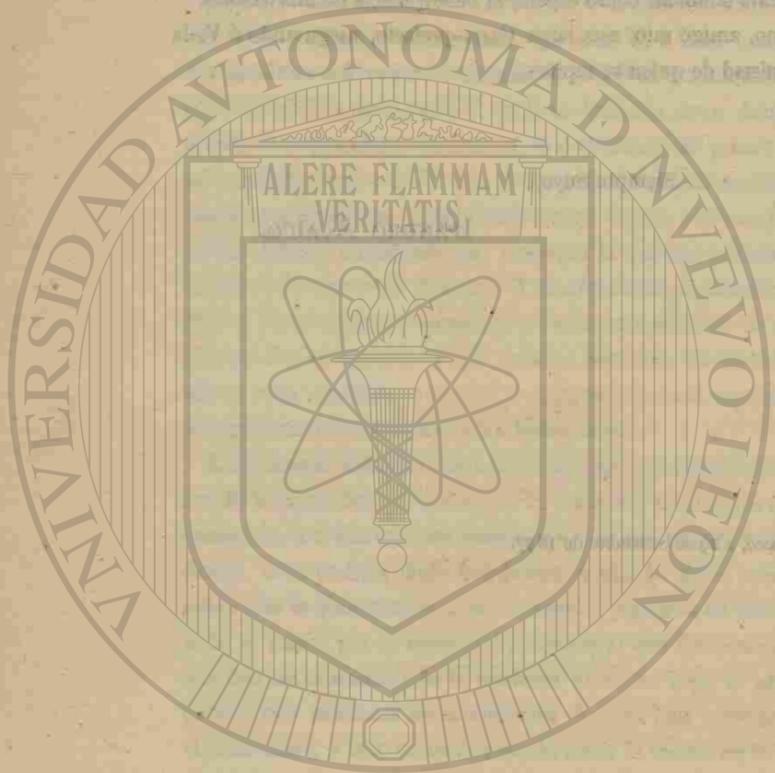
Bassoco, Collado, García Icazbalceta, Peña, y otros que V. y el público conocen y estiman. Esto me asegura el amparo de la insigne Academia de Madrid, á que estamos ligados con vínculos tan estrechos, y me granjeará tambien, como espero, la benevolencia de mis lectores.

Termino, amigo mio, esta larga Carta-prefacio, asegurando á V. la eterna amistad de quien se repite

Siempre Suyo,

IPANDRO ACAICO.

México, á 29 de Setiembre de 1877.



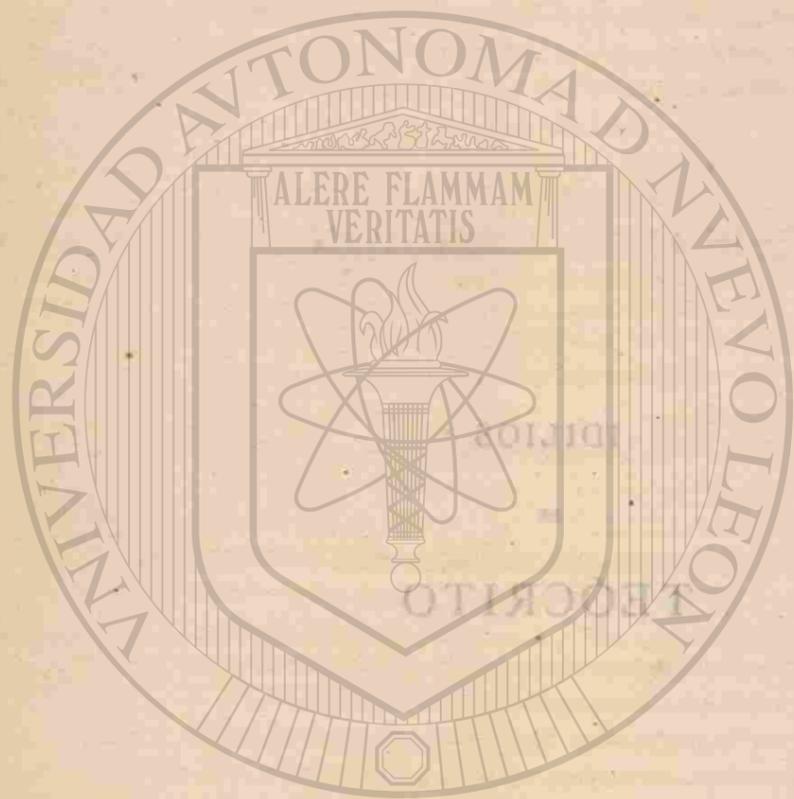
IDILIOS
DE
TEÓCRITO

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





IDILIO I.

TÍRSIS O LA CANCIÓN.

DEDICADO POR EL TRADUCTOR

A DON JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.

ARGUMENTO.

EN este Idilio, de forma dramática, se introducen dos pastores, TÍRSIS, y un CABRERO, cuyo nombre no se especifica; la persona del poeta no aparece. En el trascurso del diálogo TÍRSIS narra en una canción la desgraciada muerte de Dafnis, y al terminar recibe en premio una cabra y un precioso vaso pastoril. La escena pasa en Sicilia. Virgilio, en la Eglóga décima principalmente, y el Obispo Valbuena en la primera, han imitado varios pasajes de esta composición.

TÍRSIS, CABRERO.

TÍRSIS.

¡Cuán dulce es el susurro de este pino!
Que junto al claro manantial resuena!
¡Cuán dulce de tu avena
Es, oh Cabrero, el modulado trino!

IDILIO I.

Después de Pan divino²
Tendrás el mayor premio. Si un carnero
Acepta vuestro Dios, será tu prenda
Una fecunda cabra; y si en ofrenda
El recibe una cabra, entónces quiero
Donarte una cabrita:
Que su carne, primero
Que la hayan ordeñado, es exquisita.

CABRERO.

Es, ¡oh Pastor! tu cántico mas blando
Que las sonoras línfas
Que de alta peña bajan murmurando.
Si las Piérias Ninfas³
En regalo una oveja recibieren,
Te ofreceré sencillo
Nevado corderillo
Que el seno de la madre aún no deja:
Si el cordero prefieren,
En recompensa aceptarás la oveja.

TIRSIS.

¿No quieres (por las Ninfas te lo pido)
No quieres ¡oh Cabrero!
En la falda sentarte de este otero
Entre los tamarices; y al sonido
De tu zampona principiar un canto?
Yo tus cabritas paceré entretanto.

IDILIO I.

CABRERO.

No puedo, no, Pastor. No es permitido
A nosotros tañer á medio día
La flauta; porque Pan hacía la siesta
A reposar se acuesta
Cansado de su larga cacería.
Su cólera tememos; que es terrible
Cuando la ira lo embarga,
Y tiene en la nariz bilis amarga.
Mas tú (que el fin sensible
¡Oh Tírsis! y el amor infortunado
De Dafnis⁴ bien conoces, y has llegado
De los metros bucólicos al colmo)
Acércate gentil; bajo aquel olmo
Siéntate complaciente,
Y canta de las Náyades⁵ divinas
Y de Priapo⁶ enfrente:
Allí un rústico banco, allí hay encinas.
Y si tan suavemente modulares
Como aquella ocasion, que al Africano
Crómis audaz vencieron tus cantares,
Tres veces ordeñar podrá tu mano
Una cabra que tengo con dos hijas,
Y que aunque dos cabritas amamanta,
Le sobra leche tanta
Que llena cada día dos vasijas.
Tambien un vaso nuevo quiero darte
De reluciente cera barnizado;

IDILIO I.

Profundo, de asa doble, con mucha arte
 Há poco cincelado,
 Tanto, que aun le dura
 El olór de la fresca entalladura.
 Hiedra de parte á parte
 Circunda el labio, hiedra entrelazada
 Con la preciosa flor de maravilla;
 Y una parra, de púrpura esmaltada,
 Serpea mas abajo por la orilla.
 Adentro una mujer, divina hechura,
 Esculpida se mira; en torno al cuello
 Graciosa red encierra su cabello;
 Flotan al aire manto y vestidura.
 A diestra y á siniestra
 Hay dos elegantísimos varones
 Disputando con ásperas razones.
 Indiferencia muestra
 Ella, y ya al uno sonriendo mira,
 Ya vuelta al otro plácida suspira;
 Y en vano de los jóvenes los ojos
 Brillan de amor, de celos y de enojos.

Bien esculpida cerca se divisa
 Una escarpada roca:
 Sobre ella un viejo pescador coloca
 Su red á toda prisa,
 Y en actitud parece
 De lanzarla á la mar: la efigie ofrece
 Gran perfeccion; y de su cuerpo todo
 Dirías que los músculos emplea

IDILIO I.

Para pescar; se le hinchan de tal modo
 Las venas del pescuezo, aunque ya sea
 De rostro ajado y cano.
 ¡Vigor de juventud tiene el anciano!
 Del viejo pescador no á gran distancia
 Una viña se observa (¡rico entalle!)
 De racimos cargada en abundancia,
 Tras de las espinosas
 Cercas la guarda un niño: dos raposas
 Giran en torno; va de calle en calle
 Comiendo uva madura
 La una. Junto á la cesta
 Acecha la otra y á robar se apresta,
 Y no apartarse jura
 Sin haber hecho el postrimer esfuerzo
 Para dejar al niño sin almuerzo.
 En tanto el mozalvete cabizbajo
 De espigas y de juncos entreteje
 Vistosa trampa de cojer cigarras,⁷
 Y atento á su trabajo,
 No le importa la cesta ni las parras
 Ni que la zorra sin comer lo deje.

El vaso en fin circunda
 ¡Eólico portentoso!
 De suave acanto artística corona.
 El corazon se inunda
 Al verlo de estupor y de contento.
 Lo trajo en un bajel de Calidona⁸
 Un marinero; y dile en recompensa

IDILIO I.

A más de un bello queso (enorme disco
De blanca leche densa)
La cabra más hermosa de mi aprisco.
El rico vaso aun no tocó mi labio:
Intacto lo conservo
Sin el menor resabio,
Y para tí gustoso lo reservo
Si repetirme quieres
El himno melodioso que te pido.
Canta, amigo querido,
Que no te envidio. ¿O á Pluton prefieres
Reservarlo en el reino del olvido?

TIRSIS.

¡Musas del alma mía!
Empezad una agreste melodía.

*A Tirsis el del Etna veis delante
Y esta de Tirsis es la voz sonante.*

¡Oh Ninfas! ¿Qué collado,
Qué bosque ó verde prado,
Qué valle os escondía,
Cuando el pastor mas lindo
Cuando Dafnis de amor triste moria?
¿En el risueño Pindo
Morabais por acaso
O en las amenas selvas del Parnaso?
¡Ah! No la gran corriente

IDILIO I.

De Anapo os albergaba
Ni de Acis el torrente;
Ni vuestra planta erraba
Del Mongibelo entre la ardiente lava.

¡Musas del alma mía!
Empezad una agreste melodía.

Los lobos y los linceos doloridos
Con lúgubres aullidos
Vinieron á llorar á Dafnis muerto:
Y aun el leon furioso
Que habita el bosque umbroso
Uniria sus lágrimas de cierto.

¡Musas del alma mía!
Empezad una agreste melodía.

¡Cuántas vacas y cuántas
Ternéras á sus plantas
Vinieron á verter amargo lloro!
No hubo becerro ó toro
Que á su dolor extraño
Permaneciera mudo en el rebaño.

¡Musas del alma mía!
Empezad una agreste melodía.

Mercurio fué el primero
Que del monte bajó. Con lastimero
Acento, "Dafnis (dijo),

IDILIO I.

¡Oh Dafnis, mi buen hijo!
¿Quién así te desgarrá carníceró?
Díme: ¿quién es la dama
Cuyo funesto amor así te inflama?"

¡Musas del alma mía!
Empezad una agreste melodía.

Vinieron los vaqueros,
Vinieron los pastores y cabreros
Pidiendo todos de su mal noticias.
Vino Priapo y dijo: "¡Dafnis triste!
¿Por qué así te consumes? La doncella
Que fuera tus delicias,
Por las fuentes y selvas que con ella
Un tiempo recorriste
Con pié veloz siguiendo va tu huella.

¡Musas del alma mía!
Empezad una agreste melodía.)

"¡Enamorado ciego!

¡Cuál te devora incomprensible fuego!

Por zagal en amores moderado
Antes eras tenido.

¿Cómo es que en amador desenfrenado
De súbito te miro convertido?"

¡Ay! ¿Quién tu corazón ha corrompido?"¹⁰

¡Musas del alma mía!
Empezad una agreste melodía.)

IDILIO I.

"Si una zagala miras
Luego de amor suspiras,
Y si en festiva danza
Se reúnen las vírgenes de tarde
Tu pecho férvido arde
De acudir á bailar con la esperanza;
Y porque no se cumple tu deseo,
¡Pobre de tí! languidecer te veo."
No dió el zagal respuesta;
Mas su pasión funesta
Continuó fomentando
Y de su vida el fin acelerando.

¡Musas del alma mía!
Empezad una agreste melodía.

Acudió la postrera
Sonriendo la Diosa de Citera.
[En su alma sonreía
Y aparentaba fuera
Grave dolor y llanto de agonía]
Y dijo. "¡Triste Dafnis! Te gloriabas
De triunfar del flechador Cupido.

¿Cómo de Amor vencido
Hoy en el polvo tú la frente clavas?"

¡Musas del alma mía!
Empezad una agreste melodía.

Dafnis le replicó: "¡Vénus tirana,
Vénus odiosa, Vénus inhumana!"

IDILIO I.

¿Conque anunciarme quiere
 Tu voz que ya se puso
 Para Dafnis el Sol? Bien; no rehusó
 Cumplir con mi destino. Dafnis muere
 Pero hasta en el Infierno
 Dafnis será de Amor tormento eterno.

(¡Musas del alma mía!
 Empezad una agreste melodía.)

“Márchate al monte de Ida, donde es fama
 Que á Vénus el pastor. . . A Anquíses llama:
 Hay encinas allí grandes y añejas;
 Aquí tan solo pobres matorrales,
 Y suaves las abejas
 Susurran en redor de los panales.

(¡Musas del alma mía!
 Empezad una agreste melodía.)

“¿Qué! ¿Ya no te enamora
 De Adónis la belleza?
 Allí su grey apacentando mora;

Corre por la maleza
 Las liebres persiguiendo
 Y lazos á las fieras va tendiendo.

(¡Musas del alma mía!
 Empezad una agreste melodía.)

“Preséntate, si puedes
 Otra vez á luchar con Diomedes.¹²

IDILIO I.

Y díle: *El brazo mío*
Venció por fin á Dafnis el mancebo
Que ovejas custodiaba; ven de nuevo
Conmigo á combatir: te desafío.

(¡Musas del alma mía!
 Empezad una agreste melodía.)

“¡Lobos, lince, adios! ¡Oh de la selva
 Habitadores, Osos! El postrero
 Adios os dice Dafnis el vaquero.
 Que con vosotros vuelva
 Entre los bosques á habitar sombríos
 El hado inexorable me rehusa.

¡Adios, fuente Aretusa!¹³
 ¡Adios, vosotros, caudalosos ríos,
 Que de Tímbride¹⁴ bello al seno blando
 Llevais vuestra corriente murmurando!

(¡Musas del alma mía!
 Empezad una agreste melodía.)

“Aquel Dafnis soy yo que sus terneras
 Aquí pacer solía.
 El Dafnis que traía
 Sus vacas á beber á estas riberas.

(¡Musas del alma mía!
 Empezad una agreste melodía.)

“¡Oh Pan, oh Pan! Ya habites este instante
 La cumbre del Liceo,¹⁵ ya el gigante

IDILIO I.

Ménalo monte recorriendo vayas,
Ven de Sicilia á las remotas playas.
Deja de Hélice el cabo: el monumento
Deja de Licaónides grandioso;
Sepulcro glorioso
Para los mismos Númenes portento.

(¡Musas del alma mia!

Ya terminad la agreste melodía.)

“Ven ¡oh Rey y Señor! Tomar se digne”¹⁶
Tu mano bondadosa
Esta zampona armónica y vistosa
De cera sin igual trabajo insigne.
Ya no es al canto nueva,
Mis labios bien conoce:
Tómala ¡oh Pan! yo siento que veloce
Al Reino de Pluton Amor me lleva.

(¡Musas del alma mia!

Ya terminad la agreste melodía.)

“De las espinas nardos

Y de las zarzas violas;

De los punzantes cardos

Nazcan las amapolas:

Del enebro coposo

El narciso germine primoroso.

Todo se trueque el mundo en el momento

Que exhale Dafnis el postrer aliento:

Peras produzca el pino,

IDILIO I.

Coja al lebrél el ciervo;
Del ruiseñor el trino
Supere el buho y el graznante cuervo.”

(¡Musas del alma mia!

Ya terminad la agreste melodía.

Ya más decir no pudo

El zagal, de la muerte al golpe rudo.

Depuesta su fiereza

Llegó Ciprina con amante mano

A sostener su lánguida cabeza.

Mas ¡ay! socorro vano,

Esfuerzo bien tardío.

Estambre no restábale á la Parca:¹⁷

Voló á la negra barca

Y cruzó Dafnis el funesto rio.

Sus ondas bramadoras

Por siempre arrebataron al mancebo

Grato á las Hijas del amable Febo,

De Pindo habitadoras,

Y á las ninfas tampoco indiferente

Que moran en cada árbol, rio y fuente.

(¡Musas del alma mia!

Ya terminad la agreste melodía.

Amigo, ve cumplida mi palabra.

Dame á ordeñar la cabra,

Y entrégame mi vaso

Para brindar con néctar delicioso

IDILIO I.

Por las sagradas Ninfas del Parnaso.
¡Adios, oh Musas bellas!
Un cantar os reservo más sabroso
Para otra vez, si place á las estrellas.

CABRERO.

¡Ojalá que tu boca regalada
Bañar en miel pudiera refinada!
¡Ojalá que á tus labios de corales
Llevar me fuera dado cien panales!
Que venga tu apetito
A saciar mereces
Siempre aquel higo de Egilo¹⁸ exquisito.
¡Cantas mejor que el rui señor¹⁹ mil veces!
Tu vaso, amigo, toma.
Mira cuán bello; vé qué suave aroma
Exhala perfumado:
Parece que lavado
Fué de las Horas²⁰ en la dulce fuente.
Acércate, Ciseta²¹ encantadora.—
Ordéñala tú ahora
¡Oh Tírsis! suavemente.—
Vosotras, paced juntas entretanto,
Cabritas; no os infunda el lobo espanto.



IDILIO II.

LA HECHICERA.

ARGUMENTO.



IMETA, abandonada por su esposo DELFIS, procura atraerlo con filtros amorosos, hechizos y canciones mágicas, ayudada de su criada TESTILIS, é invocando á la Luna y á Hécate. Ella habla en todo el Idilio dirigiéndose unas veces á la doncella y otras á estas divinidades; y se supone que va acompañando sus palabras con acciones simbólicas.

La segunda parte de la Egioga octava de VIRGILIO es una imitación del presente poema.

¿Dó mis lauros están? ¿Dónde reservas
Mis filtros y mis yerbas?
Tráelos aquí, Testílis; de cordero
Con purpurina¹ lana el cáliz ata:
Con mágicos hechizos ligar quiero
Al vil esposo cuyo amor me mata.
Ya doce largos dias ha durado
La ausencia del esquivo:
No le importa al cruel si muero ó vivo
Ni á mi puerta ¡ingratísimo! ha llamado.

IDILIO I.

Por las sagradas Ninfas del Parnaso.
¡Adios, oh Musas bellas!
Un cantar os reservo más sabroso
Para otra vez, si place á las estrellas.

CABRERO.

¡Ojalá que tu boca regalada
Bañar en miel pudiera refinada!
¡Ojalá que á tus labios de corales
Llevar me fuera dado cien panales!
Que venga tu apetito
A saciar mereces
Siempre aquel higo de Egilo¹⁸ exquisito.
¡Cantas mejor que el rui señor¹⁹ mil veces!
Tu vaso, amigo, toma.
Mira cuán bello; vé qué suave aroma
Exhala perfumado:
Parece que lavado
Fué de las Horas²⁰ en la dulce fuente.
Acércate, Ciseta²¹ encantadora.—
Ordéñala tú ahora
¡Oh Tírsis! suavemente.—
Vosotras, paced juntas entretanto,
Cabritas; no os infunda el lobo espanto.



IDILIO II.

LA HECHICERA.

ARGUMENTO.



IMETA, abandonada por su esposo DELFIS, procura atraerlo con filtros amorosos, hechizos y canciones mágicas, ayudada de su criada TESTILIS, é invocando á la Luna y á Hécate. Ella habla en todo el Idilio dirigiéndose unas veces á la doncella y otras á estas divinidades; y se supone que va acompañando sus palabras con acciones simbólicas.

La segunda parte de la Egioga octava de VIRGILIO es una imitación del presente poema.

¿Dó mis lauros están? ¿Dónde reservas
Mis filtros y mis yerbas?
Tráelos aquí, Testílis; de cordero
Con purpurina¹ lana el cáliz ata:
Con mágicos hechizos ligar quiero
Al vil esposo cuyo amor me mata.
Ya doce largos dias ha durado
La ausencia del esquivo:
No le importa al cruel si muero ó vivo
Ni á mi puerta ¡ingratísimo! ha llamado.

IDILIO II.

Amor, voluble Númen, y Citéres
De cierto lo han llevado á otros placeres.

A la palestra iré de Timageto²

Mañana mismo, y público reproche

Dirigiré al infiel; por esta noche

Con mis hechizos lo tendré sujeto.

¡Oh Luna!³ tú entretanto

Cual nunca brilla hermosa;

A tí quiero mi canto

Dirigir en voz baja, ¡oh casta Diosa!

Y á Hécate pavorosa

Que só la tierra habita,

Y cuando entre la sangre y los sepulcros

Gira, terror excita

En los mastines y cachorros pulcros.⁴

¡Salve, Hécate tremenda! Aquí te queda

Hasta el fin de mi hechizo; y haz que pueda

Mi ponzoña tener virtud no menos

Grande, que de Medea⁵ los venenos

O de Circe ó la blonda Perimeda.

Haz retornar al pérfido, pezpita,⁶
Que mis amores y mi casa evita.

En el hogar caliente

Ya se te quema, ¡oh mísera! la harina,

Espárcela, Testilis, ¿dó tu mente

Ha volado? ¡Asesina!

¿Pretendes tú también darme sonrojo?

IDILIO II.

Ea, espárcela al viento

Y clama, de esparcirla en el momento:

“Yo los huesos de Delfis así arrojé.”

Haz retornar al pérfido, pezpita,

Que mis amores y mi casa evita.

Delfis me martiriza:

En Delfis este lauro hago ceniza.

Cruje el lauro al arder, y en el instante

Vívida llama se alza chispeante,

Y se consume todo

Sin dejar ni pavesas en el fuego.

La carne del traidor del mismo modo

A las llamas entrego.

Haz retornar al pérfido, pezpita,

Que mis amores y mi casa evita.

Así como esta cera

Con el favor divino yo derrito,

Así Delfis el Mindio prontamente

A mi voz obediente

Derrítase de amor; y á la manera

Que esta rueda de bronce en torno agito,

De Vénus con la ayuda

Girando Delfis á mi puerta acuda.

Haz retornar al pérfido, pezpita,

Que mis amores y mi casa evita.

IDILIO II.

Voy á hacer de salvado el sacrificio
¡Diana! Sea propicio
Tu númen sacrosanto.

Tú puedes en el fondo del Averno
Mover al inflexible Radamanto?⁷
Y cuanto haya de fuerte en el Infierno.

Ya se oye de los perros el ladrido
En la ciudad: los trivios⁸ ha venido
A recorrer Diana.
Suena, Testiflis, suena la campana.

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

¡Mirad! El Ponto calla
Y se adormece el viento;
Pero en mi pecho estalla
Con mas furor mi amargo sentimiento.

No cede ni un momento
El fuego que me inflama
Por el esposo mio.

Robóme mi albedrío
Y hoy en mi seno el deshonor derrama.

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

Tres veces ¡santa Diosa! el vaso apuro
Y tres veces pronuncio este conjuro:

“Quienquier que sea la mujer dichosa

IDILIO II.

Que me usurpa mi amor, el fementido
En tan profundo olvido
La deje cual Teseo á Ariadna hermosa.⁹

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

Hay en Arcadia venenosa planta;
Hipómanes la llaman los donceles,
Y tiene fuerza tanta
Que hace bajar del monte á los corceles.

¡Ah! La virtud oculta de su tallo
Haga que la palestra resbalosa
Abandone mi indómito caballo
Y torne Delfis á su amante esposa.

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

La fimbria de su blanca vestidura¹⁰
Dejó perdida Delfis: en girones
La arrojo á arder en medio á los tizones.

¡Ay de mí sin ventura!
¡Desapiadado Amor! ¿Por qué adherido

A mi cuerpo infeliz, cual chupadora
Palustre sanguijuela, no has bebido
Mi sangre hora tras hora?

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

Con esta machacada lagartija
Una pocion de muerte

IDILIO II.

Mañana voy á hacerte.
 Y tú, Testlís, hija,
 Toma por el momento
 Los venenos letales que he mezclado,
 Y vé á ungir el umbral de su aposento,
 Ese umbral á que tengo todavía

Mi corazón atado,
 (Mas no importa al infiel si me acongojo)

Y escupiéndolo¹¹ dí, Testlís mía:

"Yo los huesos de Delfis así arrojo."

Haz retornar al péfido, pezpita,
 Que mis amores y mi casa evita.

Ahora que solitaria y sin consuelo
 Voy á dar rienda suelta á mi quebranto,
 ¿Por dónde empezaré la triste historia
 De mi funesto amor? ¿Por dó mi duelo?
 ¿Quién fué la causa de mi amargo llanto?

La cestilla expiatoria¹²

Al bosque de Diana

Llevaba una mañana

Anaxo, hija de Eubulo; y en hileras

Conducian al templo muchas fieras,

Y una leona, entre ellas, Africana.

¡Oh veneranda Luna!
 Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Teucarila de Tracia,
 Mi difunta nodriza, que á otra puerta
 De mi casa habitaba, salió luego

IDILIO II.

Y me invitó con replicado ruego
 A ver la procesion. Por mi desgracia
 ¡Ay! acepté la oferta
 Y al cortejo me uní, de blanco lino
 Vestida, y con el manto purpurino
 De Clearista la gentil cubierta.

¡Oh veneranda Luna!

Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Llegaba á la mitad de la carrera
 La pompa, de Licon frente al palacio,
 Cuando del brazo unidos, por la acera
 Caminando despacio,
 Dos jóvenes miré de hermoso tipo.
 ¡Era Delfis, era él, con Eudamipo!
 El bozo despuntaba en su mejilla
 Más blondo que la flor de maravilla:
 Uno y otro tornaba
 De la palestra ardiente,
 Y con el óleo y el sudor brillaba
 Su pecho más luciente

¡Oh Luna! que tu disco refulgente.

¡Oh veneranda Luna!

Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Ver á Delfis y súbita locura
 El corazón turbarme fué todo uno.
 ¡Ay! Se ofuscó al instante mi hermosura
 Y ya no ví espectáculo ninguno,

IDILIO II.

Ni sé como la vía
 Pude encontrar á la morada mia.
 Al borde de temprana sepultura
 Fiebre voraz me puso: en triste cama
 Postrada con mortífero desmayo,
 Diez veces me alumbró del Sol la flama
 Y diez, ¡oh Luna! me alivió tu rayo.

¡Oh veneranda Luna!
 Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Se puso amarillenta como cera
 Mi faz, ántes hermosa; y cada día
 A marañas caía
 Mi sedosa y flotante cabellera.
 Mi esbelto cuerpo no era
 Sino huesos y piel. ¿A qué ventana
 No llamé ó á qué puerta? ¿De qué anciana
 En la magia perita,
 No pedí yo el auxilio? ¡Empresa vana!
 A mi pena inaudita
 No traía consuelo algun encanto.
 Volaba el tiempo inútil entretanto.

¡Oh veneranda Luna!
 Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

A decir la verdad de mi tormento
 Me resolví, por fin, á mi doncella,
 Y con amargo acento:
 Hállame por piedad, Testilís bella,

IDILIO II.

(Le dije) á mi dolor medicamento.
 Aquel mancebo lindo
 Que conoces, de Mindo¹³
 Me tiene toda de su amor llagada.
 Vé: con mirada diestra
 De Timageto observa la palestra,
 Que allí á mi bien agrada
 Ir á quedarse larga temporada.

¡Oh veneranda Luna!
 Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Y apénas puedas verlo sin testigo
 Acércate sin miedo
 Y dile quedo, quedo:
 "Simeta quiere conversar contigo,"
 Y hasta la estancia mia
 Sirvele tú de guía.
 Partió la sierva fiel á mi mandato,
 Y la ví retornar, ¡oh inmenso gozo!
 Con el gallardo mozo,
 Con mi Delfis sin par á poco rato.
 Mas ¡ay! apénas miro
 Que el dintel de la puerta él atraviesa,
 Me quedo sin respiro,¹⁴

(¡Oh veneranda Luna!
 Sabe dónde mi amor tuvo su cuna),

Y que la nieve más helada y tiesa.
 Un sudor abundante

IDILIO II.

De mi frente corria
A la polar escarcha semejante,
Y ni siquiera articular podia
Sílabas sin sentido,
Como balbute el tiernecito infante
Cuando á su madre llama adormecido.
Inmóvil mi simpática figura
Quedó cual de cristal yerta escultura.

(¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.)

Mirándome de lleno
Y la vista el cruel despues clavando
En el suelo, tomó un asiento blando
Y me dijo: "¡Oh Simeta! si á Fileno
El hermoso garzon, hoy he vencido
En la veloz carrera,
Sobre mí igual ventaja has obtenido
En invitarme siendo la primera.

(¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.)

"Me aprestaba á venir, sí, yo lo juro
Por Amor dulce y puro;
Me aprestaba á venir bajo tu techo
Con dos ó tres amigos
De la pasion testigos
Que me devora el pecho,
Esta noche mismísima; en tributo

IDILIO II.

Trayéndote en la falda
De mi flotante veste
Manzanas ¹⁵ mil, de Baco hermoso fruto,
Y ciñendo mi sien alba guirnalda
Del álamo celeste
A Alcides consagrado,
Y con cintas de púrpura adornado.

(¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.)

"Me alentaba la mágica esperanza
De obtener tus favores:
En la carrera soy de los mejores
Y fama de beldad mi rostro alcanza.
¡Ah! Cuánta bienandanza
Una sonrisa dulce, una suave
Palabra tuya habria
Dado á mi acalorada fantasía!
Pero ¡oh Simeta! sabe
Que si cerrojo ó llave
Tu puerta asegurara, el hacha entónces
Y la tea rompieran hoja y gonces.

(¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.)

"Por favor tan insigne doy ahora
Las gracias á Ciprina, y á tí luego,
¡Mujer encantadora!

IDILIO II.

Que me libraste del ardiente fuego,
Y medio consumido por las flamas,
A tu lado me llamas.
¡Ah! La antorcha de Amor conflagraciones
Producè mas terribles é instantáneas,
Que del fiero Vulcano¹⁶ los tizones
De Lipari en las fraguas subterráneas.

(¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.)

“Hace á la virgen el hogar paterno
Abandonar furiosa;
Hace Amor á la esposa
Huir del lado de su esposo tierno.”
Así me dijo ufano:
Yo le tendí la mano,
Y crédula en exceso,
De mi pasión ardiente
Estuve en mi embeleso
Hablando largamente.
En fin ¡oh Luna amiga!

¿A qué cansarte ya con mis amores?
Permite que mi canto no prosiga,
Satisfecho de entrambos el deseo
Nos unieron los lazos de Himeneo,
Y ni á mí sinsabores
Hasta ayer me causó mi fiel marido,
Ni yo mi juramento di al olvido.
Mas hoy temprano, á la hora

IDILIO II.

Que los corceles del hermoso Febo
Llevan al cielo á la rosada Aurora¹⁷
Vino á verme la madre de Filista,
Mi diestra cantatriz, y del mancebo
Melixo, que al infiel siguen la pista
Y entre varias noticias me ha contado
Que Delfis se halla de otra enamorado.
Si es virgen ó viüda
La buena anciana duda;
Mas sabe, sí, que él brinda de continuo
De su ninfa á salud con rico vino,
Y á casa de su amada
Corre, y diciendo torna que su puerta
Está con mil coronas adornada.

Tal de la vieja fueron las noticias,
Y por mi mal su informacion es cierta:
Porque ántes las delicias
Eran de Delfis el estar conmigo;
Siempre tornaba á reposar temprano,
Y puso el vaso Dórico en mi mano
Más de una vez. Al conyugal abrigo

Hoy hace doce días que no torna.
¿Otro amor por acaso lo trastorna?
¿O de cariño falto
Me ha olvidado el cruel? Bien: yo lo asalto
Con amatorios filtros por ahora;
Y si sigue ofendiéndome el perjuro,
Por las Parcas le juro
Que irá á pulsar las puertas del Infierno.

IDILIO II.

Porque sabe ¡oh del Cielo, alba señora!
Que en bella caja de bruñido cuerno
Me jacto de tener venenos tales
Que término pondrán á mi martirio.
No hay en el mundo iguales;
Me enseñó á componerlos un Asirio.
¡Adios, oh Reina augusta! Tus bridones
Dirige hácia el Océano espumantes.
Mis penas y aficciones
Yo soportando seguiré como ántes.
¡Adios, Luna esplendente!
¡Adios, vosotras, fúlgidas estrellas
Que siguiendo con paso diligente
Del carro de la noche vais las huellas!



IDILIO III.

AMARÍLIS O EL CABRERO

ARGUMENTO.

UN CABRERO, cuyo nombre no se expresa, se queja de los desdenes de su amada AMARILIS, y procura ablandarla con su canto. Creen algunos que el Cabrero es el mismo BATO que habla de su AMARILIS en el Idilio siguiente; otros juzgan que es TEOCRITO en persona, viendo una alusion á su otro nombre ó seudónimo SIMIQUIDA, en el verso que habla de las *facciones romas* (*οἰκός*) del protagonista. La escena pasa en Italia, cerca de Crotona.

La primera parte de la Egloga octava de Virgilio está calcada sobre esta hermosa pastoral.

A MI HERMANA.

Tras Amarilis voy. La grey querida
De mis pintadas cabras, entretanto
Pace en el monte, y Títiro¹ las cuida.

¡Oh Títiro sin par, mi dulce encanto!
Mis cabras apacienta con esmero,
Y dáles de beber de tanto en tanto.

IDILIO II.

Porque sabe ¡oh del Cielo, alba señora!
Que en bella caja de bruñido cuerno
Me jacto de tener venenos tales
Que término pondrán á mi martirio.
No hay en el mundo iguales;
Me enseñó á componerlos un Asirio.
¡Adios, oh Reina augusta! Tus bridones
Dirige hácia el Océano espumantes.
Mis penas y aficciones
Yo soportando seguiré como ántes.
¡Adios, Luna esplendente!
¡Adios, vosotras, fúlgidas estrellas
Que siguiendo con paso diligente
Del carro de la noche vais las huellas!



IDILIO III.

AMARÍLIS O EL CABRERO

ARGUMENTO.

UN CABRERO, cuyo nombre no se expresa, se queja de los desdenes de su amada AMARILIS, y procura ablandarla con su canto. Creen algunos que el Cabrero es el mismo BATO que habla de su AMARILIS en el Idilio siguiente; otros juzgan que es TEOCRITO en persona, viendo una alusion á su otro nombre ó seudónimo SIMIQUIDA, en el verso que habla de las *facciones romas* (*οἰκός*) del protagonista. La escena pasa en Italia, cerca de Crotona.

La primera parte de la Egloga octava de Virgilio está calcada sobre esta hermosa pastoral.

A MI HERMANA.

Tras Amarilis voy. La grey querida
De mis pintadas cabras, entretanto
Pace en el monte, y Títiro¹ las cuida.

¡Oh Títiro sin par, mi dulce encanto!
Mis cabras apacienta con esmero,
Y dáles de beber de tanto en tanto.

IDILIO III.

Y mira no te acerques al carnero
Que de Africa me vino, porque cuerna,
Títiro caro, aun al mejor vaquero.

¡Dulcísima Amarllis! ¿Por qué tierna
No me llama tu voz? ¿Por qué no asomas
Como ántes al umbral de tu caverna?

¿Me odias acaso? ¿De facciones romas
Te parezco de cerca, y muy barbado?
Vas á hacer que me ahorque. Ten diez pomas:²

Para tí en el verjel las he cortado
Dónde tú me ordenastes, y mañana
Con otras muchas tornaré cargado.

Vuelve tus ojos á mirarme humana
Y muévate á piedad mi pena acerba:
¡Oh si yo fuera abeja! ¡Cuán ufana

Entrara susurrando, y sin reserva
Posárame en la hiedra que corona
Tu gruta, y la que te orna verde yerba!

Ahora conozco á Amor. Fiera persona
Es la del dios vendado; y á sus pechos
Lo amamantó sin duda una leona.

Del monte se educó entre los helechos;
Sin abrasar su fuego nada deja:
Tengo los huesos con su ardor deshechos.

IDILIO III.

¡Oh ninfa sin rival, de negra ceja,³
De bellos ojos y gentil mirada!
Tu corazon al mármol se asemeja.

Una guirnalda para tí guardada,
De rosas y apio⁴ y hiedra entretejida,
Conservo ¡oh Amarllis adorada!

Mas si por fin no dejas tu guarida,
La haré desesperado mil pedazos.
¡Ay, infeliz! ¿Qué es sin tí la vida?

Perdido voy de la desdicha en brazos.
¿No me escuchas, cruel? ¡Oh dolor crudo!
De mi pelliza rompo ya los lazos:

Voy á saltar dentro la mar desnudo,
Desde el peñon dó el pescador Olpicio⁵
Al nadador atun acecha agudo.

Aunque al caer del alto precipicio
No logre hallar la muerte entre las olas,
Te placará siquier mi sacrificio.

Lo sé. De las veraces amapolas
Con que explorar tu amor quise de lleno
Bien me lo revelaron las corolas;

Que en vez de dar el esperado trueno⁶
Una tras otra deshojóse muda
Al oprimirla yo contra mi seno.

IDILIO III.

Y la adivina dispó mi duda
Que el porvenir verídica escudriña
Del tamiz infalible con la ayuda.

Espigas recogiendo en la campiña
Iba no há mucho, cuando dijo Agreo
Que yo de amores muero por mi niña;

Mas desdeñado por mi amor me veo.
Hay una cabra que en mi grey descuella,
Color de nieve, y dártela deseo.

Siguiendo dos gemelos van su huella,
Y há tiempo me la pide con instancia
Del buen Mermnon la morenita bella,

Eritace, tu amiga; y á su estancia
Al fin he de llevarla, si tu enojo
Me sigue persiguiendo y tu arrogancia.

¡Ay, Dioses! ¿Qué será? Me tiembla el ojo
Derecho sin cesar. ¡Qué! Su divino
Rostro lograré ver?... Mi rabel cojo.

Empezaré á cantar bajo este pino,
Y á mirarme tal vez saldrá piadosa
Que no es su corazon adamantino.—

Hipómenes⁷ pretende por esposa
A su adorada; y no hay poder que enfrene
De la vírgen la fuga presurosa.

IDILIO III.

Con las manzanas de oro armado viene
Tras ella; y por cogerlas Atalanta
El paso rapidísimo detiene.

Vélo, y su rostro varonil la encanta,
Y á la doncella tal pasion devora
Que la enloquece y su esquivez quebranta.

De Otris, Melampo que el futuro agora⁸
Las vacas hasta Pilos pastorea
Y une á Biantes á gentil señora,

Madre de la prudente Alfesibea.
¿No es el pastor Adónis quien inflama
Locamente á la hermosa Citerea?

Paciendo las ovejas en la grama
Del monte lo miró la Diosa un día,
Y tanto lo adoró que aun muerto lo ama.

Excita Endimion⁹ la envidia mia,
Que adormecido por la amante Luna
De eterno sueño goza todavía.

De Jasion envidio la fortuna.
Tanto logró, que no esperéis profanos
Que os diga de su amor cosa ninguna.—

IDILIO III.

¡Ay! La cabeza duéleme. Son vanos
¡Mujer idolatrada! mis lamentos:
El inútil rabel sueltan mis manos.

Para tenerme en pié faltanme alientos.
Voy á tender aquí mi cuerpo inerte;
Aquí me comerán lobos hambrientos.

Y á miel, ingrata, te sabrá mi suerte.



IDILIO IV.

LOS PASTORES.

ARGUMENTO.

ESTE Idilio es todo bucólico. BATO, cabrero, encuentra á CORIDON, que apacienta las vacas de Egon, ausente en los juegos Olímpicos; y despues de las primeras preguntas de aquel, entablan ambos un variado diálogo, lleno de maledicencia, sobre diversos asuntos pastoriles. La escena pasa en Crotona, ciudad famosa de la Magna Grecia.

Virgilio y el Obispo Balbuena han hecho populares muchos versos de este trozo, reproduciéndolos casi literalmente, el primero en la Egloga tercera, y el segundo en la primera del *Siglo de Oro*.

BATO, CORIDON.

BATO.

Díme, buen Coridon, por vida tuya
¿De quién son esas vacas? ¿De Filondas?

CORIDON.

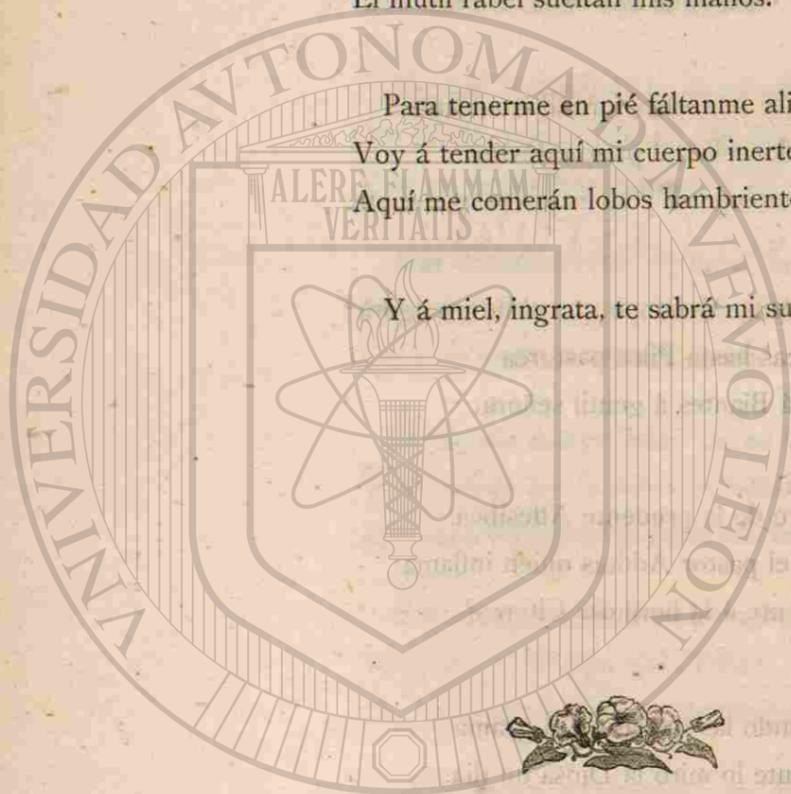
No, que el dueño es Egon, y de órden suya
Las apaciento.

IDILIO III.

¡Ay! La cabeza duéleme. Son vanos
¡Mujer idolatrada! mis lamentos:
El inútil rabel sueltan mis manos.

Para tenerme en pié faltanme alientos.
Voy á tender aquí mi cuerpo inerte;
Aquí me comerán lobos hambrientos.

Y á miel, ingrata, te sabrá mi suerte.



IDILIO IV.

LOS PASTORES.

ARGUMENTO.

ESTE Idilio es todo bucólico. BATO, cabrero, encuentra á CORIDON, que apacienta las vacas de Egon, ausente en los juegos Olímpicos; y despues de las primeras preguntas de aquel, entablan ambos un variado diálogo, lleno de maledicencia, sobre diversos asuntos pastoriles. La escena pasa en Crotona, ciudad famosa de la Magna Grecia.

Virgilio y el Obispo Balbuena han hecho populares muchos versos de este trozo, reproduciéndolos casi literalmente, el primero en la Egloga tercera, y el segundo en la primera del *Siglo de Oro*.

BATO, CORIDON.

BATO.

Díme, buen Coridon, por vida tuya
¿De quién son esas vacas? ¿De Filondas?

CORIDON.

No, que el dueño es Egon, y de órden suya
Las apaciento.

IDILIO IV.

BATO.

La verdad no escondas.

¿Secretamente á todas las ordeñas
De la alta noche en las tinieblas hondas?¹

CORIDON.

A fé que no, si en preguntar te empeñas;
Que me observa el patron, y á cada una
Su ternerillo junta, por más señas.

BATO.

¿Y adónde ha conducido la fortuna
Al anciano pastor, que no lo veo
Desde que se ocultó la última luna?

CORIDON.

¿No lo sabes? Milon al sacro Alfeo²
Consigo lo llevó.

BATO.

¡Cómo! De lucha
Ni aun el aceite ha olido, según creo.

CORIDON.

Pues dicen todos que su fuerza es mucha
Y que á Alcides aún, cuando le cuadre
Podrá desafiar.

IDILIO IV.

BATO.

Amigo, escucha:

A mí tambien llamábame mi madre
Mas robusto que Pólux.³ Son consejas
Que al vulgo no creeré, por más que ladre.

CORIDON.

Ha marchado llevando veinte ovejas
Y un azadon.⁴

BATO.

Hará venir la rabia
Milon hasta á los lobos si lo dejas.

CORIDON.

Las becerrillas huérfanas que agravia
Mugen abandonadas.

BATO.

¡Infelices!
¿Por qué tan mal pastor ¡Fortuna sábia!
Les has querido dar?

CORIDON.

Lo cierto dices:
Ni pacer quieren ya las pobrecillas.

IDILIO IV.

BATO.

Una veo entre aquellos tamarices
Que desnudas ostenta las costillas.
¿Vive, cual la cigarra, de rocío?

CORIDON.

Eso no, ¡por la Tierra! á las orillas
La llevo del Esaro, y junto al rio
Le doy de blanda yerba un gran manojo,
Y á veces salta en el Latimno umbrío.

BATO.

Mira cuán flaco está aquel toro rojo:
¡Ojalá que uno así le toque en suerte
Cuando de Juno aplaque el fiero enojo
Con inmoladas víctimas, al fuerte
Cuanto perverso pueblo de Lampriado⁶
Que tanta sangre en los altares vierte.

CORIDON.

Pues á pacer las llevo con cuidado
Al Malimno y al Fisco,⁷ y al risueño
Neéto de mil flores tapizado.
Do la retama crece y el beleño
Y el toronjil fragante nos recrea.

IDILIO II.

BATO.

¡Ay, ay, mísero Egon! El loco empeño
De que un triste laurel ganar te vea
Olimpia, te consume; y entretanto
Tu grey camina á la region Letea.
La zampoña tambien que fué tu encanto
Y que forjaste tú, devora aprisa
Voraz polilla.

CORIDON.

¡Por el nombre santo
De las Ninfas, que nó! Que al irse á Pisa⁸
Me regaló su músico instrumento,
Y sé pulsarlo, de cantor á guisa.
De Glauca repetir con grato acento
Y de Pirra los versos; y á Crotona
Sé celebrar con dulce sentimiento.

De Zacinto bellísima pregona
Los loores mi voz, y de Lacinio⁹
Que el Sol naciente con su luz corona.
En donde Egon, de atletas exterminio
Ochenta tortas devoró, y asiendo
Por la pezuña á un toro, só el dominio
Lo puso de Amarilis. Con estruendo
Aplaudían al verlo las mujeres
Y él de la selva lo traía riendo.

IDILIO IV.

BATO.

¡Amarflis gentil! Tú sola mueres
Sin que de tí se olvide ni un instante
El corazón que aun en la tumba hieres.
Más que á mis cabras te adoré constante:
Más que á mi grey te amé cuando moriste.
¡Ay, ay! triste destino el de tu amante.

CORIDON.

No desmayes ¡oh Bato! ménos triste
Tal vez mañana te será la suerte:
Mientras hay vida, la esperanza existe.
Llegar tan solo debe con la muerte
El desaliento. Júpiter sereno
Se muestra á veces, y otras lluvia vierte.

BATO.

Sí: la resignacion me inunda el seno.—

Ahuyenta á los becerros, que esa oliva
A destrozarse empiezan.—¡Eh! No es heno.
Lejos de aquí, Blanquizco.¹⁰

CORIDON.

¡Ea, arriba!
Al otero, Cimetas. ¿No oyes? ¡Vaya!
Me acerco, ¡vive Pan! bestia nociva,

IDILIO IV.

Y te castigo: en insolencia raya
Tu osadía. ¿Otra vez? ¡Oh, si á la mano
Tuviera mi baston de sólida haya!....
¡Cuál te azotara!

BATO.

Coridon, hermano:
Que me mires por Júpiter te pido;
Me ha punzado el talon cardo inhumano.
Altísimas las zarzas han crecido
En derredor. ¡Mal haya la becerra!
Que por correr tras ella el pié me he herido.
¿La has hallado?

CORIDON.

Sí, sí; mi ojo no yerra;
La tengo entre las uñas; es la espina.

BATO.

¡Pequeña y doma á un hombre!

CORIDON.

Por la sierra
Un prudente pastor jamás camina
Sin sandalias, ¡oh Bato! Mil abrojos
Hay en el monte, y el zarzal germina.

IDILIO IV.

BATO.

Y dime, Coridon: ¿los negros ojos
De aquella ninfa, tienen al vegete
Apasionado aún?

CORIDON.

Viejos antojos
No remedian los años. Acomete
La empresa de casarse todavía.
Del apartado establo en el retrete
Llorando por su bella viño un día
Con gestos y graciosos ademanes.

BATO,

¡Ah, viejo verde! Competir podría
Tu raza con los Sátiros y Panes.



IDILIO V.

LOS CAMINANTES.

ARGUMENTO.

ESTE Idilio es dramático. COMATAS, cabrero al servicio de Eumaro el Sibarita, y LACON, que apacienta las ovejas de Túrio, también de Sibarita, después de dirigirse mutuamente injurias y reproches, inician un certámen musical, depositando las prendas correspondientes, y llamando á MORSON como árbitro. La escena pasa en Italia, no lejos de la referida Sibarita, ciudad de Magna Grecia.

Varios pasajes del presente Idilio fueron imitados por Virgilio en la Egloga 3ª; y el Obispo Balbuena parece haberlo tenido presente en su Egloga 4ª

COMATAS, LACON, MORSON.

COMATAS.

¡Cabruna grey! A aquel pastor evita:
Mi pelliza de cabra me ha robado.

¡Huye, huye de Lacon el Sibarita!

LACON.

¡No llegues á esa fuente, mi ganado!

IDILIO IV.

BATO.

Y dime, Coridon: ¿los negros ojos
De aquella ninfa, tienen al vegete
Apasionado aún?

CORIDON.

Viejos antojos
No remedian los años. Acomete
La empresa de casarse todavía.
Del apartado establo en el retrete
Llorando por su bella viño un día
Con gestos y graciosos ademanes.

BATO.

¡Ah, viejo verde! Competir podría
Tu raza con los Sátiros y Panes.



IDILIO V.

LOS CAMINANTES.

ARGUMENTO.

ESTE Idilio es dramático. COMATAS, cabrero al servicio de Eumaro el Sibarita, y LACON, que apacienta las ovejas de Túrio, también de Sibarita, después de dirigirse mutuamente injurias y reproches, inician un certámen musical, depositando las prendas correspondientes, y llamando á MORSON como árbitro. La escena pasa en Italia, no lejos de la referida Sibarita, ciudad de Magna Grecia.

Varios pasajes del presente Idilio fueron imitados por Virgilio en la Egloga 3ª; y el Obispo Balbuena parece haberlo tenido presente en su Egloga 4ª

COMATAS, LACON, MORSON.

COMATAS.

¡Cabruna grey! A aquel pastor evita:
Mi pelliza de cabra me ha robado.
¡Huye, huye de Lacon el Sibarita!

LACON.

¡No llegues á esa fuente, mi ganado!

IDILIO V.

Comatas allí está. ¿No veis, ovejas,
Que él es quien mi zampona ayer ha hurtado?

COMATAS.

¿Qué zampona, alquilon, ni qué consejas?
¿Cuándo has tenido flauta, si nos matas
Con Coridon soplando cañas viejas?

LACON.

La que me dió Licon, Señor¹ Comatas,
Ni Eumaro tu amo cuero tener pudo
En que acostarse, y tú ¿de qué piel tratas?

COMATAS.

Crocilo me la dió. De envidia mudo
Lo vías á las Ninfas inmolando
La cabra, y me dejaste al fin desnudo.

LACON.

Lacon, por Pan lo juro venerando,
Tu pelliza no hurtó. De un precipicio
Si miento, al Crátis² caiga yo rodando.

COMATAS.

Por las palustres Ninfas (y propicio
Quiero tener su númen) tu instrumento
No hurtó Comatas, ni causó perjuicio.

IDILIO V.

LACON.

De Dafnis, si te creo, haya el tormento.
Mas un cabrito pon (es lo mas santo)
Y hasta rendirte modular intento.

COMATAS.

Un cerdo desafió á Minerva al canto.³
Ahí va este cabrito; pero apuesta
Un corderillo gordo tú entretanto.

LACON.

¿Y cómo, zorro, qué igualdad es esta?
¿Pelos en vez de lana quién trasquila,
Perra por cabra ni á ordeñar se presta?

COMATAS.

Quien como tú en rendirme no vacila,
Empieza; y no un cabrito, ten un chivo.

¡La avispa al ruiseñor⁴ vencer estila.

LACON.

No tengas prisa. No te llega al vivo
La lumbre. Cantarás mas dulcemente
En este bosque y bajo aqueste olivo.

Aquí una fresca y cristalina fuente,

IDILIO V.

Aquí hay de verde yerba blando lecho
Y aquí murmura el grillo diligente.

COMATAS.

No tengo prisa; pero sí despecho
Me causan tu soberbia y tus arrojos.
Yo te enseñé (y á fé que sin provecho)
Cuando eras niño, y ante mí de hinojos
Te ví, ¡y así me pagas! *Cuervos cria;*
Ellos despues te sacarán los ojos.

LACON.

¡Hombre lleno de envidia y sin valía!
¿Cuándo me has enseñado algo de bueno?
Ven; y luego será la melodía.

COMATAS.

No he de ir allá. También aquí es ameno;
Aquí encinas y yerba; aquí hay nogales
Que con su fruto te henchirán el seno.

La sombra aquí es mejor; dos manantiales
Brotan; entre el follaje el ave trina
Y mil abejas colman mis panales.

LACON.

Ven, y en lana mas blanda te reclina
Que el mismo sueño: sin ningún afeite
La oveja es siempre perfumada y fina,

IDILIO V.

No como tú y tus cabras ¡qué deleite!
Cándida leche brindaré en un vaso
A las Ninfas, y en otro suave aceite.

COMATAS.

Cuatro veces más mórbidas, si acaso
Vienes, mis pieles hallarás: poleo
Y grama, alfombra te darán al paso.
Ocho vasos pondré para el recreo
De Pan, llenos de leche; y ocho copas
De miel henchidas de panal Hibleo.

LACON.

Canta, pues, desde allí si en eso topas.
Mas ¿quién el juez será del desafío?
¡Ojalá que viniera el buen Licopas!

COMATAS.

¿Para qué? De sus juicios no me fio.
Llama á ese leñador que jaras corta
No léjos. Es Morson, amigo mio.

LACON.

Llamémoslo.

COMATAS.

Tú llámalo.

LACON.

¡Hola! ¡Importa,

IDILIO V.

Buen hombre! Ven acá, y un rato breve
Nuestra contienda musical soporta.

Tú juzgarás en el cantar quien lleve
La palma; y ni á mí me hagas, buen amigo,
Algún favor, ni ayudes á ese aleve.

COMATAS.

¡Por las Ninfas, Morson! Lo mismo pido.
Ni premies á Comatas en su daño,
Ni esotro encuentre en tu favor abrigo.
De Túrio el Sibarita este rebaño
Es propiedad; de Eumaro el Sibarita
Son las cabras que ves, y no te engaño.

LACON.

¿Y quién te preguntó, lengua maldita,
Si el rebaño era mio ó bien de Túrio?
¿A qué viene, por Jove, tanta grita?

COMATAS.

Diciendo la verdad yo no te injurio,
Querido. ¿O yo me jacto, por ventura?
¡Que! ¿No eres tú también de mal augurio?

LACON.

Lo que hayas de decir, dí con premura
Y deja vivo á ese infeliz viandante.
Tiene su lengua ¡oh Febol! gran soltura.

IDILIO V.

COMATAS.

Las Musas me aman mas que á aquel cantante
Dafnis su favorito: agradecido
Les inmolé dos cabras há un instante.

LACON.

Del grande Apolo soy favorecido.
De sus fiestas⁶ el tiempo está cercano
Y un hermoso carnero al Dios le cuido.

COMATAS.

Mis cabras, salvo dos, ordeño ufano;
Y al mirarme mi bella: *Me da pena,*
Dice, *que ordeñes con tu propia mano.*

LACON.

¡Bah, bah! Lacon veinte canastos llena
De quesos; y á su amada en las mañanas
Los va á donar en la floresta amena.

COMATAS.

A su cabrero arroja mil manzanas⁷
En el monte la hermosa Clearista,
Y partiendo veloz, silba con ganas.

LACON.

No hay corazón de bronce que resista
Cuando me viene á ver Cratida sola⁸
Y desata sus trenzas á mi vista.

IDILIO V.

COMATAS.

¿Quién compara la zarza ni amapola
A la rosa gentil, que entre el espino
De las cercas ostenta su corola?

LACON.

¿Al durísimo fruto del encino
Quién osó comparar del dulce pomo
La delicada piel y sabor fino?

COMATAS.

Daré á mi virgen cándido palomo
Que del coposo enebro en que se anida
Con mano sin rival yo mismo tomo.

LACON.

Trasquilaré mi oveja más querida
Y su negro vellon de cien matices
Para una veste donaré á Cratida.

COMATAS.

¡Hola! Ese olivo, cabras infelices,
Dejad, é id á pacer á aquel collado
En que crecen los verdes tamarices.

IDILIO V.

LACON.

¡Hola, Cimetas! ¿Qué haces de ese lado?
¡Conaro! En esa encina no hagas mella.
Paced hácia Poniente con Nevado.

COMATAS.

Tengo una caja de ciprés muy bella
Y un cáliz, de Praxíteles hechura:
Ambos á dos reservo á mi doncella.

LACON.

Tengo un mastin de sin igual bravura
Y lo daré á mi linda cazadora
Cuando vaya á vagar por la espesura.

COMATAS.

No vengas ¡oh langosta saltadora!
A destrozarme mis cercadas parras:
Mira que están muy tiernas por ahora.

LACON.

¿Al cabrero no veis que entre mis garras
Ruge furioso? Así á los segadores
Enfureceis vosotras ¡oh cigarras!

IDILIO V.

COMATAS.

Las coludas raposas sinsabores
Me causan; á Micon las uvas blondas
Hurta de noche, y siempre las mejores.

LACON.

De los escarabajos las redondas
Formas me dan horror; vienen volando
A devorar los higos de Filondas.

COMATAS.

De aquella vez que te dí azotes, cuando
Eras mi alumno, dime: ¿no te acuerdas?
Ese roble, llorabas, abrazando.

LACON.

No: ya se me olvidó. Mas tú no pierdas
La memoria feliz de aquella tunda
Que te dió tu amo, atándote con cuerdas.

COMATAS.

¿Oyes? La bílis ya su boca inunda.
Corre, Morson, á aquel sepulcro viejo
Y tráele las cebollas en que abunda.

IDILIO V.

LACON.

¿Ves? A cierto zagal también yo vejo.
Morson, le duele el vientre: ir al Halentes¹⁰
Y darle pamporcino te aconsejo.

COMATAS.

Leche, de aguas en vez, manen las fuentes
Del Imera; del junco nazca fruto:
Y tú, Crátis, de vino te alimentes.

LACON.

Déme la Sibaritis en tributo
Miel; y panales traiga la criada
Cuando del sueño matinal disfruto.

COMATAS.

Verde cítiso pase mi manada,
Reposa sobre mórbido madroño
Y sobre juncos caminar le agrada.

LACON.

En primavera comen y en otoño
Toronjil mis ovejas: y de rosa
Parece de mis hiedras el retoño.

IDILIO V.

COMATAS.

Ya yo no quiero á Alcipe la orgullosa:
Ni las gracias me ha dado en la alameda
Al regalarle mi paloma hermosa.

LACON.

Pero yo con delirio adoro á Eumeda.
Le regalé una flauta, y ¡qué sonrisa
Me dirigió ante el público tan leda!

COMATAS.

De urracas y abubillas la divisa
No es con cisnes luchar y ruisseñores.
¡Lacon! Tu desaffo mueve á risa.

MORSON.

¡Silencio impone el juez á los pastores
Morson te da ¡oh Comatas! el cordero.
Cuando su carne ante el altar devores
Inmolada á las Náyades, espero
Que no te olvidarás de dar un trozo
Al que en el canto te juzgó primero.

COMATAS.

¡Te lo daré, por Pan! Hoy de alborozo

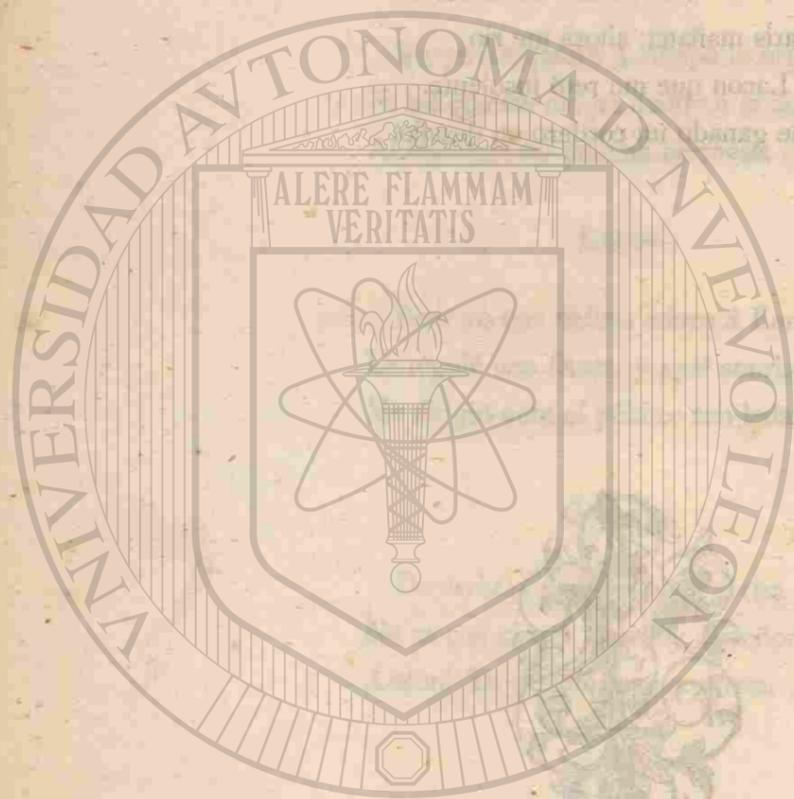
IDILIO V.

Cabritas, retozad alegremente,
Que yo mismo de júbilo retozo.

Mis cabras todas bañaré en la fuente
De Síbaris mañana; ahora me rio
De ese Lacon que me retó insolente.

¡Le he ganado un cordero en desaffo!





IDILIO VI.

LOS

CANTORES BUCÓLICOS.

ARGUMENTO.

DAMETAS y DAFNIS llevan al mismo punto sus ganados en un día de verano, y cantan alternativamente los amores de Polifemo y Galatea, hablando el uno á favor de la Ninfa y respondiendo el otro á nombre del Cíclope. La escena pasa en Sicilia, y Teócrito se dirige al gran Arato, poeta amigo suyo, de quien hace mencion en el Idilio siguiente y en otros.

DAMETAS, DAFNIS.

Dametas, ¡gran Arato! y juntamente
Dafnis, pastor de bueyes, sus rebaños
Llevaron á un lugar. Rubia la frente
Era del uno; el otro pocos años
Mostraba, imberbe aún. Junto á una fuente
Se sentaron en rústicos escaños,
Y en el verano ardiente, á mediodía
Dafnis así empezó la melodía:

IDILIO VI.

DAFNIS.

Arroja ¡oh Polifemo! ¹ á tu ganado
Manzanas mil la hermosa Galatea,
Y cabrero al amor poco inclinado
En llamarte festiva se recrea;
Pero tú, desdichado, desdichado,
Ni la escuchas ni ves cuando vocea
Y dulces armonías das al viento
De tu zampoña al són, desde tu asiento.

¡Mírala! Al perro fiel otra vez tira,
Que tus ovejas guarda nueva poma.
El ladra y hácia el mar ansioso mira,
Que entre las ondas límpidas asoma
Y junto al litoral nadando gira
La vírgen. De tu can el brío doma,
No sea que, al salir, lanzarse quiera
Sobre sus piernas, y á tu ninfa hiera.

Se desvive por tí, como el acanto ²

Que con fuego estival el Sol devora.
Huye de quien la quiere con espanto
Y á quien no la ama férvida enamora.

¡Oh Polifemo! ¿Quién empeño tanto ³
Creyera en perseguirte? Así el que adora
Mil veces aun lo feo juzga hermoso.

Luego Dametas prosiguió armonioso:

IDILIO VI.

DAMETAS.

La he visto ¡vive Pan! que de contino
Manzanas á mi grey certera lanza:
Este ojo, único y caro, que el Destino
Conserve hasta mi muerte, á todo alcanza.
(Males me augura Télemo ⁴ adivino;
Que se vuelvan contra él es mi esperanza.)
Mas por punzarla finjo que no veo,
Y otra doncella digo que poseo.

Ella al oír tal nueva se enfurece
¡Oh Febo! y de la mar salta zelosa,
Y en cada establo que mi grey guarece
Y en cada gruta búscala furiosa:
Y siempre que á la vista se me ofrece
Mando á ladrarle á mi perrita hermosa:
La misma que, cuando era mis delicias
Le prodigaba plácidas caricias.

Quizás al ver la Ninfa mi dureza
Me mandará amoroso mensajero;
Mas yo tendré mi puerta con firmeza
Cerrada, si no jura ella primero
Aquí en esta isla de sin par belleza
Aparejarme albergue placentero,
Que al fin no es mi figura tan deforme
Cual dice de los hombres el informe.

IDILIO VI.

Bella me pareció la barba mia,
Cuando ayer me espejé en el mar sereno,⁵
Y mi única pupila hermosa ardia;
Mis dientes reflejábanse de lleno
Y al Páριο mármol su candor vencía.
Contra el hechizo me escupí en el seno
Cual me enseñó la vieja Cotitara⁶
Que en Hipoconte al segador cantara.

Al terminar Dametas, abrazando
A Dafnis, le ofreció con gran contento
Una zampoña; y á su vez tomando
De aquel un caramillo, su instrumento
Ambos hicieron resonar, saltando
En derredor las vacas al concento;
Y ni el uno ni el otro la victoria
Pudo alcanzar: de entrambos fué la gloria.



IDILIO VII.

LAS FIESTAS TALISIAS

O
EL VIAJE DE PRIMAVERA.

ARGUMENTO.

ALLANDOSE Teócrito en la Isla de Cóos, es invitado á las Fiestas Talisias, celebradas en honor de Cérés, por sus amigos Frásidamo y Antígenes. En el camino encuentra al poeta Lícidas, de Cidonia en la Isla de Creta, y se empiezan á contar sus respectivos amores en cadenciosos versos. Daniel Heinsio llama á ésta *la Reina de las Eglogas*.

AL SR. D. JOSE SEBASTIAN SEGURA.

Léjos de la Ciudad, hácia el Halentes
Eucrito y yo marchábamos un día;
Y en el camino se añadió á nosotros,
Alegre compañero, el buen Amintas.

Con pompa preparaban Frásidamo
Y Antígenes á Cérés las Talisias;¹

IDILIO VI.

Bella me pareció la barba mia,
Cuando ayer me espejé en el mar sereno,⁵
Y mi única pupila hermosa ardia;
Mis dientes reflejábanse de lleno
Y al Páριο mármol su candor vencía.
Contra el hechizo me escupí en el seno
Cual me enseñó la vieja Cotitara⁶
Que en Hipoconte al segador cantara.

Al terminar Dametas, abrazando
A Dafnis, le ofreció con gran contento
Una zampoña; y á su vez tomando
De aquel un caramillo, su instrumento
Ambos hicieron resonar, saltando
En derredor las vacas al concento;
Y ni el uno ni el otro la victoria
Pudo alcanzar: de entrambos fué la gloria.



IDILIO VII.

LAS FIESTAS TALISIAS

O
EL VIAJE DE PRIMAVERA.

ARGUMENTO.

ALLANDOSE Teócrito en la Isla de Cóos, es invitado á las Fiestas Talisias, celebradas en honor de Cérés, por sus amigos Frásidamo y Antígenes. En el camino encuentra al poeta Lícidas, de Cidonia en la Isla de Creta, y se empiezan á contar sus respectivos amores en cadenciosos versos. Daniel Heinsio llama á ésta *la Reina de las Eglogas*.

AL SR. D. JOSE SEBASTIAN SEGURA.

Léjos de la Ciudad, hácia el Halentes
Eucrito y yo marchábamos un día;
Y en el camino se añadió á nosotros,
Alegre compañero, el buen Amintas.

Con pompa preparaban Frásidamo
Y Antígenes á Cérés las Talisias;¹

IDILIO VII.

Ambos á dos progenie de Licope
Si vástagos aún restan de Clicia;

Y de la noble sangre del glorioso
Calcon, que la sin par fuente Burina²
Hizo brotar con su robusta planta
Hincando en el peñasco la rodilla;

¡Hermoso manantial! en cuyo borde
Frondosos olmos y álamos crecían
Con sus copas formando espeso bosque
Impenetrable al Sol de mediodía.

Ni á la mitad siquiera de la jornada
Llegábamos aún, ni de Brasila³
Se divisaba el célebre sepulcro,
Cuando ilustre viajero á nuestra vista

Se presentó de súbito, á las Musas
Grato, y de la Cidonia maravilla;
Lícidas se llamaba, y de cabrero
El oficio en sus campos ejercía.

Y á la verdad que nadie atribuyera
Al caminante profesion distinta:
Cabrero pregonábanlo de léjos
Todo su porte y pastoril ropilla.

IDILIO VII.

De piel hirsuta de velluda cabra
Llevaba al hombro cándida pelliza
Oliendo á queso, y le abrigaba el pecho
Vetusta capa de cordon ceñida.

En su derecha mano se miraba
Curvo cayado de silvestre oliva;
Y me llamó mirándome amistoso
Con ojo vivo y su habitual sonrisa.

“Dónde diriges (díjome) tus pasos
Bajo el Sol meridiano ¡oh Simiquida!
Reposan las alondras de alta cresta,
Duerme en las cercas ya la lagartija.

“¿A algun convite acaso te apresuras?
¿O á pisar la uva en el lagar caminas
De algun amigo? Tus herradas suelas⁴
Sobre las piedras al andar rechinan.”

Y yo le respondí: “Lícidas caro:
De que eres habilísimo flautista
Entre zagales corre y segadores
La fama, y en verdad me regocija.

“Aunque, á mi juicio, que igualarte puedo
Me atrevo á asegurar. ¡Ea! La vía
Que á las Talisias nos conduce es esta.
Aparejar festividad opima

IDILIO VII.

“A la velada Céres han resuelto
Nuestros amigos hoy, y gran comida,
Ofreciendo á la Diosa agradecidos
De sus cuantiosos bienes las primicias; 5

“Que este año más que nunca en sus haciendas
Liberal las cosechas multiplica.
Y pues ambos llevamos un camino,
Y á rendir vamos la jornada misma,

“Bucólicos cantares entonemos,
Que á un buen poeta, otro poeta auxilia.
Por mis labios también hablan las Musas
Y vate sin rival en la campiña

“Todos me dicen, aunque no lo creo,
¡Viven los Cielos, no! que aun no podría
La flauta superar del gran Filetas,
Ni del Samnio Sicélides la lira. 6

“Y solo sé cantar como la rana
Que entre los grillos disonante chilla.”
Así le hablé con estudiado acento,
Y él así replicó, con dulce risa:

“Este baston te donaré. De Jove
La majestad en tí de veras brilla.
Odio me causa el arquitecto fátuo
Que una casa más alta que la cima

IDILIO VII.

“De Oromedonte 7 construir intenta:
Y de las Musas á la par me indignan
Las aves, que graznando al gran Homero
Por emular en balde se fatigan.

“Mas empecemos ya nuestros cantares:
Yo entonaré primero ¡oh Simiquida!
Ve si te agrada, amigo, la que há poco
Forjé en el monte, breve poesía.

“Feliz navegacion á Mitilene
Conducirá á la bella Ageanata:
Sea que al declinar de las cabrillas 8
El Noto con furor se desenfrene
Sobre las olas de luciente plata,
O al Océano toquen tus rodillas 9
¡Orion que airoso brillas!
Si quiere mi adorada
El alma enamorada
De su Lícidas fiel librar clemente.

¡Ay: todo me consume amor ardiente!
Y serenarán los mares
Y aplacarán las ondas,
Y al Noto y Euro 10 (á quien las algas hondas
Place mover) alciones á millares,
De las Nereidas 11 blondas
El ave favorita,
Más que otra alguna que en el mar habita.

IDILIO VII.

“A Mitilene la veloce prora
 Dirige Ageanata con arrojo.
 A puerto conducir de salvamento
 Quiera el Cielo á mi Ninfa seductora
 Tras próspero camino; yo de hinojo
 Una guirnalda tejeré contento
 Con rosas ciento y ciento
 O violas ese día
 Que ornén la frente mia,
 Y recostado, el vino de Ptelea¹²
 Libaré junto á ardiente chimenea.
 Asará mi criado
 Castañas en la lumbre;
 De yerbas y apio grande muchedumbre
 Formarán alto lecho; y el dorado
 Cáliz, sin pesadumbre,
 Vaciaré hasta las heces
 De Ageanata á la salud mil veces.

“Me tocarán la flauta dos pastores,
 De Acarnia el uno, el otro Licopita,¹³
 Y Títiro á mi lado en dulce canto
 Celebrará de Dafnis los amores
 Por Xenea, su ninfa favorita.
 Cuál recorría el monte en su quebranto
 Dirá, y el crudo llanto
 Que en la feraz ribera
 Vertían del Himera¹⁴
 Las encinas, cuando él se derretía

IDILIO VII.

Cual la nieve en la cumbre, á mediodía,
 Del Atos eminente,
 Del Ródope ó del Hemo,
 O allá en el colosal Cáucaso extremo
 Del impío señor dirá igualmente
 Aquel rigor supremo
 Con que en un arca, insano,
 Vivo encerró al Cabrero Siciliano.¹⁵

“Iba de las praderas cada día
 A la caja, de abejas grato enjambre
 De flores á llevar jugo sabroso,
 Con que la Musa célica ambrosía
 Dulce formando, le calmaba el hambre
 Mojando el labio en néctar delicioso.
 ¡Comatas venturoso!
 Una estacion pasada
 Fué el arca tu morada,
 Y diéronte alimento los panales.
 ¡Cuánta dicha! ¡Ojalá entre los mortales
 Aún permanecieras
 Viviendo yo á tu lado!
 ¡Cuál tus cabras hubiera apacentado
 En los cercanos montes y laderas!
 Y á la sombra acostado
 De un álamo ó de un pino,
 Cantaras tú también ¡pastor divino!”

IDILIO VII.

Terminó su cantar; y yo al momento:

“¡Oh Lícidas (le dije) prenda mía!

Mi grey apacentando en las montañas

Mil cosas enseñáronme las Ninfas

“A mi también, tan bellas, que la Fama

Hasta el trono de Júpiter aprisa

Las ha llevado con ligeras alas;

Mas entre tantas dulces melodías

“Hay una sin igual, que en honra tuya

A recitarte voy, y que es eximia.

Escúchala benigno, que no ignoro

Que te son las Piérides amigas.

“A Simiquida plácido estornudo¹⁶

De protección en prenda los Amores

Lanzaron al nacer. Al desdichado

Ha herido Vénus con arpon agudo,

Y cual la cabra la estación de flores

Así ama á Mirta. Arato enamorado

Busca desesperado

Esposa que ser quiera

Su eterna compañera.

Lo sabe Aristo, Aristo á quien proclama

Vate sin par la vocinglera Fama,

Y pulsar en el trípode¹⁷ podría

La cítara, cuando ama,

Sin desdeñar Apolo su armonía.

IDILIO VII.

“¡Oh Pan que en el Homola hermoso imperas!

Sin que á buscarla vaya, esposa amante

Pon en la mano de mi dulce amigo:

Filina puede ser, ó quien tú quieras.

Si lo haces, Pan amado, en adelante

Blanda será la juventud contigo

De Arcadia;¹⁸ y el castigo

Que sobre espalda y pecho

Te aplica en su despecho

Cuando hay escasa carne en tus altares,

Prodigándote azotes á millares

Con las esquilas, pasará al olvido.

Mas ¡ay si no otorgares

La gracia que ardentísimo te pido!

“Entonces uñas mil tu cuerpo tierno

Desgarren sin piedad. Ortigas solo

Formen tu lecho. El congelado rio

Ebro¹⁹ tu albergue sea en el invierno,

Y los Edonios montes junto al Polo.

De la remota Etiopia en el estío

Te abraza el fuego impío,

Y en la cueva Blemana

Del Nilo aún lejana

Te ahoguen largo tiempo sus ardores.

Venid vosotros entretanto, Amores,

Que semejais á Púnica granada,²⁰

Dejando voladores

De Biblo y Hiétis la region amada.

IDILIO VII.

“Venid, Amores, que elevada estancia
Teneis en el santuario de Dione,²¹
Y herid con vuestros arcos á Filina.
Mata á mi amigo Arato su arrogancia:
Y su esquivez la ninfa no depone,
Aunque le digan todos: *Ya declina*
Tu edad, mujer divina,
Y cual pera, madura
Va siendo tu hermosura.
No hagamos ya á su puerta el centinela,
¡Oh Arato! Ponga el gallo á otros en vela.
Luche Molon; para nosotros se hizo
El sueño; y de mi abuela
Alejará el conjuro todo hechizo.”

Así canté: como ántes él riendo
Su báculo me dió, de las divinas
Musas precioso don; torció á la izquierda
Y el camino tomó que lleva á Pixa.²²

Eucrito y yo, de Frasidamo en casa
Nos hospedamos, con el bello Amintas,
De junco y frescos pámpanos en lechos
Mórbidos, olvidando las fatigas.

Sobre nuestras cabezas el follaje
Los olmos y los álamos movían,
Y cerca murmuraba un arroyuelo
Que de un antro manó, sacro á las Ninfas.

IDILIO VII.

Las cigarras su canto en los arbustos
Con afan redoblaban, de la estiva
Calor enamoradas; la calandria
Léjos chillaba allá entre las espinas:

Trinaban las alondras y jilgueros
Y la cuitada tórtola gemía;
En torno á los perennes manantiales
Volaban las doradas abejas.

Todo un verano rico respiraba,
Todo un fecundo otoño prometía;
Manzanas mil rodaban á los lados,
Y á nuestras plantas peras infinitas.

Las ramas se doblaban hasta el suelo
Cargadas de ciruelas purpurinas,
Y vino de cuatro años delicioso
Nos dieron abundante cien vasijas.

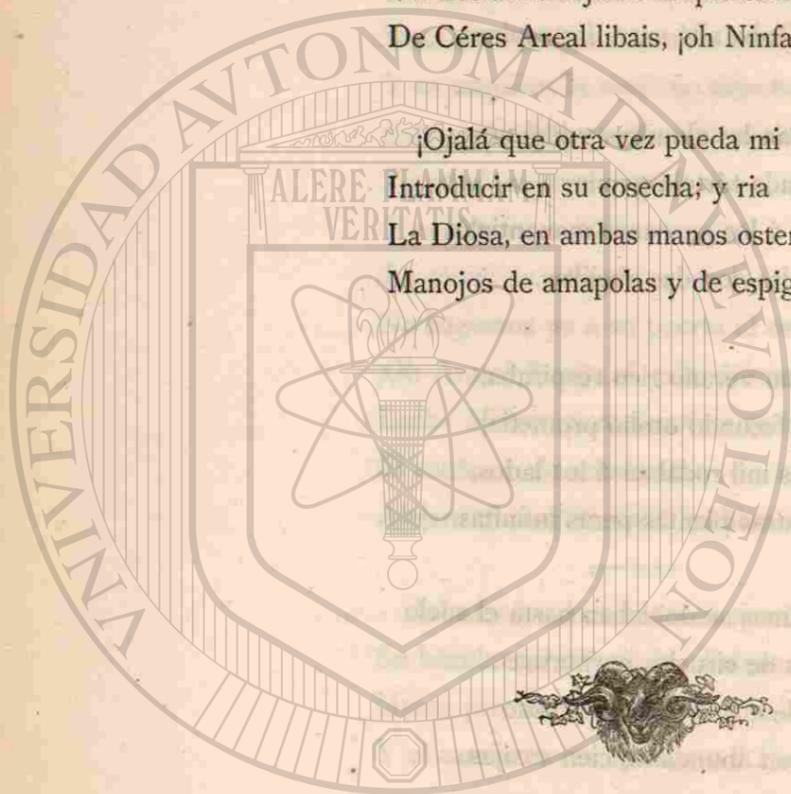
¡Oh Castálides Ninfas del Parnaso
Que risueñas morais en la alta cimal
¿De Folo en la caverna por ventura
A Alcides preparó copa tan rica

El anciano Quiron? A Polifemo,
Aquel pastor de fuerzas inauditas
Que montañas lanzaba, ¿por acaso
Lo embriagó del Anapo á las orillas,

IDILIO VII.

Aquella vez que en sus establos loco
Danzaba con frenética alegría,
Un néctar semejante al que en las aras
De Céres Areal libais, ¡oh Ninfas!

¡Ojalá que otra vez pueda mi bielda
Introducir en su cosecha; y ría
La Diosa, en ambas manos ostentando
Manojos de amapolas y de espigas!



IDILIO VIII.

LOS

CANTORES BUCÓLICOS.

A DON GONZALO A. ESTEVA.

ARGUMENTO.

ESTE Idilio, que lleva el mismo título que el sexto, es en parte narrativo y en parte dramático. MENALCAS desafia á DAFNIS á cantar, y aceptado el reto deposita cada cual como prenda su propia zampoña. Un Cabrero, cuyo nombre no se expresa, decide la contienda en favor de Dafnis. La escena pasa en Sicilia.

La Egloga 7ª de Virgilio se parece mucho á la presente.

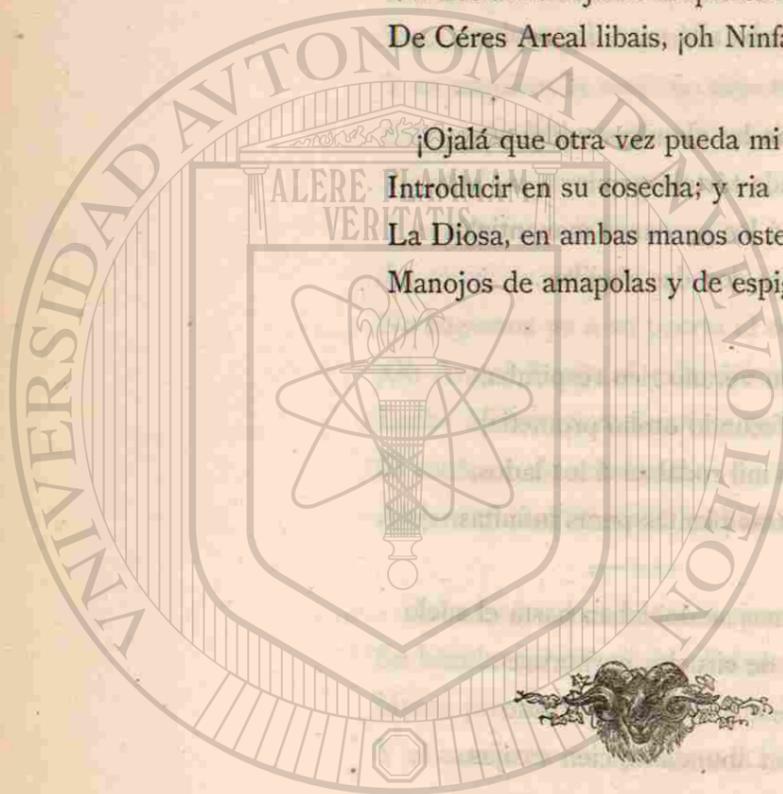
DAFNIS, MENALCAS, CABRERO.

Aparentaba Dafnis el hermoso
Sus bueyes, como es fama, cierto día,
Y Menalcas, que el monte cavernoso
Cuidando sus ovejas recorría,
A su encuentro salió. La cabellera
Rubia de entrambos era,

IDILIO VII.

Aquella vez que en sus establos loco
Danzaba con frenética alegría,
Un néctar semejante al que en las aras
De Céres Areal libais, ¡oh Ninfas!

¡Ojalá que otra vez pueda mi bielda
Introducir en su cosecha; y ría
La Diosa, en ambas manos ostentando
Manojos de amapolas y de espigas!



IDILIO VIII.

LOS

CANTORES BUCÓLICOS.

A DON GONZALO A. ESTEVA.

ARGUMENTO.

ESTE Idilio, que lleva el mismo título que el sexto, es en parte narrativo y en parte dramático. MENALCAS desafia á DAFNIS á cantar, y aceptado el reto deposita cada cual como prenda su propia zampoña. Un Cabrero, cuyo nombre no se expresa, decide la contienda en favor de Dafnis. La escena pasa en Sicilia.

La Egloga 7ª de Virgilio se parece mucho á la presente.

DAFNIS, MENALCAS, CABRERO.

Aparentaba Dafnis el hermoso
Sus bueyes, como es fama, cierto día,
Y Menalcas, que el monte cavernoso
Cuidando sus ovejas recorría,
A su encuentro salió. La cabellera
Rubia de entrambos era,

IDILIO VIII.

Y ni á uno ni otro mozo
Aun apuntaba el bozo;
En pulsar el sonoro caramillo
Entrambos eran diestros,
Y ambos á dos en el cantar maestros.
Apénas vió Menalcas al sencillo
Dafnis, así le dijo dulcemente:

MENALCAS.

¡Dafnis, custodio de la grey mugiente!
¿Quieres cantar conmigo?
Juro que siempre que en luchar insista
La certidumbre de vencerte abrigo.
Y así replicó Dafnis á su amigo:

DAFNIS.

¡De lanígera grey pastor y encanto,
Menalcas, gran flautista!
Jamás me vencerás aunque de tanto
Soplar, reviente tu garganta el canto.

MENALCAS.

¿Lo quieres ver? ¿Apuestas una prenda?

DAFNIS.

Apostaré una prenda; verlo quiero.

IDILIO VIII.

MENALCAS.

¿Cuál el premio será de la contienda?

DAFNIS.

Yo apostaré un becerro: tú un cordero
No menor que la madre.

MENALCAS.

¡Oh no! Mi suerte
Un corderillo de apostar me guarde.
Que duro padre, advierte,
Y madre tengo de carácter fuerte,
Y las ovejas cuentan cada tarde.

DAFNIS.

Pues algo en poner piensa
Que sirva al vencedor de recompensa.

MENALCAS.

De nueve voces tengo bien forjada
Una zampona, arriba al par que abajo
Con blanca cera unida: es mi trabajo
Y ésta pondré; mas de mi padre, nada.

DAFNIS.

También yo tengo ahora
Mi zampona sonora.

IDILIO VIII.

Nueve voces espléndidas numera
Y abajo al par que arriba
La une cándida cera;
Poco há la trabajó mi mano activa,
Por señas que me duele aun este dedo,
Que se rajó un carrizo
Y honda herida me hizo:
Ponerla, pues, junto á la tuya puedo.

Mas, ¿quién el juez será de las canciones,
O quién nos impondrá sus decisiones?

MENALCAS.

Llamemos, si te cuadra,
A aquel Cabrero, á quien el can Nevado²
Junto á las cabras importuno ladra.

Le hablaron los donceles, y al llamado
El Cabrero acudió, de ser contento
Juez en la dulce lid. Suertes tirando
Ser primero tocó á Menalcas blando,
Y Dafnis el festivo

Replicó modulando
En pastoril cantar alternativo.
Y principió el concento

Menalcas, estas notas dando al viento: Y

MENALCAS.

¡Ríos y valles, creacion divina!³

Si supo con primor

IDILIO VIII.

Hacer sonar la fistula argentina
Menalcas el cantor,
A mis ovejas dad pasto sabroso
Con liberalidad,
Y á las vacas de Dafnis el hermoso
Igual favor mostrad.

DAFNIS.

¡Fuentes y yerbas, gérmenes sagrados!

Si Dafnis el pastor

Sabe entonar cantares acordados

Cual dulce ruiseñor,

Mis vacas engordad. Y si corderos

Menalcas trae aquí

Rica pastura encuentren placenteros,

Y dadles más que á mí.

MENALCAS.

Reina doquier fecunda primavera,

Hay pastos por doquier,

Y leche los corderos van doquiera

Contentos á beber,

Cuando mi ninfa bella se aparece:

Mas ¡ay! á su partir,

La verde yerba lánguida perece,

Se ve al zagal morir.

IDILIO VIII.

DAFNIS.

Mil cabritillas hay de prole doble
Y ovejas sin rival;
Más alto crece el gigantesco roble,
Más lleno está el panal,
Cuando la linda Filis se presenta.
Párte, y decae el buey,
Y más decae el triste que apacienta
A la cornuda grey.

MENALCAS.

¡Oh de las cabras cándidas marido!
¡Oh selva colosal!
¡Romos cabritos! Filis ha venido,
Llegad al manantial.
¡Carnero descornado! Dí á mi ninfa
Que aunque divino ser

Tiene Proteo,⁴ en la marina linfa
Las focas va á pacer.

DAFNIS.

Ni de Pélope⁵ el reino, ni talentos
De oro mi sueño son:
Ni en la carrera á los ligeros vientos
Vencer es mi ambicion.

IDILIO VIII.

En gruta amena junto á tí me basta
Pacífico cantar
La grey mirando que en el monte pasta
Y el Siciliano mar.

MENALCAS.

Terrible es á las plantas el invierno
Y al labrador la sed;
Terrible el lazo al pajarillo tierno
Como al leon la red.
Mata al zagal amor de virgen pura;
¡Ay! No amo solo yo:
Tambien ¡oh Padre Jove! á la hermosura
Tu majestad amó.

Así cantaron alternados versos,
Y como última prueba,
Menalcas empezó contienda nueva
Con vario metro y cánticos diversos:

MENALCAS.

¡Oh lobo! Ten piedad de mi rebaño.
¡Oh lobo! Mis cabritas no devores,
Y aunque siendo el menor de los pastores
Cuido tamaña grey, no me hagas daño.
¡Lampuro, mi mastin! ¿Qué sueño extraño
Adormeció tus ojos veladores?

IDILIO VIII.

Soy niño: es fuerza que el dormir ignores
Cuando al pacer contigo me acompaño.

¡Bellísimas ovejas! No os desplazca
Saciaros en los prados con el heno,
Y no temais el que otra vez no nazca.

Pastad, pastad: colmad el blando seno.
Su dulce leche á vuestros hijos pazca
Y súbre para henchir el vaso ajeno.

Y así la voz facunda
De Dafnis prosiguió la lid segunda.

DAFNIS.

Con mis becerros por el antro umbroso
Pasaba ayer, cuando á asomarse vino
Mi ninfa bella, de mirar divino,
De unidas cejas⁶ y ademan gracioso.

Y me llamó tan dulce: "*hermoso, hermoso,*"
Que oír creyeras de jilguero el trino:
Con ojos bajos proseguí el camino
Sin responder palabra vergonzoso.

Dulce es la voz, dulcísimo el aliento
De la becerra; dulce en el verano
Cabe arroyo gentil dormir al viento.

IDILIO VIII.

Sus frutos á la encina y al manzano,
Sus hijos á la vaca dan contento:
En su grey el pastor se goza ufano.

Tal fué de los donceles armoniosos
El músico ejercicio
Y así el Cabrero pronunció su juicio:

CABRERO.

¡Cuán dulces y sabrosos
Oh Dafnis, son tus labios, manantiales
De mágicos hechizos! Es mas grato
Tu canto oír un rato
Que ir á libar la miel de cien panales.
Recibe las zampoñas; tú venciste:
Y si mi buena estrella
Hace que yo tu voluntad conquiste,
Que me enseñes te ruego; yo tu huella
Seguiré por el prado
Cuando vayas paciendo tu ganado.

Despues en recompensa
De tus afanes tiernos
Aquella cabra te daré sin cuernos
Que con su leche densa
Al ordeñarse llena taza inmensa.

Llenó inefable gozo
Al triunfante mozo;

IDILIO VIII.

Batió las palmas y danzó festivo,
Como en los montes salta tierno ciervo
De ausente madre al anhelado arribo.
Entanto, presa de dolor acerbo
Quedó el zagal vencido
Cuál virgen que llevó tutor protervo
Al dominio de esposo aborrecido.

A Dafnis los pastores
Llamaron de aquel día
El primero y mejor de los cantores;
Y, mozo todavía,
Le entregaron de amor en testimonio
A Náyade⁷ la ninfa en matrimonio.



IDILIO IX.

EL PASTOR

O LOS VAQUEROS.

ARGUMENTO.

DAFNIS Y MENALCAS, provocados á cantar en desafío por un pastor amigo de ambos, cantan alternativamente, y á cada uno se adjudica un premio. La escena pasa en Sicilia. El Pastor habla en este Idilio, y canta despues de sus compañeros.

DAFNIS, MENALCAS.

Un himno pastoril ¡oh Dafnis! canta.
En el suave cantar sé tú primero:
¿Oyes? primero tú la voz levanta.

Que te siga despues Menalcas quiero.
Las vacas no paridas con los toros,
Con la madre dejad cada ternero.

IDILIO VIII.

Batió las palmas y danzó festivo,
Como en los montes salta tierno ciervo
De ausente madre al anhelado arribo.
Entanto, presa de dolor acerbo
Quedó el zagal vencido
Cuál virgen que llevó tutor protervo
Al dominio de esposo aborrecido.

A Dafnis los pastores
Llamaron de aquel día
El primero y mejor de los cantores;
Y, mozo todavía,
Le entregaron de amor en testimonio
A Náyade⁷ la ninfa en matrimonio.



IDILIO IX.

EL PASTOR

O LOS VAQUEROS.

ARGUMENTO.

DAFNIS Y MENALCAS, provocados á cantar en desafío por un pastor amigo de ambos, cantan alternativamente, y á cada uno se adjudica un premio. La escena pasa en Sicilia. El Pastor habla en este Idilio, y canta despues de sus compañeros.

DAFNIS, MENALCAS.

Un himno pastoril ¡oh Dafnis! canta.
En el suave cantar sé tú primero:
¿Oyes? primero tú la voz levanta.

Que te siga despues Menalcas quiero.
Las vacas no paridas con los toros,
Con la madre dejad cada ternero.

IDILIO IX.

Y mirad bien, miéntras cantais sonoros,
No vayan léjos á pacer la grama.
¡Eal Formad al modular dos coros.

DAFNIS.

Dulce la vaca muge; dulce clama
El becerro de un mes; dulce es la avena,
Es dulce del pastor la cantilena
Y dulce á mí tambien el mundo llama.

Junto á las frescas aguas blanda cama
Tendida tengo, y hoy la piel estrena
De una vaquita, envidia á la azucena,
Que despeñóme el Africo que brama.

Al jóven que requiérela de amores
Cuando una niña entrega su albedrío
Se burla de sus padres y tutores.

En las pesadas siestas del estío,
Del sol canicular y sus ardores
En mi mullido lecho así me río.

Terminó Dafnis, gloria de cantores:
Al cándido Menalcas hice seña
Y así el menor cantó de los pastores:

IDILIO IX.

MENALCAS.

Etna¹ es mi madre: en escarpada peña
Amena gruta guárdame del viento.
Tantas ovejas en mi aprisco cuento
Como riquezas ni el avaro sueña.

Cabras mi grey sin número reseña:
Me da su carne sólido alimento,
Su piel abrigo, su vellon asiento,
Hayas y encinas me proveen de leña.

Líquida sopa si al anciano ofreces
A quien la edad despuebla las encías,
¿No mira con desden las duras nueces?

Del crudo invierno en los helados dias,
En mi caliente hogar si te guareces
De las nieves haré que así te rías.

A entrambos aplaudí; y á Dafnis luego
Un rústico baston en recompensa
Doné, que en mi solar creció sin riego.

Su belleza al mirar, cualquiera piensa
Que es obra de magnífico artesano,
Del mejor ebanista sin ofensa.

IDILIO IX.

A Menalcas despues tendió mi mano
Una encordada concha, que de Icaria²
Bajo las rocas recogí temprano.

Cinco, si la memoria no es contraria,
Eramos, y nos dió cinco porciones
La carne de que fué depositaria.

Menalcas la tomó, y acordes sones
Salieron de la concha.

¡Yo os invoco,
Musas de las bucólicas canciones!

El himno recordadme que hora há poco
Cantara á aquella campesina gente,
Que es modular sin vos empeño loco:—

*La punta de mi lengua no atormente³
El tumorcillo que al locuaz castiga.*
Une á halcon con halcon amor ardiente,

La hormiga laboriosa ama á la hormiga,
Y la cigarra á la cigarra abrasa:
De mí es la Musa predilecta amiga.

¡Ay! Ojalá que mi festiva casa
De la Musa gentil morada fuera!
Que no es del sueño la ligera gasa

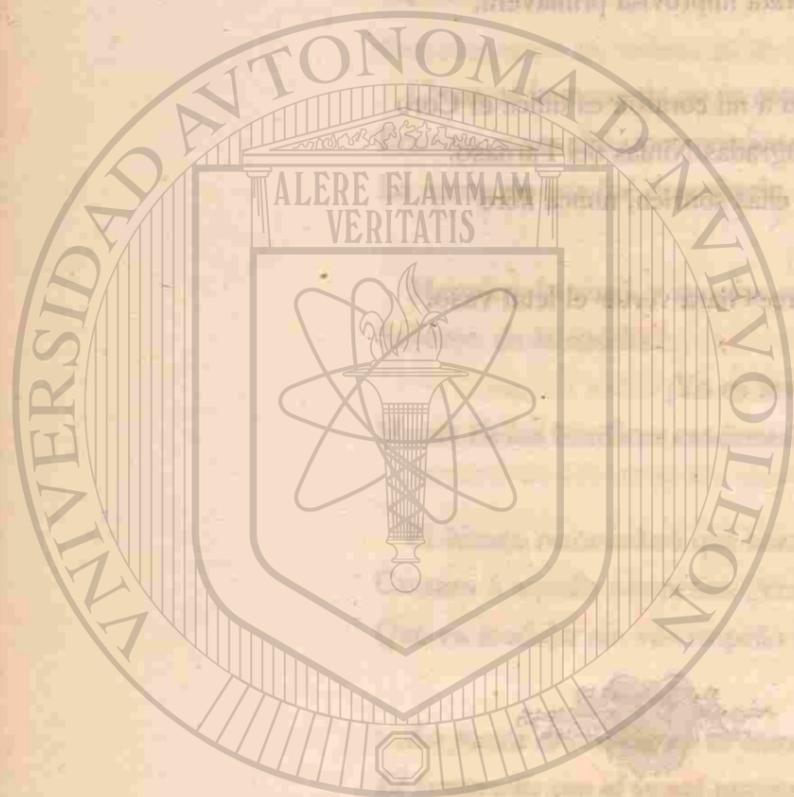
IDILIO IX.

Al ojo del zagal tan placentera,
Ni á la abeja la flor tan gran tesoro,
Ni tan grata improvisa primavera,

Cuanto á mi corazon es dulce el Coro
De las sagradas Ninfas del Parnaso.
A quien ellas sonríen, nunca lloro

De Circe⁴ hará verter el letal vaso.





IDILIO X.

LOS SEGADORES.

A DON LUIS GONZAGA ORTIZ.

ARGUMENTO.

BATO, distraído por sus amores, trabaja con pereza, y es reprendido por su compañero MILON. Canta luego el primero una hermosa canción en honor de su amada, y el segundo otra sobre asuntos campestres.

MILON, BATO.

MILON.

¡Vigoroso arador! ¿Qué te sucede
Que ni un sulco derecho ¡infortunado!
Como ántes, abrir hoy tu mano puede?
Ni siegas bien de tu vecino al lado
Sino que, cual la grey sigue tardía,
Oveja á quien las zarzas han punzado
La planta, atrás te quedas. Todavía
Ni aun una calle entre la mies abriste;
¿Qué en la tarde será? ¿qué á mediodía?

IDILIO X.

BATO.

¡Férreo Milon, cuyo vigor resiste
Segando hasta la noche, roca dura!
A un bien ausente, dí, ¿jamás sentiste?

MILON.

A fe que nunca. ¿Puede por ventura
Sentir un segador cosas extrañas
Al arte que la vida le asegura?

BATO.

¿Jamás tu lecho desvelado bañas
Con lágrimas de amor?

MILON.

¡Guárdeme el Cielo!
¡Ay si gusta una vez el perro entrañas!²

BATO.

Amando hace once días me desvelo.

MILON.

De rico vino en el barril disfrutas,
Y ni vinagre á mí me da consuelo.

IDILIO X.

BATO.

Inculto mi solar, ni mies ni frutas³
Frente á mi puerta ves.

MILON.

¿Y qué doncella
Te abraza el corazon?

BATO.

De Polibutas
La que en Hipocoonte, niña bella,⁴
Hace poco cantó á los segadores.

MILON.

Tus culpas castigar quiere tu estrella.
Al fin ha oído el Cielo tus clamores:
Tendrás por compañera una cigarra
Que de noche te cante sus amores.

BATO.

Vamos, que ya tu lengua me desgarra:
No solo Pluto⁵ es ciego, mas Cupido
Tambien, que el alma con su lazo amarra.
No hables tan alto.

IDILIO X.

MILON.

Herirte no he querido.
Siega la mies, y en honra de tu amiga
Cántanos: que eras músico no olvido,
Y así será mas leve la fatiga.

BATO.

Conmigo armoniosas
Cantad á mi doncella descarnada
¡Oh Piérides Diosas!
Tocarla si os agrada,
La mas deforme tórnase agraciada.⁶

¡Oh Bombice querida!
Requemada del Sol, seca, Guinea⁷
El vulgo te apellida.
Mi lengua se recrea
En llamarte color de miel Hiblea.

Es la violeta oscura
Y al jacinto matiza negra sombra;
Mas luce su hermosura
En la florida alfombra
Y en las guirnaldas su primor asombra.

IDILIO X.

Del cítiso la cabra,
Y de la cabra el lobo en pos camina,
De quien la tierra labra
Al arado se inclina
La grulla: á mí tu rostro me fascina.

¡Ojalá que el tesoro⁸
De Creso opulentísimo tuviera!
Esculpidas en oro
Nuestras efigies viera
En su templo la Diosa de Citera.

Con una poma ó rosa
Te ostentarias del altar delante
Y una flauta preciosa;
Yo en traje de danzante
Y con calzado nuevo relumbrante.

¡Bombice encantadora!
Cual dados⁹ son tus piés color de nieve,
Tu voz fascinadora.

Mas ¡ay! mi lengua leve
A enumerar tus gracias no se atreve.

MILON.

¡Bah! ¿Quién hubiera dicho que sabía
Hacer tan bellos versos el villano?
¡Qué bien maneja el ritmo y la armonía!

IDILIO X.

A la verdad que no te cubre en vano
Espesa barba la mejilla tersa.
Escucha ahora, pues lo tengo á mano,
Este cantar del semidios Litiersa: ¹⁰

¡Oh fructífera Cérés,
Que coronar de espigas tu flotante
Cabellera prefieres!
En frutos abundante
Haznos esta cosecha, y mas brillante.

Las haces con esmero
Atad ¡oh segadores!, no consigo
Murmure el pasajero:
¡Eh!, no valeis un higo: ¹¹
¡Ay del que os paga por segar el trigo!

Que del monton el corte
Mirando quede al rumbo del Poniente, ¹²
O si quereis al Norte;
Porque así la turgente
Espiga crecerá mas pingüemente.

Los que trillais el grano
Sobre las eras, evitad con zelo
El sueño meridiano:
Que entónces alza el vuelo
Fácil la paja del ardiente suelo.

IDILIO X.

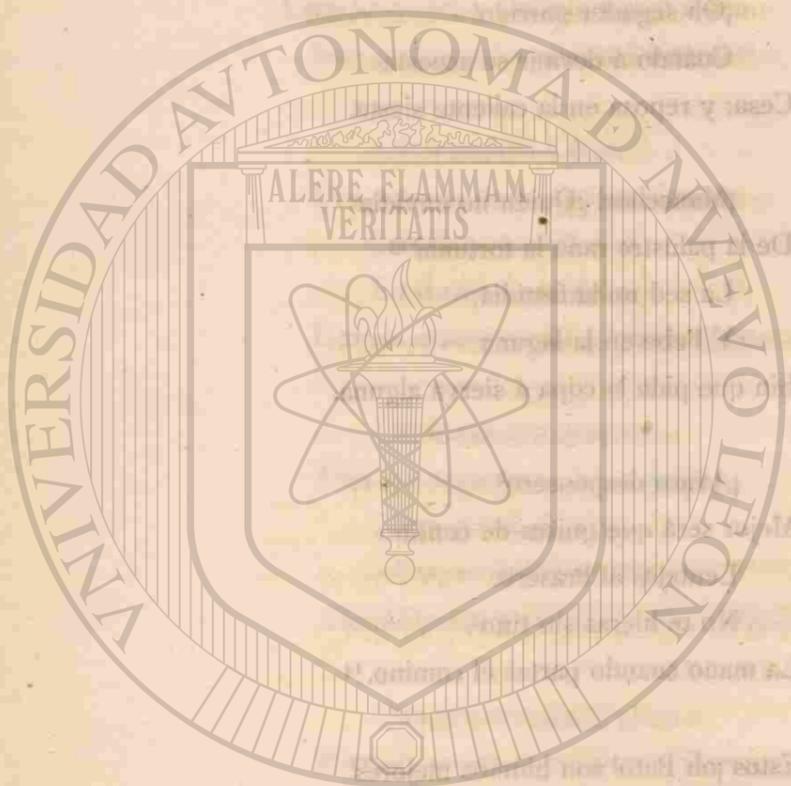
Cuando sale del nido
La bella alondra, á trabajar te apresta
¡Oh segador garrido!
Cuando á dormir se acuesta
Cesa; y reposa en la caliente siesta.

¡Mancebos! ¿Quién no envidia
De la palustre rana la fortuna? ¹³
La sed no la fastidia,
Y bebe en la laguna
Sin que pida la copa á sierva alguna.

¡Avaro despensero!
Mejor será que guises de continuo
Lentejas al brasero.
No te hieras sin tino
La mano cuando partas el comino. ¹⁴

Estos ¡oh Bato! son himnos mejores
Para el varon que bajo el sol se afana;
Y á tu madre tus míseros amores
Al despertarse cuenta en la mañana.





IDILIO XI.

EL CÍCLOPE.

ARGUMENTO.

BEPRESENTA este Idilio al Cíclope Polifemo, cantando sus amores á la ninfa Galatea. Está dedicado á Nicias, médico y poeta de Mileto, quien dirigió á Teócrito en correspondencia un poema intitulado *El Cíclope ó Galatea*, ahora perdido.

Además de Virgilio, Ovidio ha imitado muchos pasajes; y la canción de Leucipo, en la Egloga segunda de Valbuena, es una perfecta imitación del presente Idilio.

AL DR. D. JOSE MARIA BANDERA.

Ningun remedio contra Amor, ni unguento
Ni leves polvos hay, segun noticias,
Sino las Musas; gran medicamento,
Que aunque germina en nuestro suelo ¡oh Nicias!
No es el poder hallar fácil intento.
Y tú, que de las Nueve eres delicias,
Y de la ciencia médica las llaves
Tienes al mismo tiempo, bien lo sabes.

IDILIO XI.

Así pasaba plácida la vida
 Aquí en Sicilia el Cíclope afamado
 Polifemo el de antaño, á la garrida
 Galatea¹ siguiendo enamorado.
 El bozo aún no cubría la encendida
 Mejilla, ni su labio nacarado;
 Y no nutrian rosas ni manzanas²
 Su ciego amor, mas furias inhumanas.

Nada cuidaba ya: del monte al ható
 La grey tornaba sin pastor ni guía;
 A su bella cantando el insensato
 Desde el alba en la playa se escocía:
 De Vénus le causó tal arrebato
 El dardo que en el pecho hondo tenía.
 Halló el remedio; así con tosca boca
 Mirando al mar, cantaba en alta roca:—

¡Por qué, cándida Ninfa Galatea,
 Del que rendido te ama huyes esquivada?
 Tu pura tez cual requeson blanquea,

Y más que un ternerillo eres altiva;
 Cual uva que inmadura verdeguea
 Amarga, y que un cordero más festiva,
 Llegas si al dulce sueño cierras el ojo,
 Y al despertar, de huir te viene antojo.

Huyes de mí cual tímido cordero
 Huye al mirar al espumante lobo.

IDILIO XI.

¡Niña! De tí me enamoré primero
 Cuando mi madre³ y tú, bajo aquel pobo
 Jacintos deshojábais: yo el sendero
 Al monte os enseñé, y en dulce arrobo
 Me tienes hoy, y siempre, desde entónces;
 Mas tú, lo sé, ¡por Jove! eres de bronce.

¡Bellísima mujer! Por qué se aleja
 De mí tu corazón, mi amor comprende;
 Es porque una tansolo, hirsuta ceja
 Por mi frente larguísima se extiende,
 Que llega de una oreja á la otra oreja,
 Y abajo un ojo solitario esplende.
 Es porque encima de mi labio asoma
 Ancha nariz desgraciada y roma.

Pero tal como soy, pacen millares
 De ovejas pingües en el campo mío;
 La mejor leche ordeño y bebo á mares,
 Y queso no me falta, ya en estío,
 Ya en medio del otoño lo anhelares
 O del extremo invierno en lo más frío;
 Y siempre están henchidos mis cestones
 De frutas y variadas provisiones.

En pulsar la zampoña soy más diestro
 Que ningún otro Cíclope en contorno,
 Y cantándote á tí y el amor nuestro,
 ¡Mi prenda,⁴ mi manzana!, al hogar torno

IDILIO XI.

A media noche. Para tí amaestro
Once venadas, de mi grey adorno,
Todas fecundas ya, con cervatillos,
Y de oso cuatro bellos cachorrillos.

Tuyo todo será. Ven y disfruta
De mi riqueza, y deja que las olas
Se estrellen en la playa: tú en mi gruta
Más dulce vivirás conmigo á solas.
Laurel y vides de sabrosa fruta,
Cipreses tengo allí, hiedras y violas;
Y agua fresca me manda el Mongibelo
De nieve derretida, dón del cielo.

¿Quién vivir en el mar á tal prefiere?
De vello aunque me cubre áspero toldo,⁵
Tengo leña de encino; y nunca muere
La lumbre de mi hogar bajo el rescoldo.
Pero sin tí, si tu desden me hiere,
A que se abra mi alma yo me amoldo,
Y aun la única pupila con que veo,
Prenda la más valiosa que poseo.

¡Triste de mí! ¿Por qué no vine al mundo
Con aletas de pez? Tu rauda planta
Siguiéndote besara en lo profundo
Del piélagos furioso que me espanta.
Dírate lirios blancos sin segundo
Y la amapola, cuyo rojo encanta:

IDILIO XI.

Aquellos en invierno, ésta en verano,⁶
Que darlos á la vez no está en mi mano.

— ¡Oh niña! Si arribare cierta nave
Aquí á nadar me enseñará siquiera⁷
Un marinero audaz, que el arte sabe.
En el fondo del mar de esta manera
Probaré qué placer en vivir cabe.
¡Oh Galatea, sál! y una vez fuera
Tornar olvida á tu espumosa casa,
Como sentado aquí, á mí mismo pasa.

Ven á pacer conmigo mi rebaño,
Y la leche á ordeñar y á hacer el queso.
Sola mi madre es causa de mi daño
Que no te habló jamás de mi embeleso,
Aunque por tí miraba de año en año
Que me iba consumiendo hasta el exceso.
Diré que entrambos piés y la cabeza
Me duelen, y tal vez le dé tristeza.

¡Triste Cíclope, Cíclope! ¿Tu juicio
Adónde huyó? Mejor es que recuerdes
De tejer canastillas el oficio
Y á tus ovejas cortes ramas verdes.
Ordeña el animal á tu servicio:
Tras la cabra del monte ¿á qué te pierdes?
Hallar es fácil otra Galatea
Que más hermosa y ménos fiera sea.

IDILIO VIII.

Mil vírgenes me invitan á la danza,
Y la noche que accedo al llamamiento
Respiran todas gozo y bienandanza:
¡Mi grandeza y valer no en vano sientol—

Fomentaba su amor y su esperanza
Polifemo cantando; y más contento
Pasaba así la vida placentera
Que si montones de oro poseyera.⁸



IDILIO XII.

LLEVA POR TITULO EN EL ORIGINAL 'ΑΡΤΗΣ, Y NO SE HA TRADUCIDO
POR LAS RAZONES EXPUESTAS EN EL PREFACIO.

IDILIO XIII.

HILAS.

ARGUMENTO.



HILAS, al sacar agua de una fuente, es arrebatado por las Ninfas,
é inscrito en el catálogo de los Inmortales. Este asunto, que for-
ma un episodio de la Expedicion Argonáutica, ha sido tratado
tambien por Apolonio de Ródas, Valerio Flaco, Propercio y otros poetas. El
presente Idilio está dedicado por Teócrito á su amigo Nicias.

Un hijo¹ idolatrado tuvo Alcides,
¡Oh caro Nicias! Hilas fué su nombre
Y su buen padre quiso con esmero
Irlo educando á las futuras lides.
Las artes y ejercicios que renombre
Dieran al Semidíos, y que primero
El aprendido había.

IDILIO VIII.

Mil vírgenes me invitan á la danza,
Y la noche que accedo al llamamiento
Respiran todas gozo y bienandanza:
¡Mi grandeza y valer no en vano sientol—

Fomentaba su amor y su esperanza
Polifemo cantando; y más contento
Pasaba así la vida placentera
Que si montones de oro poseyera.⁸



IDILIO XII.

LLEVA POR TITULO EN EL ORIGINAL 'ΑΡΤΗΣ, Y NO SE HA TRADUCIDO
POR LAS RAZONES EXPUESTAS EN EL PREFACIO.

IDILIO XIII.

HILAS.

ARGUMENTO.

HILAS, al sacar agua de una fuente, es arrebatado por las Ninfas,
é inscrito en el catálogo de los Inmortales. Este asunto, que for-
ma un episodio de la Expedicion Argonáutica, ha sido tratado
tambien por Apolonio de Ródas, Valerio Flaco, Propercio y otros poetas. El
presente Idilio está dedicado por Teócrito á su amigo Nicias.

Un hijo¹ idolatrado tuvo Alcides,
¡Oh caro Nicias! Hilas fué su nombre
Y su buen padre quiso con esmero
Irlo educando á las futuras lides.
Las artes y ejercicios que renombre
Dieran al Semidíos, y que primero
El aprendido había.

IDILIO XII.

Enseñaba á su prole. A ninguna hora
 Lo apartaba de sí: ni á mediodía,
 Ni cuando torna el carro de la Aurora
 Tirado por sus cándidos corceles
 Al palacio de Júpiter; ni cuando
 Las tortolitas fieles
 Buscan el nido blando,
 A sus tiernos pichones
 En los ahumados techos arrullando.
 Con sus sábias lecciones
 Formar un héroe del hermoso niño
 Era su afán constante:
 Y bien supo el infante
 Corresponder al paternal cariño.
 Lució, por fin, el día,
 En que á traer el vellocino de oro
 Esónides Jason² se disponía.
 Selecta compañía³
 De la Grecia decoro
 Con él se preparaba
 Las penas á partir y los honores,
 Y de cada ciudad á los mejores
 Para la expedición se entresacaba.
 También á Jolcos llega
 De Alcmena, Miteátide heroína,
 El Hijo fuerte, á quien jamás doblega
 Empresa ni fatiga peregrina;
 Y con Hilas se embarca,
 En Argo⁴ bien armada y rauda barca.

IDILIO XIII.

Terribles al marino
 Surgian á la entrada del Euxino
 Las Islas Cianeas,⁵ que flotaban
 Y con horrendo choque se encontraban.
 El rápido navío
 Atravesó como águila ligera
 A los escollos sin tocar siquiera,
 Y entró de Fásis⁶ al profundo río:
 Y desde entónce en la Pontina boca,
 Se mira inmóvil una y otra roca.
 Cuando las altas Pléyades⁷ se ostentan
 Y al fin de primavera, en el egido
 Al tierno corderillo, ayer nacido,
 Las últimas pasturas alimentan,
 La flor divina⁸ de héroes esforzados
 A la vela se dió; y al tercer día
 Merced al fuerte Noto,
 En la cubierta de Argo alineados
 Entrar el Helesponto los veía,
 Y cómoda bahía
 Hallaba en la Propóntide el piloto
 Frente á las Cianas⁹ fértiles regiones
 Que los pacientes bueyes
 Sulcando van en todas direcciones.
 Los Argonautas reyes
 Allí al oscurecer desembarcaron,
 Y de juncos y yerba humilde cama
 Sobre la verde grama
 Toscos improvisaron;

IDILIO XIII.

Miéntras de dos en dos frugal merienda
 Preparaban veloces. Una tienda,
 Una mesa comun y un mismo techo
 Unir acostumbraba
 A Telamon, del invencible pecho
 Con Hércules, señor de la gran clava:
 Y ahora tambien, en la pradera amena
 Juntos se aprestan á tomar la cena.
 Hilas, el rubio mozo,
 De bronce con un cántaro luciente
 En busca va de un pozo
 Para llevarles agua. Dulce fuente
 Halla inmediatamente
 Al fin de una llanura,
 Que brota cristalina cabe un antro.
 La celidonia oscura,
 El cándido culantro,
 El apio verde claro y la gramilla
 Y mil yerbas y mil cubren la orilla.

Festivo baile, en tanto,

Y delicioso canto

En medio de las linfas

A las alegres Náyades recrea:

Allí Eunice, allí Mális, y Niquea,

La de primaveral dulce mirada,¹⁰

En coro danzan: ¡vigilantes Ninfas!

Cuya deidad al rústico anonada.

Se acerca el niño ufano

A sumergir el cántaro en la fuente;

IDILIO XIII.

Venlo á través del agua trasparente
 Y á todas acomete amor insano:
 Asen la tierna mano
 Del bello Argivo de melena de oro,
 Y el niño rubicundo
 Al manantial profundo
 Cae como meteoro¹¹
 Que del cielo descende rutilante
 Y en el oscuro mar se precipita.

En ese mismo instante

Allá á lo léjos el piloto grita:

“Velas izad, marinos;

“A la barca tornad, héroes divinos.

“Sopla próspero viento;

“Es de levar el áncora el momento.”

Las Ninfas, entretanto,

Del niño enjugan el amargo llanto;

Lo sientan en sus piernas

Y lo consuelan con palabras tiernas.

Inquieto del rapaz con la tardanza

Y la partida del velero barco,

El hijo de Anfitrion empuña su arco

De los fieros Escitas á la usanza,¹²

Y la tremenda clava, que su diestra

Continuamente muestra;

Párte del campamento

Y con todo el aliento

De su profundo pecho, á su hijo llama.

¡Hilas! Hércules clama;

IDILIO XIII.

¡Hilas! repite con sonoro acento:

¡Hilas! por vez tercera

Resuena atronador en la pradera.

Oye distintamente

Su nombre, en el abismo que lo esconde,

El niño; y por tres veces le responde:

Mas de la clara fuente

Se oye apenas salir ténue sonido,

Que, aunque á sus plantas se halla,

Parece de muy léjos emitido.

¿No visteis cuál estalla

El leon fiero de melena espesa,

Cuando oye por acaso

Clamar al cervatillo en lontananza?

Seguro de la presa

De su caverna rápido se lanza.

Así tras Hilas, con gigante paso

Hércules va por ásperos caminos

Antes jamás trillados,

Los zarzales hollando y los espinos,

¡Padre infeliz! Trabajos no pensados

Le trajo la insensata correría

Por los montes y breñas,

Y en su dolor tenia

De Jason olvidadas las enseñas.

Las entenas alzadas,

Las velas desplegadas,

Alerta el marinero,

En su puesto el patron y el timonero,

IDILIO XIII.

De Hércules en espera en vano estuvo

Hasta la media noche inmóvil Argo.

Ya más no se detuvo:

El azaroso y largo

Viaje siguió la nave; mientras Hilas

Entraba de los Númenes al coro.

De su stirpe desdoro

Y desertor de las heroicas filas

Apellidaban á Hércules en tanto:

Y él, sin curarse del veloz navío

Que con sus treinta remos daba espanto

Al enemigo, caminó con brío

Hasta Cólcos á pié, con suerte vária,

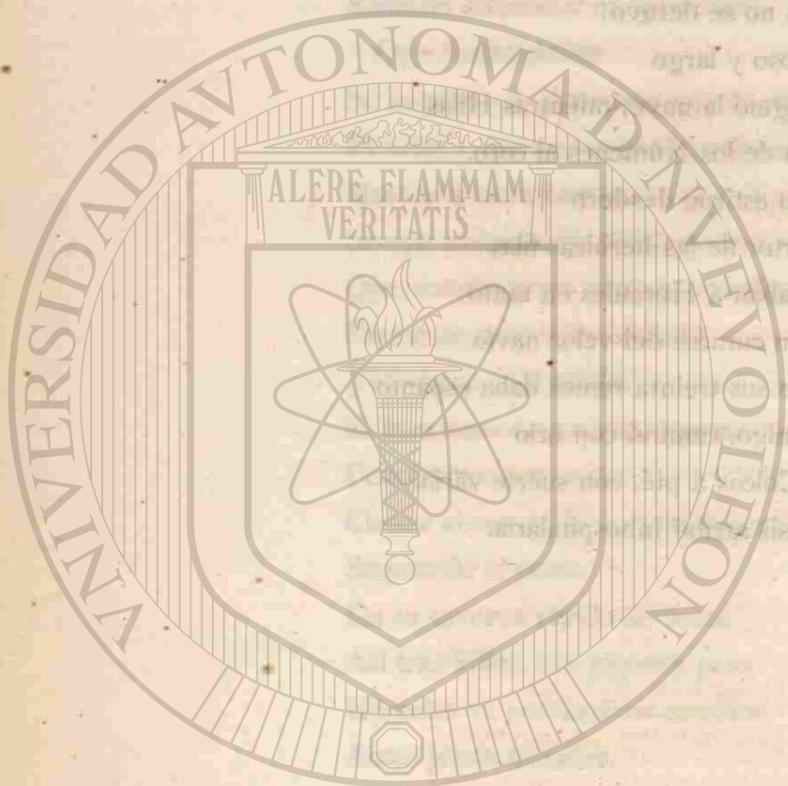
Y á Fásis arribó inhospitalaria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





IDILIO XIV.

LOS AMORES DE CINISCA

O TIONICO.

ARGUMENTO.

AMENTANDOSE Esquines de la fuga y desigual matrimonio de su hija Cinisca, manifiesta su resolución de ahogar sus pesares en la guerra. Tiónico le aconseja que éntre al servicio de Tolomeo, de quien hace un breve, pero elocuente elogio.

ESQUINES, TIONICO.

ESQUINES. Tiónico, buenos días.

TIONICO. Tengas muchos días buenos,
Esquines, y años serenos.

ESQUINES. ¡Há un siglo que no venías!

TIONICO. ¿Un siglo? ¿Pues qué te pasa?

ESQUINES. ¡Ay, Tiónico querido!
Desde que te ví han sucedido
Grandes cosas en mi casa.

TIONICO. ¡Bah! Por qué tienes comprendo
El rostro tan demacrado,
El cabello enmarañado
Y un bigotazo tremendo.



IDILIO XIV.

Así se me presentó
Un descalzo Pitagórico
Muy flaco, que categórico
Ser de Aténas declaró:

Y descubrí sin premura
Que causaban sus dolores
Desesperados amores
Con la harina y levadura.¹

ESQUINES. Te burlas de mí, buen hombre;
Mas no hay lugar para trisca;
Que mi única hija Cinisca
Ha mancillado mi nombre.

¡Ay! Para perder el juicio
Ya solo me falta un pelo.
Sepamos cuál es tu duelo:

¿Puedo hacerte algún servicio?
¿No será algún arrebató
De los que siempre padeces?
Tranquilo ríes á veces
Y rabias á poco rato:

Y, sin que la edad te valga
Ni la experiencia adquirida,
Quiéres que todo á medida
De tus caprichos te salga.

ESQUINES. A Apis, Tésalo ginete,
A Cleonico el militar
Y al Argivo, en un solar
De mi casa dí un banquete.

IDILIO XIV.

Un lechoncillo tenia
Y dos lindas pavipollas:
Caracoles y cebollas
Abundaban á porfia,

Y dulce licor Biblino²
Que salido del lagar
Creyeras, aunque á ajustar
Iba cuatro años el vino.

Del convite en el calor
Llenar la copa nos plugo
Con el purísimo jugo
Del racimo embriagador.

Y era preciso mentar
A cada brindis el nombre
De la mujer ó del hombre
Por quien fbase á libar.

Nosotros alegremente
Vaciábamos la vasija;
Pero silenciosa mi hija
Bajaba mustia la frente.

Y ¡qué terrible carcoma
No taladraría mi alma,
Al-dirigirle con calma
Un convidado esta broma!

“¿Qué causa, niña, tu arrobo,
Que no desplegas el labio?
“¿Tal vez, como dijo el sabio,
“Se te ha aparecido el lobo?”³

IDILIO XIV.

Se puso mas roja que ostro
Y encendida de manera,
Que una pajuela pudiera
Prenderse sobre su rostro.

Porque ese lobo, sabrás
Que es LOBO, el hijo de Laba
Que á Cinisca enamoraba
Y es malvado por demás.

Tú lo debes conocer:
Es de elevada estatura,
Y aun á algunos su figura
Quiere hermosa parecer.

Mas nunca creí el rumor
Que ella le correspondia,
Porque adoro á la hija mia,
Y él no es digno de su amor.

Estábamos ya beodos,
Cuando al huésped Lariseo
Vino en malhora el deseo
De divertirnos á todos,

Y un Tesálico cantar
Entre ruidosos clamores,
En honra de los amores
De Lobo empezó á entonar.

Y Cinisca en lloro tierno,
Al recordar á su amante
Prorumpió, como el infante
Que busca el seno materno.

IDILIO XIV.

Entónces (tú me conoces)
Le asesté una bofetada,
Y otra, y otra; á la cuitada
En tanto diciendo á voces:

“Pues que te amarga la sopa
“Que padre y madre te dan,
“¡Infame! de tu galan
“Marcha á beber en la copa;

“Y vierte en hogar extraño
“Esas lágrimas insanas
“Semejantes á manzanas
“En el peso y el tamaño.”

Y como la golondrina
Emprende súbita el vuelo,
Y alimento á su polluelo
Busca en region peregrina,

Así del blando sillón
Ella levantóse rauda
Recogiéndose la cauda
De la túnica y manton;

Y sin proferir palabra
Se escurrió por el zaguan,⁵
Y, como dice el refran,
Al monte tiró la cabra.

Y pasaron veinte dias,
Y luego ocho, y diez, y nueve,
Y once con hoy, y la aleve
Aun está en sus correrías.

IDILIO XIV.

Dos meses voy á ajustar
Sumergido en la desgracia,
Y según usos de Tracia
No me he tornado á afeitar.

Y el seductor, según creo,
Hizo propiedad su robo,
Y con mi Cinisca, Lobo
Ha contraído himeneo.

Como importancia ninguna
Nos dan á los Magareses,⁶
Me persiguen los reveses
De mi contraria fortuna;

Y yo no puedo perdon
Conceder á quien rehusa
Venir á pedirme excusa
De su fuga y seducción.

¡Oh Tiónico querido!
No sé qué remedio hallar
Para poder sepultar
Mis males en el olvido.

Pero Simo, mi paisano
Que padeció igual ultraje,
Emprendió remoto viaje,
Y tornó á Sicilia sano.

Ni soy cobarde, ni tonto;
Y sí del barro formado
Que cualquier otro soldado
¿Qué dices? ¿Me lanzo al ponto?

IDILIO XIV.

TONICO. Pues que no es posible, Esquines,
Ya reparar el agravio,
Será el partido mas sabio
Que á perdonarles te inclines.

Pero si es, según yo veo,
Firme tu resolución
De partir, sigue el pendon
Del glorioso Tolomeo.

ESQUINES. ¿Es acaso favorable
Al que no ha nacido esclavo
Y ser libre quiere al cabo
Del servicio?

TONICO. Inmejorable.⁷

ESQUINES. ¿Y por lo demás, qué tal
Si con el libre cortés?

TONICO. ¡Oh! Yo te aseguro que es
Cual ninguno liberal.

Es benévolo en su trato,
Las Musas ama y cultiva,
Y la sociedad no esquivo
Del sabio y del literato.

Afectuoso y complaciente
Bien sabe quién es su amigo,
Y descubre al enemigo
Aunque enmascare la frente.

Dadivoso cual monarca,
A quien pide tiene á mengua
El negarse; mas tu lengua
Sea en peticiones parca.

IDILIO XIV.

Si, pues, te place mi informe
Y servir al Rey prefieres,
Y al hombro derecho quieres
Ajustar el uniforme;
Si de escudado guerrero
Para encontrar el asalto
Te hallas de valor no falto;
Corre al Egipto ligero.
En las sienes los amagos
Empiezan de la calvicie,
Y presto hará la canicie
En las mejillas estragos.
Y pues la pierna segura
Sientes, y bélico aliento,
Este, Esquines, el momento
Es de ceñir la armadura.



IDILIO XV.

LAS SIRACUSANAS

LAS FIESTAS DE ADÓNIS.

A LAS SEÑORITAS DE TARNAVA.

ARGUMENTO.

DOS Siracusanas, residentes en Alejandría, van á ver las fiestas de Adónis, celebradas con gran pompa por Arsinóe, esposa de Tolomeo Filadelfo, Rey de Egipto. Está lleno el presente Idilio de vivacidad mímica, y nos vemos introducidos á la casa de una de las protagonistas, donde oímos la conversacion familiar con su amiga y sus criadas, asistimos á su tocador y presenciemos las caricias que hace á su infante. Seguimos á todas por las calles de Alejandría, y entre la turba de soldados y pueblo penetramos en el palacio de la Reina, donde se nos hace admirar la suntuosidad de los adornos, y escuchamos, por último, la cancion entonada ante el simulacro de Adónis por la cantatriz más célebre de la época.

GORGÓ, EUNOE, PRAXINOE,

UNA VIEJA, DOS HOMBRES, UNA CANTATRIZ.

GORGÓ.

¿Praxinóe está en casa?

EUNOE.

Oh mi querida
Gorgo, cuán tarde llegas! La señora
En casa se halla y eres bien venida.

IDILIO XIV.

Si, pues, te place mi informe
Y servir al Rey prefieres,
Y al hombro derecho quieres
Ajustar el uniforme;
Si de escudado guerrero
Para encontrar el asalto
Te hallas de valor no falto;
Corre al Egipto ligero.
En las sienes los amagos
Empiezan de la calvicie,
Y presto hará la canicie
En las mejillas estragos.
Y pues la pierna segura
Sientes, y bélico aliento,
Este, Esquines, el momento
Es de ceñir la armadura.



IDILIO XV.

LAS SIRACUSANAS

LAS FIESTAS DE ADÓNIS.

A LAS SEÑORITAS DE TARNAVA.

ARGUMENTO.

DOS Siracusanas, residentes en Alejandría, van á ver las fiestas de Adónis, celebradas con gran pompa por Arsinóe, esposa de Tolomeo Filadelfo, Rey de Egipto. Está lleno el presente Idilio de vivacidad mímica, y nos vemos introducidos á la casa de una de las protagonistas, donde oímos la conversacion familiar con su amiga y sus criadas, asistimos á su tocador y presenciemos las caricias que hace á su infante. Seguimos á todas por las calles de Alejandría, y entre la turba de soldados y pueblo penetramos en el palacio de la Reina, donde se nos hace admirar la suntuosidad de los adornos, y escuchamos, por último, la cancion entonada ante el simulacro de Adónis por la cantatriz más célebre de la época.

GORGÓ, EUNOE, PRAXINOE,

UNA VIEJA, DOS HOMBRES, UNA CANTATRIZ.

GORGÓ.

¿Praxinóe está en casa?

EUNOE.

Oh mi querida
Gorgo, cuán tarde llegas! La señora
En casa se halla y eres bien venida.

IDILIO XV.

PRAXINOE.

Es milagro que llegues aun ahora.—
Dáale un sillón á la visita, Eunóe,
Y la blanda almohada sin demora.

EUNOE.

Ahí está.

PRAXINOE.

Toma asiento.

GORGO.

¡Ay Praxinóe!

Para llegar aquí, ¡cuánto trabajo!
Deja que mi alma valerosa loe
Que entre la turba, sin morir, me trajo
De carrozas, y botas y armaduras:
Larga es la calle y vives muy abajo.

PRAXINOE.

¿Qué quieres? Condenóme á estas alturas
Y me ha puesto no casa sino cueva,
Ese hombre con su envidia y sus locuras.
Siempre á capricho contrariarme lleva,
Y no quiere que seas mi vecina,
Ni que contigo á murmurar me atreva.

IDILIO XV.

GORGO.

No discurras así, Vénus divina²
De tu esposo; que el niño está delante.
Mira, mujer, á verte cuál se inclina.

PRAXINOE.

Zopirito, mi bien: nada te espante.
No hablo de tu Papá.

GORGO.

¡Por la gran Diosal³
¡Qué bien entiende el avisado infante!—
Es muy bueno tu padre.

PRAXINOE.

Escucha, hermosa:

Ese padre tan bueno, el otro día,
(*Y un día y siempre son la misma cosa*)

Nitro á comprarme fué á la droguería
Y colorete; y con sus trece codos,
Solo nos trajo sal, por vida mia.

GORGO.

No me admiro, por cierto: iguales modos
Tiene mi Dioclides, del dinero

IDILIO XV.

Eterna perdicion; así son todos.

Cinco pieles ayer, no de carnero,
Sino de perro viejo y pestilente
Compró por siete dracmas á un tendero.

Mas al palacio ven del Rey potente:
Pónte las faldas, y el manton que ajusta
La linda hebilla de metal luciente.⁴

Salir á ver á Adónis mas me gusta:
Una fiesta magnífica prepara,
Segun me dicen, nuestra Reina augusta.

PRAXINOE.

Es rico cuanto el rico nos depara.
Tú que algo viste ya de tanto brillo
Cuéntame lo que pasa, Gorgo cara.

GORGO.

Que vayamos á verlo es mas sencillo;
Para quien vive ocioso siempre es fiesta.⁵

PRAXINOE.

¡Eunóe! Trae la jarra y el lebrillo.
Llévalo á la mitad.—¡Oh, cuán molesta!
Déjalo ahí otra vez.—El lecho blando
Agrada hasta á las gatas.⁶—¡Ea! Apresta
El agua que pedí: lo estoy mandando
Hace dos horas. ¡Agua! Más aprisa
Muévete.—Al fin la trajo.—Véla echando,

IDILIO XV.

Que es la cosa primera y mas precisa.—
¡Oh! No tanta, infeliz. ¡Ténte, verdugo!
Me has empapado toda la camisa.—
Ya me lavé como á los Dioses plugo.
¿Del armario mayor dó están las llaves?
Traelas miétras el rostro yo me enjugo.

GORGO.

¡Qué bien te queda ese jubon no sabes,
Y el broche! Por el paño, puesto fuera
Del telar, ¿cuánto dístes?

PRAXINOE.

¡Ay, no acabes,
Oh Gorgo!, que acordarme no quisiera:
Mas de una mina⁷ ó dos de plata pura
Y mi trabajo: puse el alma entera.

GORGO.

Pero salió á tu gusto, y tu hermosura
Realza.

PRAXINOE.

Dices bien.—Dáme ahora el manto
Y el sombrerillo⁸ ponme con finura.—

IDILIO XV.

No he de llevarte, hijito. ¡Huy, huy, qué espanto!
 ¡Muerde el caballo! Nada hará tu enojo,
 Así pudiera sofocarte el llanto.

No quiero que despues resultes cojo.—
 Vamos—Frigia, divierte al inocente:
 Haz á la perra entrar, corre el cerrojo.

¡Oh Dioses inmortales, cuánta gente!
 ¿Cómo y cuándo pasar por tal tumulto?
 ¿Qué hormiguero sin fin, siempre creciente!

Desde á tu Padre tributamos culto
 ¡Oh Tolomeo, tu feliz reinado
 Cuántos hechos señalan! Ni un insulto

El pasajero teme del malvado,
 Ni el fraude impera ya, conforme al triste
 Hábito en el Egipto inveterado.¹⁰

Ni se encuentra, como ántes, quien aliste
 De audaces bandoleros las legiones,
 Que el crimen tú desaparecer hiciste.—

¡Ay, dulce Gorgo! Mira los bridones
 De batalla del Rey. ¡Dioses, qué miedo!—
 ¿Qué haces, Eunoe? ¿En salvo no te pones?—
 No me pises, amigo, estáte quedo.—

Mira aquel potro negro: á su ginete
 Va á derribar ¡oh Gorgo! ¡Qué denuedo!
 ¡Qué furioso corcel! ¡Cuál acomete,
 Cuál se levanta! Tengo inmenso gusto
 De haber dejado al niño en mi retrete.

IDILIO XV.

GORGO.

Que ya te calmes, Praxinoe, es justo:
 Nos han dejado atrás, y á la llanura
 Salieron.

PRAXINOE.

Sí: me va pasando el susto.
 La sierpe y el caballo gran pavura
 Y horror me dan desde la edad temprana.
 El paso acelerémos. ¡Qué apretura!

GORGO.

¿En palacio has estado, buena anciana?

VIEJA.

Hermosas hijas, de palacio llevo.

GORGO.

¿Será el querer entrar empresa vana?

VIEJA.

Tentando, en Troya el valeroso Griego
 Penetró vencedor. Niña, el que-tienta

Lo que quiere lograr consigue luego.

IDILIO XV.

GORGÓ.

¡Profetizó el oráculo y se ausenta!

PRAXINOE.

Todo saben las viejas. Del enlace
De Júpiter y Juno aún dan cuenta. ¹¹

GORGÓ.

¡Ay Praxinóe: cuánto me desplace!
Mira qué muchedumbre hay á la entrada.

PRAXINOE.

Impenetrable. Deja que te abrace;
Dáme la mano, Gorgo.—Tú abrazada
Con Eutíquide, Eunóe, avanza; y cuida
No yerres de nosotras separada.

Entrémos todas juntas. Bien asida
Vé, por piedad, Eunóe.—¡Ay, sin consuelo!

¡Qué va á ser hoy de mí, Gorgo querida?
En dos pedazos me han rasgado el velo.—

¡Buen hombre! No desgarrés mi ropaje,
Así te lleve Júpiter al cielo.

HOMBRE.

No ha sido culpa mía; mas tu traje
Procuraré cuidar.

IDILIO XV.

PRAXINOE.

¡Qué turba densa!
Empujan como cerdos. ¡Qué oleaje!

HOMBRE.

Pásete la inquietud, señora; piensa
Que ya estamos en salvo.

PRAXINOE.

Amigo caro:
Ahora y siempre tengas recompensa.
Nos ha salvado tu piadoso amparo;
Mi gratitud te seguirá sin tasa.—
Ya sofocan á Eunóe. ¡Eh! sin reparo
Sigue, cobarde; por la fuerza pasa.—
Muy bien. *Ya entramos todas*, como dijo
Aquel que á su mujer encerró en casa.

GORGÓ.

Ven aquí, Praxinóe: ¡oh regocijo!
Contempla esos magníficos tapices:
Obras de dioses los crearás de fijo.

IDILIO XV.

PRAXINOE.

¡Veneranda Minerva! ¿A qué felices
Manos tejer fué dado esas figuras?
¿A qué pincel trazar esos matices?
Parecen animadas esculturas:
Que se mueven cualquiera se imagina.
¡Cuán naturales son esas posturas!
Tiene el hombre en verdad ciencia divina.
De Adónis ve la efigie primorosa
Que en su lecho de plata se reclina.
El bozo apénas en su faz graciosa
Empieza á despuntar. ¡Cuán justamente
Le aman aún en la Estigia luctuosa!

HOMBRE SEGUNDO.

¡Bah! Dejad vuestra charla impertinente.
De tórtolas parece ese lenguaje:
La boca abris sin gracia.¹²

GORGÓ.

¡Qué insolente!
¿Y de dónde salió ese personaje?
¡Por mi vida! Si somos charlatanas
¿Te hacemos, por ventura, algun ultraje?
Vé á buscar entre tantas cortesanas
Alguna á quien mandar: es bien distinto
El querer sujetar Siracusanas.

IDILIO XV.

Y sábete que oriundas de Corinto¹³
Somos, como lo fué Belerofonte
Que abandonó la patria en sangre tinto.
Del gran Peloponeso á oír imponte
El dialecto; que en Dórico el de Doria
Puede hablar, segun creo.

PRAXINOE.

¡Oh de Aqueronte

Dulcísima Señora! La alta gloria
De imponernos su imperio, nadie pueda
Clamar salvo uno solo. ¡Vil escoria!
Ni bien ni daño temo me suceda¹⁴
Por causa tuya. Cese tu porfia.

GORGÓ.

Silencio Praxinóe: estáte queda.

A Adónis va á cantar la hija de Argía,
La sábia cantatriz, que tanto nombre
De Espérquis¹⁵ alcanzó con la Elegía.
Ya preludia. Oirás algo que asombre.

CANTATRIZ.

¡Dulce Reina, que en Golgos¹⁶ te recreas,
Que moras en el Erico eminente
Y en la alta cima del Idalio monte!
¡Oh Vénus, que con oro jugueteas!
¡Cuál á tu Adónis adorable, ausente
Hace ya doce meses, de Aqueronte
Traen las Horas hoy, de piés süaves!¹⁷
Lentísimas y graves

IDILIO XV.

Las dulces Horas son entre las Diosas;
 Mas deseadas llegan,
 Y siempre generosas
 Egregios dones al mortal entregan.
 ¡Oh prole de Dione, alma Ciprina!
 Tú la inmortalidad diste esplendente,
 Según la Fama cuenta, á Berenice,¹⁸
 Ambrosía infundiéndole divina
 En su cándido seno reluciente.
 Agradecida su Hija te bendice
 ¡Oh Diosa de mil nombres y mil templos!
 Siguiendo los ejemplos
 Arsinoé¹⁹ de Helena, altos honores
 A Adónis establece;
 Y las prendas mejores
 Que el Reino dá, munifica le ofrece.

Cuantas frutas regálanos la grata
 Autumnal estacion; cuanta verdura
 En los amenos huertos blanda brota,
 En canastillos de bruñida plata
 Le llevan, imitando á la natura.
 Sus perfumes para él la Siria agota
 Y envía en áureos vasos á millares:
 Cuantos ricos manjares
 Prepara la mujer, á blanca harina
 Mezclando suave aceite
 Con flores y miel fina,
 De Adónis hoy concurren al deleite.

IDILIO XV.

Cuantas aves recorren á parvadas
 El ancho cielo, aquí contempla el ojo,
 Aquí se admiran todos los reptiles.
 También se elevan verdes enramadas
 Adornadas doquier de suave hinojo;
 Encima los Amores infantiles
 Aquí y allí festivos juegetean,
 Y tiernos aletean.
 De ruiseñor á guisa de polluelo
 Que á revolar aprende,
 Cada uno armando el vuelo
 De un ramo y de otro ramo se desprende.

¡Cuánto ébano! ¡Cuánto oro! ¡Qué preciosas
 Águilas blancas de marfil, llevando
 El fiel copero á Júpiter amante!²⁰
 ¡Qué purpúreas alfombras primorosas!
 Que el dulce sueño juzgarán mas blando
 Su mórbido tejido, el habitante²¹
 De Samos fértil, y Mileto entera.
 La Diosa de Citera
 Del lecho de su Adónis no se mueve.
 Solo le apunta el bozo;
 Diez y ocho ó diez y nueve
 Años, apenas cuenta el rubio mozo.

¡Alégrate, Citéres! Goza ufana
 Hoy que á tu esposo te devuelve el cielo

IDILIO XV.

Desde los reinos de Aqueronte umbrío.
Nosotras muy temprano en la mañana
En procesion solemne, cuando el suelo
Aun humedezca el matinal rocío,
Del mar lo llevaremos á la orilla.
Nuestra veste sencilla
Dejando hasta el talon caer de lleno,
Suelta la cabellera
Y descubierto el seno,
Cantaremos allí de esta manera:

Vuelves ¡oh dulce Adónis rubicundo!
Desde Aqueronte á nuestro suelo ardiente.
No hay semidios que tal ventura cuente;
Ni el grande Agamenon²² volvió á este mundo:

Ni aun Héctor,²³ primer fruto del fecundo
Seno de Hécuba hermosa, ni el valiente
Pirro,²⁴ cuando cayó Troya impotente
Ni el buen Patroclo,²⁵ ni Ajax²⁶ iracundo.

No tornaron los viejos Deucaliones,²⁷
Lápitás ni Pelópidas; ni de Argos
La flor y nata, los Pelasgos fuertes.

¡Oh Adónis! Sé propicio á mis canciones:
Alegre vuelve á nos por años largos,
Que hoy y siempre doquier consuelo viertes.

IDILIO XV.

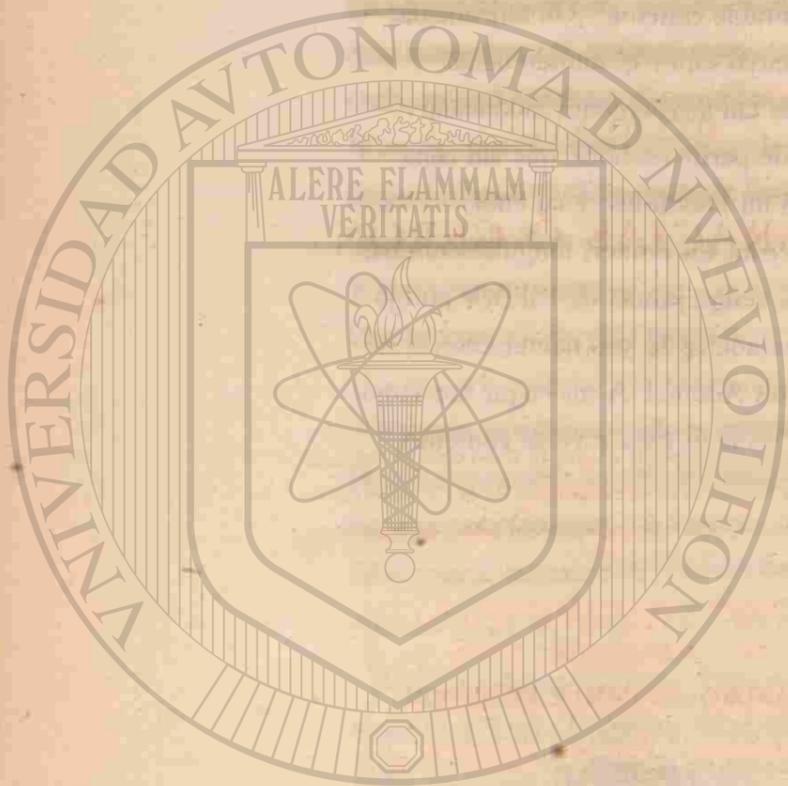
GORGÓ.

¡Admirable cancion! ¡Oh afortunada
Mujer, cuyo saber el mundo llena!
¡Qué voz tan suavemente modulada!

Mas de partir es hora, que sin cena
Se halla mi Diocledes, y su enojo
Cuando está sin comer, ninguno enfrena.

No te venga jamás de hablarle antojo
¡Oh Praxinóe! si lo ves hambriento.—
¡Adios, oh Adónis! A mi hogar me acojo;
A dó reina el placer vé tú contento.





IDILIO XVI.

LAS GRACIAS Ó GERON.

ARGUMENTO.



ESTE Idilio se dirige todo á Geron II, último tirano de Sicilia. Se queja Teócrito de la ingratitud de los Reyes y Príncipes con los Poetas, y termina elogiando las dotes bélicas del Soberano cuya protección implora.

AL SR. LIC. DON

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

De las Hijas de Jove¹ y los Poetas
A los Dioses cantar, y heroicos hechos
Celebrar de magnánimos varones
Fué siempre la mision. Pero las Musas
Son númenes, y á dioses glorifican;
Nosotros somos hombres, y á mortales
Ensalzarémos en mortales versos.
Mas ¿quién de cuantos moran bajo el carro
De la cerúlea Aurora, quién sus puertas
No desdeñando abrir, á nuestras Gracias²

IDILIO XIV.

Acogerá cortés en su recinto?
 ¿Dó será dado hallar quien no deseche
 Su humilde peticion, ni defraudadas
 De los dones que aguardan las despida?
 ¡Ah, pobres Gracias! ¡Cuántas veces tornan
 Con faz airada y con desnuda planta,
 Quejándose de mí, que viajes vanos
 A emprender las obligo; y en el fondo
 De un viejo arcon³ se sientan perezosas
 En la fria rodilla reclinando
 La cansada cabeza! Ahí les tengo
 Deshonrosa mansion, siempre que vuelven
 Sin llenar su deber. De nuestro siglo
 ¿Quién es el hombre, quién, que favorezca
 Al varon elocuente? Yo lo ignoro.
 No ambicionan, como ántes, los mortales
 Ser loados por ínclitas proezas;
 La sed del oro vil consume á todos.
 Con la mano en el seno, en torno gira
 La vista cada uno, solo espiando
 Adónde y cómo recoger dinero,
 Y ni la escoria en regalar consiente.
 Tiene siempre en la boca estos refranes:
 "Más léjos está el pié que la rodilla;
 "Yo atiendo á mi fortuna: á los Poetas
 "Favorezcan los Númenes. ¿Qué vate
 "Despues de Homero⁴ habrá, Rey de cantores?
 "Basta con él y sobra; y no hay cuidado
 "Que á saquearnos venga de su tumba."

IDILIO XVI.

¡Insensatos! ¿El oro de qué sirve
 Cuando se guarda inútil en las arcas?
 No es este el uso que los sabios hacen
 De sus riquezas: para sí reservan
 Una porcion, y al vate favorito
 Donan otra porcion, á los parientes
 Colman de beneficios, y limosnas
 Regalan sin medida á los extraños:
 Enriquecen los templos con ofrendas,
 Nunca cierran la puerta al peregrino,
 Y tiene siempre mesa hospitalaria
 De donde páрте el huésped satisfecho
 Y por su voluntad. Mas sobre todo
 Es fuerza honrar de las divinas Musas
 A los sacros intérpretes, si quieres
 Tener aún en el Orco buena fama,
 Y no gemir sin gloria en la ribera
 Del frígido Aqueronte; semejante
 Al abyecto jayan, que con las manos
 Callosas de la azada, triste llora
 La vil mendicidad que fué su herencia.

A siervos mil y mil en los palacios
 De Antíoco y de Aleva⁵ se median
 De mes en mes copiosas provisiones;
 Numerosos becerros, los establos
 Encerraban de Escópades, y vacas
 Corníferas sin fin: innumerables
 Eran de los Creondes (renombrados

IDILIO XVI.

Por su hospitalidad) las escogidas
 Ovejas, que en los campos de Cranonía
 Apacentar solían mil pastores.
 Pero exhalado el último suspiro,
 Ningun placer hubiera acompañado
 A su desnudo espíritu, en la barca
 Del odioso Caron;⁶ y sus riquezas
 Atrás dejando, sin honor ni gloria
 Entre la negra turba de difuntos
 Yacer fuera su suerte largos siglos,
 Si el gran cantor de Ceo,⁷ con su lira
 De muchas cuerdas y sonoros ecos,
 No legara su nombre á la remota
 Posteridad, al lado de los héroes.
 Los mismos rapidísimos bridones
 En los sagrados juegos coronados
 Grande honor alcanzaron. ¿Quién hubiera
 A los Príncipes Licios conocido?
 ¿Ni quién de los Priámides gallardos
 Supiera el nombre? El femenil semblante
 De Cicno⁸ ¿quién trazara, si las guerras
 Antiguas nunca hubieran los poetas
 Celebrado en sus cantos? Ni aun Ulises⁹
 Que ciento veinte meses por los mares
 Anduvo errante, y todas las naciones
 Una tras otra visitó, y al Orco
 Vivo pudo bajar, y de la cueva
 Salvo escapó del Cíclope homicida;
 Ni aun Ulises renombre perdurable

IDILIO XVI.

Pudiera recoger; en hondo olvido
 Sepultado quedara el buen Eumeo
 Y Filecio con él, pastor insigne,
 Y aun el mismo magnánimo Laertes,
 Si el Jónico Cantor no los salvara.

Las divas Musas son fuente segura
 De renombre inmortal; miéntras los vivos
 Disipan de los muertos la riqueza.
 Fuera más fácil numerar las olas
 Del azulado mar, que fuerte viento
 Contra la playa empuja; ó el ladrillo
 Enlodado lavar con agua pura,
 Que no mover el corazón del hombre
 Dominado de sórdida codicia.
 ¡Adios de mónstruo tal! Por más que tenga
 Plata y oro sin fin, siempre lo azuza
 La sed de tener más. Por mí, prefiero
 A mulas y caballos incontables
 La amistad y el honor. El modo busco
 De hacerme grato á Príncipe benigno
 Por medio de las Musas. Erizado
 De espinas y de zarzas el sendero
 Está de las Piérides canoras
 De Jove sin la santa Providencia.¹⁰
 Aun no se cansa el cielo nuevos meses
 De traer en su giro y nuevos años.
 Muchos corceles moverán las ruedas
 Del gran carro del tiempo todavía,

IDILIO XVI.

Y surgirá de cierto aquel preclaro
 Varon que de mi canto necesite,
 Cuando emule los hechos que de Símois
 En la llanura, dó la tumba se alza
 De Ilo de Frigia, ilustres consumaron
 El grande Aquiles¹¹ y Ajax gigantesco.
 Ya los bravos Fenicios, que á Occidente
 En el extremo pié de Libia moran,
 Bélicos rugen; ya su lanza vibra
 El fiel Siracusano, y el escudo
 Embraza armipotente. A la cabeza
 De sus huestes, se ciñe la armadura
 El heróico Geron, de los antiguos
 Semidioses rival, y alto penacho
 De crines, cubre su fulgente yelmo.

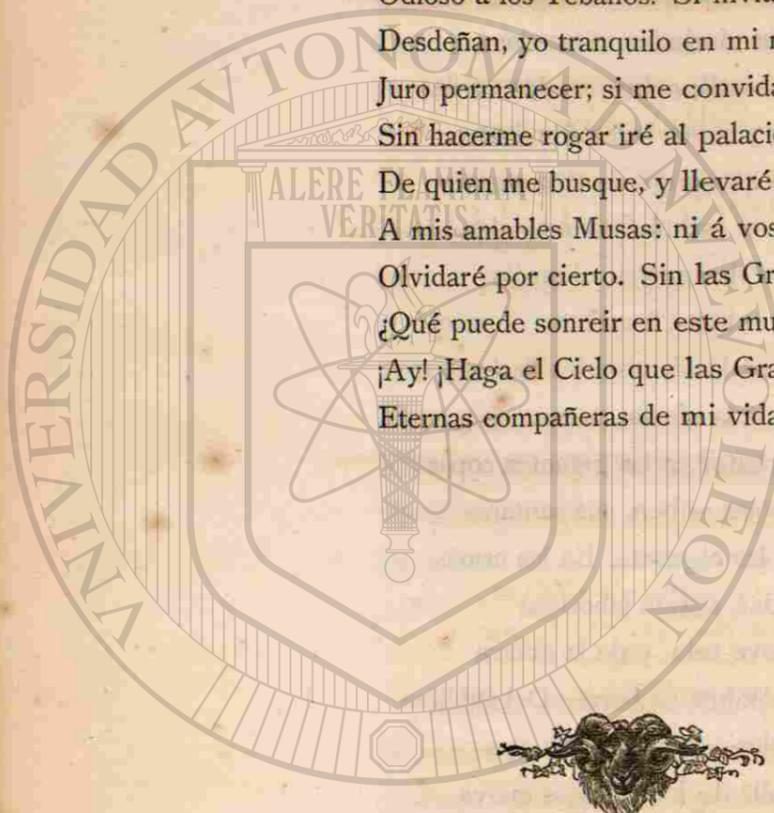
¡Oh Jove, Padre Santo! ¡Oh veneranda
 Minerva! ¡Oh vírgen Diosa, Proserpina
 A quien en suerte cupo, juntamente
 Con tu divina Madre, la grandiosa
 Ciudad de los pudientes Efireos¹²
 Cabe las claras ondas Lisimelias!
 Con el amparo vuestro, los adversos
 Hados alejen la enemiga hueste
 De la bella Sicilia. Por los mares
 Sardonios, huyan los vencidos restos
 Fáciles de contar, de las legiones
 Antes innumerables, el estrago

IDILIO XVI.

De las diezmadas filas á sus hijos
 Y á sus mujeres á contar. En tanto
 Retornen los antiguos habitantes
 A poblar las ciudades, arrasadas
 Por mano hostil; cultívense los verdes
 Campos de nuevo; balen á millares
 Las ovejas que engorde rico pasto;
 Y al llegar al establo por manadas
 La multitud de bueyes, al tardío
 Viandante obligue á acelerar el paso.
 Prepárense á la siembra los barbechos
 A la hora de la siesta, cuando en guardia
 Contra el pastor, á las gigantes copas
 De los árboles suben, sus cantares
 A entonar las cigarras. En las armas
 Arrinconadas, trame laboriosa
 La araña leve tela, y de la guerra
 Hasta el nombre se borre. Del sublime
 Geron la gloria lleven los Poetas
 Aun mas allá de los Escitios mares
 Y la region lejana, cuyos muros
 Unidos con betun¹³ se sujetaban
 Al cetro de Semíramis augusta.
 Yo soy uno de tantos favoritos
 De las sagradas Musas, cuyo anhelo
 Es celebrar la límpida Aretusa,
 De Sicilia decoro, y á las gentes
 Que beben de sus ondas, y al guerrero
 Geron, que nos gobierna belicoso.

IDILIO XVI.

¡Oh Gracias, oh Deidades Eteocleas,
Que amais al Míno Orcómeno, en un tiempo
Odioso á los Tebanos! Si invitarme
Desdeñan, yo tranquilo en mi morada
Juro permanecer; si me convidan,
Sin hacerme rogar iré al palacio
De quien me busque, y llevaré conmigo
A mis amables Musas: ni á vosotras
Olvidaré por cierto. Sin las Gracias
¿Qué puede sonreír en este mundo?
¡Ayl! Haga el Cielo que las Gracias sean
Eternas compañeras de mi vida!



IDILIO XVII.

PANEGIRICO DE TOLOMEO.

ARGUMENTO.



CONTIENE las alabanzas de Tolomeo Filadelfo, hijo de Tolomeo Soter y de Berenice, en cuya corte vivió algun tiempo Teócrito.

AL GENERAL ANTILLON
GOBERNADOR DEL ESTADO DE GUANAJUATO.

Empecemos por Jove, y el extremo
Jove del canto sea, si cantamos
¡Oh Musas! de los Dioses al Supremo.

Mas si al mejor de los mortales amos
En nuestros himnos elogiar conviene
Y al grande Tolomeo¹ celebramos,

Su claro nombre en el principio suene,
Y á la mitad, y al fin; que de tal gloria
El Orbe por dignísimo lo tiene.

IDILIO XVI.

¡Oh Gracias, oh Deidades Eteocleas,
Que amais al Míno Orcómeno, en un tiempo
Odioso á los Tebanos! Si invitarme
Desdeñan, yo tranquilo en mi morada
Juro permanecer; si me convidan,
Sin hacerme rogar iré al palacio
De quien me busque, y llevaré conmigo
A mis amables Musas: ni á vosotras
Olvidaré por cierto. Sin las Gracias
¿Qué puede sonreír en este mundo?
¡Ayl! Haga el Cielo que las Gracias sean
Eternas compañeras de mi vida!



IDILIO XVII.

PANEGIRICO DE TOLOMEO.

ARGUMENTO.



CONTIENE las alabanzas de Tolomeo Filadelfo, hijo de Tolomeo Soter y de Berenice, en cuya corte vivió algun tiempo Teócrito.

AL GENERAL ANTILLON
GOBERNADOR DEL ESTADO DE GUANAJUATO.

Empecemos por Jove, y el extremo
Jove del canto sea, si cantamos
¡Oh Musas! de los Dioses al Supremo.

Mas si al mejor de los mortales amos
En nuestros himnos elogiar conviene
Y al grande Tolomeo¹ celebramos,

Su claro nombre en el principio suene,
Y á la mitad, y al fin; que de tal gloria
El Orbe por dignísimo lo tiene.

IDILIO XVII.

De los ínclitos héroes, que la historia
De semidioses vástagos proclama,
Guardaron sabios vates la memoria.

Y á mí también, que no mediocre fama
Disfruto de poeta, á Tolomeo
La gratitud á celebrar me llama.

Himnos en su loor cantar deseo,
Que aún para los Dioses Inmortales
Los versos sirven de vistoso arreo.

Del Ida² nemoroso en los breñales
Perplejo mira el leñador la selva,
Ni en tanta multitud sabe por cuáles

Arboles empezar. Por más que vuelva
Así la vista en derredor yo mismo
Es imposible ¡oh Dioses! que resuelva

Cuál virtud encomiar. Al ver me abismo
La infinidad de dones excelentes
Que dísteis al modelo de heroísmo,

Al Rey mejor que impera entre las gentes.
¿Qué ensalzaré primero? Escuche el mundo
Los hechos de sus nobles ascendientes.

¡Cuán rápido en obrar; y cuán fecundo
En concebir magníficos proyectos
Que al ingenio escaparan mas profundo

IDILIO XVII.

Era el Hijo de Lago!³ A los perfectos
Númenes, en honor igual lo hizo
Su gran progenitor. Los arquitectos

Celestes con sin par oro macizo
De Jove en el palacio, casa régia
Para él labraron, del Olimpo hechizo.

A su lado descuella en silla egregia
El divino Alejandro,⁴ de él amante,
De los Persas terror con su estrategia.

Alzase enfrente el trono de adamante
Del fuerte Alcides, matador del toro,
Que asiste á los baquetes arrogante

Entre los otros del Celeste coro;
Y de gozo lo llena sin medida
De sus remotos nietos el decoro.

Porque en ellos fijó la edad florida
El Hijo generoso de Saturno,
Y alejó la vejez aborrecida.

A uno y otro inmortal hizo á su turno,
Y de los Dioses que el Olimpo rigen
Les dió el inmóvil divinal coturno.⁵

Entrambos trazan hasta aquel su origen:
A Hércules reconocen por abuelo
Y á Heráclides cual padre se dirigen.

IDILIO XVII.

Por eso Alcides con paterno anhelo
A su esposa feliz cuando tornaba
Lleno del néctar que conmueve el cielo,

Al uno el arco regaló y la aljaba
Que á la espalda llevar airoso debe;
Al otro la nudosa férrea clava.

Y entrambos al divino alcázar de Hebe⁶
Entrando con su padre, la armadura
Pusieron á sus piés color de nieve.

¿Qué diré de la gracia y donosura
De Berenice,⁷ sin igual matrona,
De sus padres honor, sábia criatura?

La veneranda prole de Diona
Que en Chipre impera, plácidas caricias
Prodigó dulce á su gentil persona.

Porque de otra mujer no hubo noticias
Tan adorada de su fiel consorte
Cual ella fué de su señor delicias.

Y de la Reina el cariñoso porte
Mostraba á Tolomeo amor más fuerte:
Y á sus hijos confiaba casa y corte,

Por compartir con él doquier su suerte.
No así la turba infiel que el orbe inunda:
Mujer desamorada á otros convierte

IDILIO XVII.

Los ojos sin pudor; y aunque fecunda,
Del padre las virtudes asombrosas
Es imposible que á su prole infunda.

¡Oh Vénus la más bella de las Diosas,
Alma Deidad! Amparo tú le diste:
Merced á tí, las aguas luctuosas

No atravesó del Aqueronte triste
La hermosa Berenice; y del Barquero
Cuyo fatal poder nadie resiste

Veloz arrebatástela, primero
Que llegara á la tétrica Laguna⁷
Y al negro esquife de Caronte fiero.

Tu gloria le donaste y tu fortuna,
Y en tu propio santuario altos honores;
Dó no olvidando su terrestre cuna

Nos inspira cortés dulces amores,
Y suaviza las penas, y mercedes
Otorga á los cuitados amadores.

Al fiero Calidonio Diomedes⁸
Diste la vida, cuando el gran Tideo,
¡Argiva sin igual! cayó en tus redes.

Tétis la bella, esposa de Peleo,
Dió á luz á Aquiles, flechador famoso:
Y á tí tambien, guerrero Tolomeo.

IDILIO XVII.

Unida á Tolomeo belicoso
 Dió el sér la afortunada Berenice.
 Los ojos al abrir, niño dichoso

De Cóos⁹ te albergó la isla felice,
 Y del seno materno, la divina
 Prenda tomando, fué tu fiel nutrice.

Porque en ella tu madre peregrina
 Al acercarse el fausto alumbramiento
 En sus angustias invocó á Lucina.¹⁰

Llegó la Diosa con benigno intento
 Y de Antígone á la hija acariciando
 Tomó á su lado protectora asiento.

En su cuerpo infundió deliquio blando,
 Y sin dolor, al padre semejante,
 A la luz te sacó ¡Rey venerando!

Y Cóos al mirar al tierno infante
 Besó amorosa el cándido renuevo
 Y extasiada exclamó con voz sonante:

“¡Augusto niño, que en los brazos llevo!
 “Sé venturoso, y dame tanta gloria
 “Cuanta á Délos legara el rubio Febo.”

“Al alto Triope y la vecina Doria
 “Iguala con Rhenea, á quien Apolo
 “Al cielo sublimó desde la escoria.”

IDILIO XVII.

Así la Isla clamó: y allá en el polo
 Entre nubes, de Júpiter el ave,
 El águila, que á Jove anuncia solo,

Tres veces aplaudió con eco grave.
 ¡Infalible señal! Jove lo cuida,
 Y que grande ha de ser el mundo sabe.

Desde el primer instante de su vida
 La protección de Jove lo acompaña
 Y lo sigue la dicha prometida.

¡Cuánta tierra posee, cuánta montaña!
 Islas sin fin y vastos continentes
 Son suyos. ¡Cuánta mar sus playas baña!

Tribus sin cuento, innumerables gentes
 Propagan sus cosechas, que alimenta
 La que Júpiter dá, lluvia á torrentes.

Mas ninguna comarca tal ostenta
 Grata fertilidad, tanta abundancia
 De mieses, cual Egipto la opulenta,

Quando el lecho dejando, húmeda estancia
 En la baja region dó nunca llueve
 El Nilo sale á hacer con arrogancia.¹¹

¿Qué rey con él á competir se atreve
 En ínclitas ciudades industriosas?
 Treinta y tres mil, trescientas treinta y nueve¹²

IDILIO XVII.

Alzan para él sus torres belicosas,
Y Tolomeo como rey preside
Y á todas dicta leyes poderosas.

Con otros el imperio al par divide
De la Arabia, y la Siria, y la Fenicia,
Y los confines que la Libia mide.

Los guerreros de Caria y de Cilicia,
Los negros de Etiopia á él se doblegan,
Los fuertes de Panfilia y los de Licia.

A rendirle homenaje humildes llegan
De las Cícladas Islas, que á millares
Sus barcas velocísimas navegan.

Porque todas las tierras y los mares,
Y los sonantes rios á él se humillan,
Los escudos sin fin de militares

Revestidos de bronce, en torno brillan
De Tolomeo, y rápidos bridones
Ginetes mil en derredor ensillan.

A los reyes de todas las naciones
Nuestro gran Rey en opulencia pasa,
Porque van de doquier contribuciones

A henchir las arcas de su régia casa
Dia tras dia: un bienestar tranquilo
Deja á los pueblos trabajar sin tasa.

IDILIO XVII.

Ninguna banda la region del Nilo
En peces abundante, invadir osa
Ni las villas turbar de paz asilo.

Yerra en el litoral grey numerosa
Sin que saltando de ligera barca
La inquiete de piratas turba odiosa.

De Egipto en la vastísima comarca
El rubio Tolomeo así gobierna,
Lancero sin igual y gran monarca.

Y no tan solo la heredad paterna
En conservar se afana, cual conviene
A rey que dejar quiera fama eterna,

Sino que nuevas posesiones viene
Acumulando él mismo cada hora,
Ni en su alcázar el oro inútil tiene;

Y no es como la hormiga, que atesora
En lo hondo de sus cuevas estupendas
Riquezas cuya suma el mundo ignora.

El á los Dioses dona mil ofrendas,
Escrupuloso paga las primicias¹³
Y lucen en los templos régias prendas.

Mucho á los reyes dá, y á las Egicias
Ciudades; y sus fieles cortesanos
Saben que regalar son sus delicias.

IDILIO XVII.

Ni de alguno los pasos fueron vanos
Que perito en cantar dulces canciones,
Fiado del Rey en las paternas manos,

A las sagradas justas y canciones
Concurriera de Baco:¹⁴ á sus hogares
Siempre tornó con liberales dones.

Los vates de las Musas á millares
Ensalzan la sin par munificencia
De Tolomeo en plácidos cantares.

Para el hombre opulento ¿cuál herencia
Mejor que un gran renombre merecido
Que pase á la remota descendencia?

Su renombre tan solo no han perdido
Los dos hijos de Atreo.¹⁵ Sepultadas
Yacen en las tinieblas del olvido

Las riquezas en Troya amontonadas.
¿Dó las joyas están? ¿dó las preseas
En la casa de Príamo tomadas?

Arden aún las funerales teas,
Sobre el sepulcro de tus padres gime
La turba aún, y ya emular deseas

¡Oh Tolomeo! su virtud sublime.
¡Ejemplo singular! Su augusta planta
En la tibia ceniza el Rey imprime.

IDILIO XVII.

Fragantes templos en honor levanta
De su adorada Madre, y del glorioso
Progenitor á la memoria santa.¹⁶

Labrados de marfil y oro precioso
Allí coloca á entrambos, tutelares
Del que pida favor, mortal piadoso.

Y al llegar cada fiesta, los ijares
De ciento y ciento destrozados bueyes
De vivo rojo tiñen sus altares.

Los vienen á ofrecer entrambos reyes,
Tolomeo, y la más ilustré dama
Que del amor rindiérase á las leyes;

Poderosa mujer, que rendida ama
Al varon que venera cual hermano¹⁷
Y por esposo tierno al par aclama.

Así de Juno y Jove soberano,
Progenie de Cibeles, reina bella,
Fueron las bodas: la fragante mano

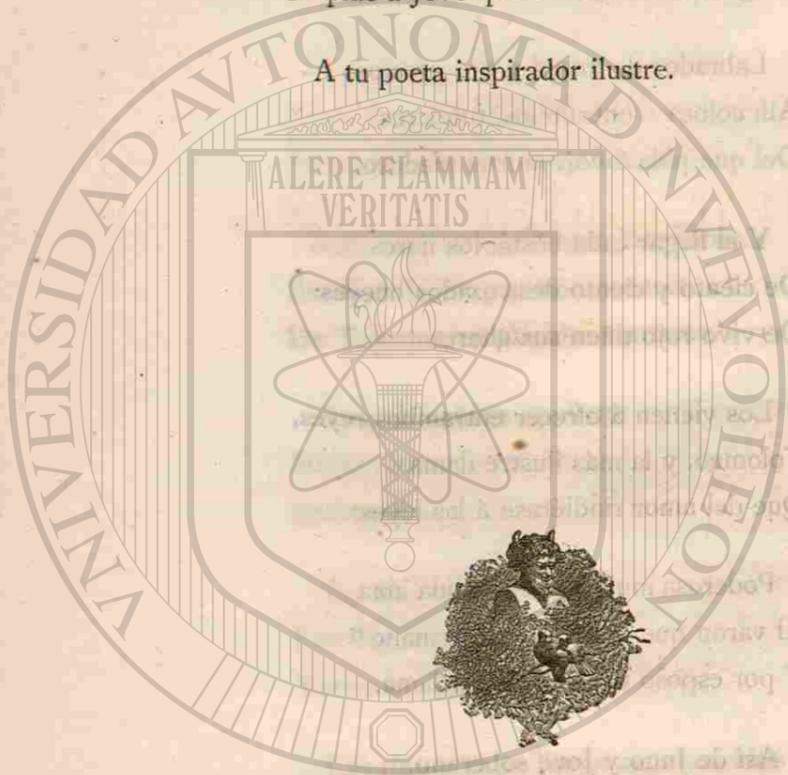
De Iris,¹⁸ aún purísima doncella
Aderezó de Olimpo á los Señores
El tálamo nupcial, que alto descuella.

¡SALVE, oh Rey Tolomeo! Tus loores
Yo cantaré, con no rastrero acento
Que asombre á las edades posteriores.

IDILIO XVII.

Renombre más glorioso darte intento
Que cualquier semidios, y mayor lustre.
Tú pide á Jove que su sacro aliento

A tu poeta inspirador ilustre.



IDILIO XVIII.

EPITALAMIO DE HELENA.

ARGUMENTO.

DOCE vírgenes Espartanas celebran con festiva danza las bodas de Helena y Menelao, y entonan un cántico nupcial en que felicitan al esposo y encomian las dotes de la esposa.

A DON NARCISO G. DE LOYGORRI Y DOÑA CARMEN MURRIETA
VIZCONDES DE LA VEGA.

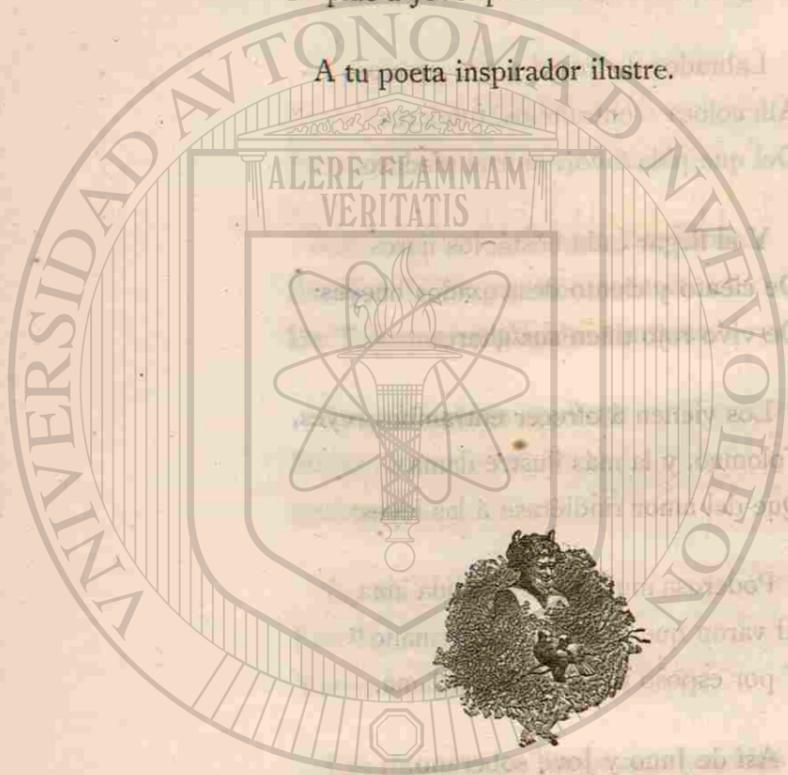
Allá en Esparta un día
Del rubio Menelao¹ en la morada,
Selecta compañía
De vírgenes se hallaba congregada,
Cada una con la frente
Ornada de jacinto floreciente.

Doce eran las doncellas,
Decoro de la gran Lacedemonia.²
Nobles todas y bellas,

IDILIO XVII.

Renombre más glorioso darte intento
Que cualquier semidios, y mayor lustre.
Tú pide á Jove que su sacro aliento

A tu poeta inspirador ilustre.



IDILIO XVIII.

EPITALAMIO DE HELENA.

ARGUMENTO.

DOCE vírgenes Espartanas celebran con festiva danza las bodas de Helena y Menelao, y entonan un cántico nupcial en que felicitan al esposo y encomian las dotes de la esposa.

A DON NARCISO G. DE LOYGORRI Y DOÑA CARMEN MURRIETA
VIZCONDES DE LA VEGA.

Allá en Esparta un día
Del rubio Menelao¹ en la morada,
Selecta compañía
De vírgenes se hallaba congregada,
Cada una con la frente
Ornada de jacinto floreciente.

Doce eran las doncellas,
Decoro de la gran Lacedemonia.²
Nobles todas y bellas,

IDILIO XVIII.

Llamadas á la augusta ceremonia
Cuando enlazó Himeneo
Con Helena³ al menor hijo de Atreo.

Formando dulce coro
En el nupcial magnífico aposento
Recien ornado de oro,
Empezaron la danza y el concerto:
Y todo repetía
El alcázar la fausta melodía:

“¡Afortunado esposo!
¿Por qué nos arrebatas tan temprano
Del baile delicioso
A la que te ha entregado su alba mano?
Déjala hasta la aurora
Que con nosotras dance seductora.

“Su compañero eterno
Te proclama desde hoy Helena amante.
¿Cómo tú solo yerno
Pudiste ser de Júpiter Tonante,
Cuando en Esparta tantos
Príncipes codiciaban sus encantos?

“Benévolo estornudo⁴
Te dirigió algún Genio ¡oh Menelao!
Cual mágico saludo

IDILIO XVIII.

Al arribar tu voladora nao.
De Júpiter á la hija
Y á tí la misma cámara cobija.

“En la fecunda Acaya⁵
Una beldad cual tu divina esposa
Es imposible que haya.
Inclita prole te dará grandiosa
Si nace cada infante
A su gallarda madre semejante.

“De sesenta Espartanas
Eramos cuatro coros virginales.
Bellas todas, galanas
Y en edad y carrera sus iguales,
Ibamos de continuo
Con Helena al Eurotas⁶ cristalino.

“Pero al lado de Helena
No hay una que aparezca sin mancha:
Tras de noche serena
Como la Aurora despuntando brilla,
De Helena la hermosura
Entre nosotras sin rival fulgura.

Cual suele hilera bella
De espigas relucir, del campo adorno;
O en el jardín descuella

IDILIO XVIII.

El gran ciprés, asombro del contorno;
O á la carroza atado
El Tésalo⁷ corcel es admirado:

“Así Helena robusta,
De rosado color y trenzas de oro,
De majestad augusta,
De alta estatura y divinal decoro,
Entre todas ilustre
Es de Lacedemonia honor y lustre.

“No hay una que la iguale
Si en la tabla ó papel pinta y dibuja;⁸
A todas sobresale
Cuando el huso tomando, ó bien la aguja
Con el estambre trama
Variada tela ó con primor recama.

“Ninguna como Helena,
En cuyos ojos brillan los amores,
La dulce lira suena,
Cuando canta los célicos loores
De la casta Diana
O celebra á Minerva soberana.

“¡Pura, graciosa, bella,
Incomparable virgen! La corona
Arrojas de doncella

IDILIO XVIII.

Y la diadema ciñes de matrona.
Mas nosotros como ántes,
Mañana iremos por el prado errantes.

“Y por tí suspirando
Como la oveja de la madre ausente
Suspira por el blando
Seno, y por ella bala tristemente,
Guirnaldas olorosas
Tejerémos de flores primorosas.

“Para tí la primera
Formarémos de loto,⁸ que en la alfombra
Crece de la pradera;
Y de frondoso plátano á la sombra
Colgada la guirnalda
Pondrémos en el campo de esmeralda.

“El árbol regarémos
Con aromas sin par de argéteo vaso;
Y estas escribirémos
Dóricas notas, que en su tronco al paso
Leerán cien y cien ojos:

PLANTA DE HELENA SOY: CAED DE HINOJOS.

“¡Salve, esposa felice!
¡Salve, esposo gallardo, á quien la suerte
Con tál suegro bendice!

IDILIO XVIII.

Latona que en las madres dicha vierte,
La sagrada Latona⁹
De bella prole os dé grata corona.

"Igual amor fomenta
Ciprina entre los dos, la gran Ciprina;
Y Júpiter aumente,
Júpiter, Saturnal prole divina
La rica, noble herencia
Que pase á vuestra noble descendencia.

"Dormid, dormid ahora
Tranquilo sueño y dicha el cielo os done.
Nosotras á la aurora¹⁰
Vendremos cuando el gallo alegre entone
Su matinal gorjeo.
*¡Himeneo, Himeneo, goza Himeneo!*¹¹



IDILIO XIX.

EL LADRONZUELO

DE
PANALES.

ARGUMENTO.



UPIDO, punzado por una abeja, se queja á Vénus, de quien recibe una dulce reconvenccion. Anacreonte ha tratado este mismo asunto, y Villegas lo ha dado á conocer entre nosotros.

Punza una abeja á Amor, que sin recelo
Roba procaz la miel de los panales.¹
Grita Cupido, y quiere de sus males
Soplándose la mano hallar consuelo.

Salta; y batiendo con los piés el suelo²
Refúgiase en los brazos maternos,
Diciendo: "Vé qué llagas tan fatales
"Deja un animalillo pequeñuelo."³

"¿Por qué lloras, mi Amor? No te asemejas
(Con risa celestial clama Citéres)
Tú tambien á las pérfidas abejas?"

"Pequeñuelo ¡oh rapaz! cual ellas eres;⁴
Pero ¡qué llagas tan fatales dejas
Con tu temido arpon siempre que hieres!

IDILIO XVIII.

Latona que en las madres dicha vierte,
La sagrada Latona⁹
De bella prole os dé grata corona.

"Igual amor fomenta
Ciprina entre los dos, la gran Ciprina;
Y Júpiter aumente,
Júpiter, Saturnal prole divina
La rica, noble herencia
Que pase á vuestra noble descendencia.

"Dormid, dormid ahora
Tranquilo sueño y dicha el cielo os done.
Nosotras á la aurora¹⁰
Vendremos cuando el gallo alegre entone
Su matinal gorjeo.
*¡Himeneo, Himeneo, goza Himeneo!*¹¹



IDILIO XIX.

EL LADRONZUELO

DE
PANALES.

ARGUMENTO.



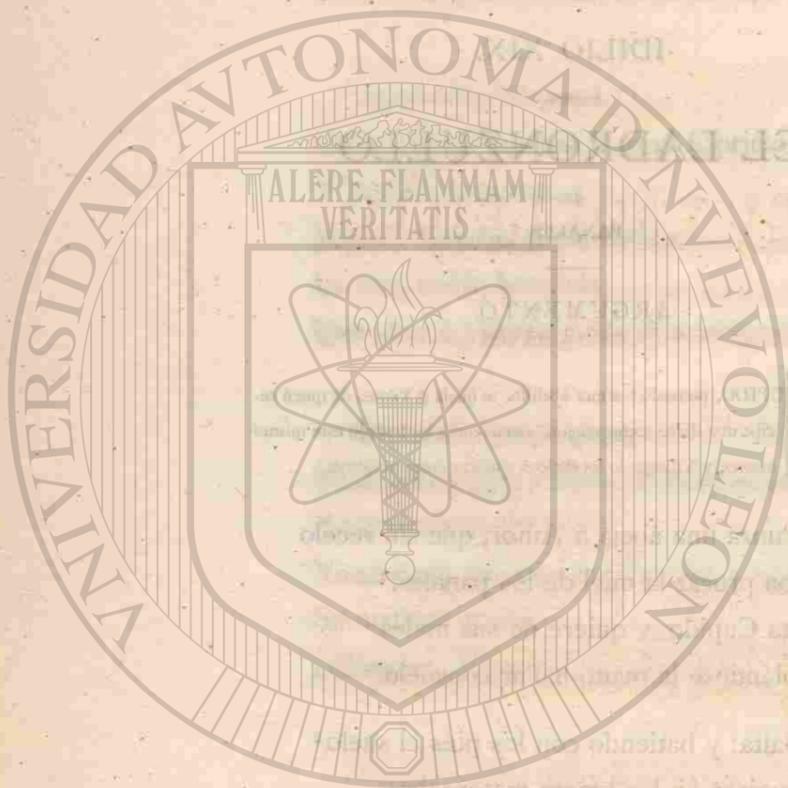
UPIDO, punzado por una abeja, se queja á Vénus, de quien recibe una dulce reconvenccion. Anacreonte ha tratado este mismo asunto, y Villegas lo ha dado á conocer entre nosotros.

Punza una abeja á Amor, que sin recelo
Roba procaz la miel de los panales.¹
Grita Cupido, y quiere de sus males
Soplándose la mano hallar consuelo.

Salta; y batiendo con los piés el suelo²
Refúgiase en los brazos maternos,
Diciendo: "Vé qué llagas tan fatales
"Deja un animalillo pequeñuelo."³

"¿Por qué lloras, mi Amor? No te asemejas
(Con risa celestial clama Citéres)
Tú tambien á las pérfidas abejas?"

"Pequeñuelo ¡oh rapaz! cual ellas eres;⁴
Pero ¡qué llagas tan fatales dejas
Con tu temido arpon siempre que hieres!



IDILIO XX.

EL VAQUERILLO.

A LA SEÑORA DOÑA

SUSANA PESADO DE TERESA.

ARGUMENTO.

DESDENADO un zagal por una señora de la corte á quien se atrevió á requerir de amores, se queja amargamente de la burla sufrida, y aduce en favor propio los ejemplos de tantas Diosas que amaron á pastores. Segun los intérpretes es una invectiva alegórica contra los orgullosos ingenios que ya en tiempo de Teócrito despreciaban la poesía bucólica. El Pastor habla en el Idilio.

EUNICE me burló, porque queria
Declararle en la calle mis amores
Cuando bajé del campo el otro dia.¹

“¡Váyase á la montaña con sus flores!
(Mofándose me dijo) que no debe
Una beldad rozarse con pastores.

IDILIO XX.

“¡Con qué dulzura á requebrar se atreve
A quien escucha siempre á cortesanos!
¡Qué ojos! ¡qué voz! . . . ¡Apártese el alevel!

“¡Qué juegos, qué ademanes tan villanos!
¿Con qué peine rizó su cabellera?
Diga, zagal: ¿son de ébano sus manos?

“¿Con esa barba perfumada espera
El vaquero quizá volverme loca?
¡Bah! Ni por sueño enamorarme quiera,

“No sea que el aliento de su boca
Me haga libar pestífero veneno:
¡Léjos de aquí! que á náusea me provoca.”

Dijo, y tres veces se escupió en el seno²
La esquivá; de los piés á la cabeza
Me vió con aire de sarcasmo lleno.

Gloriándose, partió, de su belleza,
Y se volvió á mirarme de reojo
Murmurando entre dientes con fiereza.

“Mi sangre se inflamó con el enojo;
Y como á rosa el matinal rocío
A mi rostro el color cubrió de rojo.

Ella se fué; mas del furor impío
Con que burló mi gracia y donosura
Guarda recuerdo firme el pecho mio.

IDILIO XX.

¡Pastores que habitais en la espesura!
Decidme la verdad. ¿No soy hermoso?
¿O algun dios ha trocado mi figura?

Ayer aún, mi aspecto era gracioso:
Mis sienes adornaban las madejas
De mi pelo, cual apio, primoroso.³

Cual hiedra que se enreda en las afejas
Encinas, pobladísima crecía
Mi barba; y de azabache eran mis cejas.

Sobre ellas mi alba frente relucía
Y mis azules ojos eran tales
Que Minerva el color envidiaría.⁴

A la cuajada leche eran iguales
Mis bellos labios; y exhalaban trinos
Más dulces que la miel de los panales.

Y son también mis cánticos divinos,
Ya pulse flauta, ó caramillo, ó caña,
O la zampoña, honor de campesinos.

Y todas á una voz en la montaña
Hermoso me proclaman las doncellas,
Y á ninguna zagala amarme empaña.⁵

Solo esta ciudadana mis querellas
Oír desdeña, porque soy villano;
Ni sigue de los Númenes las huellas.

IDILIO XX.

¿No oyó jamás que Baco soberano
Apacienta en el valle una becerra?⁵
¿Ni de Vénus sabrá el amor insano?

Adónis fué zagal, ó el mundo yerra,
Y con él Citeréa fué pastora
En las quebradas de la Frigia sierra.

En las selvas lo amó, y allí lo llora.
¿Y quién era Endimion? ¿No era un vaquero?
Y que Cintia lo amó ninguno ignora.

Por él dejó el Olimpo placentero
Y de los Latmios bosques al abrigo
Le concedió de esposo el alto fuero.

Júpiter á un pastor llevó consigo
Al celestial alcázar; y tú, Rhea,⁶
Aun lloras al zagal que fué tu amigo.

Eunice sola audaz se pavonea
Y me desprecia, y ser mejor no duda
Que Cibéles, y Cintia, y Citeréa.

¡Oh Vénus! que me niegas hoy tu ayuda,
No ames ya en la Ciudad ni en la campiña:
Solitaria⁷ te miren y viuda,

Y el mirto nunca más tu frente ciña.



IDILIO XXI.

LOS PESCADORES.

AL DOCTOR

DON DARIO DE J. SUAREZ, CURA DE LINARES.

ARGUMENTO.



ASFALION, pescador, narra á un compañero suyo un sueño en que le pareció apoderarse de un pez de oro, y juró no volver al ejercicio de la pesca. Este lo tranquiliza acerca de su juramento, y lo estimula á continuar sus acostumbrados trabajos.

ASFALION. COMPAÑERO.

La pobreza es la sola, ¡oh Diofantés!
Que las industrias en el hombre excita.
Del trabajo es maestra: á los constantes
En las fatigas, el reposo quita
Con la turba de penas incesantes
Que aun en la oscura noche al pobre agita:
Y á quien los ojos un instante cierra
Viene, y el sueño súbita destierra.

IDILIO XX.

¿No oyó jamás que Baco soberano
Apacienta en el valle una becerra?⁵
¿Ni de Vénus sabrá el amor insano?

Adónis fué zagal, ó el mundo yerra,
Y con él Citeréa fué pastora
En las quebradas de la Frigia sierra.

En las selvas lo amó, y allí lo llora.
¿Y quién era Endimion? ¿No era un vaquero?
Y que Cintia lo amó ninguno ignora.

Por él dejó el Olimpo placentero
Y de los Latmios bosques al abrigo
Le concedió de esposo el alto fuero.

Júpiter á un pastor llevó consigo
Al celestial alcázar; y tú, Rhea,⁶
Aun lloras al zagal que fué tu amigo.

Eunice sola audaz se pavonea
Y me desprecia, y ser mejor no duda
Que Cibéles, y Cintia, y Citeréa.

¡Oh Vénus! que me niegas hoy tu ayuda,
No ames ya en la Ciudad ni en la campiña:
Solitaria⁷ te miren y viuda,

Y el mirto nunca más tu frente ciña.



IDILIO XXI.

LOS PESCADORES.

AL DOCTOR

DON DARIO DE J. SUAREZ, CURA DE LINARES.

ARGUMENTO.



ASFALION, pescador, narra á un compañero suyo un sueño en que le pareció apoderarse de un pez de oro, y juró no volver al ejercicio de la pesca. Este lo tranquiliza acerca de su juramento, y lo estimula á continuar sus acostumbrados trabajos.

ASFALION. COMPAÑERO.

La pobreza es la sola, ¡oh Diofantés!
Que las industrias en el hombre excita.
Del trabajo es maestra: á los constantes
En las fatigas, el reposo quita
Con la turba de penas incesantes
Que aun en la oscura noche al pobre agita:
Y á quien los ojos un instante cierra
Viene, y el sueño súbita destierra.

IDILIO XXI.

Yacían dos ancianos pescadores
Tendidos juntamente en bajo lecho
Con algas, que secaron los ardores
Del sol, formado só pajizo techo,
Y reclinados de hojas y de flores
A delgada pared: á poco trecho
Los utensilios de la pesca en torno
Mirábanse, en la casa único adorno.

Los cestos, los anzuelos, los cedazos
Con las algosas redes y las cañas;
Los cordeles de cerdas, y los lazos
De mimbres con las útiles marañas;¹
Una pelliza vieja hecha pedazos
Y una vetusta barca, con mil mañas
Embreada, y atada á unos puntales:
Tal era su ajüar; sus bienes tales.

Los sombreros, la ropa, una esterilla
Servían á los dos de cabecera;
Ni can tenían, ni olla ni parrilla,
Todo supérfluo á los ancianos era.
Nadie habitaba sobre aquella orilla,
La pobreza era de ambos compañera,
Y de lá choza las paredes solas
Lamían en redor del mar las olas.

IDILIO XXI.

El carro dé la Luna aún no rendía
Media jornada, y ya el trabajo amado
A entrambos pescadores sacudía;
Y, el sueño de los ojos desterrado,
Así empezaban tosca melodía:

ASFALION.

Mienten, amigo, cuantos han contado
Que en verano es la noche ménos larga
Cuando los días Júpiter alarga.

Mil sueños he tenido, y aún la aurora
No despunta. ¿Qué es esto? O yo me engaño
O las noches un siglo son ahora.

COMPAÑERO.

Que así condenes, Asfalion, extraño
La estival estacion tan seductora.
Su curso no dilata el mes ni el año;
Mas la solicitud que te atormenta
Hace la noche tan penosa y lenta.

ASFALION.

¿Has aprendido á interpretar acaso
Los sueños? El mio es de buen agüero,
Y mi vision á referirte paso.
Como la pesca, que partamos quiero

IDILIO XXI.

Los sueños. No eres de talento escaso,
Y en sueños el intérprete primero
Es aquel cuya mente viva y clara
Sus decisiones magistral depara.

A más, que para hablar tiempo nos sobra,
Y qué otra cosa pueda hacer no veo
El pescador que el sueño no recobra,
Y á quien su hojoso lecho gran recreo
No le da junto al mar. La luz en obra
Está, y hay siempre fuego en Pritaneo:²
Tal dicen.

COMPAÑERO.

Tu vision házme presente;
Narra todo á tu amigo y confidente.

ASFALION.

Cuando al tornar ayer de nuestra barca
Me recogí á dormir (y poco llena
Estaba mi cabeza; que bien parca
Anoche, si recuerdas, fué mi cena)
En alta roca y plácida comarca
Estar me pareció; y en mar serena
Buscando pesca, el cebo sacudía
Que de mi caña engañador pendía.

IDILIO XXI.

Un pez de colosales dimensiones
Avido lo tragó (que el can la torta
Soñando mira en todas ocasiones
Y á mí soñar pescados solo importa).
Herido del anzuelo, á borbotones
La sangre derramó; mi vista absorta
Quedó al mirar que el peso y movimiento
Mi caña doblegaron al momento.

Las manos extendí; y en agonía
El sacarlo me puso. Pez tamaño
Cómo pudo afianzar no comprendía
Anzuelo tan endeble; con amaño
Su carne á destazar me disponía,
Y “¿me herirás? le dije; mayor daño
Recibirás.” El brazo, al verlo quieto
Tendí, y á mi poder quedó sujeto.

Mi presa era un pescado todo de oro
Y por doquier con oro guarnecido;
Gran temor me invadió, de que tesoro
No fuese de Anfitrite,³ ó pez querido
Del Dios Neptuno á quien rendido adoro.
Cuidando no quedase al hierro unido
Oro ninguno, desprendí el anzuelo
Y al pescado con cuerdas traje al suelo.

IDILIO XXI.

A la pesca y al mar eterna guerra
Juré sobre mi pez solemnemente,
Y prometí quedarme siempre en tierra
Y con el oro dominar potente:
En los misterios que mi sueño encierra
Descubra el porvenir tu clara mente
Oh compañero! Desmayar me siento:
Me llena de temor mi juramento.

COMPañERO.

No temas, Asfalion: falaz y vano
Fué tu sueño, cual todos; y ni es cierto
Que proferiste el juramento insano,
Ni viste el áureo pez. Si nó, despierto
Al lugar de la escena vé temprano,
Y si no quieres de hambre quedar muerto,
De tus ensueños de oro la esperanza
Peces de carne probarás que alcanza.



IDILIO XXII.

LOS GEMELOS.

AL CURA DE JACONA,

DON ANTONIO PLANCARTE.

ARGUMENTO.

DESCRIBESE la lucha de Pólux con Amico, Rey de los Bébrices, y el combate de Cástor con Linceo, felices ambos para los divinos Gemelos. La primera parte forma un episodio de la expedición Argonáutica, y lo mismo que el Idilio XIII, se encuentra en Apolonio Rodio y Valerio Flaco. El asunto de la segunda parte ha sido tratado, aunque de un modo algo diverso, por Ovidio y por Propercio.

De Júpiter Egíoco y de Leda

A los hijos celebra nuestro canto:

Cástor, y Pólux luchador terrible

Siempre que el duro cesto arma su mano.

Una y mil veces de la Prole augusta

De Testio, á los dos hijos celebramos,

Nacidos en la gran Lacedemonia,

Gemelos y fortísimos hermanos;

IDILIO XXII.

Salvadores del hombre que en peligro
Extremo los invoca, y del caballo
Que lléno de terror, lleva al jinete
Entre escuadrones al cruento asalto.

Ellos socorro á los bajeles prestan
Que combatiendo van contra los astros
Cuando al nacer ó al declinar suscitan
Fieras tormentas y huracanes bravos.

¡Ah! ¡Cuántas veces mísera zozobra
Juego del Aquilon la rota nao,
Y el agitado mar la popa hiere
O bien la herrada prora azota insano!

Una y otra pared furioso rompe,
Y penetran las olas en el casco,
Y mástiles, y remos, y velámen
En el piélago caen á pedazos.

Los torrentes de lluvia, y de la noche
Las tinieblas aumentan el estrago,
Y por el viento y el granizo herido
Ruge el inmenso mar con hondo espanto.

Pero vosotros del profundo abismo
A la nave sacais, y al asustado
Marino, que la muerte por momentos
Aguardaba trás hórrido naufragio.

IDILIO XXII.

Aplácense los vientos al instante,
El piélago se torna espejo claro,
Huyen las nubes, y en el alto Polo
Se ven las Osas y el luciente Carro.²

Y á media luz, de Cáncer en el pecho
La estrella oscila del Pesebre³ opaco
Entre los dos Asnillos refulgentes,
De feliz navegar cierto presagio.

¡Oh amigos del mortal, héroes gemelos!
¡Oh de los hombres poderoso amparo,
Diestros al par en manejar bridones,
Y en la lucha, la cítara y el canto.

¿A quién primero elogiaron mis versos?
¿Al fuerte Pólux, ó al robusto Cástor?
Empezaré por Pólux, ya que deben
Mis dulces himnos celebrar á entrambos.

Salvada de los móviles islotes⁴
Que horrendos se juntaban, la nave Argo,
Y la terrible boca del nevoso
Ponto con feliz éxito pasando,

Ancló por fin en las Bebricias⁵ costas
A su bordo trayendo á los preclaros
Hijos de los celestes moradores.⁶
Las escalas poniendo á ambos costados

IDILIO XXII.

De la Jasonia nave, descendieron
Los héroes luego al litoral extraño,
Fogatas encendieron en la playa
Ventosa, y tiendas cómodas plantaron.

Pólux el bruno y Cástor el ginete
Léjos á errar se fueron solitarios,
Y en la espesura de variada selva
Por entre los breñales se internaron.

Un manantial perenne de agua pura
Descubrieron en áspero peñasco,
Y otras mil argentadas fuentejillas
Que cristal parecían, mas abajo.

Allí crecían pinos gigantescos,
Plátanos, olmos y cipreses altos;
Suaves flores también; á las abejas
Primaverales, alimento grato.

Se presentó de súbito á sus ojos
Un hombre colosal, sentado al raso,
De aspecto fiero y con las dos orejas
Rotas, al parecer, á puñetazos.

Esférico se alzaba el fuerte pecho;
Y el extenso espaldar y el espinazo
De Coloso de hierro parecían
A golpe de martillo fabricado.

IDILIO XXII.

Cerca del hombro, músculos salientes
Rudo ostentaba el gigantesco brazo
Cual las redondas piedras que en su curso
Veloz torrente pule deslavando.

Una piel de leon, al cuello y hombros
Colgada de las patas, como manto
Llevaba. Pólux en la lucha siempre
Invicto, fué el primero en saludarlo.

POLUX.

¡Quienquier que seas, guárdente los Dioses,
Buen hombre! ¿En qué lugar nos encontramos?

AMICO.

¿Cómo me han de guardar, si enfrente miro
A gente que jamás he visitado?

POLUX.

No temas; que ni somos bandoleros,
Ni de perversos padres engendrados.

AMICO.

No temo á la verdad; mas no es tu lengua,
Forastero, quien debe declararlo.

POLUX.

Te muestras iracundo en demasía,
Descomedido y de carácter agrio.

IDILIO XXII.

AMICO.

Soy tal como me ves; pero recuerda
Que ni tu casa huella ni tus campos.

POLUX.

Si á visitarme vienes, á la tuya
Con dones tornarás hospitalarios.

AMICO.

Guárdalos para tí; que yo no tengo
Presentes que ofrecerte ni regalos.

POLUX.

¡Extranjero feroz! ¿Será posible
Que de esta agua me niegues aún un vaso?

AMICO.

Verlo podrás, cuando la sed llegare
A atormentar tu macilento labio.

POLUX.

Favor no pido: plata ó lo que quieras
De lo que puedas dar te ofrezco en pago.

AMICO.

Bien. A luchar en singular combate
Llégate cuerpo á cuerpo y brazo á brazo.

IDILIO XXII.

POLUX.

¿Tan solo con el puño, ó con los ojos⁸
Rectos, y á la canilla el pié lanzando?

AMICO.

Pon toda tu arte en juego; seguiremos
Las reglas del terrible pugilato.

POLUX.

¿Y contra quién del cesto contundente
Por tu capricho atroz mis puños armo?

AMICO.

No está muy léjos; y en verdad no ostenta
Cara de mujercilla tu adversario.

POLUX.

¿Hay, por ventura, un premio que compense
Al vencedor en el certámen árduo?

AMICO.

Tuyo seré si dominarme logras;
Si te venciere yo, serás mi esclavo.

POLUX.

Luchan así, luciendo en el palenque
Su roja cresta los soberbios gallos.

IDILIO XXII.

AMICO.

Bien parezcamos gallos ó leones,
Solo con esta condicion combato.

Dió fin Amico al áspero discurso
Y al labio un hueco caracol llevando,
Los Bébrices de larga cabellera
Al silbo bajo un olmo se juntaron.

Llamó tambien de la Magnesia nave
Los héroes todos el invicto Cástor:
Y los puños y brazos con el cesto⁹
Y correas ciñeron los contrarios.

En medio de la arena se pusieron
Los campeones, sangre respirando,
Y fué el primer esfuerzo de cada uno
Volver la espalda á los solares rayos.

Pero tú, Pólux, al gigante altivo
Atrás dejaste con veloce paso,
E hiciste que de Amico al fiero rostro
Lanzara el sol de lleno ardientes dardos.

Colérico éste hácia adelante marcha
Y rudo golpe asesta con la mano;
Pero al llegar, Tindárides lo hiere
De la diestra mejilla en lo mas alto.

IDILIO XXII.

Con más furor la lucha continúa
El otro, y al lidiar se inclina tanto
Que la tierra tocar parece; al verlo
De los Bébrices suenan los aplausos.

Los héroes á su vez al fuerte Pólux
Animan, y lo ven con sobresalto
Temiendo que lo aplaste en un estrecho
Con su peso el jayan, cual Ticio¹⁰ antaño;

Pero ya á la derecha, ya á la izquierda
Sigue el hijo de Jove soberano
Nutrida serie de certeros golpes
Con uno y otro puño atroz lanzando.

Del hijo de Neptuno, aunque gigante,
Los ímpetus contiene y los asaltos;
Y éste se pára, al fin, con tanta herida
Trémulo, y sangre fétida esputando.

Los argonautas príncipes, henchidos
De gozo, un grito unánimes alzarón
Ensangrentadas viendo sus mejillas
Y de llagas cubierto el roto labio.

Sus diminutos ojos se perdían
En la hinchazon del rostro amaratado,
Y aquí y allí agitábalo el valiente
Al aire dirigiendo golpes vanos.

IDILIO XXII.

A la nariz, en fin, el rudo puño
 Asesta, al verlo ya de aliento falto;
 Entre las cejas hiérello, y la frente
 Desgarra toda, descubriendo el cráneo.

Sobre la verde yerba cae supino
 Acometido de letal desmayo
 El descortés atleta; mas de nuevo
 En pié se pone con furioso salto.

Con más furor enciéndese el combate
 Y con los cestos se laceran ambos;
 Mas al centro del pecho, ó bien afuera
 De la cerviz, sus ímpetus y amagos

El jefe de los Bébrices dirige,
 Mientras Pólux la faz de su contrario
 Con fieras contusiones desfigura,
 Que no yerran jamás sus puñetazos.

Pierde el sudor á mares de tal modo
 Que de gigante aquel, tórnase enano,
 Mientras al héroe la color mejora
 Y el cuerpo robustece tal trabajo.

Cómo, por fin, sobre el voraz coloso
 Fué del hijo de Jove el triunfo fausto
 ¡Oh Musa! dílo tú. Soy eco ajeno
 Y haré como á ti plegue mi relato.

IDILIO XXII.

Un esfuerzo supremo y decisivo
 Hacer queriendo, con la izquierda mano
 Ase Amico de Pólux la siniestra
 Y el choque de éste evita de soslayo.

Con la diestra feroz sobre él se arroja
 Del derecho costado alzando el ancho
 Brazo de hierro; y ¡ay del Rey de Amicla
 Si lo llega á alcanzar el golpe infando!

Mas éste lo esquivó, de la cabeza
 Con movimiento diestro al par que raudo,
 Y en la siniestra sien al otro hiriendo
 Le saltó sobre el hombro y espinazo.

Y miéntras negra sangre corrompida
 Le brota de la sien hecha pedazos,
 En la boca recibe nuevos golpes
 Y rechinan los dientes quebrantados.

Y más y más lo acosa su enemigo,
 Y su lívida faz destroza tanto,
 Que polvo hace los huesos, y la carne
 De las quijadas cuélgale en retazos.

Cayó por fin; y próximo á la muerte
 Vencido confesándose, las manos¹¹
 Juntas hácia tí tiende, y tú ¡gran Pólux!
 No le haces vencedor ultraje ó daño.

IDILIO XXII.

A su padre Neptuno, de los mares
Llamó el rendido; y juramento santo
Hizo de nunca más al pasajero
Descortés injuriar con rudo trato.

Ya, Señor, te canté.—Tus alabanzas
Empiezo, hijo de Tíndaro, gran Cástor,
Veloz cabalgador, guerrero invicto
Y de coraza refulgente armado.

Los dos hijos de Jove, de Leucipo¹²
A las dos hijas, tras violento raptó
Llevaban. Persiguiéndolos veloces
Tras ellos caminaban los hermanos

Linceo é Idas el fuerte, de Afareo
Hijos, y esposos prometidos ambos
De las robadas vírgenes. Apénas
Llegan al monumento funerario

Del difunto Afareo, á un tiempo todos
Bajan, para atacarse, de los carros,
Asidos á sus lanzas y broqueles,
Y así clama Lincéo dentro el casco:

“¿Por qué nos provocais á la contienda
Y por ajenas novias ¡desdichados!
La espada desnudais? Ved que sus hijas
Nos prometió Leucipo muchos años

IDILIO XXII.

“Antes que os conociera; y su promesa
Confirmó juramento sacrosanto.
De vuestro honor en mengua, tras esposas
Corriendo, y tras riquezas y rebaños

“Que pertenecen á otros, con presentes
Comprasteis las doncellas al anciano.
Mil veces os lo dije cara á cara
A ambos á dos, aunque en hablar soy parco:

“Amigos: no conviene á gente noble
“De vírgenes pedir la blanca mano
“A otros ya prometida. Ancha es Esparta
“De Elide ecuestre¹³ el territorio es vasto.

“Grande es Arcadia, y en manadas rica,
“Y de Mesene, y de la Acaya, y de Argos
“Extensas las ciudades; é igualmente
“El litoral Sisifio muy poblado.

“Allí superabundan las doncellas
“Crecidas de sus padres al amparo,
“Que ni de índole son desagradable
“Ni de saber ó de talento escaso.

“Vuestra será la que quisiéreis: todos
“Aspiran á tener yernos preclaros
“Y á vosotros no puede ningún héroe
“En linaje ni hazañas igualárseos.

IDILIO XXII.

“Mas no estorbeis, amigos, nuestras bodas,
“Que conseguiros otras os juramos.”—
Esto y más os decia; mas las auras
Al piélagos mis ruegos se llevaron,

“Y el favor nos negasteis. De crueles
No en balde teneis fama y de inhumanos.
Ceded siquiera ahora; pues de parte
De padre somos primos inmediatos.

“Mas si en lidiar os empeñais, y en sangre
Es menester lavar nuestros agravios,
Idas al ménos de luchar se abstenga
Y Pólux, mi valiente primo-hermano.

“Cástor y yo, que somos los menores
De edad, en duelo singular salgamos
A cruzar las espadas. No dejemos
A nuestros viejos padres luto tanto.

“Basta un cadáver por familia: queden
Los otros á templar el lloro amargo
De los deudos y amigos; y á las niñas
En vez de los difuntos, dén la mano

“Los dos que sobrevivan al combate.
Así terminará con poco daño
Esta fatal contienda, que amenaza
Acarrearnos hórridos estragos.”

IDILIO XXII.

Tal su discurso fué: la Providencia
No quiso que sus ruegos fueran vanos,
Y en la tierra sus bélicos arneses
Los hermanos mayores descargaron.

Tras el broquel la ponderosa lanza
Blandiendo, vino en medio del estadio
Lincéo; y llegó al centro, al par moviendo
Su robusto lanzon, Cástor gallardo.

El viento al avanzar les agitaba
Encima de los yelmos los penachos;
Y al empezar la lid, los campeones
De la frente á las plantas se miraron.

Y con las lanzas fueron sin herirse
Reconociendo, á ver si algun espacio
De los cuerpos, dejaba la armadura
Mal defendido y fácil al asalto.

A los primeros choques, las agudas
Puntas de los lanzones se estrellaron
En los fuertes escudos, y cayeron
Las astas y el acero hechos pedazos.

La pugna sin dejar un solo instante,
Las espadas los dos desenvainaron
Ardiendo de furor; y al ancho escudo
Y al plumado almete, muchos tajos

IDILIO XXII.

Dirigió Cástor; y Lincéo muchos
Al broquel asestó de su adversario:
Mas tocó solo la acerada punta
La roja cresta del bruñido casco.

Tiró por fin á la rodilla izquierda
El estoque con ímpetu; mas Cástor
Retiró el pié ligero, y de un fendiente
Tronchó la diestra al adalid incauto.

Cayó la espada en tierra: y el herido
Al paterno sepulcro, dó sentado
Presenciaba la lucha Idas valiente
Huyó, refugio en su dolor buscando.

Tindárides de cerca le seguía,
Y entre el pecho y el vientre clavó el ancho
Estoque furibundo, las entrañas
En el seno el acero destrozando.

Cayó tendido el mísero Lincéo
Y sueño eterno le cerró los párpados.
Mas ¡ay! á su otro hijo Laocoosa
Libre tornar al maternal regazo

Nunca verá, ni el deseado enlace
Entre los suyos contraer ufano.
Varias columnas de precioso jaspe
Ornaban de Afaréo el epitafio:

IDILIO XXII.

Una arrancó veloz Idas Mesenio
Para vengar la muerte de su hermano
Al matador lanzándola; mas Jove
Le dió socorro, y el pulido mármol

Haciéndolo soltar, al atrevido
Tornó cenizas con su ardiente rayo.
Luchar con los Tindárides no es fácil:
Son fuertes, y de fuertes engendrados.

¡Salud, Hijos de Leda! A nuestros versos
No desdeñeis mandar fama y aplausos.
A los hijos de Tindaro, ya á Helena,
Ya á los héroes que al rubio Menelao

En el sitio de Troya socorrieron,
Han sido siempre los poetas gratos.
A vosotros ¡oh Reyes! gloria eterna
Os dió el divino Homero, celebrando

La Ciudad Priamea, las batallas
Frente á sus muros, y las griegas naos,
Y á Aquiles, en la guerra baluarte.
A vuestras plantas yo tambien os traigo

De las canoras Musas los presentes
Que otorgarme se dignan, y yo abarco
En mi humilde mansion. Para los Dioses
El honor más acepto es siempre el canto.



IDILIO XXIII.

EL ENAMORADO

O SEA

EL DESDICHADO EN AMORES.

A DON SANTIAGO BELDEN.

ARGUMENTO.



QUEJASE un amante de los desdenes de su ninfa, y se ahorca en la puerta de su bella ingrata. Esta muere luego á manos de Cupido, ultrajado por su esquivéz. La Egloga segunda de Virgilio, aunque ménos trágica, es una imitacion del presente Idilio, tal como se halla en el original.

Enamoraba un mozo á una doncella;

Pero la niña á su amador odiaba,

De costumbres cruel, de rostro bella.

Nada oponia á su fiereza traba;

Quien era el dios Amor aun no sabia

Ni qué flechas se encierran en su aljaba.

Era toda rigor; y siempre impía

Negaba al infeliz todo consuelo

Y ni una puerta á la esperanza abría.

IDILIO XXIII.

Ni palabra jamás premió su anhelo,
Ni una sonrisa, ni el brillar siquiera
De la clara pupila azul de cielo.

Como del cazador huye la fiera,
Así la ninfa del garzon. Sus ojos
Mostraba siempre torvos la altanera.

Su pecho hiel, su corazón enojos,
Ira ostentaba su feroz talante
Y sarcasmo sus labios, nunca rojos.

Pero aun así era bello su semblante,
Y más y más alimentaba el fuego
Que devoraba al desdén amante.

Vino el joven, por fin, de llorar ciego,
Besó el caro dintel de su adorada
Y en este prorumpió, sentido ruego:

“Aquí me tienes, ninfa despiadada,
Ninfa de mármol; de furiosa hiena
Sin duda al seno montaraz criada.

“Ya nunca mi amorosa cantilena
Excitará ¡oh doncella! tus furiosos
En la noche llamándote serena.

Mi último don te traigo. Tus rigores
Aceptar no rehusen esta sogá
Que término va á dar á mis dolores.

IDILIO XXIII.

“Y pues ya nada en mi favor aboga,
Dó me condenas parto: dó el olvido,
Remedio universal, el duelo ahoga.

“Y aunque el cáliz apure apetecido
No bastará á curar mis graves males.
¡Adios! De tí por siempre me despido.

“De tu cerrada casa en los umbrales
Mi último adios te doy. Cuando yo muera
Sé qué ha de suceder á los mortales.

“Bellísima es la rosa en la pradera;²
Pero el tiempo marchita su corola:
Es bella la viola en primavera;

“Pero presto envejece la viola:
Es blanca la azucena, y de su verde
Tallo al quitarla, se destruye sola.

“Que la alba nieve, tu esquivez recuerde,
Al caer en la tierra, su blancura
En un instante derretida pierde.

“De la mujer es frágil la hermosura:
De que ames tú también vendrá el momento,
Y que en vano amarás mi voz te augura.

“Escucha, al ménos, mi postrer lamento:
Al verme de tu puerta suspendido
Por la sogá cruel, y sin aliento,

IDILIO XXIII.

“Que te detengas por favor te pido.
Al ménos una lágrima derrama
Y desátame el lazo y el vestido.

“Reclina mi cadáver en tu cama,
Y una sábana tuya de sudario
Sirva para los restos del que te ama.

“No temas que en el lecho funerario
Turbe la voz, que ingrata ahora retumba,
El hogar para el muerto hospitalario.

“Excávame no léjos una tumba,
Y para siempre, só marmórea losa
De tu odiado amador el cuerpo arrumba.

“Mas ántes de partir dí cariñosa,
Mirando hácia el sepulcro que me encierra,
Por tres veces: *Amigo, en paz reposa.*

“Y si el hablar á un muerto no te aterra,
Añade, si te place: *Ya no vive
El amante mejor que hubo en la tierra.*

“Y este epitafio, que temblando escribe
En verso igual mi mano agonizante,
En la funérea lápida trascribe:

“SOY VICTIMA DE AMOR. ¡OH CAMINANTE!
DETEN EL PASO Y CLAMA COMPASIVO:
A INGRATA VIRGEN ADORO ESTE AMANTE.”

IDILIO XXIII.

Así diciendo, toma pensativo
Un trozo (cruel trozo) de basalto,
Y á la puerta lo arrima para estribo.

Suspende del umbral en lo más alto
Cuerda sutil; al cuello se la ajusta,
Y hace rodar la piedra con un salto.

Ahorcado muere. La doncella adusta
Lo ve, al salir, colgado de su puerta;
Mas ni la ablanda el verlo ni la asusta.

Y léjos de que lloro triste vierta,
Estrepitosa carcajada lanza
Y por las calles va con planta incierta.

Y en el baño al entrar, según usanza,
Se le presenta el Númen ofendido
Del crimen á tomar atroz venganza.

Porque en medio al estanque, de Cupido
Se alzaba el simulacro en piedra dura
Sobre alto pedestal bien esculpido.

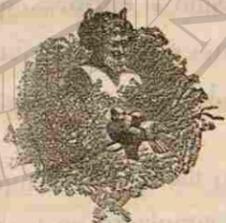
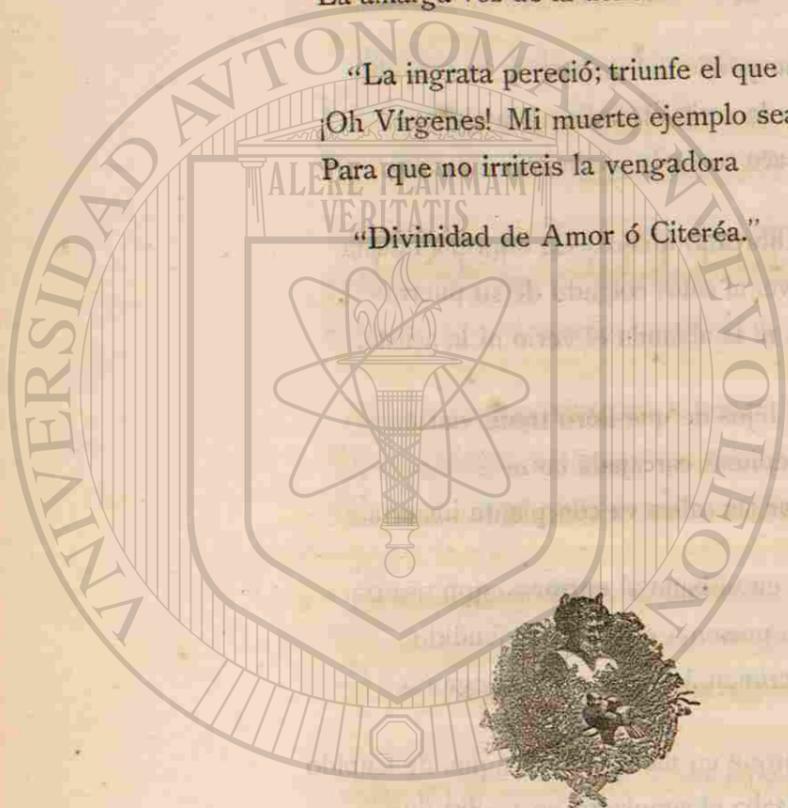
Y al ver nadando entre la linfa pura
A la mujer que su deidad ultraja,
En el baño se arroja la escultura.

Sobre la esquiva justiciera baja,
Y el mármol en su rápida caída
Los miembros de la ninfa desencaja.

IDILIO XXIII.

El agua queda en púrpura teñida,
Y del fondo salió desgarradora
La amarga voz de la doncella herida:

“La ingrata pereció; triunfe el que adora.
Oh Vírgenes! Mi muerte ejemplo sea,
Para que no irriteis la vengadora
“Divinidad de Amor ó Citeréa.”



IDILIO XXIV.

HÉRCULES NIÑO.

ARGUMENTO.

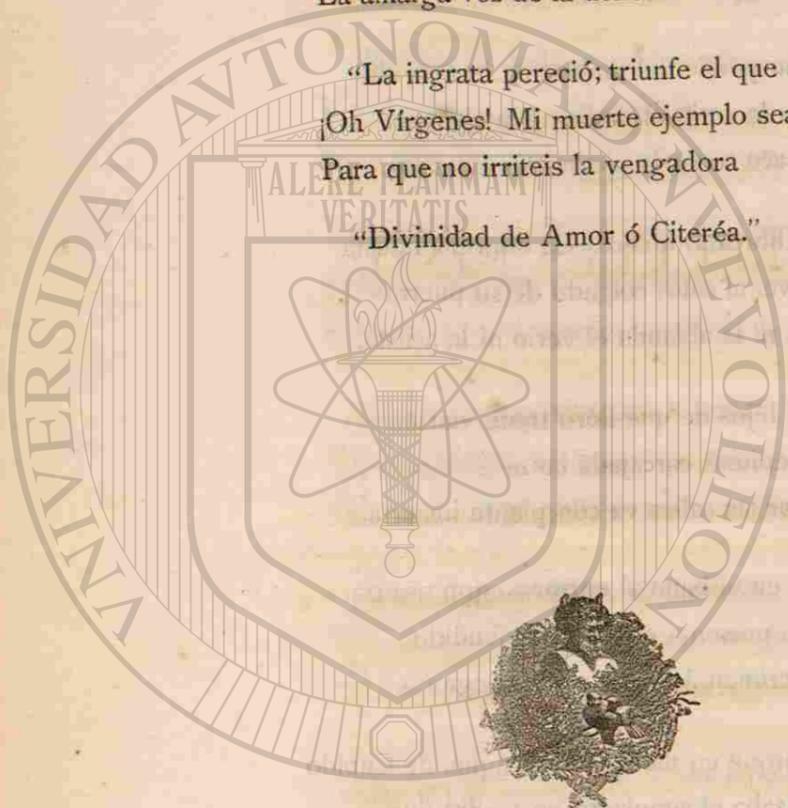
NARRASE la victoria de Hércules, niño aún de diez meses, sobre dos mónstruos enviados por Juno á devorarlo. Sigue el vaticinio de Tiresias sobre el divino infante, y enuméranse los maestros que enseñaron á éste las letras, las artes y los ejercicios en que tanto sobresalió. La última parte, que narra el método de vida de Hércules durante su infancia y juventud, se ha perdido.

Hércules,¹ que diez meses ha cumplido,
E Ificlés tierno, su menor hermano,
Una noche despues solo nacido,
Festivos juegan. Con amante mano
Baña á los dos la cariñosa Alcmena,
Y con la leche de sus pechos llena.
Sobre cóncavo escudo²
De puro bronce, espléndida armadura,
Que Anfitrión forzudo
Conquistó á Terelao, con ternura

IDILIO XXIII.

El agua queda en púrpura teñida,
Y del fondo salió desgarradora
La amarga voz de la doncella herida:

“La ingrata pereció; triunfe el que adora.
Oh Vírgenes! Mi muerte ejemplo sea,
Para que no irriteis la vengadora
“Divinidad de Amor ó Citeréa.”



IDILIO XXIV.

HÉRCULES NIÑO.

ARGUMENTO.

NARRASE la victoria de Hércules, niño aún de diez meses, sobre dos mónstruos enviados por Juno á devorarlo. Sigue el vaticinio de Tiresias sobre el divino infante, y enuméranse los maestros que enseñaron á éste las letras, las artes y los ejercicios en que tanto sobresalió. La última parte, que narra el método de vida de Hércules durante su infancia y juventud, se ha perdido.

Hércules,¹ que diez meses ha cumplido,
E Ificlés tierno, su menor hermano,
Una noche despues solo nacido,
Festivos juegan. Con amante mano
Baña á los dos la cariñosa Alcmena,
Y con la leche de sus pechos llena.
Sobre cóncavo escudo²
De puro bronce, espléndida armadura,
Que Anfitrión forzudo
Conquistó á Terelao, con ternura

IDILIO XXIV.

Los recuesta, y tocando su cabeza,
Así á los niños á arrullar empieza:

“Dormid, hijos queridos:

“Dormid bellos y sanos.

“¡Oh frutos de mi amor! dormid, hermanos:

“Almas de mi alma, reposad unidos.

“Gozad de sueño plácido y ligero;

“Dormid, dormid dichosos,

“Y de la Aurora el despuntar primero

“Os encuentre soñando venturosos.”

Así habla, y el escudo relumbrante
De cuna á guisa mece:

A Ificles viene el sueño en el instante,

Y Hércules al arrullo se adormece.

Mas cuando á media noche hácia el Ocaso

La Osa, de Orion³ vecina,

Con rapidez declina,

Y éste, girando con veloce paso,

Sus anchos hombros al mortal ostenta,

Juno,⁴ á dañar atenta,

Dos hórridas serpientes,

Mónstruos descomunales

Que al enroscarse forman esplendentes

Verduscas espirales,

Envía de la casa á los umbrales.

Allí, dó el ancho quicio

Deja bajo la puerta algun resquicio,

A penetrar la Diosa los obliga,

Y con ásperas voces los instiga

IDILIO XXIV.

A devorar al que en la cuna yace

Hércules tiernecito. Por el suelo

Van arrastrando su asqueroso vientre

Que de sangre no más se satisface.

Rojizo fuego lanzan

De los ojos las dos miéntras avanzan,

Y de la inmunda boca

Con el veneno su camino riegan.

A los niños se llegan;

Y ya casi los toca

La emponzoñada lengua, cuando ¡oh suerte!

(De Jove la divina

Próvida vigilancia todo advierte)

De súbito la casa se ilumina,

Y los hijos queridos

Por quien la madre Alcmena se desvive

Despiertan aturridos.

Apénas el menor dentro percibe

Del escudo las fieras alimañas

Y vé los agudísimos colmillos

Próximos á cebarse en sus entrañas,

Con ambos piececillos

Los cobertores mórbidos sacude

Y con rápida fuga el riesgo elude.

No así el niño mayor: de su nodriza

Hércules en los brazos nunca llora:

Tarde nació; y aunque el materno pecho

No deja aún, en pavorosa liza

Con los alevés mónstruos entra ahora

IDILIO XXIV.

Y al desigual peligro va derecho.
 Con ambas manos poderoso aferra
 Uno y otro dragon; y la garganta
 Les oprime y quebranta
 Y con el puño lía:
 Voraz garganta, que el veneno cria
 Que hasta á los Dioses del Olimpo aterra.
 Los áspides de pronto se enfurecen
 Y en derredor se enroscan del infante;
 Mas luego desfallecen
 Ahogados por el puño de adamante.
 Del cansado espinazo
 Destuercen sin aliento el débil lazo
 Y por soltarse en vano forcejean.
 Despierta Alcmena al espantoso ruido,
 Y dice á su marido:
 "Anfitrión, levántate: de miedo
 "Y o moverme no puedo.
 "¡Sús! De la cama sal. Fuerza es que te alces;
 "Ni las sandalias á los piés te calces.
 "¿No escuchas cómo llora
 "Nuestro hijo pequeñuelo?
 "¿No ves qué claridad baña los muros
 "Aunque léjos aún está la aurora
 "Y tenebrosa noche cubre el cielo?
 "¡Ay, esposo querido!
 "En mi casa algo nuevo ha sucedido."
 Calla: y de su mujer cediendo al ruego
 Del lecho salta luego

IDILIO XXIV.

El varón fidelísimo; ligera
 La mano lleva á la fulgente espada
 Con primor trabajada,
 Que junto á la vistosa cabecera
 De fuerte cedro, sólida clavija
 Sostiene siempre fija.
 El bello cinturón, reciente hechura,
 Ase su diestra; y la preciosa vaina,
 De loto sin igual manufactura,
 Con la izquierda sujeta,
 Cuando inunda de nuevo
 La vasta estancia oscuridad completa.
 Entonce, á la dormida muchedumbre
 Alborotando, clama: "Presto lumbre
 "Traedme del hogar, y llama viva
 "Veloces encended ¡oh mis criados!
 "Y quitad á las puertas los candados.
 "¡Laboriosos domésticos, arriba!"
 Así clama. Los siervos diligentes
 Con lámparas ardientes
 Acuden en tropel. Toda se llena
 La cámara de gente; y cuando al niño
 Los dragones asir la turba mira,
 Grito de espanto universal resuena.
 Con infantil cariño
 La vista en derredor Hércules gira:
 A Anfitrión señala
 Los sofocados áspides; la sala
 A saltos atraviesa

IDILIO XXIV.

Y sonriendo arroja
 De su padre á los piés la opima presa.
 Exánime de miedo y de congoja
 Ificles yace: Alcmena le prodiga
 Dulces caricias; con amor lo abriga
 Y lo reclina en su materno pecho,
 Miétras Anfitrión al otro deja
 Con piel cubierto de velluda oveja
 Y de nuevo á dormir torna á su lecho.
 Toca el alba á su término; del gallo
 Por la tercera vez el canto suena:
 A Tiresias,⁵ verídico adivino
 Hace llamar Alcmena,
 Y narrándole el caso peregrino
 A revelar sin miedo le conjura
 El porvenir que del prodigio augura.
 "Ruégote, dice, que veraz respondas,
 "Y aunque los Dioses infinitos males
 "Maquinen contra mí, nada me escondas.
 "No es dado á los mortales
 "El destino eludir; ni yo rehuso
 "Saber qué trama de la Parca el huso.
 "Oh! Ruégote otra vez, insigne sabio
 "Everides Profeta, me perdones
 "Si dictarte lecciones
 "Osa atrevido mi femíneo labio."
 La Reina así concluye,
 Y de esta suerte el Adivino arguye:

IDILIO XXIV.

" ¡Señora, ten valor! ¡Madre dichosa
 "De ínclita prole; en cuyas nobles venas
 "Hierve la sangre que en Perseo ardía!
 "Yo te lo juro por la luz hermosa
 "Que en horas mas serenas
 "A mis ojos lucía:
 "Ha de llegar el día
 "En que de Aquívas damas bello enjambre
 "Al devanar la delicada estambre,
 "En medio á sus labores
 "Entonarán de tarde tus loores.
 "Repetirán sonoro
 "Tu claro nombre en armonioso canto,
 "*Alcmena, Alcmena* clamarán en coro
 "Y adorarán tu simulacro santo
 "Humildes las Argólicas doncellas.
 "Tal ¡oh Madre! será tu niño agosto;
 "Magnánimo varon, héroe robusto,
 "Que se ha de remontar á las estrellas.
 "Fiera no habrá salvaje
 "Que su diestra no dome en fácil caza,
 "Miétras la humana raza
 "Tributará homenaje
 "Al semidios de hinojos.
 "Y cuando doce⁶ empresas, que mentira
 "Parecerán al mundo, él acometa,
 "Recogerá en Traquina sus despojos
 "La funeraria pira
 "(Así el Hado inmutable lo decreta);

IDILIO XXIV.

"Y él cubierto de gloria refulgente,
 "Atravesando el azulado espacio,
 "De Jove en el Olímpico palacio
 "Ascenderá á morar eternamente.
 "Yerno lo llamarán los Dioses mismos
 "Que hoy, para devorarlo, á esos dragones
 "Sacaron de sus fétidos abismos.
 "Entónces en su lecho al ver al ciervo
 "Quieto lo dejará el leon protervo.
 "Tú entretanto, Señora, los carbones
 "De tu brasero atiza,
 "Y cúbrelos de mágica ceniza
 "De aspálato, de cardos ó de zarzas,
 "U otras espinas que mejor te plegue:
 "Es menester que cuidadosa esparzas
 "Ramas secas sobre él, hasta que llegue
 "Bien nutrida á elevarse llama roja.
 "Los áspides arroja
 "Dentro la ardiente hoguera, y (no lo olvides)
 "A media noche en punto;
 "A la mismísima hora en que difunto
 "Dejar quisieron al infante Alcides.
 "Al despuntar el día
 "De tu séquito manda á una doncella
 "Que fiel recoja la ceniza fría.
 "De las serpentes no deje ni una huella,
 "Ni un mínimo fragmento;
 "Mas toda por el viento
 "Sobre quebradas piedras la difunda,

IDILIO XXIV.

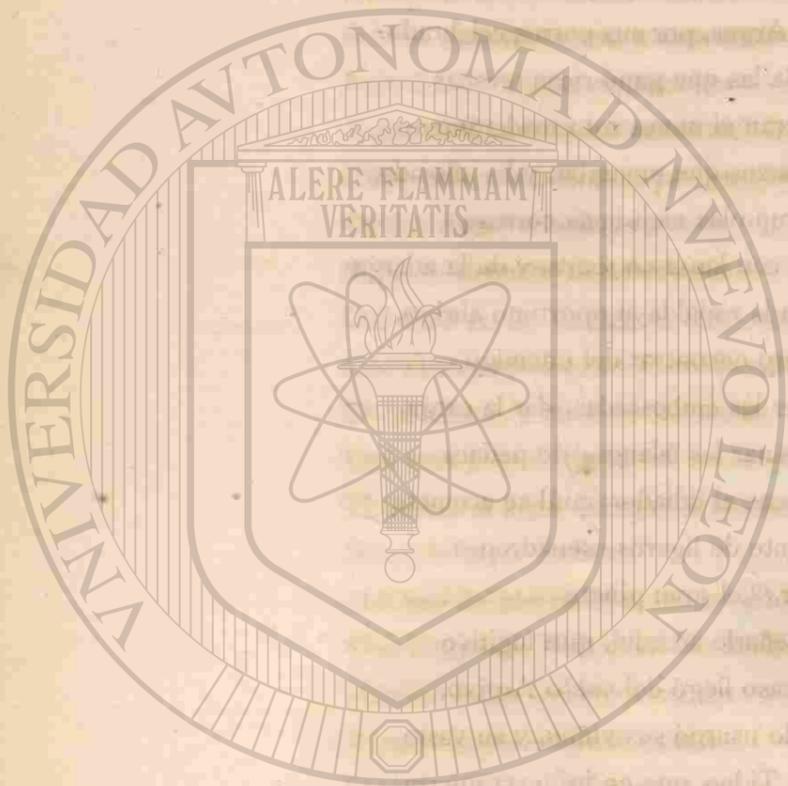
"O bien la precipite
 "De un rio en la vorágine profunda,
 "Y torne la criada
 "Sin dirigir atrás una mirada.
 "Luego al lustral conjuro
 "Darás principio: con azufre puro
 "Ante todo, la casa purifica.
 "Agua con sal mezclada
 "Y de ramos de oliva coronada
 "(Segun el rito) riega, y sacrifica
 "En fin, á Jove, triunfador divino,
 "Un jabalí del sexo masculino,
 "Para poder triunfar de la perfidia
 "De tus contrarios, y su atroz envidia."
 Tal de Tiresias resonó el acento,
 Y, por años sin número gravado,
 El anciano salió con paso lento
 Y al carro de marfil subió ayudado.
 Hércules al cuidado
 De su madre amorosa y diligente,
 Cual tierna planta en el verjel, crecía;
 Y del Argivo Anfitrión la gente
 Por hijo le tenía.
 En la primera infancia
 Las letras le enseñó el anciano Lino,⁷
 Héroe de nunca vista vigilancia,
 Del grande Apolo vástago divino.
 Luego á tender el arco, y con certero

IDILIO XXIV.

Tiro lanzar saetas á millares,
 Eurito⁸ lo adestró, rico heredero
 De espaciosos y fértiles solares.
 Su voz al canto; y una y otra mano
 Formó de box á la sonante lira
 Eumolpo Filamónides humano.
 Cómo sobre la pierna el cuerpo gira
 De los Argivos ágiles varones
 A fin de derribar al adversario
 Del circo en las Olímpicas funciones;
 Con el tremendo cesto el modo vario
 De combatir, y las diversas tretas
 Con que, al arte ajustados, los atletas
 El pecho, al lidiar siempre desnudo
 Hacia la tierra inclinan,
 Del hijo de Mercurio aprender pudo
 Que Harpálico Fanópeo⁹ denominan;
 Heróico luchador, cuya mirada
 A nadie sostener fuera posible
 Siquier de léjos. ¡Tal la faz airada
 Lanzaba del varon fulgor terrible!
 Caballos á domar de raza pura,
 A guiar el carro en la veloz carrera
 Marchando de la meta en derecha,
 Y al tocarla, con mano muy ligera
 Uno y otro bridon hacer que ceje,
 Salva la rueda y sin romper el eje,
 Anfitrion á su hijo muy querido
 Quiso enseñar él mismo; y con justicia,

IDILIO XXIV.

Porque nadie igualaba su pericia,
 Y mil veces y mil habia sido
 Vencedor en el rápido certámen;
 Y en Argos, por sus potros celebrado,
 Guarda las que ganó ricas preseas.
 Muestran el nunca roto maderámen
 Los carros que montaba, y ha aflojado
 El tiempo las viejísimas correas.
 Cómo con lanza en ristre, y de la adarga
 Puesta la espalda al oportuno abrigo,
 El acero encontrar del enemigo,
 Tender las emboscadas, dar la carga,
 Y ordenar las falanges de peones
 Conviene al lidiador; cuál se acomete
 Al frente de ligeros escuadrones,
 Cástor,¹⁰ el gran ginete
 A enseñarle accedió, que fugitivo
 Por acaso llegó del suelo Argivo,
 Cuando usurpó sus viñas, y su vasto
 Reino Tideo, que en infausta guerra
 Argos entera conquistara á Adrasto,
 De caballos sin par criadora tierra.
 Y ántes que á Cástor la vejez adusta
 Viniera á ajar su juventud robusta,
 No se vió semidios que lo igualara
 En los combates y tremendas lides.
 De Anfitrion y de su madre cara
 Tal fué la educacion que tuvo Alcides.¹¹



IDILIO XXV.

HERCULES MATADOR DEL LEON

LA HACIENDA DE AUGIAS.

A DON MIGUEL RUL.

ARGUMENTO.

LEGA Hércules a Elide en busca del Rey Augias, y lo encuentra visitando sus vastísimas fincas rústicas, en compañía de su hijo Fileo. Admira Hércules su opulencia, y siguiéndolos a la ciudad narra al segundo la historia del Leon Nemeo, muerto a sus propias manos y cuya piel le sirve de armadura. Se ha perdido el principio de este Idilio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su trabajo interrumpe el buen anciano
Que los hermosos bueyes pastorea,
Y á la pregunta del robusto Alcides,
Así le da benévola respuesta:

IDILIO XXV.

“De buena gana, pasajero amigo,
Te contaré cuanto saber deseas,
Porque las iras temo de Mercurio,²
El Dios que en los caminos se venera.

“Dicen que de las célicas Deidades
El es quien más de cólera se llena
Cuando al necesitado peregrino
Lo que pide cortés, alguno niega.

“Augías, el gran rey, es propietario
De las que ves, laníferas ovejas;
Y ni un mismo terreno á todas guarda,
Ni el mismo pasto á todas alimenta.

“Del Elisunto algunas en la margen,
Otras del sacro Alfeo³ en las riberas;
Cuáles junto á las viñas del Buprasio,
Cuáles en estos prados se apacientan.

“Aparte cada grey su aprisco tiene:
Y el ganado mayor, aunque cabezas
Un sinnúmero son, verde pastura
En todas estaciones aquí encuentra.

“Sabrosa grama en los terrenos brota
Que pantanosos al Penío cercan,
Y en los feraces prados que rocío,
O fresca lluvia, ó manantiales riegan.

IDILIO XXV.

“El abundante pasto á los cornudos
Toros la fuerza y el vigor aumentan,
Su magnífico establo y sus corrales
Tras el rio se ven, á tu derecha.

“Allí donde perennes platanares
Y silvestres olivas verdeguean,
A Apolo, sumo dios de los pastores,⁴
Un santuario sin rival se eleva.

“Mas allá, de los fieles campesinos
Se levantan las cómodas viviendas;
Sus dependientes somos, y aumentamos
De nuestro Rey querido las riquezas.

Porque sabe que nunca se acostumbra
Con el grano poblar las sementeras
Sino despues de arar tres y más veces
Los campos que cada año se barbechan.

“Los límites conocen los peritos
Que á los lagares vienen y á las prensas
Cargados de racimos colosales
Cuando el maduro estío nos calienta.

“Porque toda es del opulento Augías⁵
La que tus ojos ven llanura extensa:
Esos cercados, fértiles en trigo,
Y esos verjeles llenos de arboleda,

IDILIO XXV.

“Hasta aquella montaña en lontananza
Que un manantial oculta en cada peña;
Sitios que cada día frecuentamos
Los que en el campo mi Señor emplea.

“Y ahora dime tú, pues te conviene:
¿Quién viniste á buscar en estas tierras?
¿A Augías mismo, ó de su corte á alguno?
Sé todo, y diré todo con franqueza.

“Que ni pareces ser de mala estirpe,
Ni de malvado tienes la apariencia:
Tal es tu majestad, que así caminan
Los hijos de los Dioses en la tierra.”⁶

El fuerte hijo de Jove así responde:
“Es cierto, amigo; de la gente Epea
Al Príncipe ver quiero: con Augías
Asunto aquí me trae de gran urgencia.

“Si de su pueblo al bienestar atento,
Dictando leyes en su corte régia
Se hallare por acaso, algún criado
¡Oh buen anciano! indíqueme tu diestra.

“Que aquí crecido y en mandar experto,
Informarme á la vez y oírme pueda.
Que hayamos menester unos de otros
Ordenó la divina Providencia.”

IDILIO XXV.

El digno agricultor, ínclito viejo,
Replica sin tardar de esta manera:
“De alguno de los Números sin duda
¡Oh peregrino! por consejo llegas.

“A tus deseos todo corresponde,
Y entre nosotros desde ayer se encuentra
Augías, que es del Sol vástago caro,
Y á Fileo, su hijo, al lado lleva.

“A visitar por muchos días viene
Sus propiedades de extensión inmensa:
Bajo su propia vista los monarcas
Juzgan que más aumentará su hacienda.

“Pero á buscarlo vamos: yo tu guía
Seré, extranjero, hasta la estancia nuestra
Dó al Rey encontraremos.”—El anciano
Calla, y al huésped á guiar empieza.

Al caminar, mirando la gran clava
Y los despojos del león, no acierta
A adivinar quién es el forastero
Y no osa preguntar de dónde venga.

Más de una vez los entreabiertos labios
Al ir á hablarle, temeroso cierra
De importunar al impaciente Alcides;
Que es árduo conocer la mente ajena.

IDILIO XXV.

El rumor de los pasos, y del cuerpo
El olor, á los perros pone alerta,⁷
Y salen al camino apresurados
Atrás y al frente, á izquierda y á derecha:

De Anfitrión al hijo, con ladridos
En actitud hostil rápidos cercan:
Al anciano con blanda gritería
Y con saltos pacíficos festejan.

Este los hace huir y los asusta
Con solo alzar del suelo alguna piedra;
Los obliga á callar con amenazas,
Y con ásperas voces los increpa.

Mas en su corazón se regocija
De tal fidelidad y tal fiera,
Y exclama: "¡Oh Cielos! ¡Qué animal tan útil
De los Dioses formó la Omnipotencia!

"¡Cuán astuto, cuán fiel! Si entendimiento
Capaz de discernir el can tuviera,
A quién es fuerza que respete mudo,
Y á quién y cuándo avalanzarse deba,

"No habría quien pudiera disputarle
La palma del honor entre las bestias;
Mas ahora el pobre se enfurece en vano,
Y á quien no debe su bravura muestra."

IDILIO XXV.

Dice: y los perros presurosos tornan
Dentro el establo, y plácidos se sientan.
El Sol en tanto guiando sus corceles
Al Ocaso, el crepúsculo acelera.

De los prados y otros al aprisco
Retornan las pingüísimas ovejas;
Y en seguida las vacas infinitas,
Unas tras otras, y otras van siguiendo;

A las cargadas nubes semejantes
Que por el cielo innumerables ruedan
Cuando furioso las impele el Noto
O del Tracio Aquilon la horrible fuerza.

La multitud contar es vano empeño
O el fin mirar de la falange aérea,
Porque tras una nube el viento raudo
Más nubes y más nubes aglomera.

De las vacas así la muchedumbre
Al avanzar oculta las veredas,
El campo cubre, colma los caminos
Y en la llanura su mugir resuena.

Los lentos bueyes hinchén los corrales
Y los corderos los apriscos llenan;
Y aunque infinitos son, pastor ninguno
Discurre en los establos sin tarea.

IDILIO XXV.

Unos, los grillos á los piés atando,
Las gordas vacas con cuidado ordeñan;
Bajo las ubres otros de las madres
Leche á libar á los terneros llevan.

Quién la vasija de cuajada guarda,
Quién el queso riquísimo condensa,
Y quién, en fin, las vacas de los toros
Dentro el establo con ardor segrega.

Todo visita minucioso Augías
Y á cada mayoral exige cuentas.
Su hijo y Hércules sabio lo acompañan
De su inmenso caudal en la reseña.

Y aunque una alma de bronce inquebrantable
El gran Anfitrión encierra,
Al ver de vacas la infinita hueste
La admiración lo vence y la sorpresa;

Porque nadie juzgara de uno solo
Ni de diez otros ser tanta opulencia,
Aunque en ganado fuesen los mas ricos
De cuantos reyes en el Orbe imperan.

Pero á su ínclita prole el Sol augusto
Concedió la rarísima excelencia
De verse poseedor de mas rebaños
De cuantos hombres viven en la tierra;

IDILIO XXV.

Y de aumentar el mismo Sol cuidaba
Los rebaños de su hijo con largueza,
Las pestes alejando, que arruinan
A los pastores, y el ganado diezman.

Y siempre más en número y mejores
Cada año las cornudas vacas eran;
Maravillosamente procreaban
Y más que bueyes engendraban hembras.

Trescientos toros con las vacas iban
De curvas astas y de blancas piernas,
Y otros doscientos, colorados todos,
Que alborotaban la bestial caterva:

Y doce toros más, al Sol sagrados
De una blancura de sin par pureza
Cual la del cisne, á los demás seguían
Mostrando sobre todos preeminencia.

Del rebaño apartándose orgullosos
En los prados pacer la verde yerba
Les agradaba; y del espeso bosque
Cuando al campo bajaba alguna fiera

Tras las agrestes vacas, á su encuentro
Marchaban del ganado á la cabeza,
Y respirando muerte se lanzaban
Con hórrido mugir á la pelea.

IDILIO XXV.

A todos superaba en fuerza y brío
Faetonte,⁸ de talla gigantesca,
Cuyo fulgor hacia á los pastores
Parangonarlo á reluciente estrella.

Este, al mirar delante de imprevisto
Del pintado leon la piel soberbia,
Baja la frente, y al prudente Alcides
Cornada furibunda al pecho asesta.

Hércules luego, con robusta mano
El cuerno izquierdo al animal aferra,
Y el duro cuello abajo retorciendo,
Hace que el polvo dominado muerda.

Otra vez hácia atrás fuerte lo empuja,
Seguro sobre el lomo ginetea,
Y el toro, con los músculos tendidos
Sobre los piés de nuevo se endereza.

El mismo Rey y su hijo belicoso
A tal hazaña estupefactos quedan,
Y á los vaqueros todos maravilla
Del hijo de Anfitrión la fuerza inmensa.

Unidos dirigiéndose á la Corte,
De la feraz campiña ya se alejan
Alcides tras Fileo; y el viñedo
Frente al establo raudos atraviesan.

IDILIO XXV.

Al camino real por senda bajan
Entre las parras discernible apénas,
Y de Augías el hijo así platica
Al de Jove, volviendo la cabeza:

“Há tiempo que tu fama á mis oídos
Llegó, si mal mi mente no recuerda,
Porque de Argos aquí nos vino un jóven
De Hélice,⁹ el puerto de la costa Aquéa.

“Y á multitud de atónitos Epeos
De un Argivo narró, que en su presencia
A un montaraz leon matado habia
Que desolaba la comarca entera.

“Albergue del leon era en el bosque
De Júpiter Nemeo una caverna,
Y no recuerdo ahora si en Tirinto
El matador moraba ó en Micenas.

“Vástago, sí, del inclito Perseo
Lo declaró sin duda; y yo creyera
Que nadie sino tú consumir pudo,
De los Egialenses tal proeza.

“Esa espléndida piel con que te cubres,
Tus gloriosas hazañas bien revela:
Ea, héroe: declara sin ambages
Si es ó no es acertada mi sospecha.

IDILIO XXV.

“Dime si tú eres el varon famoso
Que aquel Aquéo de Hélice dijera:
Dínos cómo al leon mataste, y cómo
A la húmeda llegó, region Nemea.

“No es posible aquí ver fieras tamañas,
Que en el Peloponeso no se internan,
Y solo se hallan osos, jabalíes
Y de los lobos la voraz ralea.

“Por eso entónces la veraz historia
A muchos asombró; y otros conseja
La reputaron de viajero ocioso
Que con mentiras complacer anhela.”

Diciendo así, de en medio del camino
Se aparta, á que mejor entrambos quepan,
Y de Hércules al lado se coloca
Para que oír más fácilmente pueda.

Y así habla Alcides: “Vástago de Augías,
Permíteme que deje sin respuesta
Tu primera pregunta; porque ha sido
Tu fácil conjetura verdadera.

“Con respecto al leon, será tu justa
Curiosidad en todo satisfecha,
Exceptuando el lugar de donde vino
A desolarnos la gigante fiera.

IDILIO XXV.

“Aunque muchos Argivos lo indagaron,
Uno solo no he visto que lo sepa:
Un dios lo envió quizá, los sacrilegios
A vengar de la gente Foronesa.¹⁰

“A guisa de torrente desbordado
De Pisa devastó las ricas tierras,
Y más terribles males padecieron
Las rayanas comarcas Bembineas.

“Esta fué la primera entre las doce¹¹
Que Euristeo me impuso árduas empresas
Seguro que la vida dejaría
Entre las garras del leon tremendas.

“Mas yo me armé de un arco bien templado
Y mi carcax llené de agudas flechas;
Y una sólida clava, de tamaño
Grande asaz, empuñé con la derecha.

“De agreste oliva un tronco la formaba
Bien largo, sin pulir, y con corteza,
Que en el sagrado monte de Helicon
Con raíces y todo, arranqué entera.

“Emprendí mi camino. A do vagaba
El leon formidable llegué apénas,
Cuando la cuerda até al flexible cuerno
Y puse la mortífera saeta.

IDILIO XXV.

“La vista en derredor giré acechando
Al mónstruo asolador por donde quiera:
Era ya mediodía, y ni un rugido
Percibir se podía, ni una huella.

“En vano quise preguntar: ni un hombre
Con los bueyes hallé. Todas desiertas
Las labores estaban: retenía
El pánico al pastor en su vivienda.

Pero del monte, al fin, por la espesura
No fueron vanas mis frecuentes vueltas,
Y no torné sin ver á la alimaña
Y medirme con ella en lucha horrenda.

“Harto de carne y sangre, ya de tarde
Regresaba el leon á su caverna:
La sucia barba en torno se lamía
Y sangre destilaba la melena.

“Era torva su faz: de la matanza
Ostentaba su pecho rojas señas.
Al verlo me oculté entre los arbustos
Y firme lo aguardé tras una peña.

“Al acercarse, á su siniestro lado
Una saeta disparé certera.
En vano: el hierro penetrar no pudo;
De rechazo cayó sobre la yerba.

IDILIO XXV.

“El leon se detuvo estupefacto;
Levantó la cabeza amarillenta;
Miró en redor, y los horribles dientes
Terrífica mostró su boca abierta.

“El tiro errado me irritó en extremo,
Y airado disparé segunda flecha,
A la mitad del pecho dirigida,
Donde el pulmon del animal se encierra.

“Mas penetrar el cuero ni ésta pudo
Y á sus plantas cayó sin abrir brecha:
Trémulo de furor, de nuevo el arco
Me aprestaba á tender la vez tercera,

“Cuando volviendo en derredor los ojos
Me descubrió la fiera gigantesca,
Y enredando á las piernas la gran cola
Se preparó rugiendo á la pelea.

“El cuello todo se le hinchó de rabia,
De furor enrizóse la melena;
Y doblándose el lomo, el espinazo
Se le encorvó de un arco á la manera.

“A semejanza de hábil carroceros
Que para hacer la giratoria rueda
Al fuego pone, y tuerce poco á poco
El ramo dócil de silvestre higuera;

IDILIO XXV.

“Y méintras dobla el calentado ramo
Aún cubierto de áspera corteza,
Se escapa de sus manos de improviso
Y léjos salta con atroz violencia;

“Así el leon, con ímpetu indecible
Desde léjos venir fiero se deja,
Y sobre mí lanzándose de un salto
Con mi carne feroz se saborea.

“Con una mano yo mis dardos tomo
Y el doble manto que de mi hombro cuelga;
Sobre las sienes del leon con la otra
Levanto con furor mi clava horrenda

“Y golpe tal descargo, que de oliva
El áspero troncon, se raja y quiebra
En dos pedazos, la cabeza hirsuta
Al quebrantar de la indomable fiera.

“Antes que llegue yo, precipitado
Cae de la que pisa árida peña;
Sobre las piernas trémulo vacila,
Con inquietud agita la cabeza;

“Que al sacudir los sesos dentro el cráneo
Ambos ojos cubrió fúnebre niebla,
Y yo al mirar que de dolor desmaya,
Antes que en sí el leon de nuevo vuelva,

IDILIO XXV.

“Arco y carcax inútil arrojando,
Del no domado cuello con presteza
Busco el vital tendon; fuerte lo hiero
Y en sofocar esfuérmome á la bestia.

“Y para que sus garras no destrocen
Mi carne, entrambas manos delanteras
Sujeto por detrás, y clavo al suelo
Sus piés robustos con mis propias piernas.

“Y montado sobre él, mi pecho fuerte
Al animal oprime, y lo sujeta
Hasta que al fin exánime lo miro
Y mis nervudos brazos ya lo sueltan.

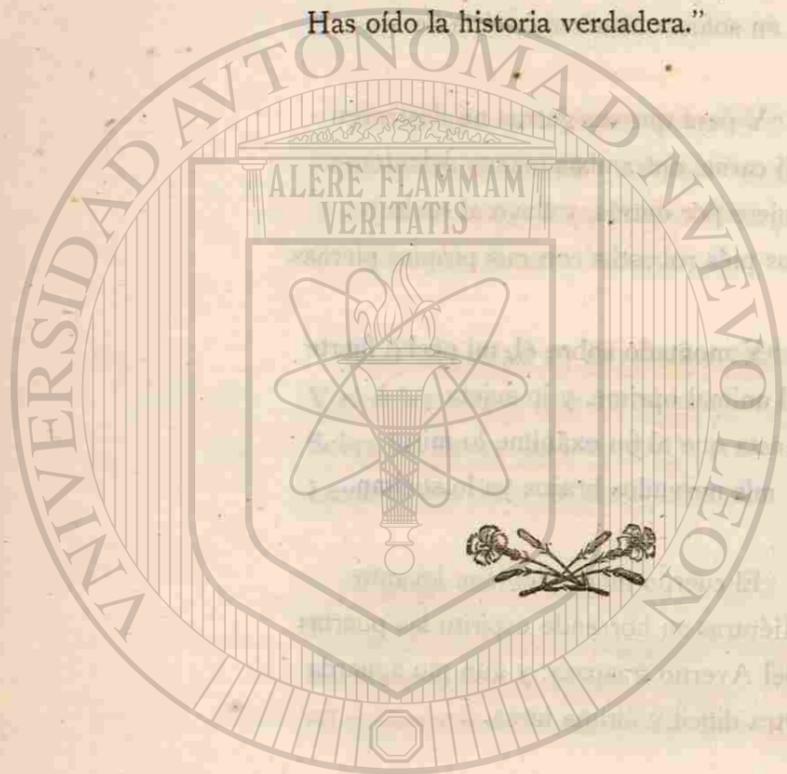
“El cuerpo inerte del leon levanto
Miéntras su horrendo espíritu las puertas
Del Averno traspasa: y aún me aguarda
Otra difícil y última tarea.

“Porque á arrancar la piel del gran cadáver
No alcanza mi vigor ni mi destreza;
Que ni cede á los golpes de mi maza,
Ni el pedernal ni el hierro le hacen mella.

“Entónces algun númen me sugiere
El desgarrarla con sus uñas mismas:
Fácil la arranco; vístola; y ahora
Contra Marte heridor es mi defensa.

IDILIO XXV.

“Del Nemeo Leon, que tanto daño
Acarreó á los hombres y á las bestias,
Tal, amigo, fué el fin. De su exterminio
Has oído la historia verdadera.”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDILIO XXVI.

“LAS BACANTES.

ARGUMENTO.

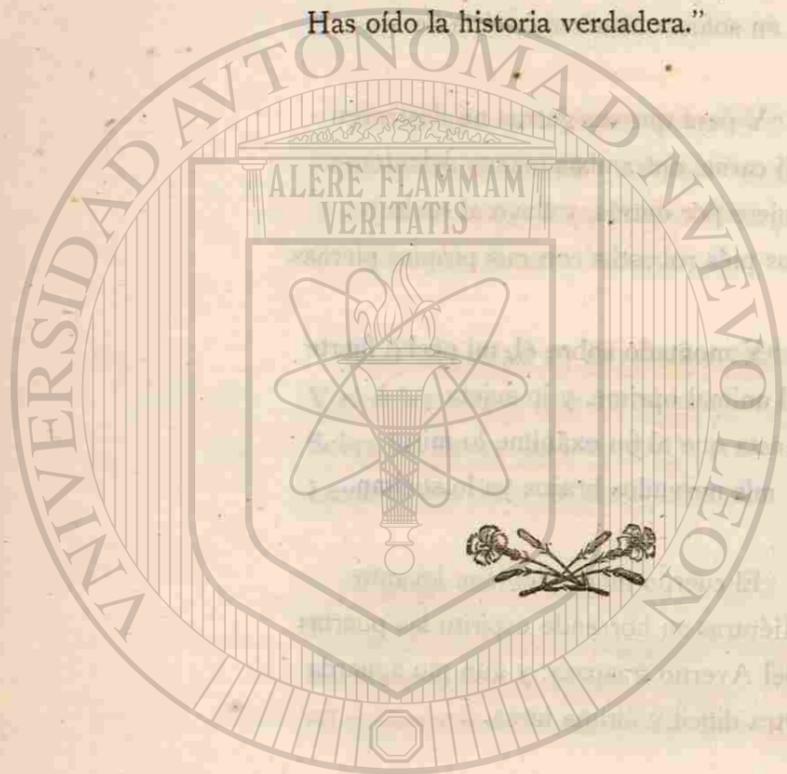
NARRASE la muerte de Penteo, rey de Tébas, á manos de su propia madre y sus tías, que celebraban frenéticas las fiestas de Baco. Ovidio trae la misma historia en el libro 3º de las Metamorfosis.

Inó bella, Autonóe, y Agave!
De mejillas cual pomos rosadas,
Hacia el monte conducen formadas
Tres falanjes, ² pues ellas son tres.
Y con hojas de encina silvestre,
Con humilde gamon y con hiedra
Doce altares adornan, de piedra,
En un campo sin flor ni ciprés.



IDILIO XXV.

“Del Nemeo Leon, que tanto daño
Acarreó á los hombres y á las bestias,
Tal, amigo, fué el fin. De su exterminio
Has oído la historia verdadera.”



IDILIO XXVI.

“LAS BACANTES.

ARGUMENTO.

NARRASE la muerte de Penteo, rey de Tébas, á manos de su propia madre y sus tías, que celebraban frenéticas las fiestas de Baco. Ovidio trae la misma historia en el libro 3º de las Metamorfosis.

Inó bella, Autonóe, y Agave!
De mejillas cual pomos rosadas,
Hacia el monte conducen formadas
Tres falanjes, ² pues ellas son tres.
Y con hojas de encina silvestre,
Con humilde gamon y con hiedra
Doce altares adornan, de piedra,
En un campo sin flor ni ciprés.

IDILIO XXVI.

Nueve altares dedican á Baco;
 A Semele³ consagran el resto:
 Reverente cada una del cesto
 Las ofrendas que lleva sacó.
 Y en las aras recién erigidas
 Las colocan rezando plegarias
 En la guisa y las órdenes varias
 Que ama Baco y que Baco enseñó.

Observáballo todo Penteo⁴
 En la cumbre de altísimo risco,
 Escondido tras viejo lentisco
 Que produjo la tierra feraz.
 Autonóe lo ve la primera:
 Hondo grito terrífica lanza,
 Y perturba la Báquica danza
 Tras Penteo corriendo tenaz.

Huye aquel: que á los ojos profanos
 Es vedado mirar á la Orgía.
 A ella agita furiosa manía,
 Y á las otras igual frenesí.
 Y la túnica alzando hasta el muslo,
 Y del manto ciñendo la cauda,
 En carrera lanzándose rauda
 Por el monte van fuera de sí.

IDILIO XXVI.

Y lo alcanzan; y él tiembla de miedo
 Y les dice: *¿Qué os falta, mujeres?*
 Y Autonóe: *Sabrás lo que quieres*
 Sin poder nuestra réplica oír.
 Sobre el hijo la madre se arroja;
 La cabeza separa del tronco:
 Da un rugido la víctima ronco,
 Cual leona que ruge al parir.

IDILIO XXVII.

Ino luego se acerca furiosa,
 Y la espalda y el hombro le arranca;
 Con las piernas formando palanca
 En el vientre le clava los piés.
 De Autonóe no es ménos la furia;
 Y los huesos quebrando en pedazos,
 De la carne los rojos retazos
 Se disputan las otras despues.

Luto en vez de Penteo trayendo,
 Destilando sus cuerpos y ropa
 Negra sangre, la Báquica tropa
 Retornó á la Tebana Ciudad.
 Más no digo. Ninguno de Baco
 A las iras se esponga, ni inquiera
 Mas atroz su martirio si fuera
 Y á los ocho ó nueve años de edad.⁵

IDILIO XXVI.

Males vienen del malo á los hijos;
Bienes llueven al hijo del justo:
Esta máxima agrada al augusto
Soberano, de Olimpo Señor.
Seré santo, á los santos placiendo,
Viva Baco, á quién Jove sagrado
Colocó en el Dracano⁶ nevado:
A Semele mil veces honor.

Y también á las sacras hermanas,
A las hijas de Cadmo⁷ divinas,
Imitadas por mil heroínas.
Yo dirijo saludo filial.
A las obras que inspiran los Dioses
¿Quién audaz lanzará vituperios?
Los que narro inspirados misterios
No censure atrevido el mortal.



IDILIO XXVII.

ΘΑΡΙΣΤΥΣ ΔΑΦΝΙΔΟΣ ΚΑΙ ΚΟΡΗΣ.

*Tal es el título original de este Idilio, que ni es atribuido unánimemente á Teócrito, ni de mérito igual á los demás.
No se ha traducido por las razones expuestas en el Prefacio.*

IDILIO XXVIII.

LA RUECA.

A LA SEÑORA

DOÑA CAROLINA VELASCO DE PACHECO.

ARGUMENTO.



ENDO Teócrito á visitar al médico Nicias, lleva en regalo á Teugénide, esposa de éste, una rueca de marfil trabajada en Siracusa. Habla en todo el Idilio con la rueca, y elogia tanto el dón como la persona á quien se destina.

¡Rueca, del estambre amiga,
Rico dón, grato presente
De Minerva¹ diligente,
La Diosa del ojo azul!
De las matronas que aumentan
Con su trabajo sin tasa
Las riquezas de su casa
Las delicias eres tú.

IDILIO XXVI.

Males vienen del malo á los hijos;
Bienes llueven al hijo del justo:
Esta máxima agrada al augusto
Soberano, de Olimpo Señor.
Seré santo, á los santos placiendo,
Viva Baco, á quién Jove sagrado
Colocó en el Dracano⁶ nevado:
A Semele mil veces honor.

Y también á las sacras hermanas,
A las hijas de Cadmo⁷ divinas,
Imitadas por mil heroínas.
Yo dirijo saludo filial.
A las obras que inspiran los Dioses
¿Quién audaz lanzará vituperios?
Los que narro inspirados misterios
No censure atrevido el mortal.



IDILIO XXVII.

ΘΑΡΙΣΤΥΣ ΔΑΦΝΙΔΟΣ ΚΑΙ ΚΟΡΗΣ.

*Tal es el título original de este Idilio, que ni es atribuido unánimemente á Teócrito, ni de mérito igual á los demás.
No se ha traducido por las razones expuestas en el Prefacio.*

IDILIO XXVIII.

LA RUECA.

A LA SEÑORA

DOÑA CAROLINA VELASCO DE PACHECO.

ARGUMENTO.



ENDO Teócrito á visitar al médico Nicias, lleva en regalo á Teugénide, esposa de éste, una rueca de marfil trabajada en Siracusa. Habla en todo el Idilio con la rueca, y elogia tanto el dón como la persona á quien se destina.

¡Rueca, del estambre amiga,
Rico dón, grato presente
De Minerva¹ diligente,
La Diosa del ojo azul!
De las matronas que aumentan
Con su trabajo sin tasa
Las riquezas de su casa
Las delicias eres tú.

IDILIO XXVI.

Males vienen del malo á los hijos;
Bienes llueven al hijo del justo:
Esta máxima agrada al augusto
Soberano, de Olimpo Señor.
Seré santo, á los santos placiendo,
Viva Baco, á quién Jove sagrado
Colocó en el Dracano⁶ nevado:
A Semele mil veces honor.

Y también á las sacras hermanas,
A las hijas de Cadmo⁷ divinas,
Imitadas por mil heroínas.
Yo dirijo saludo filial.
A las obras que inspiran los Dioses
¿Quién audaz lanzará vituperios?
Los que narro inspirados misterios
No censure atrevido el mortal.



IDILIO XXVII.

ΘΑΡΙΣΤΥΣ ΔΑΦΝΙΔΟΣ ΚΑΙ ΚΟΡΗΣ.

*Tal es el título original de este Idilio, que ni es atribuido unánimemente á Teócrito, ni de mérito igual á los demás.
No se ha traducido por las razones expuestas en el Prefacio.*

IDILIO XXVIII.

LA RUECA.

A LA SEÑORA

DOÑA CAROLINA VELASCO DE PACHECO.

ARGUMENTO.



ENDO Teócrito á visitar al médico Nicias, lleva en regalo á Teugénide, esposa de éste, una rueca de marfil trabajada en Siracusa. Habla en todo el Idilio con la rueca, y elogia tanto el dón como la persona á quien se destina.

¡Rueca, del estambre amiga,
Rico dón, grato presente
De Minerva¹ diligente,
La Diosa del ojo azul!
De las matronas que aumentan
Con su trabajo sin tasa
Las riquezas de su casa
Las delicias eres tú.

IDILIO XXVIII.

Ten confianza, y no te pese
Con nosotros presurosa
Ir á la Ciudad famosa
En que Neleo reinó:²
Donde en tierno bosquecillo
Rico templo verdeguea
Consagrado á Citeréa,
Madre del hermoso Amor.

Pido á Jove me conceda
Quieto mar, próspero viento:
Ansioso de ver me sienta
A mi huésped otra vez;
De las Gracias elocuentes
Al sacro vástago, Nicias.
¡Su mano con qué caricias
En la mía estrecharé!

Y de Nicias en regalo
Voy á ofrecerte á la esposa,
Rueca mia primorosa
De torneado marfil.
Y tú tejerás con ella
Muchas togas varoniles,³
Y túnicas femeniles
De ondas y vario matiz,

IDILIO XXVIII.

Porque dos veces al año
Las madres de los corderos
Su vellon en los oteros
Mansas dejan trasquilar
Para Teugénide bella,
La dama de hermosa planta,
¡Tanto el trabajo la encanta,
Mujer sábia sin rival!

Porque á casa donde tenga

La ociosidad su morada,
A tí, en mi tierra criada,
Nunca llevarte juré:
A tí, que llena de gloria
Patria tienes y familia
En lo mejor de Sicilia,
Isla que me vió nacer.

Son tus nativas murallas

De ínclitos varones cuna,
Que concedió la Fortuna
A Arquias de Efra fundar.⁴
Será la perla de Jonia,
Mileto, tu residencia:
De un prodigio de la ciencia
La morada habitarás.

IDILIO XXVIII.

A las dolencias humanas
Nicias, con arte divina
Saludable medicina
Maravilloso encontró.
A Teugénide en su pueblo
Darás ¡oh rueca! más gloria,
Y guardarás la memoria
De su huésped y cantor.

Y al verte en su blanca mano
Girar con vuelo ligero,
Parándose el pasajero
Admirado exclamará:
“Regalo, por cierto, leve
Gran favor trajo consigo:
Cuanto viene de un amigo
El amigo debe honrar.”



IDILIO XXIX.

ΠΑΙΑΙΚΑ.

NO SE HA TRADUCIDO ESTE BREVE CUANTO GROSERO IDILIO.

IDILIO XXX.

A LA MUERTE DE ADÓNIS

ARGUMENTO.



ORDENA Vénus la aprehension del Jabalí que ha dado muerte á Adónis, y luego lo suelta, movida por las excusas de la Fiera. Está escrito este Idilio en el original en el mismo metro Anacreóntico que se ha conservado en la traduccion.

Ciprina á Adónis¹ bello

Mirando agonizante,

Con pálido semblante

Y ajado su cabello,

Que traigan los amores

Al jabalin ordena.

Recorren voladores

Toda la selva amena

Y lo hallan pensativo

Presa de acerba pena:

IDILIO XXVIII.

A las dolencias humanas
Nicias, con arte divina
Saludable medicina
Maravilloso encontró.
A Teugénide en su pueblo
Darás ¡oh rueca! más gloria,
Y guardarás la memoria
De su huésped y cantor.

Y al verte en su blanca mano
Girar con vuelo ligero,
Parándose el pasajero
Admirado exclamará:
“Regalo, por cierto, leve
Gran favor trajo consigo:
Cuanto viene de un amigo
El amigo debe honrar.”



IDILIO XXIX.

ΠΑΙΑΙΚΑ.

NO SE HA TRADUCIDO ESTE BREVE CUANTO GROSERO IDILIO.

IDILIO XXX.

A LA MUERTE DE ADÓNIS

ARGUMENTO.



ORDENA Vénus la aprehension del Jabalí que ha dado muerte á Adónis, y luego lo suelta, movida por las excusas de la Fiera. Está escrito este Idilio en el original en el mismo metro Anacreóntico que se ha conservado en la traduccion.

Ciprina á Adónis¹ bello

Mirando agonizante,

Con pálido semblante

Y ajado su cabello,

Que traigan los amores

Al jabalin ordena.

Recorren voladores

Toda la selva amena

Y lo hallan pensativo

Presa de acerba pena:

IDILIO XXVIII.

A las dolencias humanas
Nicias, con arte divina
Saludable medicina
Maravilloso encontró.
A Teugénide en su pueblo
Darás ¡oh rueca! más gloria,
Y guardarás la memoria
De su huésped y cantor.

Y al verte en su blanca mano
Girar con vuelo ligero,
Parándose el pasajero
Admirado exclamará:
“Regalo, por cierto, leve
Gran favor trajo consigo:
Cuanto viene de un amigo
El amigo debe honrar.”



IDILIO XXIX.

ΠΑΙΑΙΚΑ.

NO SE HA TRADUCIDO ESTE BREVE CUANTO GROSERO IDILIO.

IDILIO XXX.

A LA MUERTE DE ADÓNIS

ARGUMENTO.



ORDENA Vénus la aprehension del Jabalí que ha dado muerte á Adónis, y luego lo suelta, movida por las excusas de la Fiera. Está escrito este Idilio en el original en el mismo metro Anacreóntico que se ha conservado en la traduccion.

Ciprina á Adónis¹ bello

Mirando agonizante,

Con pálido semblante

Y ajado su cabello,

Que traigan los amores

Al jabalin ordena.

Recorren voladores

Toda la selva amena

Y lo hallan pensativo

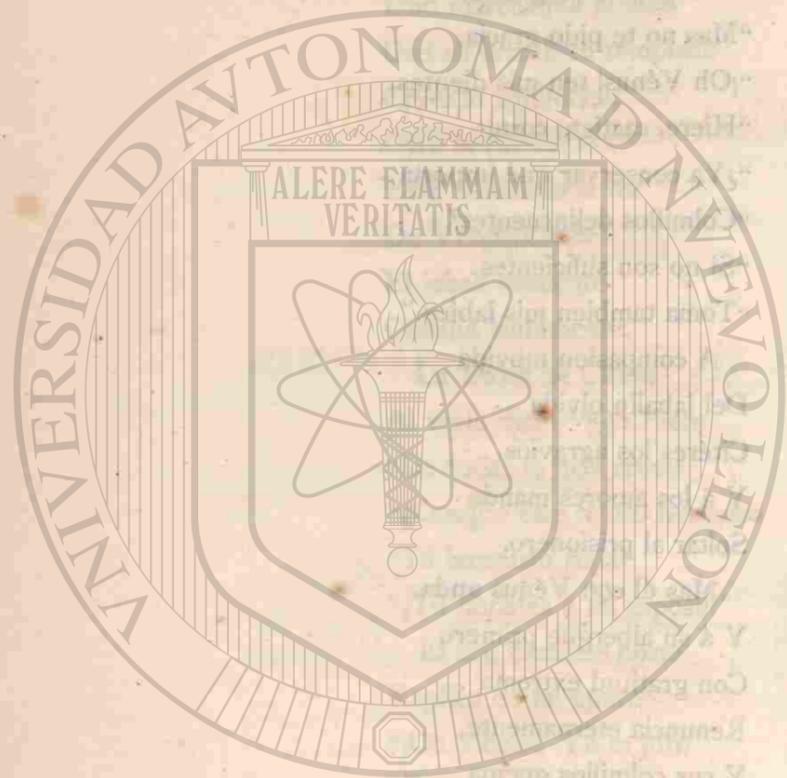
Presa de acerba pena:

IDILIO XXX.

Con lazos mil atado
Condúcenlo cautivo.
Uno marchando al lado
Con su arco bien templado
Cruel lo agujonea;
Otro la cuerda tira:
Pero temiendo la ira
De Vénus Citeréa
El jabalí renuente
Camina lentamente.
La Diosa de Citera
Al verlo dice: "¡Oh Fiera
De todas la más cruda!
¿Conque este muslo hermoso
"Tú laceraste ruda?
"¿Tú heristes á mi esposo?"
El con humilde porte
Replica en tal apuro:
"¡Oh Vénus! Yo te juro
"Por tí, por tu consorte,
"Por estos Amorcillos
"Que cazan, por mis grillos,
"Que ofender á tu amante
"No quise ni un instante.
"Mas vílo, de amor ciego,
"A un Númen semejante:
"Ya sofocarse el fuego
"De mi pasión no pudo
"Y en el muslo desnudo,

IDILIO XXX.

"¡Oh fatal embeleso!
"Llegué á imprimir un beso.
"Esta fué mi desgracia;
"Mas no te pido gracia.
"¡Oh Vénus! ten mis dientes,
"Hierre, castiga, corta:
"¿Ya conservar qué importa
"Colmillos delincuentes?
"Si no son suficientes
"Toma también mis labios."
A compasión movida
Del jabalín olvida
Citéres los agravios,
Y á los amores manda
Soltar al prisionero.
Mas él con Vénus anda,
Y á su albergue primero
Con gratitud extrema
Renuncia eternamente,
Y sus colmillos quema
En una hoguera ardiente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OTRA TRADUCCION.*

Cuando vió á Adónis muerto
La Diosa Citeréa
Con pálidas mejillas
Y suelta cabellera,
Mandó á los Amorcillos
Que luego condujeran
Al jabalí asesino
A su real presencia.
Veloces recorrieron
Cual pájaros la selva,
Y lleno lo encontraron
De duelo y de tristeza.
Atáronlo al instante
Con lazos y cadenas,
Y miéntras uno de ellos
Marchaba á la cabeza
Al jabalí cautivo
Tirando de la cuerda,
Los otros con sus arcós

* Es mi primer ensayo en traducir del Griego en verso castellano, hecho á los diez y siete años de edad.

TRADUCCION.

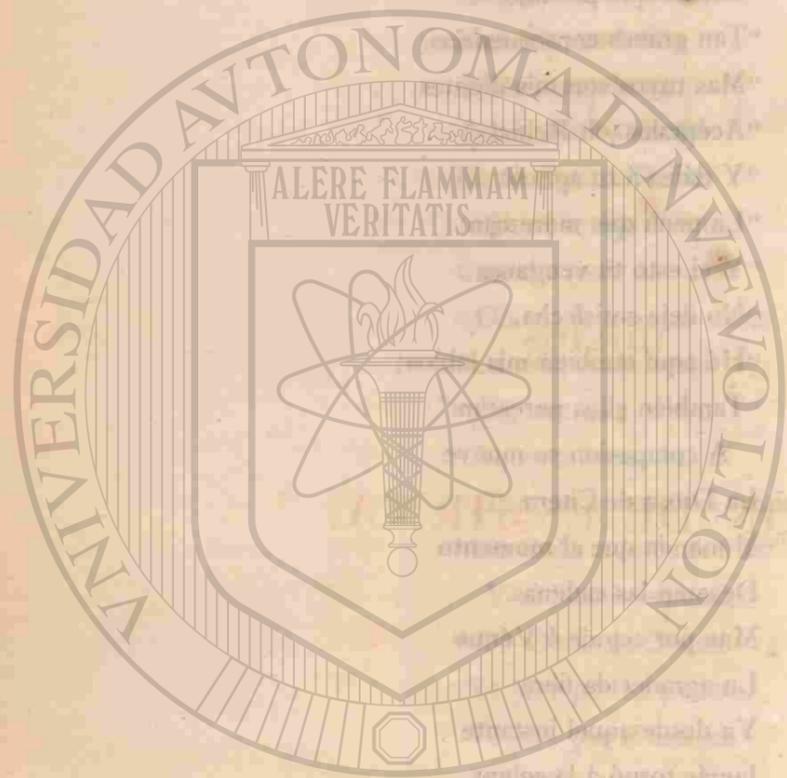
Herian á la fiera
 Para que á su destino
 Llegara con presteza;
 Mas ella caminaba
 Silenciosa y lenta
 Temiendo los enojos
 De la Ciprina Reina.
 Y así le dijo Vénus
 Cuando venir lo viera:
 "¡Oh tú, de cuantas viven
 La más osada bestia!
 ¿Tú laceraste, dime,
 Aquesta forma bella?
 ¿Tú eres quien á mi Adónis
 Ha dado muerte acerba?"
 Y el Jabalí responde:
 "¡Oh Diosa de Citera!
 Te juro por tu amante,
 Te juro por tí mesma,
 Por estos cazadores,
 Por estas mis cadenas,
 Que á tu adorado jóven
 De célica belleza
 Jamás mi intento ha sido
 Dañar ni hacer ofensa;
 Mas viendo su figura
 Cual la de un dios esbelta,
 Ya resistir no supe
 De mi pasion la fuerza.

IDILIO XXX.

"Y un beso darle quise
 En mi fatal demencia;
 Osculo que produjo
 Tan graves consecuencias.
 Mas tuyos son mis dientes:
 Acéptalos ¡oh Reina!
 Y dáles á tu agrado
 La pena que merezcan:
 Y si esto tu venganza
 No deja satisfecha,
 Hé aquí tambien mis labios;
 Tambien ellos perezcan."

A compasion se mueve
 La Diosa de Citera
 Y manda que al momento
 Desaten las cadenas.
 Mas por seguir á Vénus
 La agradecida fiera
 Ya desde aquel instante
 Jamás tornó á la selva;
 Y se llegó contrita
 A una flamante hoguera
 Quemando los colmillos
 Que tanto mal hicieran.

FIN DE LOS IDILIOS DE TEOCRITO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IDILIOS

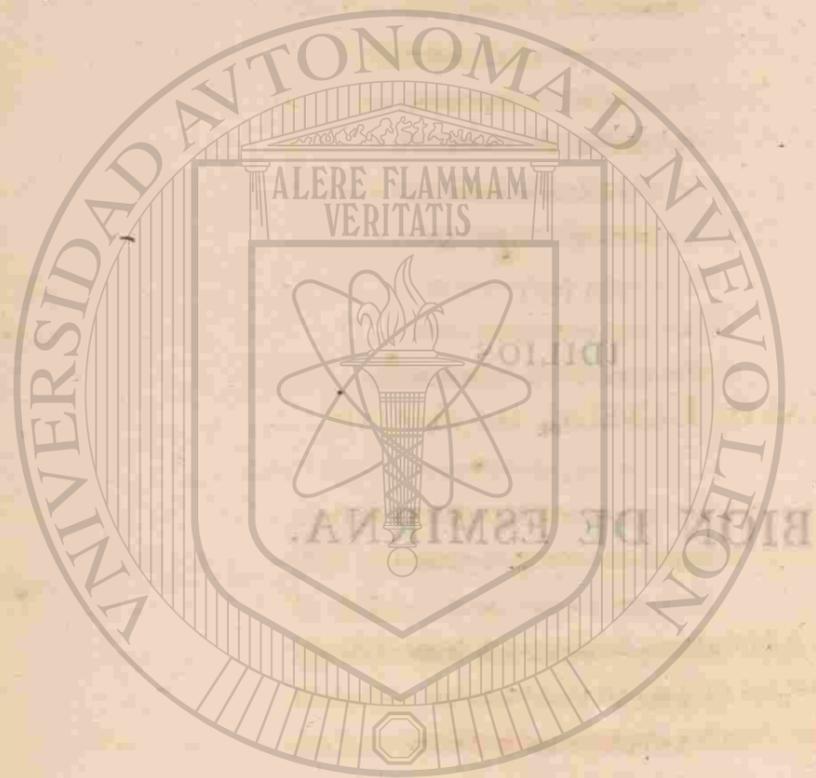
CAPO FUSEUM DE ADONIA

DE

BION DE ESMIRNA.

JUANIL

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDILIO I.

CANTO FUNEBRE DE ADONIS.

A Adónis lloro: ha muerto el bello Adónis,¹
El Adónis sin par: en mi quebranto
De los Amores me acompaña el llanto.

¡Oh Vénus desdichada!

No duermas ya entre púrpuras y sedas;

Levántate enlutada,

El tierno pecho hieres,

Y dí á todos, en lágrimas bañada:

Mi Adónis bello entre dolores muere.

A Adónis lloro: en mi fatal quebranto

De los Amores me acompaña el llanto.

IDILIO I.

Yace el hermoso Adónis en los montes,
 Con su cuerpo nevado
 Por homicida² diente atravesado,
 Y su débil aliento
 De dolor llena á la Ciprina Diosa;
 De la honda herida sangre le destila,
 Se oscurece su fulgida pupila,
 Y de su labio opácase la rosa.

A Adónis lloro: en mi fatal quebranto
 De los Amores me acompaña el llanto.

Atroz, atroz herida
 Su bello cuerpo afea,
 Pero es mayor la que cruel desgarró
 El tierno corazón de Citeréa.
 En torno de él los galgos favoritos³
 Doloridos aullan;
 En torno de él, con lastimeros gritos
 Las Oréades ninfas se lamentan.

Desesperada corre por los bosques

La Diosa de Citera,

El rostro sin color, el pié desnudo⁴

Y en desórden la rubia cabellera.

Su planta sin sandalia, el cardo agudo

Punza cruel, y la divina sangre

Tiñe la verde grama.

Por los valles frenética discurre,

Y á Adónis bello á cada instante llama,

IDILIO I.

Y con aguda voz su pena anuncia,
 Y del esposo Asirio
 En su feroz delirio
 El nombre en vano sin cesar pronuncia.
 El moribundo jóven, de la herida
 Ríos de sangre arroja;
 Y el albo vientre y cándido costado,
 Y aquel pecho nevado
 Cubre el vital humor, cual veste roja.

¡Triste de Citeréa! En su quebranto
 De los Amores la acompaña el llanto.

¡Ay! Ya murió: murió su amado esposo,
 Y huyó con él, del rostro peregrino
 La celestial belleza.
 Mientras vivió su Adónis rubicundo,
 De aquel cuerpo divino
 Nada igualó la gracia y gentileza;
 Mas apenas el hado
 Con cruel muerte lo sacó del mundo,

De Vénus la hermosura

Se ofuscó para siempre ¡oh desventura!

Los montes elevados,

Las añosas encinas,

¡Ay de Adónis! tristísimas exclaman;

Lágrimas mil derraman

Por Adónis las fuentes cristalinas:

Los caudalosos ríos

IDILIO I.

De Ciprina deploran los pesares,
Y de pena las flores
En vivo rojo truecan sus colores.⁵

La triste Diosa en tanto
Vaga por las colinas,
O la campiña fértil abandona,
Y fléviles cantares
Al discurrir por la ciudad entona.

(Triste de Vénus, triste!
El rubicundo Adónis ya no existe.

Adónis ya no existe, Eco responde
Desde el antro profundo en que se esconde.
¡Ay! ¿Quién de la afligida Citeréa
No llorará los trágicos amores?
¿Quién habrá que contemple sus dolores
Y á tantas penas insensible sea?
Apénas vió la mísera Ciprina
La herida profundísima de Adónis;
No bien miró la sangre purpurina

Libre correr de su costado abierto,
Cuando, los bellos brazos extendidos,
Con lúgubres gemidos,

Exclama: Prenda mía,
Detente, Adónis; desdichado, espera;

Deja que contemplarte
Al ménos pueda por la vez postrera.

Despiértate ¡oh! despiértate un momento,

IDILIO I.

Deja que llegue tu infeliz esposa
A recoger tu postrimer aliento

Mas ¡ay! que sin curarte de mis quejas⁶
¡Desdichado! te alejas.

Huyes, Adónis: huyes de Aqueronte
A la oscura region; á los dominios
Del lúgubre monarca del infierno:

¡Huyes, Adónis! Yo á dolor eterno
Y á amargo llanto condenada vivo:

Yo para siempre á padecer me quedo,
Y porque el hado condenóme á Diosa,
Seguirte al reino de Pluton no puedo.

¡Proserpina implacable!
Recibe tú mi idolatrado esposo:

Pues mas allá que el mío
Se extiende tu infinito poderío,

Ya que cuanto hay hermoso,
Cuanto feliz ó rico aquí se encuentra
Al fin, cruel, á tus dominios entra.

Moriste ¡dulce dueño!

Y nuestro amor se disipó cual sueño.⁷

Sola y viüda á Vénus has dejado,
Y ociosos permanecen los Amores

De mi triste mansion en el recinto.

Tambien sobre tu cuerpo, destrozado

Fué mi precioso cinto.⁸

¡Ah! ¿Por qué á los peligros de la caza,

Temerario mancebo, te expusiste?

IDILIO I.

¿Por qué, siendo tan bello,⁹
A luchar con las fieras te atreviste?

Clamaba así Ciprina en su agonía,
Y el llanto funeral de los Amores
A sus copiosas lágrimas se unía.

Triste de Vénus, triste!
El rubicundo Adónis ya no existe.

Citéres tantas lágrimas derrama¹⁰
Cuanta es la sangre que su Adónis vierte:
A entrambas, al caer sobre la grama,
Virtud oculta en flores las convierte:
La sangre engendra la purpúrea rosa,
Y de Vénus las lágrimas divinas
Hacen brotar la anémona graciosa.¹¹

A Adónis lloro: á Adónis rubicundo
Muerte cruel arrebató del mundo.
Desciende ¡oh Vénus! de la selva umbría,
Da tregua á tu agonía.

Ya está dispuesto el funerario lecho:
En él yace tendido
Tu exánime marido.

Y aunque muerto, es hermoso todavía
Bajo del frío pecho

No late ya su corazón ardiente,
¡Sin vida yace el desangrado jóven

Y parece que duerme blandamente!¹²

IDILIO I.

Cúbrela con la sábanas mullidas
En que dormir soliera
Sobre cojines recamados de oro.
Ven; no temas ¡oh Diosa de Citera!
No vuelvas á tu esposo las espaldas
Aunque su vista de dolor te llene:
Adórnalo con fúnebres guirnaldas
Y deshojadas flores;
Pero ¡ay! que al espirar tu Adónis, todas
Perdieron sus colores.

Sobre él esparce mirtos olorosos,
Ungelo con mil bálsamos preciosos.

¿Qué importa que se pierdan
Cuantos perfumes crían las Arabias,
Si pereció tu bálsamo, tu Adónis,
Tu sin igual delicia?

¡Míralo cuál reposa
Entre vestes de púrpura Fenicia!¹³
Cortados los cabellos,

Lloran en torno los Amores bellos:
Este sus flechas rompe,

Aquel el arco pisa,
Otro destroza la emplumada aljaba;
Quién el áureo calzado

Desata á Adónis, quién el agua trae
En vasos de oro, y quién la herida lava;

Miéntas detrás del funerario lecho,
Con sus delgadas alas, afanoso

A Adónis otro le abanica el pecho.¹⁴

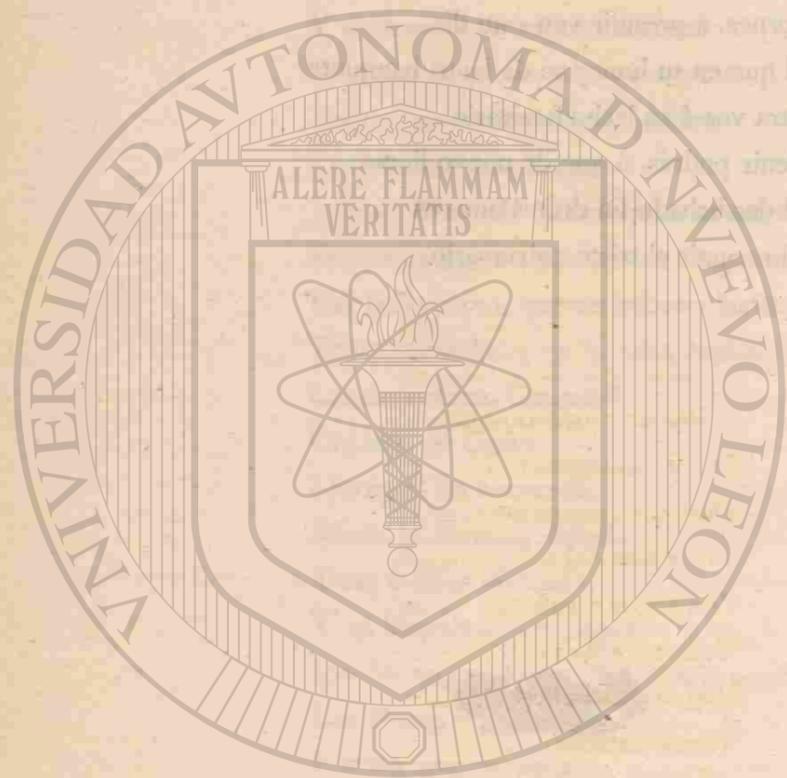
IDILIO I.

Tambien de Vénus los acerbos males
 Lamentan los amores. Himenéo¹⁵
 Ha extinguido su antorcha en los umbrales
 Y destrozado la nupcial corona.
 Cánticos de placer ya no resuenan,
 Tristes ayes y lúgubres gemidos
 Los vientos solo llenan.
¡Ay de Himenéo! por doquier se escucha;
 Pero más llanto arrancan las desgracias
 Del bello jóven, que en infausta lucha
 Triste sucumbe, y en la selva espira.
 Las seductoras Gracias¹⁶
 Del hijo de Cinira
 Lloran el fin horrendo,
Murió el hermoso Adónis,
 Unas á otras diciendo;
 Y en lamentos prorumpen
 Que los tuyos, Dione,¹⁷ aún más agudos.
 Las Musas¹⁸ por Adónis
 Vierten amargo llanto,
 Y su nombre murmuran,
 Y llamarlo procuran
 Con sus gemidos y amoroso canto:
 Mas él no escucha el llamamiento tierno,
 Que aunque volver quisiera á su adorada,
 La reina del Infierno
 Lo detiene en el Orco enamorada.¹⁹
 Es tiempo ya, Citéres,
 Que ceses de gemir; enjuga el lloro,

IDILIO I.

Y de la tumba fria
 Aléjate, dó yace tu tesoro.
 Y antes que á tu retrete²⁰
 Tornes, á presidir ven este dia
 El que en tu honor se da lauto banquete.
 Otra vez á su lecho funerario
 Venir podrás, á que de nuevo llores
 El desdichado fin de tus amores
 Al recurrir el triste aniversario.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDILIO II.

Por un verde bosque
De denso espesor
Dó nunca penetran
Los rayos del sol,
Con redes y cañas,¹
Y de aves en pós
Vagaba un imberbe
Tierno cazador.
Sentado en las ramas
De un frondoso box,²
Miró de repente
Al alado Amor:
Contento el muchacho
Sus cañas juntó
Y dijo en su gozo
Con pueril candor:
"¡Oh qué ave tan grande!
¡Qué presa á hacer voy!"

IDILIO II.

No habrá cazadores
 En breve cual yo.
 Que soy el más diestro
 Dirán á una voz
 Al ver que en mis redes
 Tal ave cayó.
 Mas vano su empeño,
 Fué vano su ardor,
 En balde á Cupido
 Sus redes tendió;
 De un ramo á otro ramo
 Volando veloz
 Burló sus esfuerzos
 Alígero Amor.
 Airado el muchacho
 Sus cañas rompió,
 Pedazos las redes
 Hizo en su furor;
 En llanto deshecho
 Del bosque salió,
 Y, entre hondos suspiros,
 A un viejo pastor
 Que al arte difícil
 Su mano adestró,
 Narró su solemne
 Desengaño atroz.
 "Oh padre! le dijo,
 Me abrumba el dolor;
 En vano de caza

IDILIO II.

Prudente leccion
 Tu sábia experiencia
 Mil veces me dió:
 Esa ave que miras
 De blanco color
 Con alas doradas,
 Pluma tornasol,
 En vano en mis redes
 Atrapar quise hoy:
 Huyendo ligera
 Mi astucia burló.
 Prudente el anciano,
 Con ojo avizor,
 Miró hácia la selva
 Y al alado Dios
 Su vista de lince
 Bien reconoció.
 Con paterno afecto
 El buen labrador
 Sonriendo, la cana
 Cabeza movió;
 Y "guárdate, dijo,
 ¡Oh incauto garzon!
 Si estimas en algo
 Tu vida y tu honor,
 De esa ave maligna
 No corras en pos;
 El noble ejercicio
 Del casto Endimion

IDILIO II.

Dejar para siempre
Valiera mejor.
¡Dichoso si nunca
La atrapa tu arpon!
No es ave ese mónstruo.
Es bestia feroz:
Verás cuál se vuelve
Tu perseguidor;
Y apénas el bozo
Te apunte precoz,
El que hoy de tus redes
Ligero escapó,
Tu seno de vírgen
Hiriendo traidor,
Volará á anidarse
En tu corazon.



IDILIO III.

A la sombra de una haya frondosa
Una tarde tranquilo dormía:
De repente hasta mí majestosa
La gran Reina de Páfos llegó.
Su alba diestra al Amor conducía,
Que modesto y sin arco ni aljaba,
De la tierra la vista no alzaba,¹
Y así Vénus benigna me habló:

¡Cuál me place la grata dulzura
De tus himnos, y el célico fuego;
Y esa voz tan süave y tan pura
Con que sueles mis glorias cantar!
¡Oh zagal! A Cupido te entrego:
Dále, amigo, armoniosas lecciones;
Presto sepa tus dulces cánciones
Repetir tu divino escolar.

IDILIO III.

Citeréa partió; y al momento
Mis sencillas canciones rurales
Al compás de mi rudo instrumento
A enseñar á Cupido empecé.
¡Vano empeño: lecciones fatales!
¡Oh imprudencia de mi ánima incauta!
Cuál Minerva inventara la flauta²
Y Mercurio el laúd,³ le narré.

Yo canté cuál la cítara de oro⁴
Forjó diestro el dulcísimo Febo;
Cómo Pan su instrumento sonoro,⁵
En Arcadia, de cañas formó.
Distraído el alado mancebo
Despreciaba mis castas historias;
Y odas mil entonando amatorias,
Mis idilios jamás escuchó.

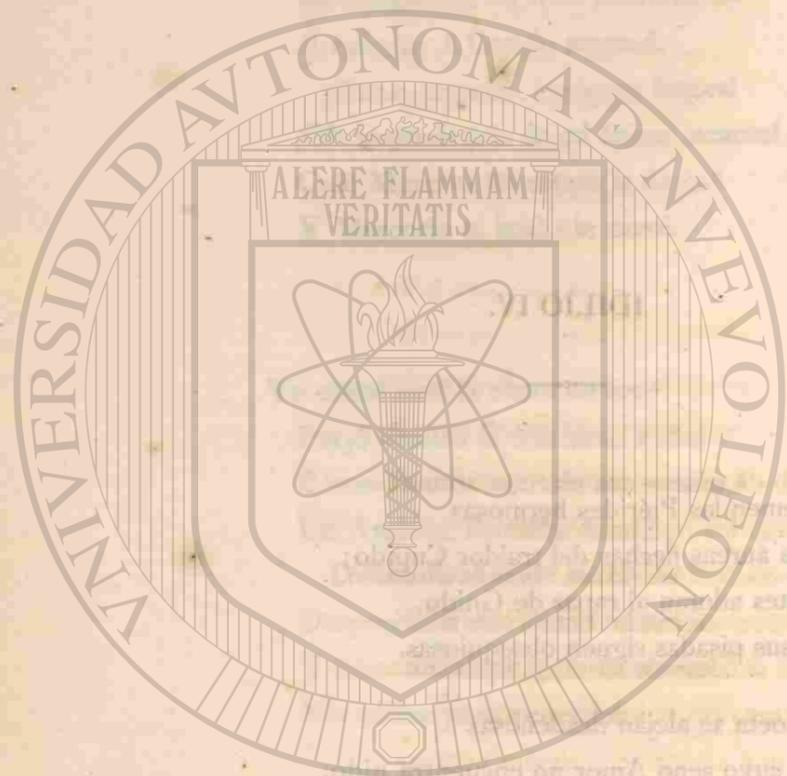
De las ninfas del mar las locuras
Seductor celebraba Cupido,
De su Madre las tramas impuras,
Y de Baco el procaz frenesí.
Poco á poco dejé en el olvido
Sepultadas mis églogas todas,
Y de Amor las impúdicas odas,
¡Infelice! muy presto aprendí.



IDILIO IV.

No temen las Piérides hermosas
Las áureas flechas del traidor Cupido;
Antes adoran al rapaz de Gnido,
Y sus pisadas siguen obsequiosas.
Del poeta se alejan desdeñosas
En cuyo seno Amor no encuentra nido;
Mas si álguien canta, de su arpon herido,
Al vate todas cercan presurosas.

Víctima yo de su venganza ruda,
Si á Dioses canto ó ínclitos varones
Se pega al paladar mi lengua muda.
Mas si á Lícida infiel, ó al niño ciego
Emprendo celebrar, en mis canciones,
Cuánta dulzura entónces! cuánto fuego!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDILIO V.

Si de mis versos place la armonía,
Bastan los que hasta ahora
Me concedió la Musa¹ bienhechora,
A hacer eterna la memoria mía.
Mas si faltos de ritmo y de dulzura,
Lastima los oídos su dureza,
¿A qué afanarme, vate sin ventura,
Por alcanzar la fama
A que el cruel destino no me llama?

Si Jove soberano,
O de las Parcas la voluble mano,
Dos vidas á los hombres concedieran:
Una de placer toda y alegría,
Otra tan solo de dolor y llanto,
Gozar al ménos el mortal podría,
Tras tanta pena y sufrimiento tanto.

IDILIO V.

Pero ya que los Dioses
Una vida nos dieron solamente,
Breve en extremo y de miserias llena,
¿A qué bañar en trasudor la frente?
¿A qué pasar los voladores días
De lágrimas cubiertos y de pena,
Riquezas viles y caducos bienes
De conseguir ansiosos,
O de ornar ambiciosos
Con délficos laureles nuestras sienes?
Echamos al olvido
¡Ay! que para morir hemos nacido,
Y que implacable el hado
Corta vida á los hombres ha asignado.²



IDILIO VI.

CLEODAMO Y MIRSON.

CLEODAMO.

La dulce primavera,
El otoño, el invierno ó el estío,
¿Cuál es ¡oh Mirson mio!
Para tí la estacion más placentera?
¿Con más veloce paso
Cuál que venga deseas? ¿Es acaso
El verano, en que al fin nuestras labores
Terminadas miramos felizmente
Tras de tantos afanes y sudores?
¿O el fructífero otoño más te agrada,
En que poco del sólito alimento
Basta á saciar el hambre moderada?
¿O te trae tal vez mayor contento
El muelle invierno que el trabajo impide?

IDILIO VI.

Tambien el labrador los ratos ama
Que en ocio blando sumergido emplea
Al resplandor de calurosa llama.
Pero tal vez la primavera hermosa
Tu favorita sea.
Habla, dí cual prefieres,
Que para larga plática y sabrosa
Tiempo nos dejan hoy nuestros quehaceres.

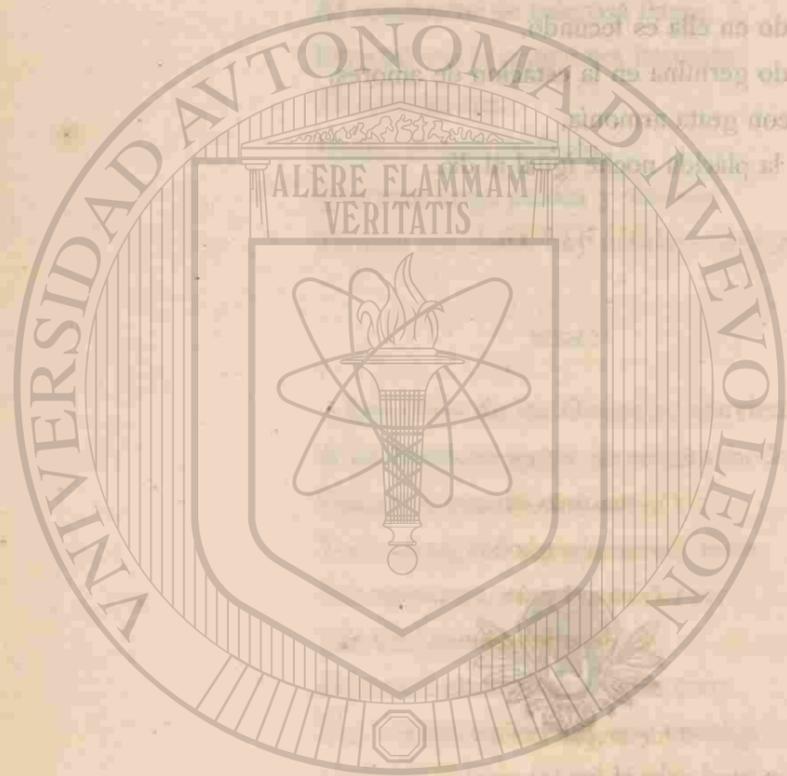
MIRSON.

Las obras de los Dioses no conviene
A los hombres juzgar de ningun modo;
Cuanto el mundo contiene
Todo es sagrado, y placentero todo.
Por contentar, empero, tu deseo,
¡Oh Cleódamo amigo!
Diré cuál estacion mas bella creo:
Del verano, en verdad, soy enemigo.
¡Cuál me abrasa del sol la viva lumbre!
Vivo sin paz la amena temporada
Del otoño; la inmensa muchedumbre
De sus frutos opímos,
Engendra mil mortíferas dolencias:
Temo las inclemencias
Del destructor invierno, en que sufrimos
De la escarcha y la nieve tanto daño:
Solamente la dulce primavera
Que reinara querría todo el año.

IDILIO VI.

¡Ay, ojalá que sempiterna fuera!
Entónces ni del frío los rigores,
Ni del sol nos molestan los ardores:
Todo en ella es fecundo,
Todo germina en la estacion de amores,
Y con grata armonía,
Es la plácida noche igual al día.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



De los pastores

Voy al festín:

Y Cántica pábida

Ya va ligera

De su centro

LIBRO VII.

LIBRO VIII.

Oye mi súplica

Pues no la mueva

De todo alzar

¡Oh hermoso Véspero!

¡Oh luz dorada

De la sagrada

Vénus sin par!

¡Lucero fúlgido!

No hay una estrella

Que tu luz bella

Pueda igualar.

Salve ¡oh espléndido

Astro divino,

Del peregrino

Antorcha fiel;

De la cerúlea

Noche en el manto,

Adorno santo,

Sacro joyell!

IDILIO VII.

¡Oh estrella! préstame
Tus resplandores:
De los pastores
Voy al festin;
Y Cintia pálida
Ya va ligera
De su carrera
Llegando al fin.

Oye mi súplica,
Pues no la mueve
De robo aleve
Negra pasión;
Ni asestar pérfido
Mi daga quiero
Del pasajero
Al corazón.

Mis campos fértiles
Solo cultivo;
Aislado vivo
En dulce paz;
Y hoy alejándome
De mi retrete,
En el banquete
Busco solaz.

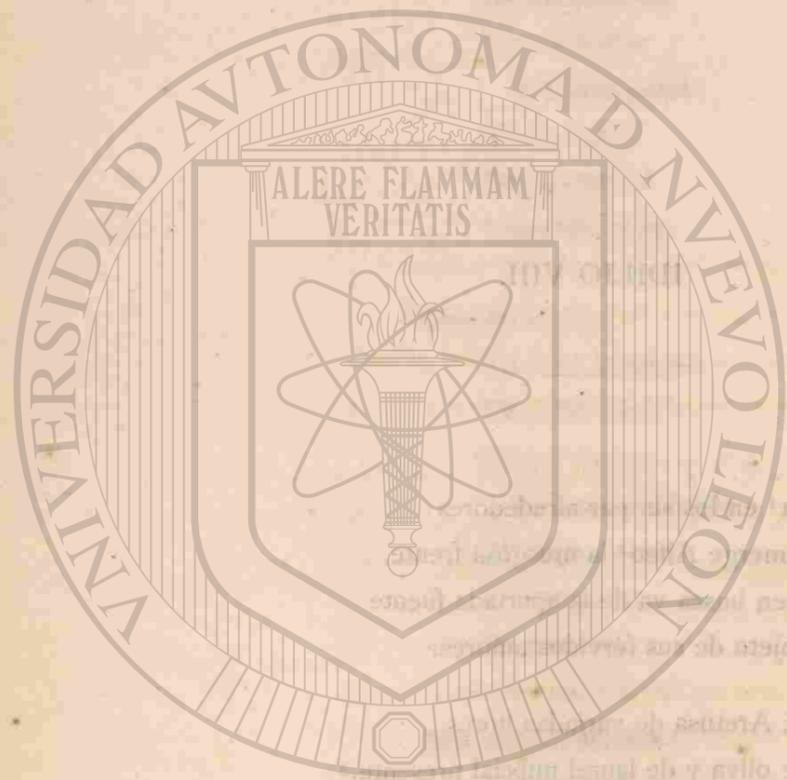


IDILIO VIII.

De Pisa¹ en los sin par alrededores
Sumerge Alfeo² la musgosa frente,
Y en busca va de la apartada fuente
Objeto de sus férvidos amores:
Lleva á Aretusa de variadas flores,
De oliva y de laurel nupcial presente,³
Y el sacro polvo⁴ que el sudor hirviente
Riega de los heróicos luchadores.

Bajo el fondo del piélagos camina;
Ni con el mar salobre el dulce río
Mezcla jamás su linfa cristalina.

Así cruza el Océano bravío
Que su atrevida empresa no adivina.
¡Tal es de Amor la fuerza y poderío!



IDILIO IX.

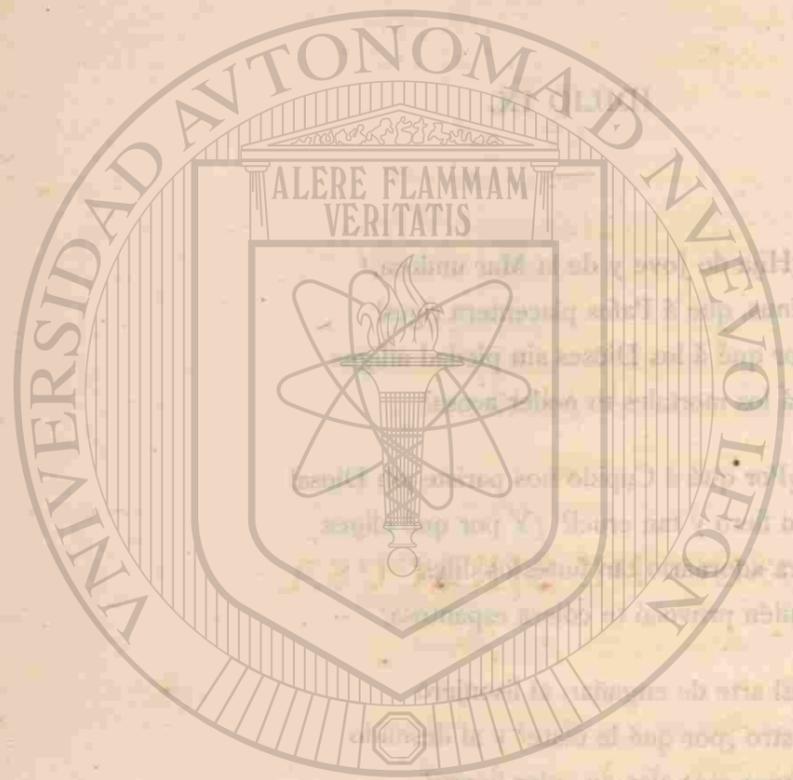
¡Hija de Jove y de la Mar undosa,¹
Vénus, que á Pafos placentera riges!
¿Por qué á los Dioses sin piedad afliges
Y á los mortales tu poder acosa?

¿Por qué á Cupido nos pariste ¡oh Diosa!
Tan fiero y tan cruel? ¿Y por qué eliges
Para adornarlo tan funestos dijes?
¿Quién provocó tu cólera espantosa?

El arte de engañar, al lisonjero
Rostro ¿por qué le diste? y al desnudo
Cuerpo esas alas de volar ligero?

¿Sus manos á qué armar de dardo agudo
Y de tiro dotarlas tan certero
Que no hay contra su arpon fuga ni escudo?

FIN DE LOS IDILIOS DE BION.



1901

AMOR FUGITIVO

IDILIOS

DE

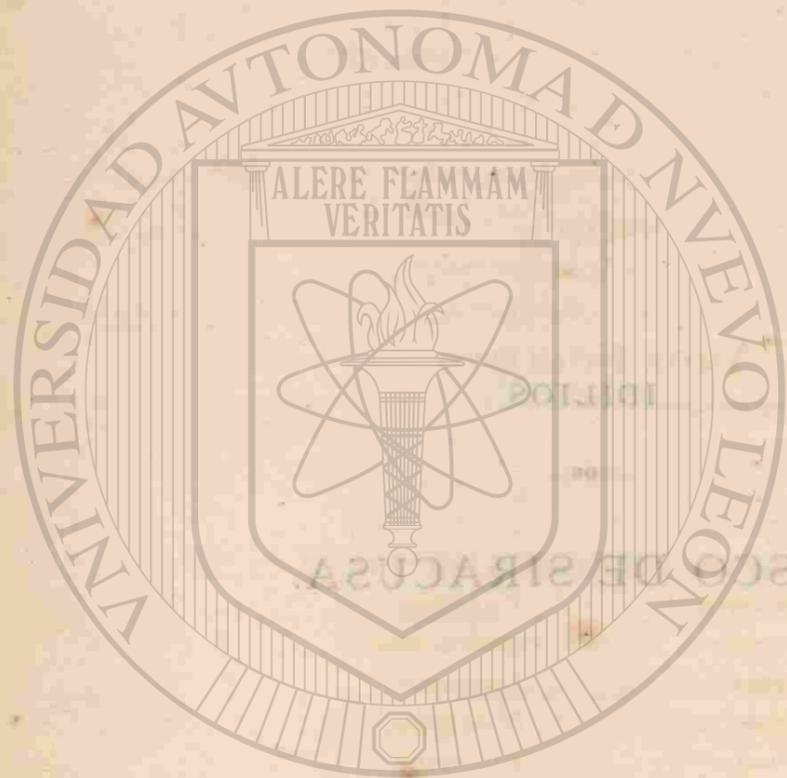
MOSCO DE SIRACUSA.

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





IDILIO I.

AMOR FUGITIVO.

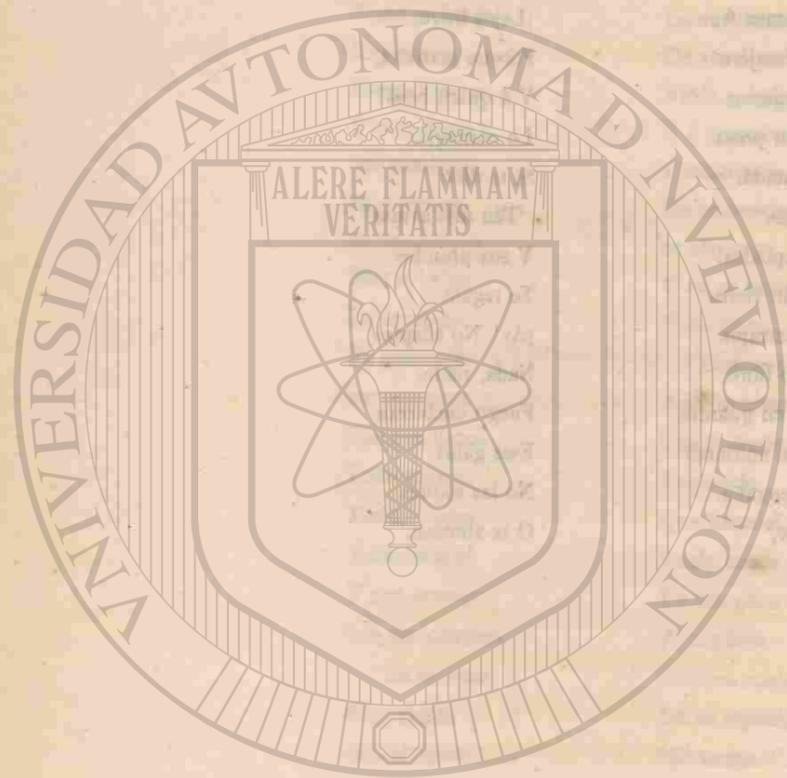
Tras Cupido	Y si hubiere
Que se escapa	Quien lo traiga
Va Ciprina	A las puertas
Congojada.	De mi alcázar,
“¡Pasajero!	Yo le ofrezco
(Triste clama)	Mayor gracia.
Por las calles	“Mil á mi hijo
Y las plazas	Señas claras ²
¿Quién á un niño	Entre ciento
Vió con alas?	Lo indicaran.
Es de Vénus	Ver no esperes
Prenda cara.	Su tez blanca
Al que diga	Porque al fuego
Donde se halla	Roja iguala.
Recompensa ¹	Sus pupilas
Daré grata:	Son dos brasas,

IDILIO I.

Y perversas	Mas cubierta
Sus entrañas,	Tiene el alma.
Aunque dulce	Leves plumas
Tiene el habla.	Lo engalanan;
Una cosa	De ave á guisa
Dentro fragua	Vuela y salta
Y otra dicen 3	Y á donceles
Sus palabras.	Y muchachas
Miel semeja	De improviso
Su voz blanda;	Se abalanza,
Mas si la ira	Y en su seno
Lo arrebatá	Nido labra.
Es tremenda	“Diminuto
Su venganza.	Arco lo arma
Todo es dolos	Con la flecha
Todo mañas,	Preparada
Todo fraudes	Que hasta el cielo
Todo tramas,	Vuela rauda.
Y aun crueles	De oro puro
Son sus chanzas.	Rica aljaba
“La melena	Siempre cuelga
Bien rizada	De su espalda;
Mal al torvo	Mil saetas
Rostro cuadra;	Dentro guarda
Sus manitas	Con veneno
Agraciadas	Bien curadas
¡Ay! cuán léjos,	Que á mí propia 5
Cuál disparan!	Rudas causan
Al Estigio	Muchas veces
Lago alcanzan;	Hondas llagas.
De Orco hieren	“Cuanto lleva
Al Monarca. 4	Todo espanta,
Con el cuerpo	Todo hiere
Desnudo anda,	Y anonada;

IDILIO I.

Mas su antorcha,	Más lo afianza :
Bien que parva,	Zalamero
Aun al mismo	Si te abraza,
Sol abrasa. 6	¡Lejos huye!
“¡Pasajero!	Porque mancha,
Si lo agarras	Y á quien besa
Trae tu presa	Lo contagia.
Bien atada.	Si te dice
¡Infelice	“Tén mis armas”
Si te apiadas!	Y sus prendas
Cuando vieres	Te regala,
Que derrama	¡Ay! No aceptes
Tierno lloro,	Nada, nada.
Pónte en guardia,	Fuego encierran
Porque entónces	Esas galas:
El te engaña.	No las toques
Si riere,	O te abrasan.”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDILIO II.

RAPTO DE EUROPA.

A LA SEÑORA

DOÑA GUADALUPE VILLEGAS DE PLACCI.

I.

Heraldo fiel de la vecina aurora,
Cantaba el gallo por la vez tercera:¹
Entraba de la noche la última hora
En que el sueño del hombre se apodera
Más dulce que la miel suavizadora,
Y sus cansados miembros refrigera,
Y verídicos sueños y visiones
Asaltan en tropel los corazones.

II.

En elevada estancia² Europa³ bella
Del reposo se entrega á los placeres
Y una dulce vision á la doncella,
Virgen intacta aún, manda Citéres.⁴

281

36

IDILIO II.

Dos Comarcas percibe en gran querella,
 Con el aspecto entrambas de mujeres:
 Son Asia⁵ y la region que opuesta se halla,
 Y por Europa misma es la batalla.

III.

Peregrino ademán muestra la una;
 De compatriota la otra tiene traza,
 Mecida la pregona en propia cuna
 Y oriunda la proclama de su raza.
 "A Jove la destina la Fortuna"
 Clamando la extranjera, á Europa abraza,
 Y del Señor de la Egida á presencia
 Asida la llevó sin resistencia.

IV.

Saltó aterrada del virgíneo lecho
 Juzgando que era el sueño profecía;
 Le palpitaba de pavor el pecho,
 Y, los ojos abiertos, todavía
 Miraba de ambos lados del Estrecho⁶
 Las dos mujeres que soñado había.
 Sentada largo tiempo Europa calla
 Y en esta exclamacion al fin estalla:

V.

"¿Cuál de los celestiales Moradores
 Este sueño fatal me ha sugerido?
 ¿Qué los espectros son aterradores
 Que á dibujarse en mi ánimo han venido

IDILIO II.

Cuando libre de amargos sinsabores
 En mi lecho gozábame mullido?
 ¿Y quién es la simpática extranjera
 Que entre sueños miré tan placentera?

VI.

"¡Oh Cielos! ¡Cómo á mi alma fascinada
 Cautivó su benévola figura!
 Ella tambien, ¡qué plácida mirada
 Me dirigió de maternal dulzura!
 Y al venir á abrazarme enamorada,
Hija mia, me dijo con ternura.
 ¡Ay! A los Dioses inmortales plegue
 Que en bien el sueño á convertirse llegue."

VII.

Dice: y en busca va de sus queridas
 Compañeras,⁷ de altísimo linaje,
 Que la siguen doquiera siempre unidas,
 Iguales en edad, tamaño y traje;
 Ya sean á la danza conducidas,
 O ya con ellas á bañarse baje
 En las vertientes del Anauro⁸ amenas
 O á coger en su margen azucenas.

VIII.

A su llamado huellan presurosas
 Del conocido litoral la yerba,
 Dó el oleaje oir, ó frescas rosas
 Place cortar á la feliz caterva.

IDILIO II.

Todas llevan canastas primorosas
Para flores, y Europa se reserva
De oro puro magnífica cestilla,
Del arte verdadera maravilla.

IX.

Con gran primor la cinceló Vulcano⁹
Y á Libia¹⁰ la donó en nupcial presente,
Cuando Neptuno le tendió la mano,
De tierra y mar sacudidor potente.
De Libia pasó el cesto sobrehumano
A la madre de Europa, su pariente:
Telefaesa en fin, beldad egrégia,
A su hija regaló la prenda régia.¹¹

X.

Relucientes empresas y pasajes
Esculpidas se ven con noble brío:
Entre Dioses sin fin y personajes
De Ínaco la hija va, la triste Ío;¹²
Privada de sus galas y ropajes,
De la humana figura y señorío,
En becerra aparece trasformada,
Y de oro está su imágen trabajada.

XI.

De nadadora á fuer, páрте ligera
Con la pezuña el mar, y loca salta,
Porque la agita la moscarda fiera:
Y azulado matiz el agua esmalta.

IDILIO II.

Dos hombres hay mirando en la ribera
Al acuático buey; ni Jove falta,
Que con la mano plácido acaricia
La becerra marina, su delicia.

XII.

Las siete bocas al tocar del Nilo¹³
En paz la deja el atrevido insecto,
Y Júpiter allí su antiguo estilo
Le restituye, y virginal aspecto.
De plata son las aguas del tranquilo
Rio; de bronce el animal perfecto:
Y Júpiter su efigie, cual conviene
Al Padre de los Dioses, de oro tiene.

XIII.

Del cesto en derredor, bajo la orilla
De Mercurio falaz se mira el ceño;
Exánime á sus plantas Argos¹⁴ brilla
Con sus cien ojos que no cierra el sueño:
Del grande hijo de Maya la cuchilla
Burló, por fin, su temerario empeño,
Y de la sangre de Argos importuno
Se ve salir al pájaro de Juno.

XIV.

Su variado plumaje ostenta el ave
Y entrambas alas orgullosa extiende;
Velas parecen de ligera nave
Que con próspero viento el agua hiende;

IDILIO II.

Bajo ellas, de la cesta el labio cabe
 Todo, y la cauda circular descende.
 Esta la historia, y la pintura es esta
 De la de Europa bella hermosa cesta.

XV.

Apénas llegan al florido prado,
 Cada una á despojar tallo distinto
 Ufana corre por diverso lado.
 Quién la violeta azul, quién el jacinto,
 Quién arranca el narciso perfumado,
 Y quién coje el clavel, de rojo tinto.
 La multitud de deshojadas flores
 Forma tapiz de espléndidos colores.

XVI.

Del azafran la rubia cabellera
 Otras en tanto cortan afanosas,
 Y de todas en medio Europa impera
 Cual reina de las vírgenes hermosas:
 Con delicadas manos, hechicera
 Va recogiendo purpurinas rosas:
 A la diva Citéres se parece
 Que en medio de las Gracias resplandece.

XVII.

Mas ¡ay! no largo tiempo á su alma pura
 Darán las flores cándido recreo,
 Ni ha de adornar intacta su cintura
 La faja virginal¹⁵ que es hoy su arreo.

IDILIO II.

Jove la ve de la celeste altura,
 Y luego de la ninfa arde en deseo:
 Aguda flecha lánzale Ciprina,
 Sola deidad que á Júpiter domina.

XVIII.

El Hijo de Saturno enamorado,
 De Juno al par los furibundos celos
 Pretendiendo eludir apasionado,
 Y de la tierna virgen sin recelos
 Ganar el corazon immaculado,
 Velocísimo baja de los cielos;
 Oculta su deidad y su decoro,
 De cuerpo muda y se trasforma en toro.

XIX.

Mas no semeja ni al que bien nutrido
 En el establo su hambre satisface;
 Ni al manso buey, que á curvo arado uncido
 En la fecunda tierra sulcos hace;
 Ni al ternerillo, que zagal garrido
 Cuida entre muchos, y en el campo paze:
 Ni al toro, en fin, que arrastra la carreta
 Cargada, al yugo la cerviz sujeta.

XX.

Su finísima piel de color blonda
 De todas las demás es diferente;
 De argentado matiz mancha redonda
 En medio luce de la rubia frente;

IDILIO II.

En su pupila azul, la pasión honda
Que lo consume brilla, y convergente
Cada asta en la cabeza igual despunta
Cual luna que sus cuernos aun no junta.

XXI.

Penetra en la pradera; mas espanto
No produce en las vírgenes su arribo:
Es su dulzura tal, y tal su encanto,
Que de irlo á acariciar, deseo vivo
Inflama á todas: ¡las atrae tanto
Del buey amable el ademan festivo!
Ni de las flores la fragancia iguala
El aroma divino que él exhala.

XXII.

De la inocente Europa se coloca
Delante; cariñoso juguetea
Y los hombros le lame. Ella lo toca
Y en hacerle caricias se recrea;
Con las manos enjuga de su boca
La espuma que odorífera blanquea,
Y fascinada imprime en su embeleso
En la frente del buey cándido beso.

XXIII.

El muge de placer; y su mugido
De la Migdonia¹⁶ flauta fiel imita
El penetrante armónico sonido;
Dobla las manos y la cauda agita,

IDILIO II.

Le muestra, con el cuello retorcido
La vasta espalda, y á subir la invita;
Y Europa clama así á sus compañeras
De largas y flotantes cabelleras:

XXIV.

“Venid, queridas: con pueril contento
Montad sobre este toro al lado mio;
De su espalda el anchor cómodo asiento
A todas nos dará, cual un navío.
¡Qué manso! ¡qué gentil! Ni el fiero aliento
Tiene de los demás, ni el rudo brío.
Humano juicio y suavidad resalta
En sus acciones; solo hablar le falta.”

XXV.

Dice: y con rapidez risueña monta.
Quieren subir las otras; mas el toro
Alzándose veloz, á huir se apronta
Apénas ha robado su tesoro.
A la orilla del mar él se remonta;
Ella las manos tiende, y con sonoro
Grito llama á las vírgenes, que en trance
Tan singular no pueden darle alcance.

XXVI.

De la playa abandona las arenas
Y marcha cual delfín entre las ondas
El toro audaz: montadas en ballenas
Salen del ponto las Nereides¹⁷ blondas,

IDILIO II.

Y van en procesion por las serenas
Olas, que aplaca, sus cavernas hondas
Dejando, el gran Neptuno, que á su hermano
Conduce por su reino soberano.

XXVII.

De sus conchas al són, gratas canciones
Nupciales entonando, larga tropa
En derredor camina de Tritones,¹⁸
Habitantes del mar; miéntras Europa
Sentada cual en suaves almohadones
En los lomos de Júpiter, su ropa
Con una mano, con temor recoge
De que el agua del mar no se la moje.

XXVIII.

Con la otra el largo cuerno al toro afianza:
Y, cual lona de nave inflado el velo,
Con mayor rapidez la ninfa avanza;
Mas cuando abajo mar, y arriba cielo
Solo divisa, y á mirar no alcanza
Playa ni excelso monte, sin consuelo
La vista en derredor girando absorta
Así habla al toro que veloz la porta:

XXIX.

“¿Quién eres, buey divino? ¿A dó me llevas?
¿Cómo es posible que tus plantas graves
Prefieran esta ruta, ó que te atrevas
El piélagó á sulcar, solo á las naves

IDILIO II.

Veloces accesible? Ama las glebas
El toro únicamente. ¿Cómo sabes
Nadar? ¿Qué comerás en esta larga
Vía? ¿Cómo gustar la linfa amarga?

XXX.

“¿Eres acaso un dios? ¿Cómo te inclinas
A hacer lo que á los dioses no conviene?
Ni el toro en las regiones submarinas
Ni en la tierra el delfin su asiento tiene;
Mas tú por mar y tierra al par caminas,
Tus manos remos son; y si te viene
Quizá el antojo, al azulado cielo
Remontarás, cual ave, el raudó vuelo.

XXXI.

“¡Ay! ¡Infeliz de mí, que á un buey siguiendo
Abandoné á mi padre y mis hogares
Y extraño navegar perdida emprendo!
¡Neptuno! A tí que los airados mares
Riges dominador, las manos tiendo.
¡Oh! Muéstrame tu faz en mis pesares
Ya que eres de mi viaje escolta y guía.
¡De cierto marca un dios la senda mia!”

XXXII.

Dice: y así á la tímida criatura
Responde el animal de cuerno airoso:
“¡Valor, gallarda virgen! Ni pavura
El piélagó te dé tempestüoso.

IDILIO II.

Aunque de toro tengo la figura,
Júpiter mismo soy, dios poderoso.
De lo que más me agrada la apariencia
Puede tomar mi santa omnipotencia.

XXXIII.

“El piélago á cruzar tu amor me obliga
Y á la forma de toro me sujeta.
Será tu grato albergue la Isla amiga
Que á mí mismo nutrió, la hermosa Creta.¹⁹
Allí el amor que férvido me hostiga
Tocará la nupcial ansiada meta,
Y me darás fecunda hijos gloriosos
Monarcas en la tierra poderosos.”

XXXIV.

Así Júpiter dijo: y cumplimiento
Tuvieron sus palabras seductoras:
Arribaron á Creta, y al momento
Sus facciones de dios dominadoras
El Númen reasumió: régio aposento
Prepararon, y el tálamo las Horas.²⁰
Fué la Virgen esposa y madre amante,
E ínclita prole²¹ regaló al Tonante.



IDILIO III.

CANTO FUNEBRE DE BION.

A LOS SEÑORES

DON JOSÉ SEBASTIAN SEGURA Y DON IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Undosos rios, plácidas colinas,
Llorad la muerte de mi dulce amigo;
Llorad, Dóricas fuentes cristalinas,
Al amable Bion llorad conmigo.
Selvas espesas, árboles robustos,
Doloridos gemid: gemid, arbustos;
Y vuestros tristes cálices ¡oh flores!
Exhalen, en señal de amargo duelo,
Suavísimos olores.
Cándidas rosas, frescas amapolas,¹
En púrpura teñid vuestras corolas.
¡Jacinto!² Los cruentos caracteres
Que en tus hojas grabaste en negro día,

IDILIO III.

Proclamen hoy que de amargura mueres;
Y el ¡ay! que conmemora tu agonía
Mil veces en tus pétalos escribe:
¡El preclaro poeta ya no vive!

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias ³ Musas, prorumpid en lloro.

Canoros ruseñores,
Que entre el follaje de la selva umbría
Con lúgubre armonía
Llorais de Filomena ⁴ los amores,
A las límpidas ondas de Aretusa ⁵
Decid: Yace Bion cadáver yerto,
Y la Dórica Musa ⁶
Y el canto pastoril con él han muerto.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Cisnes del Estrimon! ⁷ En las riberas
De vuestro ameno río, enviad al viento
Mil notas lastimeras,

Y con el triste acento
Conque Bion en tiempos mas felices
Cantó por vuestros labios melodiosos,
Junto á sus claras linfas
Himnos funéreos entonad llorosos,
Y á las Eagrias ⁸ y Bistonias ninfas
Decid, lanzando lúgubre gemido:
¡Ay! El Dórico Orfeo ha perecido.

IDILIO III.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Aquel pastor de inspiracion divina
Que las delicias fuera del ganado,
No canta ya, de solitaria encina
Bajo la verde sombra recostado;
Mas de Pluton en la morada oscura,
Entona con tristura
Un cántico infernal junto al Leteo.
Ya no resuenan plácidos, como ántes,
Los montes y collados;
Con los mugientes toros van errantes
Las vacas por los prados;
Y gimen, y se quejan,
Y el pasto olvidan y la yerba dejan. ⁹

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Tu subitánea muerte

Lamenta el mismo Apolo: el Fauno ¹⁰ hirsuto,
Por tí ¡oh Bion! amargo lloro vierte,
Y visten los Priapos negro luto.
Los Panes doloridos
Con fúnebres gemidos
Tus armoniosos cánticos reclaman;
Y en vez de frescas aguas, en las fuentes
De la floresta, lágrimas ardientes
Las afligidas Náyades derraman.
Entre las breñas ásperas oculta,

IDILIO III.

Silenciosa sepulta
 Eco sus profundísimos pesares,
 Y sumergida se halla en hondo duelo,
 Que remedar no puede tus cantares.
 Sus frutos esparcieron por el suelo
 Los árboles doquier en tu agonía;
 Las flores marchitábanse; y la leche
 De las tristes ovejas no fluía.
 La miel en los panales,
 En la cera se heló; que fuera agravio
 Otra libar, ya secos los raudales
 Que destilaban de tu dulce labio.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

De la playa del mar sobre la arena
 El piadoso delfín¹¹ no gime tanto;
 Ni tanto Filomena
 Entre las rocas lastimera trina:
 Jamás la golondrina
 Sobre los montes moduló su canto
 Con voz tan lastimera; ni Alciona¹²
 De Céis por la muerte
 Cantilenas tan lúgubres entona;
 Ni en el cerúleo mar la voz suave
 Eleva tanto Cérilo doliente,
 Ni de Memnon¹³ el ave,
 En los remotos valles del Oriente,
 Al hijo de la Aurora,

IDILIO III.

Sobre su tumba revolando llora;
 Cual hoy en su amargura,
 Con diferentes voces y cantares
 ¡Dulce Bion! tu muerte prematura
 Lamentan en la tierra y en los mares.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Los ruiñeños todos
 Y golondrinas dóciles, que un día
 Tu hermoso canto deleitar solía
 Y á imitar enseñabas de mil modos
 La voz humana y tu armonioso acento,
 Antes que de tus cánticos se olviden,
 En la selva en dos grupos se dividen
 Para entonar el fúnebre lamento.
 Triste desde una rama
 El primer coro clama;
 Y de la rama opuesta
 El otro coro lúgubre contesta;
 Y entrambos con unísono gemido

Replican: "¡Oh palomas!¹⁴ sin consuelo
 Unid vuestro clamor á nuestro duelo."

Unidas prorumpid, en flébil coro,
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Oh nunca bien llorado
 Pastor enamorado!

¡Quién habrá ya que cante

IDILIO III.

Con tu dulce zampoña en adelante?
 A tu sonora caña
 ¿Quién llevará sus labios? ¿Quién tamaña
 Osadía tendrá, cuando el aliento
 De tu sabrosa perfumada boca
 Respira aún el músico instrumento;
 Cuando Eco todavía
 Dentro la caña, lastimera evoca
 De tu apagada voz la melodía?
 Tu incomparable flauta
 A Pan mi mano vacilante lleva;
 Mas, por temor quizá de no igualarte¹⁵
 En el difícil arte,
 A tocarla tal vez ni Pan se atreva
 Y de sus labios trémulo la aparte.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

La hermosa Galatea¹⁶

Inconsolable gime;
 ¡Ay! ¡Cuál en otro tiempo
 La deleitaba tu cantar sublime!
 En la orilla del mar, hora tras hora,
 Junto á tí reclinada muellemente,
 La ninfa seductora
 De tus labios estabase pendiente.
 Tu cantar incesante
 No era al de Polifemo semejante.
 Los rústicos amores

IDILIO III.

Del Cíclope procaz dábanle enojos;
 A tí ¡oh Bion! calmando sus furores
 Miraba desde el mar con tiernos ojos.
 El piélagó ha olvidado;
 En la desierta arena ahora se sienta,
 Y el huérfano ganado
 Que tuyo fué, tristísima apacienta.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Dulce poeta! De las Musas bellas
 Contigo han muerto los divinos dones.
 De candidas doncellas
 Huyeron los hechizos virginales;
 Ya no arderán los tiernos corazones
 De jóvenes gallardos; á raudales
 Amargo lloro los Amores vierten
 En derredor de tu funérea losa,
 Y la Ciprina Diosa
 En esta hora fatal muy más te ama,
 Y más pregoná su dolor profundo,
 Que sobre el mismo Adónis moribundo.

¡Oh río entre los ríos clamoroso!
 Nuevo dolor te oprime, nueva pena
 De tus desdichas la medida llena,
 ¡Oh Meles¹⁷ caudaloso!
 Muerte cruel te arrebató primero
 A tu divino Homero,
 Vate fascinador, labio elocuente

IDILIO III.

De la diva Calfope; y la fama,
 Que lloraste con lúgubre corriente
 A tu hijo gloriosísimo proclama,
 Y al entrar en el piélago inclemente,
 Con la solemne voz de tus pesares,
 La inmensidad llenaste de los mares.
 Mas hoy otro hijo lloras
 Y nuevo luto á contristarte viene:
 Entrambos fueron gratos á las almas
 Fuentes inspiradoras;
 Aquel bebió las aguas de Hipocrene;
 Este apagó su sed en Aretusa:
 Aquel, la hermosa Helena y los Atridas,
 Sublime celebró, y el grande Aquiles;
 Este ignoró las guerras fraticidas,
 Solo entonó canciones pastoriles,
 Y al fragor de las armas siempre extraño
 Cantando apacentaba su rebaño;
 Y ya sus caras vacas ordeñaba,
 Ya flautas y zampoñas fabricaba;
 Del campo celebraba los placeres,
 Y los tiernos amores
 Cantaba de los cándidos pastores,
 Siempre á Cupido grato y á Citéres.

Unidas prorumpid, en flébil coro,

Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

No hay ínclita ciudad que no te llore;

No hay ¡oh Bion! un pueblo ni una villa

IDILIO III.

Que tu temprana muerte no deplora.
 Que á Hesíodo muy más, Ascra te siente,
 Y la Beocia gente
 Por tí más que por Píndaro suspira.
 Méenos lloró la pérdida de Alceo
 La amurallada Lesbos; y la lira
 De su amado vate
 Méenos que tu zampoña extraña Ceo.¹⁸
 De Arquíloco en la muerte no se abate
 Tanto cual hoy, la montañosa Paros,
 Y á su Safo querida,
 Por lamentarte, Mitilene olvida.

Cuantos pastores, á las Musas caros,¹⁹
 Saben cantar, su dulce poesía
 Consagran á tu lúgubre memoria.
 Sicélides, de Samos honra y gloria,
 Entona tierno flébil elegía.
 De la Cidonia en medio á los poetas,
 Sus sólitos concertos
 Trueca el alegre Lícida en lamentos,
 Y del viejo Filetas

Llora por tí la dolorida Musa
 Al margen del Halentes cristalino.

Tambien en Siracusa

Te lamenta Teócrito divino;

Y yo, cuitado, en tanto,

Te ofrezco un funeral, Ausonio²⁰ canto;

Yo, no del todo extraño á la armonía

De los metros bucólicos, que diestro,

IDILIO III.

¡Oh llorado maestro!
 A tus alumnos enseñaste un día.
 De la Dórica Musa y de sus dones
 Gloriosos herederos nos hiciste;
 Tus ricas posesiones
 A otros legaste en codiciada herencia;
 A mí de tus cantares la cadencia.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Triste de mí! Cuando en el seco huerto²¹
 El apio verdeclaro se marchita;
 Cuando las malvas lánguidas perecen
 Y el encrespado hinojo cae muerto,
 Renacen al otro año y reflorece.
 Mas ¡ay! cuando una vez nos precipita
 En la tumba la muerte inexorable,
 A nosotros, los grandes, vigorosos,
 Sabios varones, sueño imperturbable
 Largo, infinito, eterno,
 De la tierra en los senos tenebrosos
 Fuerza nos es dormir: y miéntras yace
 Tu cadáver ¡Bion! en honda fosa,
 Mudo y sin notas, á las Parcas place
 Que cante sin cesar la rana²² odiosa
 ¡Canta, rudo animal! Sin miedo canta
 De que te turbe la palabra mía.
 ¿A quién zelos darás? ¿A quién no hastía
 El graznido sin fin de tu garganta?

IDILIO III.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Llega el veneno á tu canora boca,
 Y en el cáliz ¡Bion! bebes la muerte.
 ¿Cómo tu labio toca
 Y en dulcísima miel no se convierte?
 ¿Quién de tus bellos cantos
 Insensible á los mágicos encantos,
 Quién de tu grata pastoril zampoña
 Sordo á la voz divina,
 Mortífera ponzoña
 Con alevosa mano te propina?

Unidas prorumpid, en flébil coro,
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

A todos ¡oh dolor! sin esperanza
 La merecida pena nos alcanza.
 Yo, desdichado, en el comun quebranto
 Al duelo universal úno mi llanto
 Y tu muerte deploro. ¡Oh! si pudiera
 Cual Orfeo²³ y Ulises elocuente,
 Y que ambos ántes, Hércules valiente,
 Al infierno bajar, yo descendiera
 Con alma fuerte y con veloces plantas
 Al reino de Pluton, á ver si cantas
 En el Orco también, y qué canciones.
 A la real Doncella²⁴
 Que triste impera en la region umbría
 Canta una siciliana melodía

IDILIO III.

Y un himno pastoril; que tambien ella
La zampoña tañer alegre supo,
Y el Dórico cantar la deleitaba
Cuando la suerte plácida le cupo
De vivir libre en el Trinacrio suelo,
Del rojo Mongibelo²⁵
Mirando siempre la encendida lava.
No sin la recompensa merecida
Tu canto quedará. Si el Tracio Orfeo,
Desde la negra márgen de Leteo,
A Eurídice volver pudo á la vida,
Con la dulce influencia
De su mágica lira armoniosa,
Hécate poderosa
Del canto cederá á la omnipotencia,
Y olvidando otra vez su injusta saña,
Te volverá de nuevo á tu montaña,
¡Lamentado Bion! Y si yo mismo
Templar supiera el músico instrumento,
¡Cómo entonara en el oscuro abismo,
Ante Pluton, armónico concento,
Hasta traerte, á fuerza de canciones,
De nuestra dulce vida á las regiones!



IDILIO IV.

LAMENTOS

DE

MEGARA, ESPOSA DE HERCULES.

I.

“¿Qué aflige tu alma así, madre¹ adorada?
¿Porqué la rosa huyó de tu mejilla?
¿Porqué gimes al verme, horrorizada,
Y eterno llanto en tu pupila brilla?
¿Acaso la tristeza te anonada
Porque á tu ínclita prole osado humilla
Con tormentos sin fin esclavo ingrato,
Como á leon raquítico cervato?”

II.

“¡Pobre de mí! ¿Porqué los Inmortales
Me deshonran así? ¿Porqué me han dado
La vida bajo estrellas tan fatales
Mis padres? A un varon inmaculado

IDILIO IV.

Desque me unieron lazos conyugales,
Cual mis ojos lo adoro y he adorado;
Pero como él ningun viviente apura
El cáliz del dolor y la amargura.

III.

“Con el arco, de Apolo soberano
Regalo, y con las flechas, que homicida
Parca ó Furia² quizá puso en su mano,
A sus tres hijos arrancó la vida.
¡Padre infeliz! Respirando insano
Sangre y matanza, de dolor transida
Con mis ojos lo ví (¿quién lo soñara?)
Asesinar á nuestra prole cara.

IV.

“*Madre*, con voz gritábanme doliente,
Y no me era posible á mis hijuelos
En riesgo socorrer tan inminente.
Cual tórtola que mira á sus polluelos
Devorados por hórrida serpiente
Que se arrastra furiosa por los suelos,
En derredor volando gime y llora
Quejándose con voz desgarradora;

V.

“Pero á librarlos del dragon aleve
No alcanza el lloro de la madre pía,
Que á aproximarse al mónstruo no se atreve:
La casa así en mi duelo recorría

IDILIO IV.

Con insano ademan y planta leve,
Llorando en balde á la progenie mía.
¡Oh de mi sexo tutelar Diana!³
¿Porqué no me mató flecha inhumana?

VI.

“Juntos en una pira, y entre el lloro
De solemnes exequias⁴ y el lamento,
Mis padres amantísimos que adoro
Nos colocaran con piadoso intento;
Los huesos recogiendo en urna de oro
Alzaran en la patria un monumento:
Mas ahora viven en la ecuestre Tébas,
Tristes arando las Aonias⁵ glebas.

VII.

“Y yo gimo y padezco aquí en Tirinto,⁶
Hostil Ciudad de Juno: mis pesares
No conocen alivio, ni es distinto
Un día de otro día; de mis lares
Poco miro á mi esposo en el recinto;
Errante por las tierras y los mares
Sus trabajos consuma: alma de acero⁷
O de mármol encierra el pecho fiero.

VIII.

“Y tú, Madre, como agua te liquidas⁸
Virtiéndote de continuo amargo llanto,
Cuántas noches nos manda denegridas,
Cuántos días nos da Júpiter santo;

IDILIO IV.

Y no hay de mis parientas tan queridas
Otra que me socorra en mi quebranto:
Dejaron de mi hogar los muros viejos
Y del Istmo pinoso⁹ moran léjos.

IX.

"No tengo, á la verdad, á quien la vista
Volver, y que en el trance que me apura
Mi honda desgracia á soportar me asista,
Salvo Pirra¹⁰ mi hermana; y de amargura
La llena su marido y la contrista,
Ificles, hijo tuyo sin ventura.
Tus hijos son los más infortunados,
De mortal ó de Númen¹¹ engendrados."

X.

Así Mégara habló: y en su albo seno
Las lágrimas caían á torrentes
De su pupila, al recordar de lleno
A sus hijos, y padres, y parientes.
Tambien á Alcmena, el propio y el ajeno
Duelo, sus ojos convertia en fuentes;
Y sollozando habló de esta manera
Sábias palabras á su amada nuera:

XI.

"¡Hija adorada, por tu mal fecunda!
¿Porqué en comunicarme así te afanas
La tristeza fatal que tu alma inunda,
Las penas recordando, ya lejanas,

IDILIO IV.

Que no es la vez primera ni segunda
Que lloramos con lágrimas tempranas?
¿No basta, por ventura, á cada día
Su dosis de dolor y de agonía?¹²

XII.

"Consuélate: á nosotras el Destino
No reserva de veras igual muerte.
A compasion, querida, yo me inclino
Tan abatida y tan cuitada al verte:
Si al que nació bajo dichoso síno
En tedio al fin su gozo se convierte,
Teniendo que partir los sinsabores
De mi familia, es justo que tú llores.

XIII.

"Por Proserpina, y por la casta Céres¹³
De espeso velo y larga vestidura
Yo juro (y Diosas son á las mujeres
Terribles, cuando alguna en vano jura)
Que tanto te amo, y á mis ojos eres
Tan dulce cual si fueras criatura
De mi seno salida, y la postrera
Doncella que en mi hogar permaneciera.

XIV

"Tú lo conoces, mi alma: y no pregones
Que consuelo te niego y que no te amo.
El dolor de una madre que perdones
Es fuerza, aunque más lágrimas derramo

IDILIO IV.

Que Niobe¹⁴ infeliz. Diez lunaciones
Tuve en mi seno al hijo por quien clamo,
Y las puertas del Orco turbulento
Casi me hizo cruzar su alumbramiento.¹⁵

XV

“El por lejanas tierras hoy camina
De otro nuevo combate en desempeño,
Y ¡miser! no sé si determina
El Hado que á abrazar torne á mi dueño.
Una vision, que temo que ruina
Traiga á mis hijos, á turbar mi sueño
Vino con mil espectros, que la calma
¡Ay! acabaron de robar á mi alma.

XVI

“Teniendo en ambas manos férrea azada
A mi Hércules mirar me parecia,
Que de álguien trabajando á la soldada
Profunda fosa en verde campo abría;
Sin jubon ni la ropa acostumbrada
Desnudo su tarea proseguía,
Y al terminar la cerca de un viñedo,
Clavando su azadon, sentóse quedo.

XVII

“Iba otra vez á revestirse, cuando
De repente brotó de la profunda
Fosa, fuego vivísimo; y girando
Llama devoradora lo circunda:

IDILIO IV.

El retrocede rápido, evitando
De Vulcano¹⁶ la fuerza furibunda,
Y de su cuerpo en derredor, aprisa
La azada vibra, de broquel á guisa.

XVIII

“Los ojos vuelve aquí y allí, defensa
Buscando por doquier contra la lumbre;
Ificles generoso darle piensa
Auxilio en su terrible pesadumbre;
Pero resbala y cae, cuando inmensa
Distancia áun lo separa (así al vislumbre
De aquella flama verlo me parece)
Y clavado en la tierra permanece.

XIX

“Al inútil anciano semejante
Que á pesar suyo por los suelos rueda
Y por la senectud debilitante
Obligado, en la tierra inmóvil queda,
Mientras llega piadoso caminante
Que con robusta mano alzarlo pueda,
Por el senil aspecto conmovido,
Y la nevada barba del caído;

XX

“No de otra suerte mi Ificles hermoso
A pesar de su fuerza y su pujanza,
Por el suelo arrastrábase quejoso
De poderse mover sin esperanza;

IDILIO IV.

Y derramaba yo llanto copioso
De mis hijos al ver la malandanza,
Hasta que el sueño me quitó la Aurora,
Y con él la vision aterradora.

XXI

“Tales fueron, querida, las visiones
Que turbáronme ayer la noche entera.
¡De mi casa alejar sus predicciones
Apiadado, por fin, el Cielo quiera!
Sobre Euristeo, en vez, mis maldiciones
Caigan: sea mi voz sábia agorera,
Y á nosotras no mande la Fortuna
En adelante ya desgracia alguna.”



IDILIO V.

Cuando la brisa ligera
El mar azulado agita,
Aunque tímido, me excita
Mi capricho á navegar.
Y ni me place la Musa
Ni versos mi labio canta,
Porque mucho más me encanta
La tranquilidad del mar.

Pero si borrasca fiera
Conmueve al piélago undoso,
Y encorvándose espumoso
Brama y ruge con furor;
Cuando á las airadas olas
Ya no hay nave que resista,
Vuelvo á la tierra la vista
Y la mar me da pavor.

Y los árboles me agradan
De nuevo, y la selva umbría,
Y de la playa se fia
Tan solo mi corazón.

IDILIO V.

En tierra, el móvil follaje
De los álamos y pinos
Exhala plácidos trinos¹
Aunque sople el Aquilon.

Al pescador infelice
Triste vida en suerte cabe:
Por casa tiene la nave
Y las ondas por hogar.
De sus trabajos en pago
El mar le niega mercedes,
Y apenas pueden sus redes
Incierta caza buscar.

A mí el plátano frondoso
Con su sombra me fascina,
Y de la fuente vecina
Me halaga el dulce gemir.
Blando es entónces mi sueño,
Porque al labrador no asusta,
Sino que adormece y gusta
Su grato estrépito oír.



IDILIO VI.

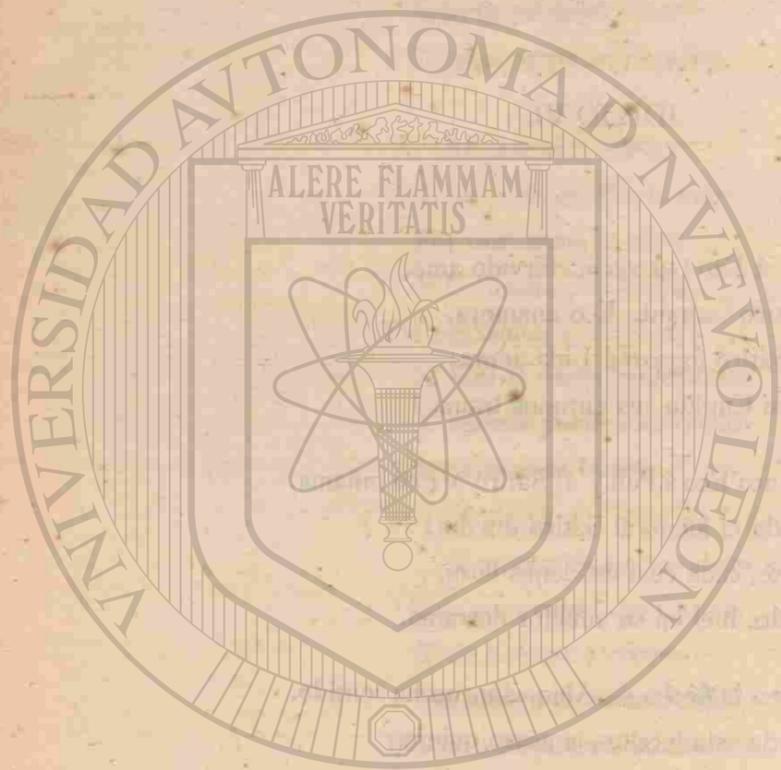
Pan á Eco¹ su vecina férvido ama;
Al Sátiro² saltante Eco enamora,
Y el Sátiro fogoso á Lida adora;
Que así Cupido sus enredos trama.³

Cuanto Eco á Pan y el Sátiro á Eco inflama,
De Lida el fuego al Sátiro devora;
Amante, cada cual desdenes llora;
Querido, hiel en su amador derrama.

Quien la flecha de Amor áun no ha sentido,
Aprenda esta leccion, si acaso quiere
La venganza evitar del Dios de Gnido:

Si una niña por él de amores muere,⁴
Páguele su cariño agradecido,
Y él á su vez correspondencia espere.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDILOS VII y VIII.

Atribuidos por muchos á Bion, se han incluido en la presente version entre las obras de este Bucólico.

IDILO IX

O MAS BIEN EPIGRAMA.

AMOR ARANDO.

Depuesta la antorcha,
Guardado el carcax,
La vara punzante
Blandiendo procaz,
Travieso Cupido
Por el campo va.
Del hombro le cuelga
Pesado costal,
Y el fértil terreno
Se apresta á labrar.
El yugo á los bueyes
Impone el rapaz,

IDILIO IX.

Con diestra maniobra
El sulco abre ya,
Y el grano de Céres
Al ir á sembrar,
Mirando á la excelsa
Región celestial,
A Júpiter mismo
Dirigese audaz.

“¡Oh Jove! (le dice)

“Ya puedes enviar

“Al campo que labro

“Calor y humedad.

“Si no, por mi Madre

“Te juro veraz,

“¡Oh de Europa bella

“Cornudo animal!

“Que en forma de toro

“De nuevo bajar

“De Olimpo á la tierra

“Mis flechas te harán,

“Y uncido al arado

“Conmigo andarás.”

FIN DE LOS IDILIOS DE MOSCO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTAS.

IDILIO IX.

Con diestra maniobra
El sulco abre ya,
Y el grano de Céres
Al ir á sembrar,
Mirando á la excelsa
Región celestial,
A Júpiter mismo
Dirigese audaz.

“¡Oh Jove! (le dice)

“Ya puedes enviar

“Al campo que labro

“Calor y humedad.

“Si no, por mi Madre

“Te juro veraz,

“¡Oh de Europa bella

“Cornudo animal!

“Que en forma de toro

“De nuevo bajar

“De Olimpo á la tierra

“Mis flechas te harán,

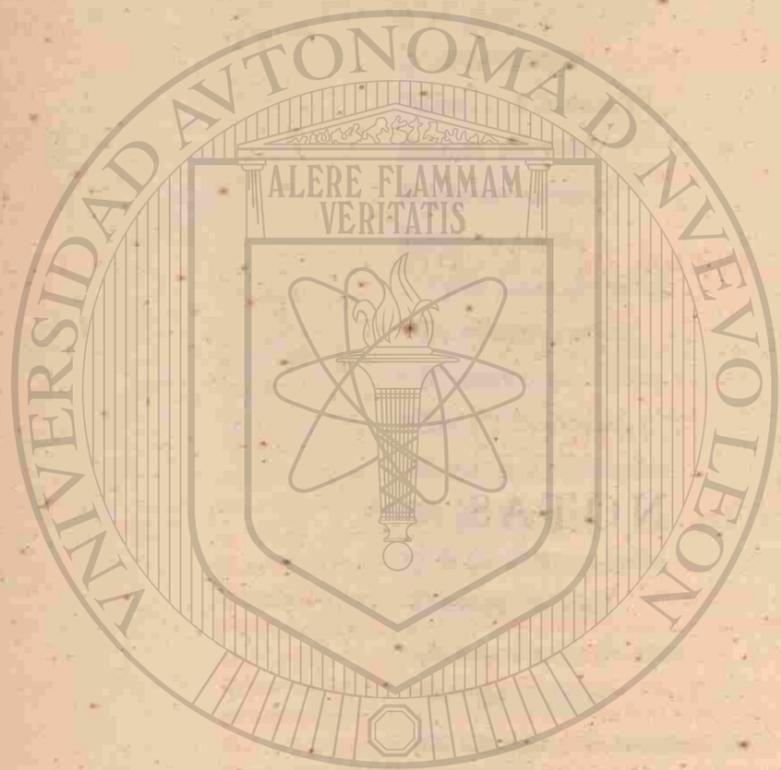
“Y uncido al arado

“Conmigo andarás.”

FIN DE LOS IDILIOS DE MOSCO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

IDILIOS DE TEÓCRITO.

IDILIO I.

1. El viento soplando entre los árboles produce á veces notas armoniosas, al grado que unos han creído que de aquí tomaron los hombres la idea del canto. Hay en el original una hermosa onomatopeya, contenida en la palabra *ψιθύρισμα* y en las demás que componen el primer verso. He procurado trasladarla al castellano, y lo he conseguido, aunque no tan perfectamente como en el griego, cuyas *v*, *ψ*, y *σμ*, imitan mejor el *susurro* que no nuestra *u* abierta y la combinación *st*. El pino (*πίτυς*) era la planta favorita del Dios Pan, desde que la ninfa Pítis, su predilecta, fué cambiada en este árbol por el celoso Bóreas.

2. No están acordes los mitólogos acerca de la genealogía de esta importante divinidad. Mercurio es el padre que generalmente se le atribuye, y una ninfa de Arcadia se supone su madre. Era dios de los cabreros en particular, mientras los pastores de ovejas le guardaban muy pocas consideraciones segun vemos en el trascurso de este mismo Idilio. Así es que el cabrero se niega á perturbar el reposo, á que él y las demás deidades rústicas se entregaban á mediodía, segun la creencia general; al paso que Tírsis no teme despertarlo con su canto. Esto no impide que Dáfnis lo invoque más adelante y le consagre al morir su zampoña; pero lo hace no como á su dios tutelar, sino como á inventor de este pastoril instrumento. "Pan (dice Servio en sus Comentarios á Virgilio) es un dios rústico formado á semejanza de la naturaleza, y

NOTAS Á TEÓCRITO.

de aquí le viene su nombre de Pan, es decir *Todo*; porque tiene astas, á semejanza de los rayos del Sol y los cuernos de la Luna: su rostro es rubicundo á imitación del éter; tiene en su pecho una manchada piel de ciervo para denotar las estrellas; sus miembros inferiores son velludos por razón de los árboles, arbustos y fieras; tiene piés de cabra para indicar la estabilidad de la tierra: muestra una flauta de siete cañas, que significa la armonía del cielo, en que hay siete notas, y por último se apoya en un curvo cayado por razón del año, que vuelve sobre sí mismo, porque es dios de toda la naturaleza." Tenia fama de iracundo, como nos revela mas abajo el cabrero, debiendo aquí notar que los antiguos colocaron en la nariz las pasiones violentas, al grado que en Hebreo (como observa Pagnini) la cólera y la nariz se designan con el mismo vocablo. El terror llamado aún hoy día *pánico*, fué atribuido á Pan, y de él ha derivado su nombre.

3. Las Musas, como nadie ignora, eran nueve: *Calliope* que presidia á la Poesía Épica; *Clio* á la Historia; *Melpómene* á la Tragedia; *Euterpe* á la Música; *Erato* musa de los matrimonios; *Terpsicore* musa de la Danza; *Urania* musa de la Astronomía; *Talia* deidad tutelar de la Comedia, y *Polimnia* musa de la Elocuencia. Hijas (segun Hesiodo, casi universalmente seguido) de Júpiter y Mnemósine, nacieron en Pieria, en Macedonia; y del lugar de su nacimiento se llaman Pierias ó Piérides. Se les designa igualmente con diversos epítetos tomados, ya de su bien conocido número, ya de las montañas, grutas ó fuentes que les estaban especialmente consagradas, como los montes Pimpla, Pindo, Parnaso, Helicón, las fuentes Hipocrene, Aganipe, Castalia, ó la cueva Coricia. A las Musas se atribuía en la Antigüedad el reinado sobre el canto y la memoria; Homero y todos los poetas las invocaban al principio y en las partes mas difíciles de sus obras; sin ellas era imposible á un mortal cantar con armonía ni recordar en sus versos cosa alguna. A este fin se procuraba tenerlas propicias, ya con sacrificios, como aquí les promete el Cabrero, ya con frecuentes invocaciones, como hace Tírsis en el retornado de su canción.

4. El Siciliano Dáfnis, celebrado en este y otros muchos cantares, fué hijo de Mercurio y una ninfa, que despues de darlo á luz lo expuso bajo un laurel, de donde tomó su nombre (*Δάφνη*). Amó él tambien á una ninfa que lo favoreció, exigiéndole en cambio que en ninguna otra fijara los ojos, so pena de privarlo de la vista. Por mucho tiempo se mantuvo fiel, á pesar de ser perseguido por las más hermosas doncellas de Sicilia; pero al fin una princesa lo cautivó y el desdichado tuvo que sufrir el anunciado castigo.

Mercurio, el bien conocido dios del comercio, de la lucha, de la elocuencia, y del robo; mensajero, además, de las divinidades Olímpicas, fué hijo de Júpiter y la ninfa Maya, y desde pequeñuelo consumió grandes hazañas; de alguna de ellas se trata en otros Idilios.

NOTAS Á TEÓCRITO.

5. Más arriba se ha mencionado ya á las Ninfas, y aquí se especifican las Náyades; fuerza es decir algo acerca de estas divinidades menores. Las Ninfas se dividian en ocho categorías segun los lugares donde tenian su habitacion y reino, á saber: 1º las *Oréades*, ó ninfas de los montes; 2º las *Napeas*, ó ninfas de los valles; 3º las *Leimoniades*, ó ninfas de los prados; 4º las *Náyades*, ó ninfas de las aguas, que aquí se nombran, y moraban en los rios, arroyuelos y fuentes; 5º las ninfas de los lagos se denominaban *Limniades*; 6º las de los árboles *Hamadriades*; 7º las de los bosques en general *Driades*, y 8º las que cuidaban los verjeles ó rebaños *Meliades*. Las ninfas, que no eran ni diosas, ni mujeres (como canta un Homérida en su himno á Vénus) representan un gran papel en la mitología, sobre todo al tratarse de las relaciones entre dioses y mortales. Como acabamos de ver en la nota anterior, estaban dotadas de gran poder sobre los hombres, y si recompensaban generosamente todo favor, pagaban bien caro el menor ultraje.

6. "El Dios Priapo, dice Pausanias, es honrado en otras partes por los que guardan ovejas y cabras, ó enjambres de abejas; pero los de Lámpsaco lo veneran más que á cualquiera otro de los dioses considerándolo hijo de Baco y de Vénus." En esta tierna invitacion del Cabrero se alude á las estatuas de las referidas divinidades, colocadas reverentemente junto al umbroso manantial.

7. Boissonade (y con él algunos otros) en vez de la leccion comun, adopta *ἀκριδοθήραν*; "porque, dice, no podria el muchacho coger los insectos con la trampa que tejia, sino más bien los cogeria con la mano, guardándolos luego en la vistosa jaula, cual aves en rica pajarrera." Si al lector place esta variante, podemos traducir: *Vistosa jaula de guardar cigarras*. Aquí notaré que la *ἀκρίς* de los Griegos, la interpretan en Latin, unas veces *cicada*, otras *locusta*, otras *gryllus*; pero que no es precisamente ni la cigarra, ni la langosta, ni el grillo que conocemos en América, y por eso vierto indistintamente ya de un modo ya de otro, segun las exigencias del metro, de la elegancia y de la rima.

8. Calidona era una ciudad de la Eolia, donde el vaso se dice fabricado. Las copas fueron uno de los objetos en que muy temprano ejercitaron los antiguos la escultura y pintura. Al principio eran de tierra ú otras sustancias poco costosas; despues llegaron á ser de oro y piedras finas. Como era costumbre en los banquetes que cada uno tuviese su vasija, sin que el licor se virtiese poco á poco de alguna jarra ó botella, de aquí es que los vasos eran muy grandes, al grado que apenas podía un hombre alzar el de Néstor. No es maravilla, pues, que tantas y tan variadas figuras cupiesen en el que aquí se describe. Figuran entre los adornos en primera línea la vid y el acanto. Aquella figura igualmente entre los bajorelieves del escudo de Aquiles: este ha sido uno de los ornamentos favoritos de la arquitectura, como vemos en los capiteles corintios. Es digna de notarse la red, que recoge el ca-

NOTAS Á TEÓCRITO.

bello de la dama esculpida en el interior de la copa. Esta clase de tocado se usó desde la más remota antigüedad, y se percibe en la cabeza de una ninfa junto á Neptuno, en una pintura de Pompeya.

9. Por parecerme más sonoro, y convenir más á la armonía de mi verso, sustituí *Parnaso* á *Peneo*, que es el que menciona el original. Seguí en esto el ejemplo de Virgilio, quien al imitar este pasaje hace igual sustitucion. Tanto el Parnaso como el Peneo y el Pindo están en la apartada Grecia, mientras que el Acis, y el Anapo (que no hay que confundir con el rio de igual nombre de Acarnania) se hallan en Sicilia, donde pasaron las aventuras de Dáfnis. En algunos casos he preferido el nombre moderno y más sonoro de *Mongibelo*, al de *Etna*, el bien conocido monte volcánico de la misma Sicilia. Otras veces he retenido la antigua denominacion, como lo hago al principio del bello cantar, en que Tírsis, conforme á la antigua costumbre, pone su nombre y lo que podríamos llamar su apellido: *Tírsis el del Etna*. Nótese más abajo la simpatía y amor de los animales y las fieras hácia el Pastor, cuya índole dulce y amable á todas atraía. Virgilio que no perdió ocasion de recoger las más preciosas perlas de Teócrito, á este pasaje da un lugar muy distinguido, haciéndolo resaltar con sus pulidos y elegantísimos versos.

10. No faltará alguno de mis lectores que extrañe frases tan morales en el dios de la disolucion. En efecto, este es uno de los pasajes expurgados; pues algunas de las expresiones de Priapo, gratas quizá en otro tiempo, apénas se tolerarian hoy día en una taberna. Sin embargo, el pensamiento general, y muchas de las sentencias, están exactamente reproducidos, y solo he suprimido dos ideas obscenas, y he sustituido una comparacion poco limpia con una interrogacion muy moral. Nótese la artificiosa gradacion en las visitas que recibe el agonizante Dáfnis. Primero viene su padre Mercurio, y tiernamente lo consueta; llegan los pastores preguntando con interés por su compañero; tras ellos viene Priapo; y aunque pretende consolarlo le dirige tan grosero reproche, que indignado el zagal rehusa darle respuesta, y por fin se le acerca la Diosa de los amores en tal actitud y con tales reconvenciones, que provoca la amarga y sarcástica respuesta de que hablamos en las notas siguientes.

11. ¡Citéres burlándose de los amores del pobre zagal! Si esto nos admira á nosotros, con mayor razon indignó á Dáfnis, cuyas faltas eran verdaderamente veniales comparadas con las de su interlocutora. Así es que empieza á echarle en cara sus flaquezas una por una, recordándole ante todo con una bella reticencia el cohecho del infucio juez Páris, y sus aventuras con el otro pastor Anquíses (las primeras fuera del Olimpo) de que resultó el magnánimo héroe del poema Virgiliano, el piadoso Eneas: ambas acontecieron en las espesas selvas del Ida, monte del Asia menor, y muy célebre en la mitología. Menciona luego la

NOTAS Á TEÓCRITO.

predileccion de la diosa por el cazador Adónis, cuya historia se narrará más extensamente en las notas al Idilio I de Bion. (q. v.)

12. "Este (*Diomédes*) entretanto con el hierro á Vénus

Obstinado seguía, conociendo
Que no es diosa valiente, ni de aquellas
Que presiden del hombre á las batallas

"Cuando ya la alcanzó, despues que mucho

En su alcance corriera por las filas
Acometiendo con el duro hierro
La hirió en la palma de la tierna mano;
Y el cútis desgarró la aguda pica,
Tambien rompiendo el manto refulgente
Que las Gracias labraran. Y hasta el suelo
Corrió la sangre blanquecina y pura
Icor llamada

"Al ver Diomédes á la diosa herida

Le dijo en altas orgullosas voces:

"Abandona la guerra y los combates,

¡Hija de Jove! ¿Acaso no te basta

Seducir á las débiles mujeres?

Si á las guerras asistes, vendrá día

En que azorada tiembles y te ocultes

Al oír solo de la guerra el nombre,

Aunque léjos estés de la batalla."

A este pasaje de la Iliada (*lib. V, versos 557 y sig. en la version de Gomez Hermosilla*, alude el sangriento sarcasmo del moribundo zagal.

13. Aretusa era el nombre de varias fuentes de Grecia y sus colonias. La que aquí invoca Dáfnis, es la que se hallaba en la isla de Ortigia, cerca de Siracusa, y que segun tradicion era una de las Nereides trasformada en manantial. Esta despedida es tiernísima, aunque un ilustre crítico (Fontenelle) tacha de ridículo el llamamiento á las fieras, á mi parecer sin justicia.

14. No está bien averiguado si el Tímbride era rio ó monte de la Sicilia.

15. Liceo era un monte de Arcadia, al pié del cual se elevaba la ciudad de Licosura fundada por Licaon, donde era adorado Júpiter Liceo. El Ménalo, igualmente en Arcadia, era una de las moradas favoritas de Pan. El promontorio de Hélice, cerca de la ciudad llamada tambien Hélice, era célebre por la portentosa tumba de Hélice, hijo de Licaon, de quien ambas tomaron el nombre.

16. Es en extremo patética esta consagracion de la zampona al dios de los campos. Era muy comun este uso entre los antiguos, y en Tibullo leemos de muchas flautas pastoriles pendientes de los árboles á guisa de *ex-voto*. En la antología (*lib. VI*) leemos dos epigramas, en uno de los cuales un viejo pescador dedica sus redes á las Ninfas del Mar,

NOTAS Á TEÓCRITO.

miéntras en otro la cortesana Lais, al retirarse del mundo, consagra su espejo á Vénus.

17. Tres eran las Parcas; Cloto, Laquésis y Atropo. De ellas dependía la vida ó la muerte de los hombres. La primera tenia la rueca, la segunda hacia girar el huso, y Atropo cortaba con las tijeras el vital estambre. Cuando éste faltaba, era indispensable que el hombre muriese. Una vez que álguien pasaba el Aqueronte, rio bien conocido del Infierno, y era añadido por Mercurio al número de los difuntos, no le restaba esperanza de volver.

18. Égilo ó Egilia, pequeño pueblo del Atica, era (como es hoy día Esmirna), célebre por sus sabrosísimos higos. Véase Ateneo, Deip. l. 14.

19. He sustituido la palabra *ruiseñor* á *cigarra*, que es la que pone el original. Agradable era su canto á los griegos; pero ¿quién no tomaría entre nosotros por un insulto, que se le aplicara el proverbial cumplimento: *eres más canoro que la cigarra* *τέτιγγος ἑυφωνότερος?*

20. Las Horas ó Estaciones, eran divinidades que presidian á las horas del día y á las estaciones del año, y se consideraban como dadoras de la riqueza. Los poetas las confunden con las Gracias, ó por lo ménos les atribuyen la propiedad que éstas tenían de conferir la belleza y la gracia. Así lo hace Apolonio Rodio (ap. Athen. VII, 283), Mosco, como veremos más adelante, y Teócrito en el presente Idilio.

21. En varios Idilios encontraremos ejemplos de la costumbre, que aun hoy día prevalece entre la gente del campo, de designar á los animales con nombres propios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IDILIO II.

1 Si aun en los tiempos modernos no es raro en mujeres poco religiosas y poseidas de amor violento, el querer alcanzar igual correspondencia del objeto amado, por medio de pociones y aun encantamientos ¿qué mucho que tales prácticas fuesen tan comunes bajo el paganismo? No describiré separadamente las costumbres de los griegos en esta materia; pues una de las fuentes principales de donde han sacado los arqueólogos sus informaciones, es precisamente el presente Idilio. Haré solo algunos comentarios para que el lector poco versado en mitología y antigüedades pueda fácilmente comprender los pasajes oscuros de esta preciosísima poesía. Los *filtros*, en primer lugar, son una bebida compuesta de jugos irritantes: la historia nos narra que muchas veces, léjos de excitar el amor deseado en quien los bebía, le causaban la muerte. La lana color de púrpura de que habla Simeta significa el fuego de amor, y la acción simbólica de atar con ella la copa ó el almirez denota los lazos amorosos con que desea ligar al infiel marido.

2. Había en Grecia, como despues hubo en Roma, vastos edificios llamados *Gimnasios*, pertenecientes ya al Gobierno, ya á particulares. Componianse de muchos y espaciosos departamentos, y podían caber en ellos muchos millares de personas. Allí iban los filósofos y los retóricos á dar sus lecciones; allí acudían multitud de jóvenes á oír á los más célebres maestros, á estudiar largas horas, y á recrearse también, ya en la lucha, ya en el juego del disco y pelota, ya en los baños de diversas temperaturas que para ambos sexos estaban á toda hora preparados.

Uno de los departamentos estaba destinado especialmente á los cinco famosos ejercicios de *saltar, correr, arrojar el disco, lanzar la javelina y la flecha, y luchar*. Este lugar llamábase *palestra*, y muy á menudo tal nombre dábase á todo el *Gimnasio*, como lo hace aquí nuestro poeta. La excelencia en la carrera era muy estimada entre los antiguos; así es que más abajo esta es la única cualidad por que se recomienda Délfis á sí mismo, á pesar de que Simeta nos informa que era también luchador. El epíteto que constantemente aplica Homero á su héroe Aquiles, es

NOTAS Á TEÓCRITO.

pie-veloz, y David en sus poéticos lamentos sobre la muerte de los dos grandes capitanes Saúl y Jonatás, al mencionar sus grandes cualidades guerreras dice que eran más *veloces que águilas*. Para la lucha se ungian todo el cuerpo con aceite, y por eso recuerda más abajo la protagonista la brillantez del descubierto pecho de su amado.

3. En otro lugar hablaremos de la descendencia y propiedades de la Luna, generalmente identificada (como sucede en algunas partes del presente idilio) con Diana y con Hécate. Esta última era patrona de la magia y señora del mundo subterráneo y se le invocaba como la diosa *triple ó triforme*.

4. A la misma Hécate se inmolvaban los perros, que no sin razón ladraban de terror al acercarse la Diosa *κυνοφαγής*, como la llama Licofron. Un escoliasta de éste dice que se le hacia tal sacrificio, porque *el perro ladrando hace desaparecer los espectros y almas de los muertos*.

5. Medea, famosa encantadora, hija del rey Oetes, favoreció á Jason en la conquista del vellocino de oro y se casó con él acompañándolo á Tesalia. Abandonada por éste, se vengó incendiando con encantos el palacio en que se hallaba su rival Creusa, y ella huyó por el aire á Colcosea en un carro tirado por dragones.

Circe, maga no ménos célebre, hija del Sol y de la Luna, trasformó en bestias feroces á los compañeros de Ulises, por medio de una pocion compuesta al efecto.

Perimeda, ménos conocida que las anteriores, parece ser la misma que Homero llama Agamedea, y era hija de Eolo.

6. Inge (*Ἰνγέ*) era una niña hija de Eco, que por medio de encantos hizo enamorar á Júpiter de Io. La celosa Juno la trasformó en el bullicioso pajarillo que en griego conservó su nombre, y en latin se denominó *motacilla*, en italiano *cotrella ó coditremola*, por su continuo mover de la cola, y en castellano *aguzanieve ó pezpita*. Despues de su transformacion conservó los antiguos instintos, y era el ave favorita de Vénus, quien por primera vez se sirvió de ella en la expedicion argonáutica, para hacer que Jason se apasionase de Medea.

¿Cuál es la accion con que al principio de cada estrofa acompaña nuestra Hechicera las palabras en que apostrofa al pajarillo? No es fácil determinarlo. A veces solo se servian los encantadores de la lengua de la pezpita. Otras veces ataban al pájaro entero y vivo á una rueda de cera, que hacian girar sobre el fuego hasta que ambos se consumian. Otras, segun deducimos de Píndaro (Pit. Od. IV.), esta rueda era de metal ú otra materia sólida, de donde más tarde se extendió el nombre de *Iynx* al rombo ó rueda de bronce que servia para los hechizos, y que más abajo, en la tercera estrofa, vemos agitado por Simeta, y designado por ella con su nombre ordinario de *ρόμβος*.

Terminada la primera invocacion al ave de Vénus, procede la abandonada esposa al hechizo de la *harina*, símbolo de la dulzura entre los

NOTAS Á TEÓCRITO.

antiguos, y despues de repetir el retornelo, se reduce á cenizas el simbólico laurel. En la tercera estrofa procede Simeta al encanto de la cera. Parece que es cera, sin forma alguna determinada, y sin mezcla de tierra, la que sirve en esta ocasion. Virgilio, al imitar el presente pasaje, hace que juntamente con la cera se ponga al fuego un poco de tierra. El endurecerse ésta mientras aquella se derretia, tenia doble significacion mágica. En la Edad Média aun existia la costumbre de derretir la imagen de cera de la persona cuyo afecto se queria ganar.

7. Los manuscritos y los escoliastas no están conformes en la leccion de este pasaje. Unos leen *Ράδάμαντα* (y á estos nos hemos adherido), y otros *Ῥάδαμαντα*, en cuyo caso seria preciso traducir *diamante*, y con Propercio y Claudiano colocar á esta piedra preciosa en el Infierno. Radamanto, hijo de Júpiter y de Europa, era uno de los tres jueces inexorables de las regiones infernales.

8. Se creía que Hécate vagaba de noche por la tierra, invisible á todos ménos á los perros, que con lamentos anunciaban su llegada. Las estatuas de la diosa, con cabeza de perro, se colocaban en las plazas y en las encrucijadas ó *trivios* donde desembocaban tres calles, por razones que pueden verse en Ovidio (Fastos), y más particularmente en el Escoliasta de Teócrito. El instrumento de metal que me permito llamar *campana*, usando de un nombre moderno, era más bien lo que los ingleses llaman *gong*; y se sonaba para ahuyentar á los espectros.

En la estancia que sigue, nótese el bellissimo contraste entre la calma del mar y la plácida noche de luna, con la horrible tormenta que rugia en el pecho de la enamorada Simeta.

9. Ariadne, hija de Mínos, rey de Creta, se enamoró profundamente de Teseo, y le suministró el hilo con que penetró en el famoso laberinto. Huyó luego con él; pero fué abandonada por su amante en la isla de Naxos. Es opinion de algunos que este abandono no fué por inconstancia, sino un olvido inocente causado por Baco. Obsérvese que *tres veces* lanza la maga este anatema, apurando *tres veces* el vaso. El número *impar* era agradable á los dioses (como nos dice Virgilio), y al tres en particular se le atribuía una fuerza y eficacia singularísima, como tendremos ocasion de ver frecuentemente. Sobre el *Hipomanes* de que se habla más abajo pueden verse Aristóteles, Plinio y otros.

10. Toda prenda que hubiera pertenecido á la persona amada, se consideraba muy eficaz para los encantos; con más razon la fimbria de aquel vestido que tantas veces habia usado Délfis en presencia de su esposa.

11. El escupir era esencialísimo en todo hechizo, sobre todo haciéndolo tres veces. Luciano, en su Neciomancia, dice: "Despues del encanto, escupiéndome tres veces en la cara;" y Tibulo, lib. I, eleg. 2.: *Ter cane, ter dictis despue carminibus*. Cotéjese el Idilio XX.

12. Terminados los hechizos, parece que Simeta se queda sola, y

empieza á tratar con la Luna de sus desventurados amores. El traductor Latino ha vertido mal el *ἀράζω* del retornelo expresándolo por *dic. Sabe: aprende* es el sentido obvio, como entre otros lo advierte la glosa de un Códice Vaticano.

Las niñas próximas á casarse llevaban á Diana cestillas sagradas llenas de ofrendas para expiar la pérdida de su virginidad. Las fieras de que se trata no eran *reales*, segun el Escoliasta, sino pintadas. Con todo, hablando de una procesion semejante en honor de Diana, menciona Xenofonte de Éfeso caballos y lebreles vivos y verdaderos; y Ateneo, al describir la gran *pompa* ó procesion de Alejandría, enumera "millares de perros de la India y de la Hircania, y ciento cincuenta hombres que llevaban árboles, fieras y aves; papagayos y faisanes en jaulas, carneros de Etiopia, de Arabia y Eubea, bueyes blancos de la India, un oso blanco, varios leopardos, panteras, lince y un rinoceronte."

Nótese cómo á pesar de la diferencia de creencias y tiempos hay ciertas costumbres que no cambian. Así es que Clearista presta á nuestra ninfa su manto para ir á ver la fiesta, ni más ni menos como hoy día se va á la iglesia con la mantilla de la amiga, ó á la tertulia con la capa del vecino. A la entrada de un templo conoce Simeta á su amante, de la propia manera que en nuestros días una procesion religiosa, una festividad cualquiera suele ser el origen de un matrimonio. ¡Cuán diferentes, empero, los jóvenes del día de esos robustos atletas, que cubiertos aún de sudor y de aceite, interrumpian sus varoniles ejercicios solo para cumplir con los preceptos de su religion! Tal contraste inspiró á uno de los comentadores de Teócrito una bellísima oda latina, en que excita á los romanos de este siglo á volver á los ejercicios de la palestra y del gimnasio.

Grande es en el original la fuerza de las palabras que describen la subitánea cuanto profunda impresion que produjo en la virgen el gallardo mozo. Una mala interpretacion del adverbio *πολλάχι* hizo á no sé qué intérprete declarar prosaicamente que la enfermedad de Simeta fueron calenturas intermitentes. La caída de su hermosa cabellera denota que fué una *fiebre voraz* la que por diez días la postró en cama. El texto no compara á cera el color de la enferma sino al *tapso*, madera de tinte originaria de Escitia, que daba un color muy amarillo.

13. Mindo era ciudad de Arcadia ó, segun otros, de Caria. Era patria de Delfis y por eso más arriba se le llamó Mindio.

14. Varias veces pone Teócrito el verso intercalar cortando el sentido de los demás versos. Este uso, agradable á los antiguos, no es muy conforme al gusto moderno, y me he permitido cambiar el lugar del retornelo en todos los casos excepto el presente. Aquí me parece que aún en castellano añade belleza á la descripción, y fuerza á la turbacion que se quiere expresar, el interrumpir la frase tan á propósito, é invocar á la favorita deidad.

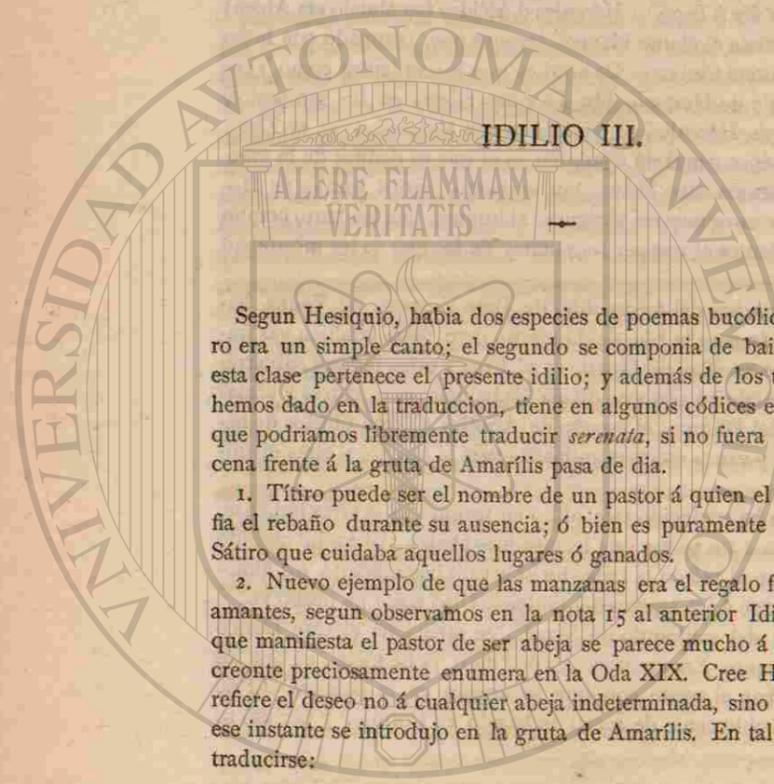
15. No solo en los Bucólicos, sino en otros muchos autores, hallamos esta costumbre que tenían los amantes de regalar manzanas á sus damas. Ateneo cita este pasaje de Teócrito, y prueba con la autoridad de Neoptolemo Pario que no solo la vid, sino la manzana y todas las frutas deben su sér á Baco. "Hércules ó Alcides (su abuelo era Alceo) llevó de Aqueronte el álamo blanco, despues que, coronado con hojas del mismo, mató al Cerbero. De aquí es que los valientes como Teucro (en la Oda 7 de Horacio, lib. I) y los atletas en los gimnasios, cuyo patrono era Hércules, se coronaban con álamo." *Voss. in Theoc.*

Un modo ménos gentil de enamorar es el que se deduce de la amenaza que en seguida hace Delfis. Sin embargo, varios pasajes de Horacio, Ovidio y otros autores antiguos, atestiguan que era harto comun en los pretendientes el romper las puertas de las que se les mostraban esquivas.

16. Vulcano, dios del fuego, hijo de Juno y esposo de Vénus, habitaba principalmente la isla de Lemnos; pero tenia tambien sus fraguas en una de las islas de Lípari, en el Etna y otros lugares subterráneos. En ellas fabricó con arte divina las habitaciones, carros y armas de los dioses del Olimpo; el escudo de Aquiles y otros objetos de héroes mortales, y varias estatuas animadas para sí propio, y otras divinidades.

Borghi, que ha traducido este Idilio en magníficas octavas italianas, dice en su nota á un pasaje que leemos más abajo: "Si no he querido traducir el texto al pié de la letra, he preferido desagradar á los filólogos más bien que á los amigos del pudor." Otro tanto he hecho yo.

Hacia el fin del soliloquio de Simeta, se menciona el vaso Dórico del ingrato amante. Era un frasco, ya de cuero, ya de metal, en que los atletas guardaban el aceite con que se ungián en la palestra. El de Delfis era probablemente de metal trabajado en Corinto, y por eso se llama Dórico.



IDILIO III.

Segun Hesiquio, habia dos especies de poemas bucólicos: el primero era un simple canto; el segundo se componia de baile y canto. A esta clase pertenece el presente idilio; y además de los títulos que le hemos dado en la traducción, tiene en algunos códices el de *Κῶμος*, que podriamos libremente traducir *serenata*, si no fuera porque la escena frente á la gruta de Amarilis pasa de día.

1. Tíiro puede ser el nombre de un pastor á quien el Cabrero confia el rebaño durante su ausencia; ó bien es puramente sinónimo del Sátiro que cuidaba aquellos lugares ó ganados.

2. Nuevo ejemplo de que las manzanas era el regalo favorito de los amantes, segun observamos en la nota 15 al anterior Idilio. El deseo que manifiesta el pastor de ser abeja se parece mucho á los que Anacreonte preciosamente enumera en la Oda XIX. Cree Heinsio que se refiere el deseo no á cualquier abeja indeterminada, sino á una que en ese instante se introdujo en la gruta de Amarilis. En tal caso pudiera traducirse:

¡Si yo fuera esta abeja! ¡Cuán ufana etc.

3. Las cejas negras eran consideradas las más bellas entre los antiguos, y quien no las tenía de este color acostumbraba teñirlas. Aun la Sagrada Escritura nos suministra de ello un ejemplo en Jezabel.

4. El original, además del apio y hiedra que componian la guirnalda, habla de *καλύεσσι*, sin especificar de qué son estos botones ó corolas. Con Boissonade juzgo que son de rosas, y rosas he puesto en la version.

5. Le he dado terminacion latina al nombre griego, por hacer más sonoro el verso. El escrúpulo de evitar una venial asonancia me hizo cambiar, con detrimento de la exactitud y la belleza, mi primera version que corre de esta manera:

NOTAS Á TEÓCRITO.

Perdido voy de la desdicha en brazos.
¿No me escuchas, cruel? ¡Mira, asesina!
De mi pelliza rompo ya los lazos.
Desnudo saltaré á la mar vecina
Desde el peñon dó el pescador Olpicio
Acechando al atun ves que se inclina.

Era costumbre de los pescadores de atúnes colocarse como en atalaya sobre un peñon que diera al mar.

6. Para conocer si uno era amado ó no, se hacia tronar la amapola contra el seno, la espalda, la mano ó el brazo. Si el trueno era sonoro era buena señal: mal agüero lo contrario. No solo se cultivaba el arte de adivinar por medio del tamiz ó cedazo: habia otros tres métodos, segun los antiguos muy eficaces, y eran el estornudo, la palpitation, y el zumbido de orejas. Al segundo debe atribuirse el continuo temblor del párpado que el pastor juzga tan buen agüero, que declara no ser de diamante la misma que hace poco llamó de mármol.

7. Dedicase el pastor en su canto á enumerar las fábulas que más corresponden á su situacion amorosa, y son más á propósito para ablandar á su zagala. Empieza con la historia de Atalanta, la de Beocia, que nunca vencida en la carrera, lo fué al fin por su pretendiente Hipómenes, merced al artificio que le sugirió Vénus. A medida que corria iba arrojando las manzanas de oro que le diera esta diosa, y la esquivia vírgen, por detenerse á recogerlas perdió la carrera y dió á Hipómenes la mano de esposa.

8. El agorero Melampo era hermano de Biante, quien amaba en extremo á Pero, hija de Neleo; pero éste no le quiso conceder su mano á menos que no le trajese las vacas de Íficlo. Melampo acometió la difícil empresa, y marchó hasta Ottris, montaña de la lejana Tesalia, donde despues de mil peripecias y desastres consiguió su objeto. Trajo las deseadas vacas á Pilos (la de Elide) y de esta suerte hizo que se verificaran las bodas de su hermano. Sobre los amores de Vénus con Adónis véanse las notas al Idilio XV de Teócrito y al I de Bion.

9. La Luna enamorada del pastor Endimion lo adormeció de tal suerte en las montañas de la Caria, que aún no se despierta del sueño perpétuo que le concedió Júpiter en premio de su rectitud. Allí es visitado por la diosa, quien, segun Pausanias, le ha regalado ya cincuenta hijas.

Jasion, rey de Creta, hijo de Mínos y de la ninfa Fronia, fué amado por Céres; pero como todo lo perteneciente á esta diosa, sus amores quedaron envueltos en el mas profundo misterio. Por eso aquí el pastor quita á los profanos ó no iniciados toda esperanza de saber algo de tales arcanos, así como no podian ser admitidos á sus sacrificios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
IDILIO V.

1. Acaba de llamarle Comatas *alquilon* ó esclavo, sin acordarse que él es de igual condicion. Lacon le contesta llamándole con amarga ironía *libre*, ó como yo he traducido por parecerme más propio en castellano, *Señor*.

2. Al rio Crátis, segun Estrabon y Ovidio, se atribuía la propiedad de volver rubios y blancos los cabellos de cuantos en él se lavaban. ¡Graciosos cuanto sencillos son los juramentos é imprecaciones de nuestros pastores! Las desdichas de Dáfnis, que en el Idilio I se narran extensamente, eran tan popularmente conocidas y cantadas, que á cada paso se aludia á ellas.

3. Este proverbio griego, usado tambien por los latinos, sirve para indicar, como es obvio, la desigualdad de los contendientes.

4. Hé aquí otro refran que expresa lo mismo que el anterior. El original trae *cigarra*, en vez de la cual he puesto rui señor, como en el Idilio I y otros. Más abajo cita Comatas el proverbio griego: "Alimenta lobeznos y perros, y te devorarán," que yo traduje libremente con el conocido refran español: *Cria cuervos, etc.*

5. Dice Dion Crisóstomo que la cosa más blanda y delicada es el sueño: varias veces halláremos esta expresion en los Bucólicos.

6. Las fiestas de que aquí se trata son las *Cárneas*, como está en el original, y yo omití por eufonía. Se establecieron, segun parece, por los Heráclides, para aplacar la cólera de Apolo, irritado con ellos por haber dado muerte á un profeta llamado Carno. Duraban nueve dias, y el dios á quien eran dedicadas se apellidaba Apolo Cárneo.

7. Desde que Páris adjudicó á Vénus la manzana, se le consagró esta fruta como trofeo de su belleza, y fué considerado por los antiguos como una prenda de amor. Ya dos veces hemos hecho notar la costumbre en los amantes de regalar manzanas á sus ninfas. Se hizo tan general este uso, que el verbo *μηλοβολεῖν*, arrojar manzanas, llegó á significar, *requerir de amores*.

8. En el original Cratida, no es ninfa sino mozo, así como Eumeda

NOTAS Á TEÓCRITO.

es Eumedes. ¿Habrà quien me reproche este cambio que hago, no solo apoyado en las leyes de la civilizacion y la naturaleza, sino siguiendo el ejemplo de Garcilaso y varios modernos en sus imitaciones de semejantes pasajes?

Vuelve á encontrarse la costumbre de llamar á los animales con nombres propios: por no fatigar al lector no he querido añadir nueva nota.

9. Las cebollas albarranas de que habla el pastor parece que se consideraban como remedio para las afecciones provenientes de un acceso de ira. Una distraccion, advertida demasiado tarde, hizo que el adjetivo *viejo*, que en el original concuerda con cebollas, lo aplicara yo al sepulcro. Perdónenme los gramáticos esta falta venial.

10. Este Halentes parece ser un rio de Sicilia de que hablan los Escoliastas. El pamporcino es una planta de raíz gruesa que produce algunas florecillas y pequeños frutos. Era medicina á propósito para los dolores de estómago.



IDIPIO VI.

Se necesita cierta dosis de atrevimiento para traducir una poesía vertida ya hace siglos al castellano por el gran Villegas. En uno que otro rato de ocio se me ha ocurrido poner en nuestro idioma alguna oda de Anacreonte, y al acordarme de que, aunque libremente, la habia traducido ó imitado ese grande ingenio, he hecho pedazos mi pluma. Con todo, no temo dar á luz el presente Idilio. Además de que, como dice el Duque de Rivas, puede juzgarse á

“Don Estéban de Villegas,
Español Anacreonte,
En versos cortos divino,
Insufrible en los mayores,”

fué poco feliz en su version del Idilio VI. Aunque en dos ó tres pasajes añadió á Teócrito bellezas no despreciables de su propio caudal, en lo general parafraseó demasiado, le quitó su sencillez original y sabor griego, y áun quizá violentó el sentido de alguna frase.

1. Los amores de Polifemo y Galatea eran muy célebres, y tema favorito de las canciones populares. Tratamos más detenidamente del famoso Cíclope en las notas al Idilio XI. De nuevo vemos á la enamorada ninfa arrojar manzanas á su amante, como los zagales en los anteriores idilios.

2. El verbo *διαθρύπτεται*, que he traducido, *se desvive*, expresa en griego admirablemente las contorsiones lascivas y movimientos afectados de Galatea, que el Cíclope con rústica gracia compara al encresparse de las hojas del cardo ó acanto, heridas por el Sol ardiente del Estío.

3. Lo que he expresado lisa y llanamente, el original lo declara por medio de un proverbio, á que no hallé otro equivalente, y me resolví á esquivar la dificultad dejando solo el sentido. La version literal es: *mueve la piedra de la señal*, en que algunos ven una alusion á un juego

NOTAS Á TEÓCRITO.

antiguo parecido al ajedrez, mientras otros creen que la piedra sea aquella que se colocaba en el extremo del estadio para indicar la meta.

4. Télemo Eurímedes, en el libro IX, v. 512 de la Odisea, predice á Polifemo que Ulises le sacará el ojo único que tiene en la frente.

5. Escalígero y algun otro crítico desaprueban este pasaje, considerando que el agua del mar, por grande que sea la serenidad, no es un espejo muy claro. Pagnini lo defiende admirablemente diciendo: “Creo que á un gigante inmenso como es nuestro Polifemo, hijo de Neptuno, dios del mar, y habitante de una playa marina, no es inconveniente en modo alguno que contemple dentro del mar su belleza, más bien que en un arroyuelo, como lo haria una graciosa pastorcilla ó un gentil zagalejo.”

6. El escupirse tres veces en el seno era un remedio muy comun entre los antiguos contra el hechizo ó mal de ojo. Cotítaris, que he castellanzado Cotitara, es nombre propio segun los Escoliastas, aunque Heinsio lo juzga comun. De Hipocoonte no se sabe dónde estuviera; y áun nos dejan en duda los Escoliastas sobre si era nombre de un pueblo (como parece) ó de un hombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO
ALERE FLAMMAM VERITATIS

IDILIO VII.

1. Ceres, hija de Saturno y Cibele, y madre de Proserpina, era, como es bien sabido, la diosa de la agricultura. En su honor especialmente se celebraban las fiestas llamadas *Talísias* (de *θάλλω*, florecer), al terminar la cosecha de las frutas. Del libro IX de la Iliada deducimos que se dedicaban igualmente á Baco y á otros dioses. El Halentes de que aquí se habla es, á pesar de la opinion de Heinsio, un rio de la isla de Cóos (hoy Lango), en donde Teócrito se hallaba, de paso para Alejandría.

2. La *Burina* (de *ὄρνι* nariz y *βοός*, de buey), era, segun Nicanor de Cóos, una fuente de la isla referida, muy semejante á la nariz de un buey. En cuanto á su origen, puede explicarse naturalmente diciendo que Calcon, apoyando fuertemente la rodilla contra un peñasco, removió una piedra que cegaba el manantial.

3. Brasila era natural de Cóos, y fué sepultado en esta isla. No hay que confundirlo con Brasida, Espartano y enterrado en Anfípolis.

4. La palabra griega *ἀρβυλῖς* significa una especie de calzado que usaban los campesinos con suelas guarnecidas de clavos. Segun Heinsio, aquí designa las sandalias de madera que usaban en Beocia para pisar las uvas y aceitunas.

5. Nótese cuán antiguo, cuán justo y cuán natural es el uso de ofrecer á la Divinidad los primeros frutos y animales que bondadosamente nos dona. Véase en los libros del Éxodo, Números y Deuteronomio, el precepto impuesto por Dios á los Israelitas. Lo que hacian los Griegos gentiles con tanta pompa; lo que no rehusaban los mismos Judíos, avaros por naturaleza; lo que en la Iglesia se practicó tantos siglos, parece duro hoy dia á muchos que se llaman cristianos.

6. Filetas, de Cóos ó de Rodas, y Asclepiades Sicéldes, autor de epigramas, fueron ambos maestros de Teócrito.

7. Oromedonte era probablemente un monte altísimo, llamado así porque el gigante Oromedonte estaba sepultado debajo.

8. No son estas estrellas el grupo de las Pléyades, conocido vulgar-

NOTAS Á TEÓCRITO.

mente por *Cabrillas*, sino dos estrellas en la constelacion del *Auriga*, que ya al nacer, ya al ponerse, suelen causar tempestades.

Si las *Talísias* eran en Otoño, ¿por qué este Idilio se intitula *viaje de Primavera*? Heinsio lo refiere á la navegacion de Ageanata; pero como parece que ésta fué en Invierno, forzoso es concluir con el P. Pagnini, que por un error de los copistas, sancionado despues por el uso, se ha dado á este Idilio su segundo título. En la relacion de los amores de ambos poetas, he quitado, como de costumbre, cuanto habia de antinatural ó de obsceno, cambiando ú omitiendo lo que la decencia exigia.

9. Bien conocida es la constelacion de Orion. Se compone de cuarenta estrellas, una de las cuales es llamada el pié de Orion, correspondiendo las demás á las diversas partes del cuerpo que forjó en el cielo la fantasía de los antiguos. Orion, hijo de Neptuno y de Euriale, fué amado por Diana, quien por error lo mató con sus flechas. Para reparar esta falta involuntaria, la misma diosa lo colocó entre las estrellas, donde hoy lo admiramos.

10. Los alciones (conocidos vulgarmente con el nombre de *Martin pescador*), hacen sus nidos hácia el solsticio de Invierno, y se reproducen en la playa del mar. Durante este tiempo se aplacan los vientos del Sur y del Este, (Noto y Euro) que suelen predominar en los dias anteriores, y reina gran calma en el mar.

11. Cincuenta eran las ninfas del mar, hijas de Nereo y de Dóris. Las más célebres fueron Anfítrite, esposa de Neptuno; Tétis, madre de Aquiles, y Galatea, amada del ciclope Polifemo.

12. Parece que Ptelea, célebre por sus vinos, era la misma que Éfeso, ó por lo ménos un pueblo entre esta ciudad y Mileto.

13. Este bello pasaje fué imitado y casi traducido por Virgilio en la Égloga V.

14. Dos rios habia en Sicilia conocidos con el nombre de Himera. El Atos es el antiguo monte de Macedonia, hoy Montesanto. El Hemo y el Ródope son las dos montañas más altas de Tracia, en que fueron trasformados por Júpiter los cónyuges así llamados. Siendo un pastor el que habla, y no un viajero, es natural que le parezca el Cáucaso remotísimo y lo juzgue colocado en el extremo del mundo.

15. Cuéntase de Comatas, cabrero siciliano, que su amo, irritado por los frecuentes sacrificios que hacia á las Musas, lo encerró en una caja de madera para ver si ellas lo hacian vivir en en aquel ataud. Al cabo de dos meses, se encontró vivo á Comatas y en derredor de él una gran multitud de panales, con que se alimentó durante su encierro.

16. Eran los estornudos, si bien muchas veces de buen agüero, otras veces poco propicios: infaustos eran los de la mañana, faustos los del mediodía.

NOTAS Á TEÓCRITO.

17. Era el trípode el banquillo de tres piés colocado en el templo de Delfos, desde el cual se daban los oráculos de Apolo.

18. En las fiestas de Pan que se celebraban en Arcadia, cuando por la escasez de caza no se podía ofrecer en los sacrificios sino muy poca carne, los muchachos castigaban al dios de la caza, por su poca protección, azotándolo con sargas de esquilas, llamadas por otro nombre cebollas albarranas.

19. No hay que confundir con el Ebro de España este otro Hebro, hoy *Maritza*, gran río de Tracia que baja del monte Hemo.

20. Creí poder traducir *granadas* las *frutas purpúreas* á que se comparan los Amorcillos. He variado de opinion y creo deber corregir este verso así:

“Que semejais á poma sonrosada.”

21. Se invita á los Amores á venir al santuario de Dione, es decir, Chipre, residencia favorita de Vénus, abandonando á Mileto, donde estaban las fuentes de Hietis y Biblide (á que en el texto por eufonía dí la terminacion *o*).

22. Pixá era ciudad ó aldea de la mencionada isla de Cóos, donde se honraba á Apolo apellidado *Pixio*.

23. Folo y Quiron, centauros, acogieron á Hércules amigablemente en su gruta y le dieron á beber un vino riquísimo, regalado nada ménos que por Baco.



IDILIO VIII.

1. Contesta Dáfnis con cierta ironía repitiendo las mismas frases de Menalcas. El texto original y la mayor parte de los traductores, hacen que no solo el sentido sino las palabras sean absolutamente idénticas. A mí me pareció que nada se quitaba á la fuerza y sí se añadía no poco á la belleza cambiando ligeramente las palabras sin variar el sentido. La circunstancia del dedo herido, aunque inútil en sí misma, es graciosísima.

2. Como en el Idilio V, he vuelto á traducir *φαλαρός*, nombre propio del mastin, por la voz castellana *Nevado*.

3. Llámense los rios *creacion* ó, como está en el original, *raza*, *progenie divina*, porque eran creidos hijos de Tétis y Júpiter. Empiezan aquí los pastores sus cantos alternativos ó *amebeos*. Una de las leyes de estos certámenes poéticos era que la *propuesta* y la *respuesta* estuviesen contenidas en igual número de versos. Yo he observado escrupulosamente esta regla en mi version, y cuando las dimensiones del canto lo han admitido, he encerrado en un soneto, así la proposicion del primer pastor como la réplica del segundo. En el metro que he adoptado para la primera parte de esta cancion, procuré imitar los versos elegiacos griegos, de que esta vez sola se sirvió Teócrito, sin que podamos hallar otro ejemplo ni en él mismo ni en los otros Bucólicos.

4. Proteo era dios marino que tenia el poder de predecir lo futuro, y que una vez que cayó en poder de Menelao se trasformó sucesivamente en varios animales y objetos inanimados para escapar de su aprehensor. Juzgan algunos comentadores que esta estrofa deberia ponerse en boca de Dáfnis, pues en ella menciona las focas ó becerros marinos, cosa natural en un vaquero y no en un pastor de ovejas como era Menalcas.

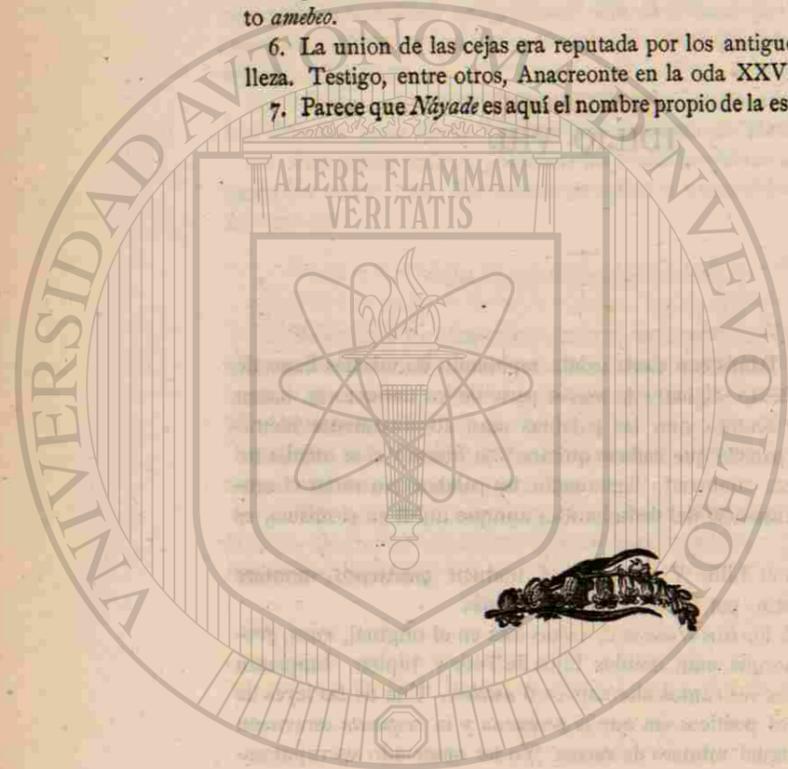
5. Los Estados de Pélope y las riquezas de Cresó, á que parece aludir el zagal al mencionar los talentos de oro, eran proverbiales. Al ter-

NOTAS Á TEÓCRITO.

minar la estancia habla de su grey (*de ovejas*) que no conviene á un vaquero cual Dáfnis. Esto confirma en su opinion á los que creen que esta y la anterior estancias han sido trastocadas. Parece tambien que se ha perdido la última estrofa, con que debería terminar Dáfnis el canto *amebeo*.

6. La union de las cejas era reputada por los antiguos singular belleza. Testigo, entre otros, Anacreonte en la oda XXVIII.

7. Parece que *Náyade* es aquí el nombre propio de la esposa de Dáfnis.



IDILIO IX.

1. Menalcas, sea á nombre propio, sea en persona de Polifemo, llama á Etna su madre, porque allí habia nacido y tenia su domicilio.

2. Icaria es la isla del Mar Egeo, llamada hoy Nicaria; pero como es Siciliano el que habla, alude quizá á los alrededores de Icaria, ciudad de Sicilia, hoy Carini.

El tamaño de la ostra ó tortuga de que se conservó la concha, lo indica suficientemente el hecho de haber suministrado alimento á cinco personas.

3. El refran con que empieza esta cancion alude á la creencia vulgar que consideraba los granos ó pústulas que salen en la lengua ó la nariz, como un castigo ó señal de mentira, ó injusto juicio, ó alguna otra falta cometida contra la religion ó la buena fe.

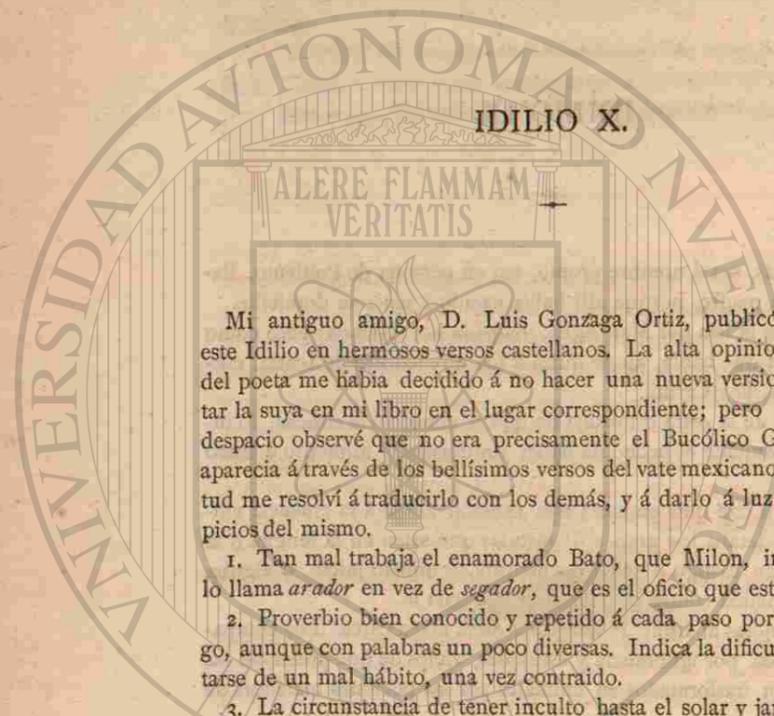
4. En las notas al Idilio II hablamos de la maga Circe. Los compañeros de Ulises, por ignorancia y estupidez, vicios de que preservan las Musas, fueron transformados en animales por las pociones maléficas de la encantadora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





IDILIO X.

Mi antiguo amigo, D. Luis Gonzaga Ortiz, publicó en México este Idilio en hermosos versos castellanos. La alta opinión que tengo del poeta me había decidido á no hacer una nueva version, y á insertar la suya en mi libro en el lugar correspondiente; pero al leerla más despacio observé que no era precisamente el Bucólico Griego el que aparecía á través de los bellísimos versos del vate mexicano. En tal virtud me resolví á traducirlo con los demás, y á darlo á luz bajo los auspicios del mismo.

1. Tan mal trabaja el enamorado Bato, que Milon, increpándolo, lo llama *arador* en vez de *segador*, que es el oficio que está ejerciendo.
2. Proverbio bien conocido y repetido á cada paso por nuestro vulgo, aunque con palabras un poco diversas. Indica la dificultad de apartarse de un mal hábito, una vez contraído.
3. La circunstancia de tener inculto hasta el solar y jardín que cercaba su morada, prueba que la pasión lo tenía completamente absorto.
4. No expresa claramente el texto si la ninfa era hija ó criada de Polibutas; dejé la misma ambigüedad en la version. Vuélvese á mencionar aquí el Hipocoonte del Idilio VI.
5. Pluto, dios de las riquezas, fué privado de la vista por Júpiter para que distribuyera indistintamente los bienes, sin darlos tan solo á los justos y buenos.
6. Perdóneme el lector erudito si el metro, la rima y la falta de tiempo me hicieron restringir el pensamiento del poeta. No solo á las personas, sino á todas las cosas, se extiende la maravillosa transformación que verifican las Musas, en cuanto les place tocar.
7. Quiere llamar *negra* á su ninfa, sin decírselo claramente, y adopta el nombre del país en que más frecuente era el color moreno de sus habitantes. *Sira*, *muchacha de Siria*, la denomina en su idioma el pastor; pero, ¿quién entendería en castellano su oculto significado, si se hubiese traducido literalmente? Por eso, no haciendo caso del venial ana-

NOTAS Á TEÓCRITO.

cronismo, la apellido *Guinea*; siendo comunísimo (al ménos en México), llamar *Guineos* ó *de Guinea* á todos los negros.

8. Vuelve aquí á aludirse al proverbial tesoro de Cresos. Los antiguos Griegos acostumbraban consagrar á algun dios las estatuas erigidas á los hombres, con el fin de atraer á aquellas mayor respeto.

9. Compara á dados los piés de su ninfa, para denotar no solo la blancura que los distinguía sino su agilidad y soltura.

10. Era Litiersa hijo bastardo de Mídas. Vivía en el campo y obligaba á cuantos pasaban á segar sus campos, cortándoles en la noche la cabeza y sepultándolos debajo de los montones. Los segadores de Frigia han celebrado con himnos á su insigne maestro en el arte de segar.

11. Es el mejor equivalente que pude encontrar al impropio griego *σύνιοι ἄνδρες*, *hombres de higo*; es decir, formados de la madera de un árbol que por su fragilidad para nada sirve.

12. Era comun opinion que las espigas, despues de cortadas, podian crecer y engordar, con tal que se volteasen sus extremidades hácia el Norte ó el Oeste. De aquí es que Zéfiro, viento del Poniente, es llamado en un epigrama de Baquilides, *el más pingüe de los vientos*.

13. Natural era en un segador de las ardientes regiones del Mediodía, envidiar la suerte de la rana, sumergida constantemente en las frescas aguas de la laguna.

14. Siendo el comino una semilla tan diminuta, se pinta exactísimamente al avaro, diciendo que parte en pedazos áun este pequeñísimo grano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

IDILIO XI.

En la Colección de poesías de D. José Joaquín Pesado, ocupa un lugar prominente la versión de este Idilio, empezada en bellos cuartetos y terminada con bien enlazados y sonoros tercetos. Pensé, pues, insertar aquí ese trozo, sin tomarme el trabajo de hacer una nueva versión, entrando en temeraria competencia con el inimitable poeta. Pero á nadie se esconde la dificultad, y casi diría imposibilidad, de comprender á fondo á un autor, cuyas obras no se han estudiado íntegras, ó por lo ménos en su mayor parte, y en su lengua original. Estas desventajas se traslucen en la versión de Pesado, y me obligaron á emprender una nueva, á pesar de mi manifiesta inferioridad poética, que no me oculto á mí mismo, ni procuro disimular ante el público. La empecé en tercetos; mas borrado lo que habia hecho, me decidí á servirme de la octava rima, por respeto al grande hombre á quien admiro, venero y todavía lloro. Dedico mi humilde versión á un nuevo Nicías, á uno que es á la par discípulo de Esculapio y de las Musas, y que en días mejores aprendió á pulsar conmigo la cítara bajo el patrocinio del bondadoso Pesado.

1. Galatea, una de las cincuenta ninfas del Océano, hijas de Nereo y de Dóris, es una de las figuras más bellas y más simpáticas que pudo forjar la poesía griega. Ya la contemplamos nadando á lo largo de la costa de Sicilia; ya saltando á la playa y jugueteando con el dormido Polifemo; ya celosa buscando á la supuesta rival en todas las grutas del Etna; ya por último, como en el presente Idilio, huyendo esquivo, apartándose veloz de la orilla, tendiéndose sarcástica sobre las olas, ó sumergiéndose en el profundo mar para ir á reposar en el alcázar de oro de su padre, su divina figura nos encanta, nos enamora y nos hace repetir con sentimiento los tiernos cantos del rudo Cíclope.

Polifemo, hijo de Neptuno, era el mayor y más prominente de aquella raza de gigantes, que por no tener más que un ojo circular en medio de la frente se llamaron Cíclopes. Habitaban, según Homero, en una isla desconocida del Mediterráneo; nuestro protagonista moraba

NOTAS Á TEÓCRITO.

en Sicilia, en una inmensa caverna del Etna. Según la predicción del adivino Télemo, Ulises, gracias á una estratagema descrita minuciosamente en la Odisea, arrancó el ojo al cruel Cíclope, y así escapó de la muerte que le esperaba á manos del Gigante.

2. Aún no habia tenido el fatal encuentro con el astuto Griego, cuando el dardo de Amor (ó de Vénus, como dice aquí el poeta), le atravesó el pecho, y se enamoró perdidamente de la hermosa Galatea. Rudo siempre, aunque se hallaba en la flor de la adolescencia, en vez de imitar á los amantes de la época, y enviarle los suaves y sencillos regalos de manzanas, rosas y otras frutas y flores que ellos acostumbraban, queria ganar á su bella á fuerza de furores y arrebatos, hasta que halló el remedio en el cultivo de las Musas.

3. Toosa, ninfa también del Mar, é hija de Forco, dejaba de cuando en cuando su húmeda habitación para ir á visitar á su hijo, aunque deforme, nunca olvidado. Acompañóla una vez la tierna Galatea, y ansiosa de cortar y deshojar jacintos, Polifemo guió á sus huéspedes al monte. Entónces tuvo su origen la vehemente pasión que forma el tema de este Idilio.

4. Aunque rudo en sus mismos requiebros y eróticos cantares, á veces la fuerza del amor ablanda al Cíclope hasta el grado de abandonar esas *furias inhumanas* que lo devoraban, y llama suavemente á Galatea prenda y dulce manzana, *τὸ φίλον γλυκύμαλον* como lo habria hecho en ese tiempo el enamorado más pulido.

5. Conoce su deformidad, su ojo poco gracioso, su nariz roma, sus labios abultados, y por último el áspero toldo de gruesísimo vello que cubre su cuerpo, áun en los primeros años de la juventud, y cuando su rostro no ostentaba todavía la barba del varón. Pero quiere cubrirlo todo enumerando sus grandes riquezas, y jactándose de su destreza en el canto y la música: cualidades y posesiones, empero, que estima en ménos que el amor de Galatea, sin la cual consentiria en que se abrasase el único ojo que tanto aprecia, y que le es más dulce que cuanto existe.

6. En el exceso de su amor hace multitud de ofertas á la Ninfa, y llega hasta el grado de querer darle á la par lirios y amapolas; aunque acordándose que florecen en diversas estaciones, luego se corrige y le dice, aunque nada le han pedido, que unos presentará en invierno y otros en estío, pues darlos á la par no está en su mano.

En esto han querido ver algunos una falta ó una distracción de Teócrito. ¿No podrá explicarse del modo que acabo de hacerlo?

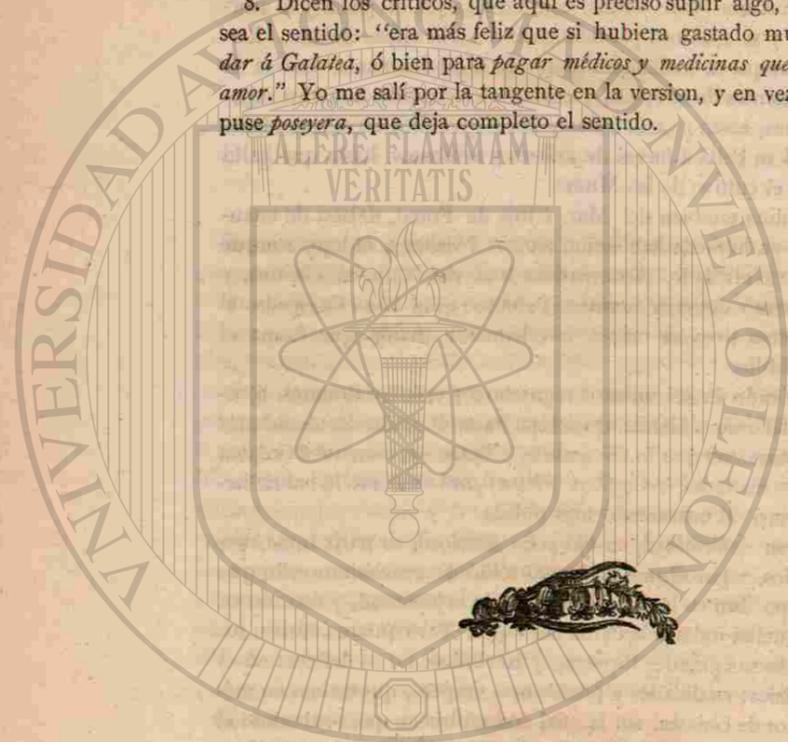
7. Teniendo los Cíclopes en su isla cuanto necesitaban para la vida, y siendo por naturaleza poco amantes de la sociedad y del comercio, nada sabian de marina, nada entendian de navegación, é ignoraban el arte de nadar. Ahora se arrepiente Polifemo de esta fatal negligencia, y después de manifestar el vano deseo de haber nacido con aletas de pez (cosa que á su madre, ninfa marina, no habria sido difícil procurarle),

NOTAS Á TEÓCRITO.

se reduce á pensamientos más prácticos, y piensa en la llegada de una nave que otras veces ha arribado á la isla, á cuyo bordo navega un marinero conocido que podrá enseñarle á nadar.

Pero todo es inútil; y despues de procurar consolarse con prudentes reflexiones, da fin á su amorosa cancion.

8. Dicen los críticos, que aquí es preciso suplir algo, de modo que sea el sentido: "era más feliz que si hubiera gastado mucho oro para dar á Galatea, ó bien para pagar médicos y medicinas que lo curasen de amor." Yo me salí por la tangente en la version, y en vez de *ἔδωκεν* puse *poseyera*, que deja completo el sentido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

IDILIO XIII.

1. Aunque algunos hacen á Hilas hijo de Hércules, la mayor parte le asignan otro parentesco. Fiel á la decencia, más bien que al original, he estampado la primera opinion, aunque contraria á Teócrito, y he suprimido el principio del Idilio, haciendo además las precisas alteraciones.

2. Jason, hijo de Eson, rey de Jolcos, despues de sufrir varias vicisitudes en su infancia y primera juventud, á instigacion de su medio hermano Peliade emprendió la famosa expedicion en busca del Vello-cino de Oro.

3. A cincuenta ascendia el número de los héroes que tomaron parte en la empresa. Además de nuestro Hércules, cuya madre era Alcmena, hija de Electrion, rey de Midea, iban Cástor y Pólux, como aquel, hijos de Júpiter; Peleo y Telamon, nietos del mismo dios; Teseo, Ergino y Anceo, hijos de Neptuno; Augías, hijo del Sol, y otros que seria largo nombrar.

4. El Gefe de aquella selecta falange, resuelto á embarcarse para Cólquide, contrató con Argos, hijo de Frixo, la construccion de una galera, que del nombre de su fabricante se denominó *Argo*.

5. Eran las Ciancas ó Simplégadas dos islotes en el Estrecho del Ponto Euxino, rocallosas, inmensas y flotantes. Envueltas en continúa niebla y agitadas por los vientos, se juntaban á menudo aplastando cuanto entre ellas se encontraba, y ni los pájaros podian atravesar por en medio. Instruidos por el sabio Fineo, los navegantes de la *Argo* mandaron una paloma viajera que pasó con seguridad por las temidas rocas, aunque perdiendo la cola. Entónces, aprovechando el primer movimiento de separacion de los islotes, y ayudados por Juno y Minerva, se lanzaron remando con todas sus fuerzas, y lograron pasar, aunque con tal peligro, que perdió el *Argo* entre las rocas toda la obra muerta de popa, y sufrió no ligeras averías. Pero desde entónces las Simplégadas quedaron fijas. Los Hados habian decretado que perderian su movilidad apenas pasara entre ellas una nave. Teócrito poéti-

NOTAS Á TEÓCRITO.

camente la hace avanzar con la rapidez del águila sin tocar siquiera los escollos; pero la anterior es la tradicion generalmente aceptada.

6. Era el Fásis un rio muy célebre de Cólquide, á cuyo márgen habia tambien una ciudad del mismo nombre habitada por una Colonia Griega.

7. Las Pléyades forman el bien conocido grupo de siete estrellas en la constelacion del Toro.

8. Píndaro los llama *flor de navegantes*; Apolonio *héroes escogidos*, y no en vano: basta recordar los nombres arriba citados para justificar estos títulos.

9. La ciudad y region de Cío tomó su nombre de Cío, hijo de Olimpo.

10. ¡Qué bella expresion, de gusto exclusivamente griego, es esa *mirada primaveral* atribuida á la ninfa Niquea!

11. Tambien Ovidio compara la caída de Faetonte á la de un meteor. Estos meteoros se juzgaban favorables á la navegacion; de modo que no sin razon apenas cayó Hílas al agua, llamó el Piloto á los Argonautas y los obligó á proseguir el viaje.

12. Siendo un Escita el maestro de Hércules en el uso del arco, no es extraño que lo llevara segun el estilo de ese país.



IDILIO XIV.

1. Bien conocida es la afectacion de los que pretenden pasar por filósofos, el estudiado desaliño del traje, y la falta de aseo de que hacen alarde. Así era este discípulo de Pitágoras, y pronto descubrió que lo traían macilento, no los amores de una dama, sino el deseo de un poco de pan para satisfacer su hambre. Creen algunos ver en este Pitagorista ridiculizado á Platon, que invitado por el rey Dionisio vino de Atenas á Sicilia; pero no se sabe que el gran Filósofo llevase una vida de mendigo, ántes bien le agradaba un trato lauto y magnífico.

2. ¿Era este licor importado de la ciudad de Biblo, en Tracia, ó bien el vino dulce hecho en Sicilia que se llamaba Polio ó Biblino? Adopte el lector la opinion que más le pluguiere.

3. Era creencia popular que quien veía al lobo quedaba privado del habla. Llamándose tambien Lobo el pretendiente de Cinisca, el proverbio popular, perfectamente aplicado al silencio de la niña, adquiere doble gracia con el retruécano. Me aprovecho de esta ocasion para advertir que, no apareciendo claramente del contexto si Cinisca era mujer legítima de Tiónico, ó tenia con él otra especie de parentesco, yo me he tomado una de esas acostumbradas libertades que la decencia me sugiere, y la he declarado hija del Protagonista. Esto me ha obligado á hacer algunos ligerísimos cambios, supresiones ó adiciones, que el erudito lector descubrirá fácilmente, y que nada importan á quien no quiera cotejar el original.

4. Es el mismo Apis amansador de caballos que se mencionó al principio, y era de Larisa, ciudad de Tesalia.

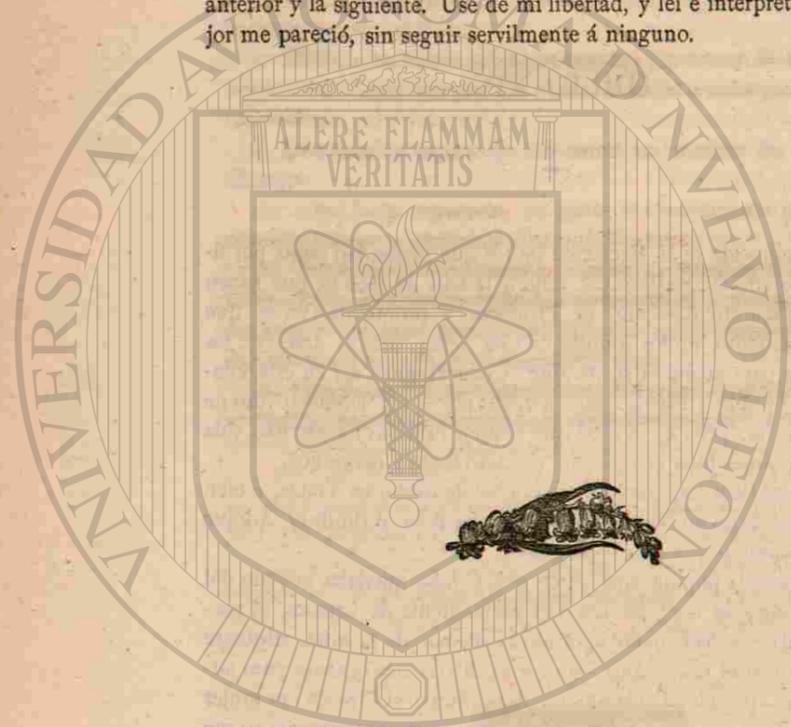
5. Lo que denomino zaguan era la puerta grande de dos hojas que en las casas griegas daba entrada al vestíbulo ó atrio de la casa. He traducido por el conocido refran español, *la cabra tira al monte*, el no ménos vulgar de los griegos: *el toro huyó á la selva*. Juzguen los Helenistas si he acertado ó no, pues yo desconfío de mi tino.

6. Puede verse en los Escoliastas la respuesta que el Oráculo Déléfco dió á los habitantes de Mégara, cuando estos preguntaron cuál era

NOTAS Á TEÓCRITO.

el mejor pueblo de Grecia y qué lugar ocupaban ellos. Termina diciéndoles: *No ocupais ni el tercero ni el cuarto, ni aun el duodécimo puesto, ¡oh Megareses! Antes bien, de vosotros no se tiene estimacion alguna.*

7. Mucho discrepan códices y críticos en cuanto á la leccion é interpretacion de los versos del original correspondientes á esta cuarteta, la anterior y la siguiente. Usé de mi libertad, y lei é interpreté como mejor me pareció, sin seguir servilmente á ninguno.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

IDILIO XV.

1. Antiquísimo ha sido el cumplimiento de ofrecer silla á las visitas. Además del presente pasaje, hallamos otros semejantes en Homero, Luciano, Calímaco, etc.

2. Término de cariño es éste dirigido á Praxinoe por su amiga, muy semejante á nuestro "ángel mío" y otros por el estilo. Admiran mucho los críticos este trozo tan perfectamente copiado del natural; el modo tan delicado con que introduce el poeta al pequeño personaje cuya presencia no habíamos advertido durante el guirigay de las damas, la moralidad de la advertencia de Gorgo sobre no escandalizar al niño, y la pronta mendacidad de la madre para borrar en éste toda impresion poco favorable á su papá.

Nótese que en medio de las frases más cariñosas, apostrofa Gorgo á su amada compatriota llamándola *mujer*, *γύναι*; término que hallamos otra vez en este mismo Idilio, en que un hombre se dirige tan respetuosamente á Praxinoe llamándola *γύναι*, que me fué preciso traducirlo *señora*. En el Idilio II (pág. 25, línea última), Delfis llama á su amada *γύναι* tan dulcemente, que me vi forzado á añadirle de mi propio caudal el epíteto *encantadora*, para darle toda la fuerza del original. En el Idilio III, hallamos igualmente, *mujer* idolatrada, *φίλα γύναι*; en el XXIV, Tirésias llama nada ménos que á Alcmena, gran señora y amada de Júpiter: *mujer*, *γύναι*, y esto dos veces, y de tal manera, que aun el intérprete latino lo vierte: *domina*. Me he detenido tanto para demostrar, sin más citas que las que me suministra Teócrito, que el vocativo griego *γύναι* ¡oh mujer! léjos de mostrar falta de respeto ó desprecio, indica, como en los casos arriba citados, *ternura*, *respeto*, *amor*, *sumision*, *acatamiento*. Y sin embargo, porque en las Bodas de Caná Jesús apellida á la Virgen-María: *γύναι*, (San Juan, II, 4) y en la Cruz vuelve á llamarla: ¡Mujer! (San Juan, XIX, 26), los enemigos de la Inmaculada Madre de Dios se han desatado en injurias contra la Divina Criatura que el mismo Verbo Humanado amaba, hon-

NOTAS Á TEÓCRITO.

raba, reverenciaba y acataba! Estoy seguro que los lectores de estos Idilios y todo mediano conocedor de la lengua griega, al ver los artículos, opúsculos y diatribas á que me refiero, no podrán ménos que exclamar: ¡Ignorancia, maldad, estupidez!

3. El jurar por Proserpina, llamándola *la Gran Diosa ó Nuestra Señora*, como puede muy bien traducirse *ναὶ τὰν πότνιαν*, era muy comun entre las mujeres. Las Siracusanas tenían mayor motivo para invocarla, pues la dote que Júpiter entregó á Proserpina fué la isla de Sicilia.

4. En grandes dificultades me he visto para expresar con propiedad en castellano los diversos artículos del traje de los Griegos. Lo que he denominado *faldas*, es en el original *ἀμπέχονον*, vestido exterior usado por mujeres y hombres afeminados. Lo que llamo *mantón* es el *περόνηρις*, ó sea una especie de manto ó vestido interior, de lana, que usaban las mujeres Dórias. No tenía mangas, y se ajustaba con hebillas ó broches de metal que quedaban mostrándose bajo el manto exterior.

5. El sentido de esta locucion proverbial parece ser el siguiente: "Los que nada tienen que hacer, todos los días pueden divertirse cual si fueran festivos; pero nosotras, gente ocupada, es fuerza que nos aprovechemos de esta oportunidad, y nos demos prisa; no sea que despues no nos quede lugar." Confirma esta interpretacion el apresuramiento con que Praxinoe se lava y viste, apénas ha hablado su amiga.

6. Vivaz, natural y graciosa en extremo es esta serie de órdenes, contraórdenes, reprensiones y vituperios de la Siracusana. Mucho que hacer ha dado á los intérpretes la intempestiva referencia á las gatas. Creen algunos que al ver pasar su favorito animal interrumpe Praxinoe las ocupaciones del tocador y ordena á la sierva que prepare á aquel su cama ántes de salir. Otros (y á ellos me adhiero) declaran que es un modo de echar en cara á la doncella su lentitud y pereza.

7. La *mina* griega era una moneda equivalente á poco más de veinte pesos fuertes ó sea 406 reales de vellón.

8. Discuten mucho los críticos sobre si Praxinoe fué á la fiesta con sombrero, ó con la cabeza descubierta y resguardada sólo por un *quitasol*, pues ambos significa la palabra *θολία* y ambos usaban los Griegos. Yo me inclino á lo primero, pues no es probable que sabiendo cuán grande era la multitud de gente en que iban á introducirse, quisiese llevar más estorbos de los necesarios. Con el sombrero termina la enumeracion de las diversas piezas del vestido usado por las mujeres de aquel tiempo. Tenemos ante todo la camisa ó *χιτώνιον* que le moja la criada al dar á su ama agua para lavarse. Viene luego el vestido sin mangas, sujetado por un hermoso broche, llamado primero *περόνηρις*, y más abajo *ἐμπερόνημα*, y que yo traduje una vez *mantón* y otra *jubon*, deseoso de acertar una siquiera; sigue el *ἀμπέχονον*, que siendo

NOTAS Á TEÓCRITO.

á la par faldas y manto he traducido de los dos modos, y por último, el sombrerillo, que ha llamado nuestra atencion.

9. Obsérvese el modo de asustar á los niños, usado por las madres y nodrizas de aquellos dias, tan parecido al de nuestros tiempos. Muy general entre Griegos y Romanos era tener un perro para guardar la entrada. Recuérdese la inscripcion "*Cave canem*" encontrada en tantas casas de Pompeya.

10. Egipto gozaba en aquellos tiempos de la triste reputacion que en los modernos distinguió á Calabria y Sicilia, y en la cual no cede á país alguno nuestra desdichada México. Véanse á este propósito Ciceron (pro Rabirio) y el Obispo Sinesio.

11. El matrimonio de Júpiter y Juno se hizo secretamente. Véanse Homero y Plauto.

12. Uno de los característicos del dialecto Dórico es la frecuente repeticion de la vocal *α*. Esto hacia que quien lo hablaba pronunciase *con boca ancha* (como dice Demetrio Faléreo), palabras que los demás Griegos proferian de modo diverso. En el diálogo que antecede, y que irritó los delicados oídos del hombre, he procurado imitar el eco del referido dialecto, introduciendo cuanto he podido palabras en que abunda la vocal *α*.

13. Siracusa era colonia de Corintó, patria de Belerofonte. Éste llamábase originalmente Hiponóo, viniéndole su sobrenombre de haber matado á Belero, de resultas de cuya muerte tuvo que abandonar su patria. En el libro VI de la Iliada leemos por extenso sus románticas aventuras. Requerido de amores por Antea, esposa de Preto, rey de Argos, el jóven resistió heroicamente á sus indignas proposiciones; y como siempre sucede en semejantes casos, el odio sucedió al amor en el corazon de la burlada reina. Siguió la calumnia, y acusándolo la infame adúltera de haber atentado á su honor, Preto prestó oídos á las falsedades de su esposa, y envió al virtuoso jóven á Licia, con una carta en que se mandaba darle la muerte; carta que algunos eruditos juzgan escrita en geroglíficos á estilo de los antiguos aztecas, y que Homero titula *caracteres mortales*. Los dioses, sin embargo, protegieron á la inocencia calumniada. Belerofonte se libró de la muerte, consumió grandes hazañas, y su nombre pasó glorioso y sin mancha á la posteridad.

14. Dificilísimo es este pasaje. Ante todo, por antífrasis se llama *dulcísima* á la implacable Proserpina. Luego declara la dama al entrometido que no sufrirá el yugo de él ni de nadie, excepto de *uno solo*. ¿Quién es este varon privilegiado? ¿El marido de cada una, ó el Rey Tolomeo? Hay gran diferencia de opinion entre los críticos: yo creo que el último.

La mayor dificultad está en el refran que repite la irritada Siracusana al hombre. Largas disertaciones han escrito sobre él infinidad de

NOTAS Á TEÓCRITO.

intérpretes, y casi no hay dos que estén de acuerdo áun para la traducción literal. Expresarlo palabra por palabra no podia, á no ser que me resignara á no ser entendido. Hallar un proverbio español equivalente, me fué imposible. Me resolví, pues, á dar una traducción libre, conforme al sentido que le atribuye el Escoliasta y con él Heinsio y Pagnini.

15. Espérquis, Ateniense ó Espartano, se sacrificó generosamente por la patria, entregándose á los Persas para que castigaran en él la muerte de los Embajadores de Darío, á quienes sus compatriotas habian vilmente arrancado la vida.

16. Empieza la canción por invocar á Vénus, recordándole los principales lugares donde es adorada: *Golgos*, en Chipre, que tomó su nombre precisamente de Golgos, hijo de Vénus y de Adónis; *Idalio*, igualmente en Chipre; y *Erice*, ciudad de Sicilia, que tomó su nombre de *Erica*, otro hijo de Vénus, y de donde esta diosa se denominó *Ericina*. Dícese que Vénus juega con el oro, por el gran poder que tiene este metal para ganar los corazones. Así lo explican los Escoliastas y Casaubon.

17. Las fiestas de Adónis se celebraban una vez al año; por eso se dice que las Horas traen al amado de Citéres, despues de doce meses de ausencia. Las Horas, hijas de Júpiter, diosas de las estaciones al par que de las horas del día, aunque desempeñan con velocidad su misión de perpétuo movimiento, se llaman lentas por relación á nuestra ansiedad.

Adónis, hijo de Cinira y de Mirra, fué amado por Vénus, y muerto por un jabalí suscitado contra él por el celoso Marte. La afligida Vénus bajó al Infierno y obtuvo de Proserpina que se permitiese volver á Adónis á la tierra una parte del año. Esta vuelta se celebraba con grandes fiestas, y la descripción tan animada que hace aquí Teócrito casi no necesita comentarios. Resta sólo saber si las fiestas dispuestas por Arsinoe eran diversas de las que comunmente se hacian. Un pasaje de San Cirilo de Alejandría y otros motivos, hacen creer que sí.

18. Berenice era la madre de Tolomeo Filadelfo, cuyas alabanzas veremos en el Idilio XVII. Fué deificada por Vénus despues de su muerte.

19. Arsinoe era hermana y esposa, segun el uso egipcio, de Tolomeo Filadelfo. Teócrito aquí la adula comparándola á Helena. Me pareció que la comparación se refería á las cualidades morales, especialmente la piedad, y traduje "siguiendo los ejemplos:" he visto despues, ya demasiado tarde, que el lisonjero poeta quiso referirse á la belleza física.

20. Se ve que además de las célebres macetas ó huertos de Adónis, y de las figuras alusivas inmediateamente á la historia del esposo de Vénus, habia otras muchas imágenes y figuras, como la de Ganimedes arrebatado por el águila, que aquí se menciona. Dudan los críticos si

NOTAS Á TEÓCRITO.

además del ídolo de Adónis habia otro de Vénus, ó si ésta era representada al natural por una jóven, como generalmente se acostumbraba.

21. Blando y suave en extremo era considerado el sueño, y la comparación "más blando que el sueño," era muy comun á Griegos y Latinos para ponderar la exquisita suavidad de una cosa. Mileto era famosa por sus lanas y el modo de trabajarlas, y Samos participó de este renombre desde que el rey Policrates introdujo á su país las ovejas de Mileto.

22. Si es cierto que el Generalísimo de la expedición de Troya, Agamenon, no volvió al mundo, es tambien una exageración de la Cantatriz el decir que solo Adónis tuvo tal fortuna. Hércules, Orfeo, Teseo, Ulises y Eneas, bajaron al Infierno y regresaron sanos y salvos.

23. Héctor, rival y víctima de Aquiles, era el primogénito de los diez y nueve hijos de Hécuba.

24. Pirro, hijo de Aquiles y Deidamia, acudió muy jóven al sitio de Troya. Fué el primero que entró en el caballo de madera, y se mostró implacable con los vencidos.

25. Patroclo, íntimo amigo y compañero de Aquiles, pereció frente á Troya á manos de Héctor.

26. Ajax Telamon, conocido por su carácter impetuoso, consumió en el sitio de Troya grandes hazañas, y despues de la muerte de Aquiles se suicidó despechado porque se dieron á Ulises las armas de aquel héroe.

27. Trátase de Anfitrión y Heleno, hijos ambos de Deucalion. Eran los Láptas una tribu mítica de fuerzas sobrehumanas: el principal entre ellos fué Ceneo. Los Pelópidas parecen ser aquí nada más los súbditos de Pélope. En cuanto al origen y emigraciones de los Pelasgos, mucho han disertado los eruditos y los historiadores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

IDIPIO XVI.

1. Véanse en las notas al Idilio I los nombres y genealogía de las Musas.

2. Eran tres las Gracias, hijas de Júpiter y Eurímone, y llamadas Aglaya (*Esplendor*), Eufrosine (*Gozo*), y Talía (*Placer*). Hermosas en extremo, eran á la par dadoras de belleza y de gracia á personas y cosas. Ellas tejieron la túnica de Vénus; ellas dieron á las doncellas de Nausicaa su grande hermosura; ellas en fin, lavaron, ungiéron y vistieron á la misma Vénus, cuando ésta confusa y avergonzada volvió á Páfos despues de sus primeras aventuras, como vemos en la Odisea. En el presente Idilio hacen el papel de las Musas; pues ellas tambien ayudaban á los Poetas é infundian gracia y belleza á sus cantares. En Orcómeno de Beocia eran principalmente adoradas, habiendo introducido allí su culto Eteocles. Orcómeno fué sitiada por los Tebanos y cargada de tributos, hasta que Hércules la libertó.

3. El poeta Simónides tenia dos arcas, una llamada de las Gracias y otra de los Bienhechores. Cuando álguien iba á pedir al vate alguna gracia ó favor, le presentaba las dos arcas, haciéndole ver que la de las Gracias estaba vacía, y la de los Bienhechores llena; y de esta manera se deshacia de la importuna visita. A esto alude Teócrito.

4. Grande, en verdad, es Homero; pero no por eso deja de haber poetas de gran mérito á quien es justo protejan los que en vez de ingenio han recibido riquezas de la Providencia. Los insulsos refranes y ridículos argumentos de los avaros del tiempo de Teócrito se parecen mucho al bárbaro racionio de Omar, cuando años despues quemó la Biblioteca de esa misma Alejandría donde moró el Príncipe de los Bucólicos.

5. Así como en nuestras fincas rústicas de América se distribuye á los trabajadores semanariamente su racion de maíz, así en las antiguas se repartian cada mes á los esclavos que en ellas trabajaban porciones de trigo ú otros granos. Habiendo perecido los escritos de Simónides, Euforion y otros poetas que celebraron á Alévades, Escópades y otros aquí mencionados, poco ó nada sabemos de ellos ni de sus progenitores.

NOTAS Á TEÓCRITO.

Parece que eran familias sumamente poderosas en Tesalia é islas adyacentes. Escopa se llamaba tambien Creonda, y era de Cranonia, en Tesalia.

6. El rio Aqueronte separaba las regiones infernales de las nuestras. El barquero Caron se ocupaba continuamente en pasar las almas de los difuntos á través de las negras aguas en que flotaba su esquife; pero exigia siempre el precio del pasaje, á pesar de no ser voluntaria ni agradable la jornada.

7. Simónides, el gran lírico de Ceo, celebró en sus cantos á los hombres y familias arriba mencionadas, y recibió de ellas grandes favores.

8. Cicno, hijo de Neptuno, tenia el rostro de una blancura tan singular, que parecia una delicada y pulida doncella.

9. La inmortal epopeya de Homero, intitulada la Odisea, no es sino la narracion de las largas aventuras de Ulises, el prudente rey de Itaca, hijo de Laertes, padre de Telémaco y esposo de la virtuosa Penélope. Los nombres abajo citados se encuentran todos en ese divino poema.

10. Ni Pagnini ni otros intérpretes aprueban la leccion que yo he seguido, y á la cual he normado mi version. Segun ellos, la puntuacion y sentido es tal, que así debiera traducirse: "Dificil es el camino de la Poesía, sin la intervencion de las Musas, hijas de Jove."

11. Aquíles de Larisa, como nadie ignora, es el héroe de la Iliada de Homero. Sus hazañas se consumaron frente á los muros de Troya, llamada tambien Ilion, y fundada ó ampliada por Ilo, hijo de Troe y padre de Laomedonte.

12. Siracusa, como se ha dicho, era colonia de Corinto, llamado por otro nombre Efir. La isla de Sicilia, y por consiguiente Siracusa, fué regalada por Júpiter á Proserpina y á Céres, su madre.

13. Los muros de Babilonia fueron fabricados por Semíramis, y cimentados con betun. Tenian de circuito sesenta millas, de altura doscientos piés, y de ancho cincuenta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

IDILIO XVII.

1. Tolomeo II, apellidado Filadelfo ó amante de sus hermanos, subió al trono de Egipto el año 285, ántes de Jesucristo. Aunque no exento de faltas, fué un gran monarca y uno de los más insignes de su dinastía. Prueba de su amor á las letras son la proteccion que dió á nuestro Teócrito y las alabanzas que éste hace tan frecuentemente de su real bienhechor. En su tiempo, y por su orden, se hizo en Alejandría la célebre versión de la Sagrada Escritura llamada de los Setenta, y se aumentó mucho la famosa Biblioteca. Celebró alianza con Roma, defendió la libertad de Grecia contra Alejandro Gonatas, y previno los ataques de Antíoco, rey de Siria, enviando tropas á sus Estados.

2. Era Ida el monte más alto de Frigia, que debió su nombre á la ninfa Ida, hija de Meliseo, rey de Creta.

3. Tolomeo I, padre del anterior, apellidado *Soter*, era hijo de Lago y uno de los generales de Alejandro, á quien acompañó á Asia, salvándole la vida en Oxidracá. A la muerte del conquistador le tocó el Egipto, y fundó en Alejandría la dinastía que llevó su nombre, consolidando su reino y añadiéndole varias provincias. Fué gran conquistador y gran gobernante. Fundó la famosa biblioteca del Serapion, principió el gran Faro y edificó otros muchos monumentos y templos. A su muerte fué divinizado, como atestigua, entre otros, el presente Idilio.

4. Larguísimo y fuera de propósito seria referir aquí la historia del grande Alejandro. Bástenos recordar que el valeroso y afortunado hijo de Filipo de Macedonia, se hizo declarar descendiente de Júpiter, y fundó la ciudad de Alejandría.

5. Mucho ha dado que hacer á los críticos este pasaje. Dice el original *Θεὸν νέποδες γεγαῶτες*. Traduce un intérprete latino *dii sine pedum usu facti*, y otro: *dii pedum usu non indigentes*. Apion deriva *νέποδες* de *νε* y *πους*, sin piés: el erudito comentador de Homero, Eustacio, Arzobispo de Tesalónica, lo declara igual á *hijo*; el P. Pagnini, con otros, lo identifican con el latin *nepos*, *nieto*, *hijo del hijo*. Que

NOTAS Á TEÓCRITO.

cualquiera de las dos últimas significaciones sea más plausible, nadie lo niega; pero ¿cómo se salva la etimología? No sé si habré acertado parafraseándolo como he hecho, de un modo que me parece conciliar todos los pareceres.

6. Hércules, cuando pasó al reino celestial, obtuvo por esposa á la diosa Hébe. El Heráclides, ó hijo de Hércules, ántes mencionado, parece ser Ilo, hijo de éste y de Deyanira. A él, segun Teócrito, reconocen como padre tanto Alejandro como Lago, y por su medio remontan los Tolomeos su divina ascendencia hasta Júpiter, padre de Hércules.

7. No hay que confundir á esta Berenice, esposa de Tolomeo Soter, con la Berenice esposa de Tolomeo Evergetes, cuya cabellera fué trasportada al cielo y celebrada por Calímaco. Como pasada la Laguna Estigia ya no habia modo de volver á la vida, Vénus se apresuró á inmortalizarla ántes que entrara en la fatal barquilla.

8. Llámase Calidonio á Diomedes, porque su padre Tideo era de Calidonia; y Argiva á Deipile, esposa de este último é hija de Adrasto, porque era de Argos.

9. De esta famosa isla, hoy Lango, se ha hablado en las notas al Idilio VII.

10. Lucina, identificada generalmente con Diana, presidia al nacimiento de los hombres. ¡Hermosa es esta prospopeya de la isla de Cóos! Apolo nació en Délos, y de aquí le vino á esta isla su gloria. Renea era otra isla cercana á Délos, y favorecida tambien por Apolo. Triope, rey de Cóos, dió su nombre á un promontorio de la misma.

11. No pudiéndose en Egipto contar con la lluvia, los aluviones del Nilo son los que fertilizan la tierra.

12. Este número (evidentemente hiperbólico) que aquí pongo en un endecasílabo, en el original ocupa nada ménos que tres hexámetros, y está expresado de un modo tan curioso, que lo voy á poner literalmente ante los lectores:

Tres centurias, tres millares sobre tres miriadas, dos ternos y tres veces once. Con números se verá más claramente:

$$(3 \times 100) + (3 \times 1,000) + (3 \times 10,000) + (2 \times 3) + (3 \times 11) = 33,339$$

13. Despues de más de veinte siglos oímos elogiar al munífico rey por su exactitud en pagar las primicias y su generosidad en dotar los templos. ¿Se tributan iguales alabanzas á Enrique VIII y sus pigmeos imitadores, por sus despojos y latrocinios?

14. Refiere Ateneo que Tolomeo Filadelfo instituyó en Alejandría unas fiestas en honor de Baco llamadas *Δαγνηφορία*. Eran igualmente célebres las fiestas Dionisias en que se abrían certámenes dramáticos.

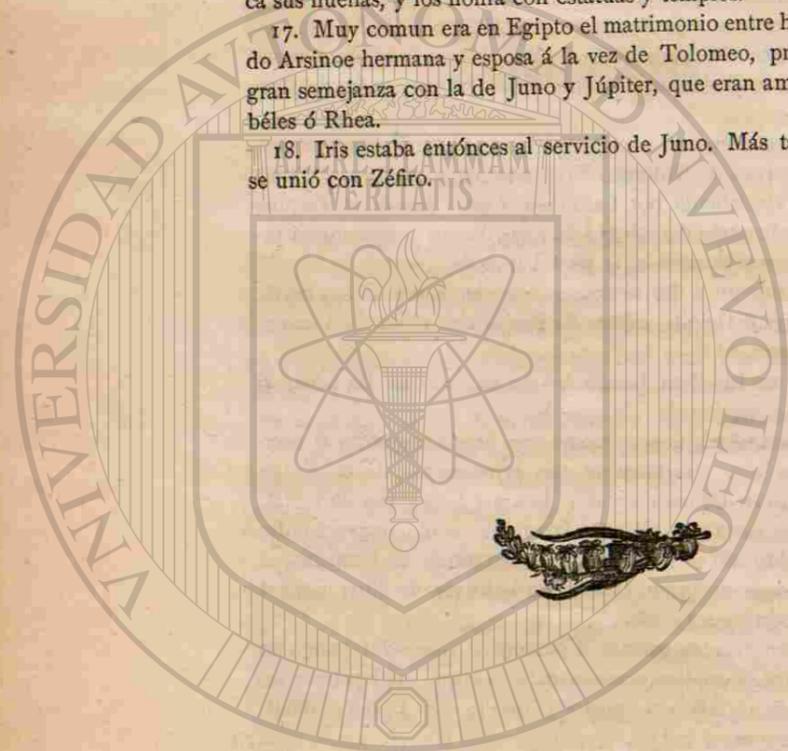
NOTAS Á TEÓCRITO.

15. Repítese el concepto expresado en el anterior Idilio. Los hijos de Atreo fueron Agamenon y Menelao, celebrados en la Iliada.

16. Mucho han disputado los críticos sobre el sentido de las frases correspondientes á éste y al anterior terceto. La interpretación más obvia parece ser: "Fresca aún la memoria de sus padres, sigue el Rey de cerca sus huellas, y los honra con estatuas y templos."

17. Muy comun era en Egipto el matrimonio entre hermanos. Siendo Arsinoe hermana y esposa á la vez de Tolomeo, presenta su union gran semejanza con la de Juno y Júpiter, que eran ambos hijos de Cibéles ó Rhea.

18. Iris estaba entonces al servicio de Juno. Más tarde parece que se unió con Zéfiro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IDILIO XVIII.

1. Menelao, hijo de Atreo, fué rey de Esparta después de Tíndaro. En este epitalamio ó cántico nupcial, se observan ciertas expresiones que indican claramente que Teócrito conocia el divino Epitalamio de Salomon llamado *Cantar de los Cantares*, lo cual es no solo probable, sino aún moralmente cierto, residiendo nuestro poeta en Alejandría cuando se hizo la version de los Setenta.

2. Siendo los novios tan distinguidos, natural era que las doncellas que formaban el coro fuesen todas de las primeras familias de Esparta, llamada tambien Lacedemonia.

3. Tíndaro, nieto de Lacedemon, casó con Leda, hija de Testio, rey de Etolia. Júpiter amó tambien á la esposa de Tíndaro, á quien visitó en la forma de cisne. En un mismo dia la afortunada heroína dió á luz á Pólux y á Helena, engendrados por el dios, y á Cástor, progenie de su esposo mortal: á los tres se llama á menudo Tindárides, á pesar de estar bien reconocida la alcurnia divina de los primeros. La belleza de Helena es proverbial: no sin razon codiciaron tantos su mano, y no en balde se pondera tanto la dicha de Menelao.

4. Nuevo ejemplo del buen agüero que se atribuía á ciertos estornudos. Aunque poco conforme al gusto de hoy dia, he preferido traducirlo literalmente para no quitar á mi version el sabor griego indispensable en ciertos casos.

5. Era Acaya, como deducimos tambien del Idilio XXII, una de las regiones del Peloponeso más renombradas por la hermosura de sus mujeres.

6. Era el Eurotas célebre rio de Esparta. La carrera y ejercicios en que tanto sobresalia Helena, y en que tanto admiraban sus compañeras la apostura de aquella, eran peculiares á las Espartanas, y mandados expresamente por las leyes. Las doncellas, lo mismo que los varones, debian aparecer desnudas en la palestra, y ejercitarse entre estos en la carrera y lucha, para que así robusteciéndose pudiesen dar á la pa-

NOTAS Á TEÓCRITO.

tria hijos fuertes y sanos. Ovidio, en la epístola de París á Helena, dice:

“... Cuando conforme al uso que se observa
En tu patria, desnuda ejercitabas
Entre otras, en los juegos tu destreza.”

El Arzobispo anglicano Potter, amante hasta el exceso de todo lo antiguo, dice á este propósito en sus *Grecian Antiquities*: “ Aunque parezca extraño que las mujeres se presentasen desnudas en público, se guardaba la verdadera modestia y se excluía la licencia. Servía esta costumbre para que su trato fuese libre y sin reserva, y para excitar en ellas el deseo de ser ágiles y vigorosas; las llenaba igualmente de valor y de pensamientos generosos, permitiéndoseles aspirar á los premios del mismo modo que los varones.” Sin convenir precisamente con el poco malicioso arzobispo de Canterbury, se leen con agrado este y otros pasajes de su eruditísimo libro, en que se esfuerza por excusar y hacer parecer inocentes los mayores excesos de los antiguos.

7. Como hemos tenido ocasion de observar en el Idilio XIV, la Tesalia era famosa por sus corceles.

8. Me tomé la libertad de sustituir con la pintura y dibujo, las labores en canastillos que hacia Helena, y cuya expresion en castellano habria sido quizá poco inteligible ó agradable.

8 bis. Era el loto una flor de las orillas del Nilo que se estimaba mucho y servia con frecuencia para tejer coronas, aún á príncipes y reyes.

9. La diosa Latona fué madre de Apolo y de Diana. Nótese cuán graciosa es esta repetición de los nombres de las divinidades protectoras, que he trasladado fielmente del original.

10. De dos clases eran los epitalamios que se cantaban en las bodas: el primero *πατακοιμητικόν*, conciliador del sueño, y es el presente; el segundo *διεγερτικόν*, despertador, y es el que prometen venir á cantar al despuntar la aurora.

11. Himeneo, hijo de la Musa Urania y dios de las bodas, era invocado con frecuentes gritos y cantos en las festividades nupciales.



IDILIO XIX.

Cotejando cuidadosamente la oda de Anacreonte con el Idilio de Teócrito se percibe la diferencia entre la poesía lírica y la bucólica. Aunque la de Villegas no es traducción del todo literal, la inserto aquí por entero, á fin de que los lectores puedan hacer mejor el parangon.

Amor entre las rosas,
No recelando el pico
De una que allí volaba
Abeja, salió herido,
Y luego dando al viento
Mil dolorosos gritos
En busca de su madre
Se fué cual torbellino.
Hallóla y arrojado
En su gremio le dijo:
“Madre, yo vengo muerto,
Sin duda, Madre, espiro;
Que de una sierpecilla
Con alas vengo herido,
A quien todos abeja
Llaman y es basilisco.”
Pero Vénus entónces
Le respondió á su niño:
“Si un animal tan corto
Da dolor tan prolijo,
Los que tú cada día
Penetras con tus tiros,
¿Cuánto más dolorosos
Que tú estarán, Cupido?”

En Anacreonte, como se ve, Amor juguetea entre las rosas; en Teócrito va derecho al panal.

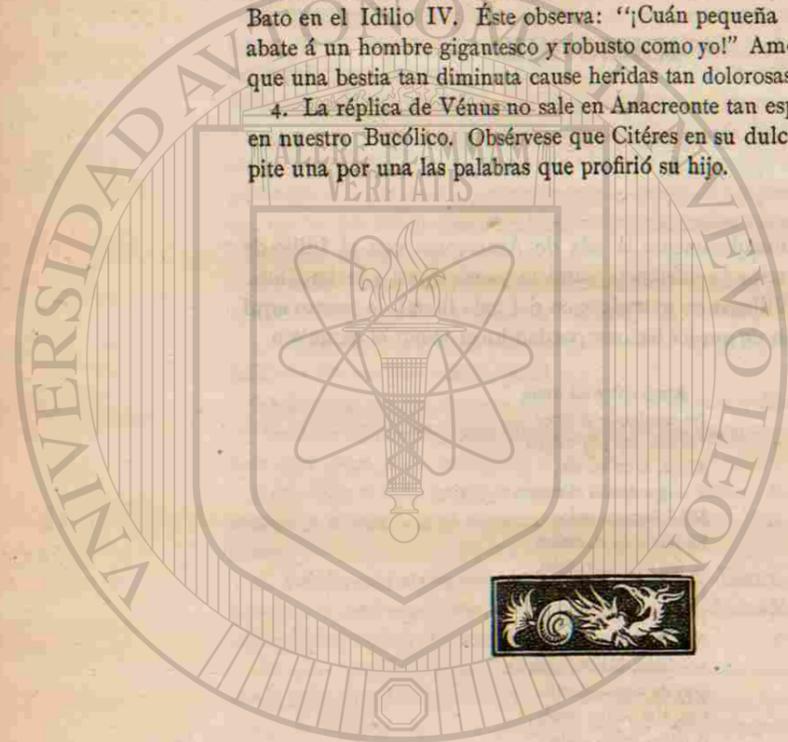
2. Nuestro poeta con toda naturalidad hace al niño patalear, saltar y soplarse las manos: el lírico con más refinamiento lo hace decir “me

NOTAS Á TEÓCRITO.

muero," y correr á su Madre con toda la medida correspondiente á un infante de elevada alcurnia educado en los salones de la corte.

3. En Anacreonte Cupido ignora (¡cosa increíble!) cómo se llama la abeja, y la describe con circunloquios casi de retórico. Nuestro ladronzuelo bien sabe qué clase de animal le ha punzado, y en su dolor se limita á hacer una observacion naturalísima, á semejanza del rústico Bato en el Idilio IV. Éste observa: "¡Cuán pequeña es la espina, y abate á un hombre gigantesco y robusto como yo!" Amor se admira de que una bestia tan diminuta cause heridas tan dolorosas.

4. La réplica de Vénus no sale en Anacreonte tan espontánea como en nuestro Bucólico. Obsérvese que Citéres en su dulce reproche, repite una por una las palabras que profirió su hijo.



IDILIO XX.

1. El modo grosero con que el rústico declara sus amores ha sido atenuado en la traducción.

2. Como en varios otros Idilios, vemos aquí puesta en práctica la superstición ó costumbre de escupirse tres veces en el seno para alejar el maleficio. Aquí, además, es un acto de amarguísimo desprecio.

3. El tallo del apio es ramoso, y sus hojas largas.

4. Minerva es llamada por antonomasia la *diosa de ojos azules*. En el próximo terceto está un símil muy parecido al pasaje del Cantar de los Cantares: *Favum distillant labia tua, sponsa. Mel et lac sub lingua tua.*

5. No nos dicen los mitólogos que Baco haya sido pastor, y si queremos dar crédito á Teócrito, es preciso atenernos á su sola palabra. Compárese esta lista de enamoradas divinidades con la del Idilio III.

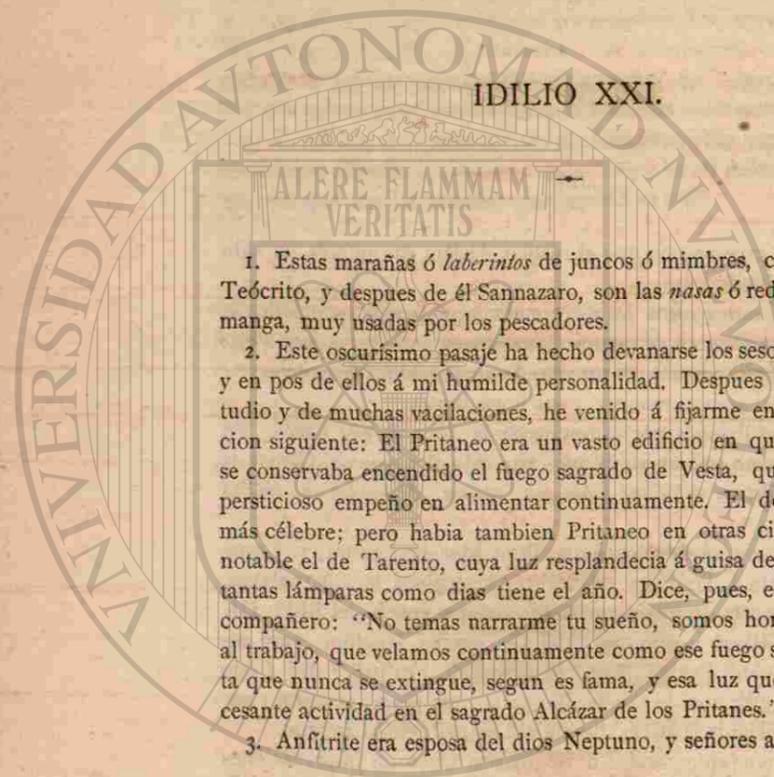
6. Cibéles ó Rhea, hija del rey Meon y la reina Dindime, amó entre otros á un pastor llamado Atis. Al descubrirlo su padre dió á éste la muerte, y la aflicción de Cibéles fué tanta, que perdió la razón y anduvo errante por toda la tierra, llorando á su malogrado amante.

7. Era muy comun entre los antiguos esta clase de imprecaciones contra sus dioses cuando estos no les cumplieran sus antojos. Supuesta la creencia del desdeñado campesino en la divinidad de Vénus, esta es una verdadera é inexcusable blasfemia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDILIO XXI.

1. Estas marañas ó *laberintos* de juncos ó mimbres, como los llama Teócrito, y despues de él Sannazaro, son las *nasas* ó redes en forma de manga, muy usadas por los pescadores.

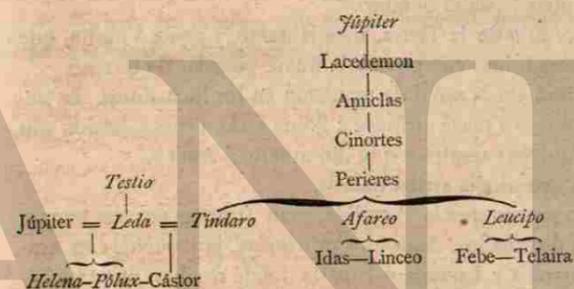
2. Este oscurísimo pasaje ha hecho devanarse los sesos á los críticos, y en pos de ellos á mi humilde personalidad. Despues de no poco estudio y de muchas vacilaciones, he venido á fijarme en la interpretación siguiente: El Pritaneo era un vasto edificio en que dia y noche se conservaba encendido el fuego sagrado de Vesta, que se tenia supersticioso empeño en alimentar continuamente. El de Aténas era el más célebre; pero habia tambien Pritaneo en otras ciudades, siendo notable el de Tarento, cuya luz resplandecia á guisa de faro, teniendo tantas lámparas como dias tiene el año. Dice, pues, el pescador á su compañero: "No temas narrarme tu sueño, somos hombres avezados al trabajo, que velamos continuamente como ese fuego sagrado de Vesta que nunca se extingue, segun es fama, y esa luz que vemos en incesante actividad en el sagrado Alcázar de los Pritanes."

3. Anfítrite era esposa del dios Neptuno, y señores ambos del Mar.



IDILIO XXII.

1. Uno de los títulos de Júpiter es Egíoco, ó sea portador del divino escudo llamado Égida, que le fabricó Vulcano. Para mejor inteligencia de todo este himno, fijémonos bien en la genealogía de los personajes que en él figuran.



Además de verse claramente el parentesco de nuestros héroes entre sí, se ve porqué Idas, Lincoo y Cástor son llamados hijos de Júpiter, á pesar de no haber sido engendrados directamente por el Padre de los Dioses. Pólux y Helena, aunque hijos inmediatos de Júpiter, llevaban el título de Tindárides, por ser Tindaro, su padre putativo, esposo legítimo como era de Leda.

2. Siendo el Carro sinónimo de la Osa Mayor, pido perdon del pleonismo que una distracción, no tan venial esta vez, me hizo estampar. Puede el lector corregir de este modo:

Se mira la Osa y el luciente Carro.

3. Méenos conocida que las anteriores constelaciones es la estrella ó, mejor dicho, la nebulosa que observaron los astrónomos junto á Cáncer, y á que dieron el nombre de *φάρμη*, ó pesebre, situada entre dos estrellas denominadas los Asnillos. Dice Teofrasto á este propósito: *El*



NOTAS Á TEÓCRITO.

Pesebre del Asno, cuando aparece limpido y resplandeciente, anuncia serenidad.

4. Véase lo que dijimos á propósito de las Simplégadas ó Islas Cianeas en las notas al Idilio XIII.

5. Los Bébrices eran pueblos del Asia, que habitaban la region llamada Migdonia y despues Bitinia.

6. De los cincuenta argonautas, muchos eran engendrados inmediatamente por dioses, y los demás descendian, por medio de más ó ménos abuelos, de alguna divinidad.

7. Esta respuesta de Amico no tiene en castellano la misma fuerza que en el original. En Griego el saludo es literalmente: *Alégrate, salve, χαίρει*. "¿Cómo me he de alegrar?" replica rudamente el Bárbaro.

8. Muchos ponen este dístico en boca de Amico y sin interrogacion.

9. Era el cesto una arma á la vez ofensiva y defensiva de que se servian los atletas, inventada por nuestro héroe Amico. Se componia de gruesas correas y tiras de cuero, á veces con alma de plomo, con que se armaba la parte exterior de la mano, y se ligaba el brazo, unas veces hasta el codo, otras hasta el hombro.

10. De Ticio, hijo de la Tierra, dice Homero, y repite Virgilio, que su inmenso y pesadísimo cuerpo cubria nueve yugadas de terreno.

11. Esta actitud era la señal de rendición en los luchadores. La generosidad que nuestro poeta atribuye á Pólux está en contradicción con los mitólogos, quienes aseguran que dió muerte á Amico.

12. Véase la genealogía arriba trazada.

13. Elide, lo mismo que la Argolide, eran famosas por sus buenas pasturas y crías de caballos. Estas dos provincias, juntamente con Acaja, Mesenia, Arcadia y Laconia ó Esparta donde residian nuestros héroes, formaban el Peloponeso. El litoral Sisifio se refiere al istmo de Corinto.

IDILIO XXIII.

1. No siendo precisamente una doncella la causa de la pasion y trágico fin del protagonista, algunos cambios y ligeras supresiones ha exigido la decencia. Fuera de estos, el lector podrá ver que nos hemos adherido á la letra del original, al poner en castellano esta bellísima elegía, mas bien que idilio.

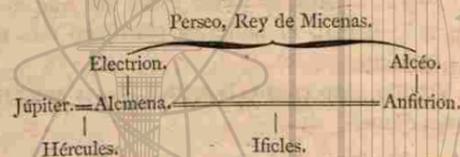
2. No solo en Virgilio, sino en muchos otros poetas antiguos se encuentran pasajes semejantes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
IDILIO XXIV.

1. Paréceme conveniente poner á la vista del lector la genealogía de nuestro héroe:



Anfitrión, casado con su prima Alcmena, tuvo que huir á Tébas, donde dejó á su esposa para ir á la guerra contra los Telebeos. Durante su ausencia, Júpiter engañó á Alcmena tomando la figura de su propio marido, siendo fruto de esta union Hércules, llamado también Alcides y Anfitrióniades por su abuelo y padre putativos.

2. Este escudo, conquistado en la guerra que acabamos de mencionar, servía de cuna á los niños en tiempo de paz. ¡Qué bella idea! ¡Qué descripción tan admirable! ¡Qué cuadro tan hermoso!

3. Véase la nota 9 al Idilio VII.

4. Juno, celosa por la infidelidad de Júpiter, fué siempre hostil al fruto de los amores de éste con Alcmena. Su primer acto de hostilidad fué retardar su nacimiento con el fin de sujetarlo al poder de Euristeo, cuya venida al mundo aceleró; pues el Padre de los dioses, sabiendo el día que Alcmena debía dar á luz al que él había engendrado, juró que el varón de su raza que iba á nacer dominaría á todos sus semejantes. La astucia de Juno frustró la voluntad de Júpiter, que no pudo violar su juramento.

5. Tirésias de Tébas, hijo de Evero y de la ninfa Cariclo, nació varón, estuvo por siete años transformado en mujer, y volvió á su sexo primitivo. Habiendo visto bañándose á la casta Minerva, en castigo fué privado de la vista; pero Júpiter en compensación le concedió el don de profecía.

6. Las doce empresas ó trabajos que impuso Euristeo á Hércules,

NOTAS Á TEÓCRITO.

en virtud del poder que sobre éste le dió el incauto juramento de Júpiter, fueron:

1ª Matar al leon de Nemea.

2ª Dar muerte á la Hidra de Lerna.

3ª Llevar vivo á Micenas el ciervo de cuernos de oro.

4ª Traer también vivo á Euristeo el jabalí del Erimanto.

5ª Limpiar en un día los inmensos establos del opulento Augías.

6ª Poner en fuga á las aves del lago Estinfalide.

7ª Coger vivo al toro de Creta, que respiraba fuego.

8ª Conducir á Micenas las yeguas de Diomedes de Tracia.

9ª Llevar á la hija de Euristeo el precioso cinto de Hipólita, reina de las amazonas.

10ª Sacar las vacas de Gerion, de la remota isla Eritea: en este viaje fué cuando erigió las famosas columnas llamadas de Hércules.

11ª Llevar á Grecia las manzanas de oro de las Hespérides.

12ª y última. Traer al famoso can Cerbero del Infierno.

Habiendo dado cima á éstas y otras muchas hazañas, y sufrido terribles infortunios, Hércules (conforme al vaticinio de Tirésias) erigió una pira en la cumbre del Monte Eta, en Traquina, y colocándose en ella hizo que la encendieran. Pero antes de que el fuego lo consumiera fué arrebatado en una nube al cielo, donde, reconciliado con Juno, le dió ésta en matrimonio á su hija Hebe.

7. Era Lino hermano de Orfeo, y recibió mal pago de su discípulo, pues lo mató á golpes con su lira, irritado porque lo había azotado el maestro.

8. Según otros, fué Teutaro el escita quien enseñó á Hércules el manejo del arco. Eurito era tan famoso, que Ulises protesta en la Odisea no querer entrar en competencia con él.

9. Fanotes es llamado por algunos este gran luchador.

10. No era este Cástor el hermano de Pólux, sino Cástor Hipálides.

11. Siguen en el original pocos versos más, que por no tener sentido completo, no he querido traducir. El resto del Idilio se perdió, y aunque algun gramático lo ha suplido, como puede verse en las ediciones de Escaligero, Boissonade y Pagnini, no son dignos sus versos de traducirse al lado de los de Teócrito.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
IDILIO XXV.

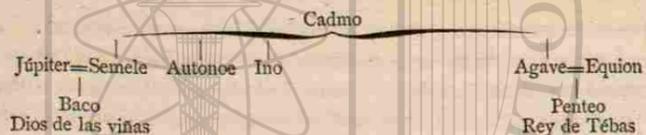
1. También el principio perdido de este Idilio se ha suplido con poco acierto por algún gramático, y puede verse en las ediciones arriba citadas. Ambos Idilios parecen cantos de algún poema en honor de Hércules, que por desgracia no ha llegado íntegro á la posteridad.
2. Colocaban los Griegos en las encrucijadas estatuas de Mercurio con tres cabezas, que indicaban adónde conducía cada camino. Este dios era considerado protector especial de los caminantes.
3. Llamábase el Alfeo sagrado, no solo por ser progeñe divina como todos los rios, sino porque á su márgen se celebraban los juegos Olímpicos.
4. Apolo era llamado *Nomio* ó dios de los pastores, no solo porque estos lo veneraban muy particularmente, sino porque él fué tambien pastor de las yeguas de Admeto. Obsérvese que en las posesiones de Augías ocupaba un lugar prominente el santuario de la divinidad tutelar, y que una parte de los ganados se destinaba especialmente á su culto.
5. Por la descripción que hace el buen viejo de las inmensas propiedades de Augías, vemos que no en vano su opulencia se habia hecho proverbial.
6. Compárese el dicho de Virgilio: *El vera incessu patuit Dea*. Los hijos de los dioses tenían tal majestad, que un buen conocedor presto los distinguía de los simples mortales especialmente en el augusto modo de andar.
7. Bellísimo y perfectamente copiado del natural es este episodio de los perros. Del acontecimiento más sencillo, y al parecer prosaico, puede sacar partido un poeta. Compárese un pasaje semejante del libro XIV de la Odisea.

NOTAS Á TEÓCRITO.

8. Nuevo ejemplo de nombres propios impuestos á los animales, no solo por villanos, sino por legisladores y príncipes como era Augías.
9. Dióle su nombre Hélice, hijo de Licaon. Egialo ó Sicione, era ciudad de Acaya.
10. El Peloponeso, ántes de que Pélope le diera su nombre, tenía el de Apis, hijo de Foroneo, de donde sus habitantes se llamaban Foroneses.
11. Véanse las notas al Idilio anterior.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
IDILIO XXVI.

1. Vuelvo á poner ante todo la genealogía de los héroes y dioses de este Idilio, para mayor claridad.



2. Lo que llamo aquí *falange* es el griego *Θιάσος* ó *thiasus* en latin. El monte citado es el Citeron, cerca de Tébas, donde se celebraban las Fiestas en honor de Baco, y al cual iban formadas en hileras las mujeres que componian la procesion.

3. Semele, aunque mortal al principio, como sus hermanas, fué despues deificada. Segun la tradicion de los gentiles, Baco fué el primero que enseñó la Religion y estableció los ritos y ceremonias que á ella pertenecian. Ovidio, en los Fastos, lib, 3º, dice de Baco:

Ante tuos ortus, ara sine honore fuerunt.

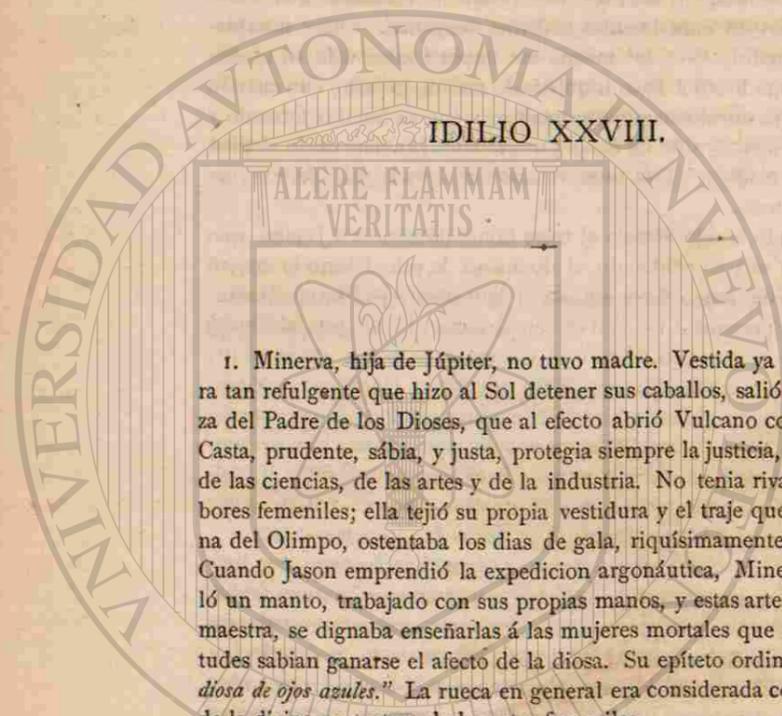
4. Las fiestas de Baco eran llamadas por excelencia *Orgias*, y los desórdenes, obscenidades y enormes vicios que con pretexto de los sacrificios Bacanales se cometian, no han tenido igual en la historia de la prostitucion. Los Romanos, nada escrupulosos por cierto, y que permitian los licenciosos sacrificios de Vénus y de Flora; los Romanos mismos, como narra Tito Livio, prohibieron las Orgías en toda Italia. Baco en persona las introdujo en Tébas á su vuelta de la India, y como vemos, sus tres tias las adoptaron con entusiasmo, y arrastraron en pos de sí á infinidad de mujeres. El rey Penteo quiso poner coto á tamaños desórdenes; pero engañado por su divino pariente, nada pudo lograr. Entónces decidióse á observarlo todo por sí mismo, y subió secretamente al Citeron, donde su propia madre y tias le dieron la terrible muerte que aquí se describe.

NOTAS Á TEÓCRITO.

5. Ambíguo sobremanera es este pasaje en el original, y ambíguo lo he dejado en la version. Escalígero lo explica así, leyendo tambien el texto de diverso modo: "Los que han obrado peor que Penteo, no llegarán al nono ó décimo año (desde el momento que ofendieron á Baco) sin experimentar la divina venganza." Otros interpretan de este modo: "Ni á mí mismo me importa saber más, ni ninguno otro se haga hostil á Baco inquiriendo más de lo justo, áun cuando Penteo hubiere sufrido mayores tormentos, y (no ya hombre formado y fuerte, sino) siendo niño de ocho á nueve años (hubiera caido víctima de su propia madre)." Esta interpretacion me agrada más; pero no me satisface del todo.

6. Habiendo tenido Semele el triste honor de agradar á Júpiter, que la visitaba en secreto ocultando su divinidad, la celosa Juno le inspiró dudas acerca del rango de su amante, y la instigó á pedirle con instancia que se le presentase tál cual era en el cielo. Cedió Jove al antojo de su amada, y ésta quedó, no solo deslumbrada por la majestad del Tonante, sino tambien consumida por sus rayos. Hallábase entónces en su sexto mes; y librando Júpiter de la muerte al fruto de sus amores, lo cosió á su muslo, y suplió los oficios de madre, hasta que se cumplieron las nueve lunas de costumbre. Nació entónces el niño, y Júpiter lo colocó en el monte Dracano, lo nombró Dioniso ó Baco, y por medio de Mercurio lo envió á su tia Ino para que lo amamantara.

7. Increible es en verdad el número de frenéticas *heroínas*, que imitando á las tres hienas, que no mujeres, cuyas crueles hazañas acabamos de ver, tomaban parte en las Bacanales, cuya sombra nos queda aún en las fiestas del Carnaval. Al leer en los autores la triste descripcion de las atrocidades é infandos actos de desenfrenada licencia, cometidos precisamente por el sexo que se llama débil y hermoso, apenas damos crédito á tan vergonzosas historias. ¡Sin embargo, eran esos misterios institucion divina, y como nos manda el poeta, no habia que censurar las obras de los Dioses!



1. Minerva, hija de Júpiter, no tuvo madre. Vestida ya de armadura tan refulgente que hizo al Sol detener sus caballos, salió de la cabeza del Padre de los Dioses, que al efecto abrió Vulcano con su segur. Casta, prudente, sabia, y justa, protegía siempre la justicia, y era diosa de las ciencias, de las artes y de la industria. No tenía rival en las labores femeniles; ella tejió su propia vestidura y el traje que Juno, reina del Olimpo, ostentaba los dias de gala, riquisimamente recamado. Cuando Jason emprendió la expedición argonáutica, Minerva le regaló un manto, trabajado con sus propias manos, y estas artes en que era maestra, se dignaba enseñarlas á las mujeres mortales que con sus virtudes sabían ganarse el afecto de la diosa. Su epíteto ordinario era "la diosa de ojos azules." La rueca en general era considerada como un don de la divina protectora de las artes femeniles.

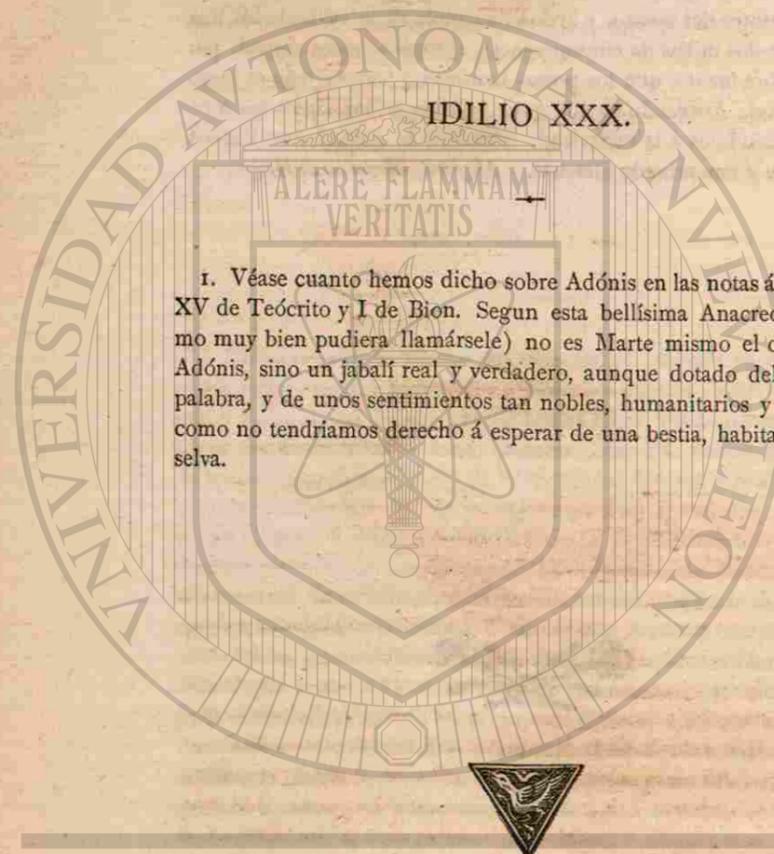
2. Mileto, ciudad del Asia Menor, fundada ó, por lo ménos, engrandecida por Neleo, hijo de Codro, rey de Aténas, era célebre, más bien que por el templo de Vénus aquí mencionado, por sus ricas lanas y el modo exquisito de trabajarlas.

3. Esta mujer insigne, no se contentaba con hacer sus propias vestiduras, sino que tejía las de su esposo y familia, y áun tal vez otras, como hacían algunas damas de aquel tiempo. Enamora verdaderamente la pintura de la fiel esposa del médico-poeta. Es solo comparable á la descripción de la mujer fuerte de los Proverbios. Se me ocurre que Teócrito, aunque copiando del natural, puede haber tomado el colorido del libro de Salomon que acababan de traducir en Alejandría los Setenta Intérpretes. Si es fiel la pintura de la virtuosa Teugénide, podremos sin profanación aplicarle las palabras del Sabio: *Procul et de ultimis finibus pretium ejus.* Tenía en verdad el Físico de Mileto un tesoro inestimable, más precioso que las mercancías de las remotas Indias y el oro traído de los últimos confines de la tierra.

NOTAS Á TEÓCRITO.

4. "El año siguiente á la fundación de Naxos, Arquias, natural de Corinto (la antigua Efira) y de la raza de los Heráclides, llevó una colonia á Sicilia. Al Sur de Naxos, pero todavía en la costa oriental, halló un territorio de gran fertilidad con un puerto en extremo cómodo y seguro. Dentro del puerto, y apénas separada de la orilla, había una isla como de dos millas de circunferencia, abundantemente regada por aquella célebre fuente, que los poetas han hecho famosa bajo el nombre de Aretusa. Arrojando de allí á sus primitivos habitantes los Sicelios, ó reduciéndolos á la esclavitud, fundaron la ciudad que llegó á ser la grande y renombrada Siracusa." *Mitford, Historia de Grecia.*





IDILIO XXX.

1. Véase cuanto hemos dicho sobre Adónis en las notas á los Idilios XV de Teócrito y I de Bion. Segun esta bellísima Anacreónica (como muy bien pudiera llamársele) no es Marte mismo el que mata á Adónis, sino un jabalí real y verdadero, aunque dotado del uso de la palabra, y de unos sentimientos tan nobles, humanitarios y amorosos, como no tendríamos derecho á esperar de una bestia, habitadora de la selva.

NOTAS A LOS IDILIOS DE BION.

IDILIO I.

1. Adónis, hijo de Cinira rey de Asiria, y de Mirra, fué un jóven de belleza exquisita y esposo de Vénus. Cazando un día por los bosques fué herido de muerte por un jabalí, y en su honor se instituyeron juegos fúnebres por toda el Asia, y luego se extendieron á Egipto y á Grecia. El Profeta Ezequiel (VIII, 14) dice: "Me introdujo (el Divino Espíritu) á la entrada de la casa del Señor, que miraba al Norte, y hé aquí que vi unas mujeres que estaban sentadas, llorando la muerte de Adónis." Luciano describe las fiestas en estos términos: "Las mujeres lloran, se maltratan y mesan los cabellos; llevan luto riguroso, y despues de celebrado el funeral, siguen los juegos fúnebres de Adónis." Teócrito, en el Idilio XV, habla tambien de estos juegos, y segun su descripción, se ponía una estatua de Adónis en un lecho de plata, rodeado de figuras mitológicas representando los amorcillos, etc., y trabajadas con mucha maestría, todo colocado sobre un carro que era paseado en procesion por toda la ciudad, haciendo el papel de Vénus una jóven escogida entre las más hermosas. Para estos juegos compuso Bion su Idilio I, y para su inteligencia es menester recordar que unas cosas se aplican á la Vénus verdadera, y otras á la jóven que la representaba.

2. El texto griego trae un pensamiento que aún en el original me ha parecido de mal gusto y que en castellano lo he juzgado insoporta-

NOTAS Á BION.

ble. Describe al *blanco* Adónis atravesado por el *blanco* colmillo del jabalí, λευκός, λευκῶν; he substituido el segundo epíteto con el de *homicida*.

3. Es hermosísima, y fundada en la verdad, esta descripción de los perros de caza llorando la muerte de su señor. En Virgilio también vemos á los leones gimiendo por Dáfnis, y al caballo de Palante bañado en lágrimas por la muerte de su dueño.

4. El vestir luto, darse golpes de pecho, andar descalzo y con la cabellera en desorden, eran señales de duelo entre los antiguos.

5. Es inimitable este cuadro de la naturaleza animada toda y llorando la muerte de Adónis.

6. Es sublime la ternura y desesperación de todo este trozo que pone Bion en boca de Vénus.

7. ¡Enérgica comparación! *Velut somnium surgentium*, hallamos en el salmo LXXII, y Osian compara á un sueño la brevedad de la vida.

8. Era el cinto de Vénus un tejido de seducciones, de engaños y de encantos. Homero lo describe así en el libro XIV de la Iliada:

“El cinto con pespunte adornado
En variada labor, donde incluidos
Los encantos de amor todos tenia
Se quitó. Allí el amor, allí el deseo,
Allí de los amantes los coloquios,
Y allí la fácil persuasión estaba
Que á los más cuerdos la prudencia roba.”

9. Si un frío filósofo profiriera estas palabras, tendrían razón los críticos que las han tachado de ineptas; pero en boca de una viuda, nada ménos que diosa del amor, y que está llorando sobre el cadáver de su esposo, son propias y bellísimas.

10. De alambicado se tacha también este pensamiento; pero tratándose de acontecimientos extraordinarios y misteriosos, nada impropia sino muy bella me parece esta medida de la sangre del esposo y las lágrimas de la diosa viuda.

11. Generalmente el origen de la anémona, y no de la rosa, se atribuye á la sangre de Adónis.

12. Compárese con la bella imitación del poeta Italiano:

“Passa la bella donna, e par che dorma.”

13. Proverbial es la riqueza y hermosura de la púrpura de Tiro en Fenicia, no ménos que la exquisita fragancia y superioridad de los perfumes de la Arabia. La dición *μύρον*, *ungüento*, *bálsamo*, era uno de tantos términos caprichosos de cariño que usaban los griegos. Así en Teócrito, hemos oído á Polifemo llamar *manzana* á su amada.

NOTAS Á BION.

14. El raparse los cabellos y aún las cejas era otra de las señales de duelo; no ménos que el romper los instrumentos y prendas más caras. Véase el epigrama de Safo en la muerte de Timade, y la Elegía de Ovidio á la muerte de Tibulo. El lavar los cadáveres y ungirlos con aromas, es también uso antiquísimo. Este cuadro de los Amores ejerciendo con Adónis los últimos piadosos oficios, y sirviéndose aún de sus alas para hacerle viento, es delicioso, suavísimo, incomparable.

15. Los matrimonios como el de Vénus con Adónis, dan motivo á Himeneo que los formó, para que destrozase su antorcha y la corona nupcial que en mala hora tejió.

16. Siendo las Gracias dadoras de la belleza, y amigas íntimas y servidoras de Vénus, natural era que lloraran la pérdida del bellissimo joven, amado por la Diosa.

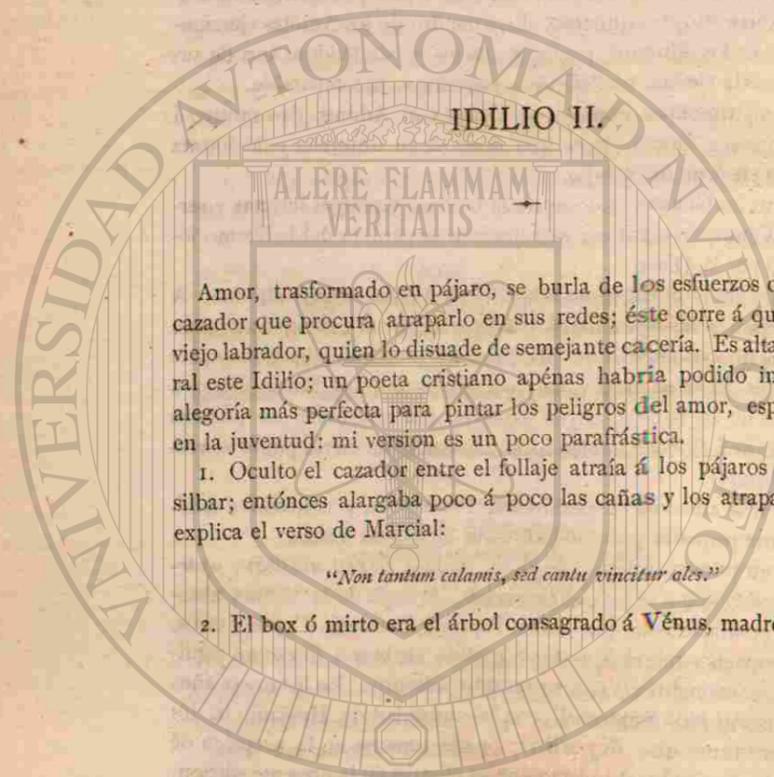
17. Dione era el nombre de la madre de Vénus, según algunos. A veces se le da á la misma Citéres, y tal parece ser el caso en este verso.

18. El texto ordinario trae *Μοῖραι*; he preferido con Boissonade leer *Μοῖσαι*. Más natural y más poético es que las Musas lloraran á Adónis que no las Parcas, cuyos cantares, por otra parte, no podrían ser sino cantos mágicos, habiendo que forzar hasta cierto punto el verbo *ἐπαίδουσιν*.

19. Al fin se ablandó la enamorada Proserpina, y concedió á Adónis pasar una pequeña parte del año con su esposa Vénus.

20. En mi primera edición de Bion, traduje *ἴσχεο κωμῶν*: *abstinate este día del ruido y delicias del banquete*. A pesar de la versión absolutamente contradictoria que daban Pagnini, Zamagna, Conde y otros, no podía convencerme de que fuese posible atribuir á *ἴσχεο* un significado en oposición directa con su sentido ordinario. En los nueve años que han transcurrido, Schwebel, con la autoridad de Hesiquio ha logrado persuadirme que *ἴσχεσθαι*, puede tomarse en la acepción de *κατέχειν*, y haciendo el cambio que se observa en la presente edición, me he conformado á la generalidad de los traductores. Confieso, sin embargo, que más me agradaría leer, como conjetura Bart: *ἴσχεο κωμῶν*, *abstine planchibus*.





IDILIO II.

Amor, transformado en pájaro, se burla de los esfuerzos de un joven cazador que procura atraparlo en sus redes; éste corre á quejarse á un viejo labrador, quien lo disuade de semejante cacería. Es altamente moral este Idilio; un poeta cristiano apenas habría podido inventar una alegoría más perfecta para pintar los peligros del amor, especialmente en la juventud: mi versión es un poco parafrástica.

1. Oculto el cazador entre el follaje atraía á los pájaros á fuerza de silbar; entónces alargaba poco á poco las cañas y los atrapaba. Así se explica el verso de Marcial:

"Non tantum calamis, sed cantu vincitur ales."

2. El box ó mirto era el árbol consagrado á Vénus, madre de Amor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

IDILIO III.

1. El clavar los ojos en el suelo era entre los antiguos señal de modestia y virginal pudor. Así describe Museo la actitud de Hero á las primeras proposiciones de Leandro:

*"Clava los bellos ojos en el suelo
La virgen, sin hablar: púdica oculta
La encendida mejilla con el velo."*

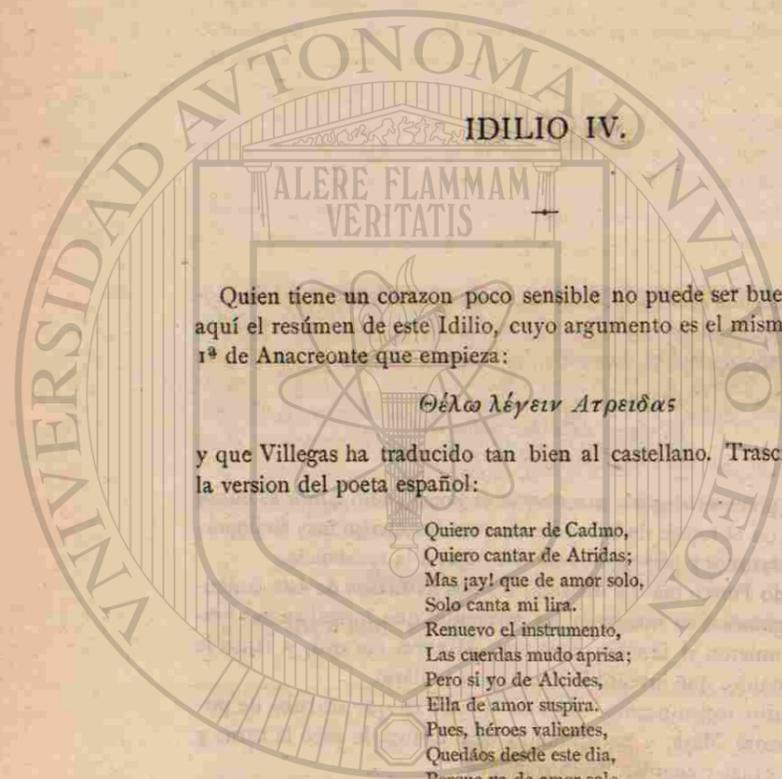
Con esta preciosa alegoría nos enseña el Poeta cómo Amor se cubre á menudo con el ropaje de la modestia, para insinuarse más fácilmente en los corazones y pervertirlos sin dar lugar á la resistencia.

2. Cuando Perseo mató á Medusa, las dos hermanas de ésta lamentaron amargamente su muerte; y las serpientes que formaban sus brazaletes, se unieron al fúnebre concierto. Minerva las oyó, y tanto le agradó el sonido, que inventó la flauta para imitarlo.

3. Mercurio recién-nacido, saltó de la cuna en que acababa de ponerlo su madre Maya, y encontrando una tortuga le sacó la carne y poniéndole cañas y cuerdas, inventó el laúd.

4. Apolo no fué precisamente el inventor de la lira, sino únicamente perfeccionó el instrumento de su medio hermano Mercurio.

5. Enamorado Pan de la ninfa Siringa, corrió tras ella una vez que tornaba de la caza. La perseguida Náyade llegó al río Ladon, y no pudiendo cruzarlo, imploró el auxilio de las ninfas sus hermanas, quienes milagrosamente la salvaron de su poco simpático admirador. Al llegar éste á la ribera, cuando creyó asir el objeto de sus amores, encontró que solo tenía en la mano un puñado de cañas. Miétras lloraba el dios su triste desengaño, agitando el viento suavemente las cañas, produjeron éstas un sonido armonioso, que inspiró á Pan una idea repentina. Cortó siete cañas y formó con ellas la zampoña pastoril, tal como aparece en la portada de este libro.



IDILIO IV.

Quien tiene un corazón poco sensible no puede ser buen poeta; hé aquí el resumen de este Idilio, cuyo argumento es el mismo de la oda 1ª de Anacreonte que empieza:

Θέλω λέγειν Ατρείδας

y que Villegas ha traducido tan bien al castellano. Transcribo íntegra la versión del poeta español:

Quiero cantar de Cadmo,
Quiero cantar de Atridas;
Mas ¡ay! que de amor solo,
Solo canta mi lira.
Renuevo el instrumento,
Las cuerdas mudo aprisa;
Pero si yo de Alcides,
Ella de amor suspira.
Pues, héroes valientes,
Quedáos desde este día,
Porque ya de amor solo,
Solo canta mi lira.



IDILIO V.

1. He preferido con Longepierre leer aquí otra vez *Μοῖσα* en vez de *Μοῖρα*, que es la lección ordinaria defendida por muchos.

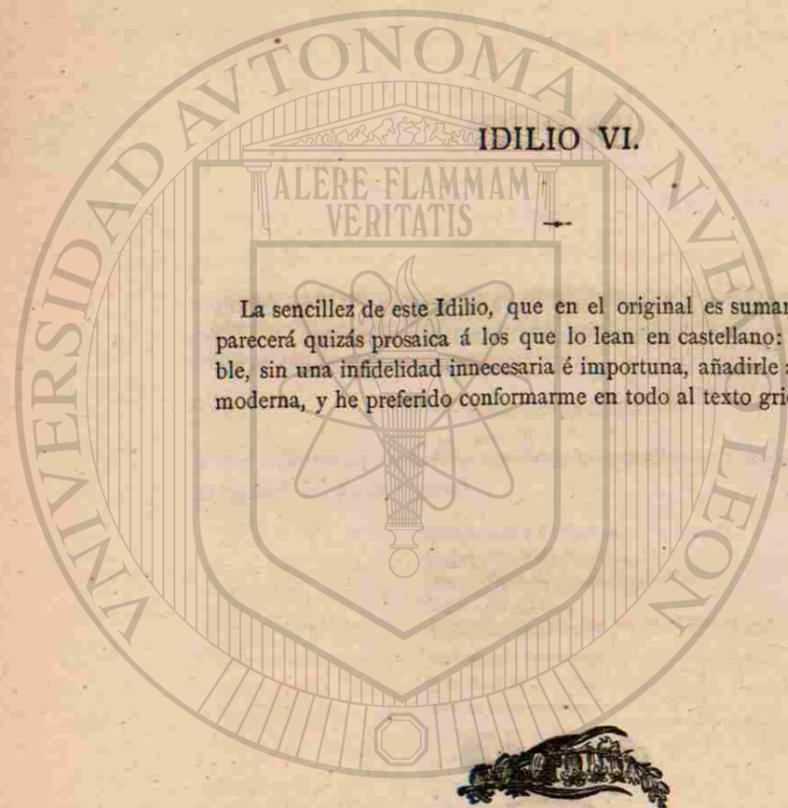
2. Se ve que algo falta, y que lo que nos conservó Estobeo es un fragmento y no un idilio entero.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDILIO VI.

La sencillez de este Idilio, que en el original es sumamente grata, parecerá quizás prosaica á los que lo lean en castellano: no era posible, sin una infidelidad innecesaria é importuna, añadirle adornos á la moderna, y he preferido conformarme en todo al texto griego.

IDILIO VII.

De Véspero dice Ciceron en el libro II de *Natura Deorum*: *La estrella de Vénus, se llama en griego Phosphoros, y en latin Lucifer, cuando precede al Sol: cuando lo sigue la denominamos Hesperos.* Homero, en la Iliada, libro XXII:

*Véspero más hermoso
Que ninguna otra estrella es en el cielo.*

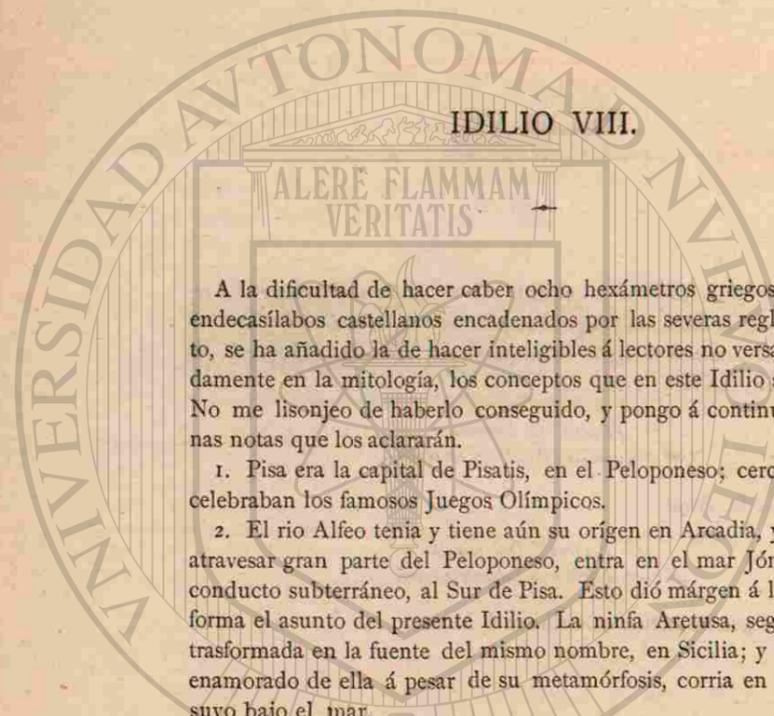
Cátulo, *Carm. Nupt*:

*¡Oh Véspero! ¿Qué estrella
Hay en el cielo más fulgente y bella?*

Este Idilio generalmente se atribuye á Mosco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A la dificultad de hacer caber ocho hexámetros griegos en catorce endecasílabos castellanos encadenados por las severas reglas del soneto, se ha añadido la de hacer inteligibles á lectores no versados profundamente en la mitología, los conceptos que en este Idilio se expresan. No me lisonjeo de haberlo conseguido, y pongo á continuacion algunas notas que los aclararán.

1. Pisa era la capital de Pisatis, en el Peloponeso; cerca de ella se celebraban los famosos Juegos Olímpicos.

2. El rio Alfeo tenía y tiene aún su origen en Arcadia, y despues de atravesar gran parte del Peloponeso, entra en el mar Jónico, por un conducto subterráneo, al Sur de Pisa. Esto dió margen á la fábula que forma el asunto del presente Idilio. La ninfa Aretusa, segun ésta, fué trasformada en la fuente del mismo nombre, en Sicilia; y el rio Alfeo, enamorado de ella á pesar de su metamórfosis, corria en seguimiento suyo bajo el mar.

3. Conforme á esta creencia, arrojaban los griegos en el Alfeo flores, olivas, etc., persuadidos de que irian á salir á la fuente Aretusa, llevados por el supuesto conducto submarino.

Como el anterior, este Idilio generalmente se atribuye á Mosco.



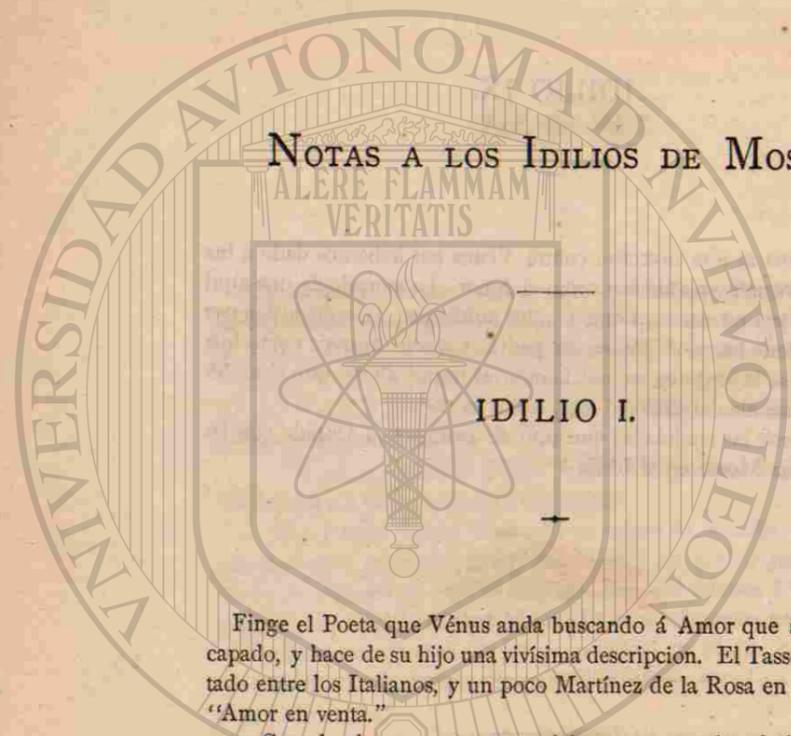
IDILIO IX.

1. Hermosa es esta invectiva contra Vénus por habernos dado á luz un hijo tan cruel y pernicioso como el Amor. La genealogía que aquí nos da el poeta no está conforme con los mitólogos. Los que le dan por madre á Dione hacen á Júpiter su padre. Cuando aparece como hija de la Mar, se le atribuye su nacimiento al impío ultraje que el ambicioso Saturno hizo al Cielo, ó sea Urano, su padre.

Compárense las cualidades que aquí se atribuyen á Cupido con las que le asigna Mosco en el Idilio I.



NOTAS A LOS IDILIOS DE MOSCO.



Finge el Poeta que Vénus anda buscando á Amor que se le ha escapado, y hace de su hijo una vivísima descripción. El Tasso la ha imitado entre los Italianos, y un poco Martínez de la Rosa en su poemita "Amor en venta."

1. Cuando alguna cosa se extraviaba, era costumbre de los antiguos enviar un pregonero, que daba las señas de lo perdido y prometía una recompensa al que indicara dónde se hallaba, ofreciendo un premio mayor al que lo llevara á su dueño. El original especifica lo que promete la Diosa de Citera.

2. Compárese el pasaje de Petronio en que se dan las señas de un joven de diez y ocho años, por cuyo hallazgo se ofrecían veinticinco escudos. Presenta algunas dificultades aquí la lección en el original. Yo he seguido á los críticos que leen *είκοσι* (veinte) y no *είκόσι* (indicios, imágenes), aunque permitiéndome multiplicar el número por cinco, para hacerlo más expresivo en castellano.

3. La mentira y la doblez fueron siempre uno de los principales caracteres de Amor entre los antiguos. Por eso (entre otras razones) tenían, como axioma incontestable, que los juramentos amorosos carecían de fuerza.

NOTAS Á MOSCO.

4. Alúdese á los conocidos amores de Pluton con Proserpina.

5. Véanse en los Idilios de Teócrito, los muchos y variados amores de Vénus, herida casi siempre por los dardos de su hijo.

6. Hace aquí alusión á los amores de Apolo con Dafne, cambiada en laurel, según la fábula. Compárese el final del Idilio con los consejos que en el libro I de la Eneida da Vénus á Amor con respecto á Dido.

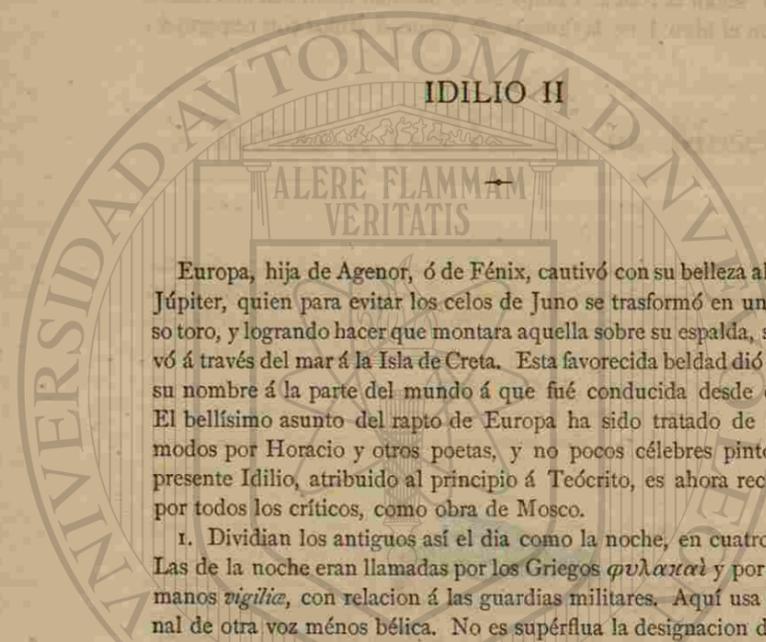


UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDILIO II

Europa, hija de Agenor, ó de Fénix, cautivó con su belleza al mismo Júpiter, quien para evitar los celos de Juno se trasformó en un precioso toro, y logrando hacer que montara aquella sobre su espalda, se la llevó á través del mar á la Isla de Creta. Esta favorecida beldad dió despues su nombre á la parte del mundo á que fué conducida desde el Asia. El bellissimo asunto del rapto de Europa ha sido tratado de diversos modos por Horacio y otros poetas, y no pocos célebres pintores. El presente Idilio, atribuido al principio á Teócrito, es ahora reconocido por todos los críticos, como obra de Mosco.

1. Dividian los antiguos así el dia como la noche, en cuatro partes. Las de la noche eran llamadas por los Griegos *φυλακai* y por los Romanos *vigilia*, con relacion á las guardias militares. Aquí usa el original de otra voz ménos bélica. No es supérflua la designacion de la hora en que tuvo Europa el sueño; pues entre los antiguos teníanse como verídicos los que venian por la mañana, á diferencia de aquellos que, llegando en la primera parte de la noche, se atribuían á causas meramente físicas.

2. La vivienda ó departamento de las mujeres, llamado *γυναικειον*, estaba colocado en la parte superior de la casa, para que, como dice Eustacio, fuesen *de acceso difícil*.

3. He aquí la genealogía más comun de Europa:



Aquí parece Mosco atribuir á Fénix la paternidad de Europa; pero, como dice Xilandro, la palabra *Φοινικος* puede ser voz gentilicia, equivalente á *Agenor, rey de Fenicia*. Yo corté el nudo en la traduccion, omitiendo el nombre del padre de Europa.

NOTAS Á MOSCO.

4. Vénus, que estaba ya tramando la aventura amorosa de Júpiter, prepara el terreno al Padre de los Dioses, enviando la vision que aquí se narra á la inocente vírgen.

5. A más de la aventura amorosa, parece el sueño augurar, aunque oscuramente, á Europa, la gloria que le aguardaba en la region opuesta á Asia, que debia en lo porvenir llevar el nombre de la Vírgen Fenicia.

6. Bien conocido es el estrecho de los Dardanelos, ántes Helesponto, que separa Europa de Asia. De la impresion profunda causada por los sueños hallamos frecuentes ejemplos en los antiguos escritores, y áun en los Libros Santos. Era costumbre, como hace aquí la niña, rogar á los dioses, y más que á todos al Sol, para que fuesen de buen agüero las visiones que acababan de aterrarnos.

7. Como hemos observado en el "Epitalamio de Helena," de Teócrito, era costumbre universal entre las doncellas de alto linaje, el andar siempre seguidas por numerosa falange, de lo que podemos llamar *damas de honor*. A los templos, á las diversiones, á los ejercicios gimnásticos, á todas partes, en suma, las acompañaban, y eran por lo comun de la misma edad que su señora.

8. Dos rios de este nombre mencionan los geógrafos; pero ni el uno ni el otro son el Anauro, en cuyas aguas se bañaba Europa, y debia estar en la Fenicia.

9. Véase lo que de Vulcano dijimos en la nota 16 al Idilio II de Teócrito.

10. Más arriba está la genealogía de Europa.

11. Observa un crítico que esta historia, por decirlo así genealógica, de la canastilla de Europa, sirve para probar su autenticidad; de la misma manera que hoy dia trazamos la historia de un cuadro de Murillo ó una estatua de Miguel Angel, enumerando los dueños por que ha pasado, y los lugares y ocasiones en que se ha exhibido.

12. Ío, hija de Ínaco, era sacerdotisa de Juno, y por su desgracia fué amada de Júpiter. Cuando éste vió que su divina esposa habia entrado en sospechas, trasformó á aquella en una vaca blanca y juró á la diosa que era inocente. Fingió ésta creerle, y le pidió la vaca en regalo. No pudo Júpiter negársela, y la celosa Juno puso á Argos á custodiarla, y éste la ató al tronco de una oliva. Libertada por Mercurio, no cesaron las iras de Juno, quien mandó un tábano ó moscarda á atormentar á la infeliz. Agitada por el terrible insecto atravesó el mar, que tomó de ella el nombre de Ionio ó Jonio; anduvo errante por las llanuras de Iliria, subió al monte Hemo, y atravesó el estrecho de Tracia, que por esto se denominó *Bósforo*.

13. Despues de otras muchas correrías por Europa y Asia, llegó Ío al célebre Nilo, cuyas siete bocas son universalmente conocidas, y en su ribera fué tocada por Júpiter y restituida á su sér primitivo.

NOTAS Á MOSCO.

14. Mercurio, mensajero de los dioses, y de astucia sin igual, trató primero de robar á Ío (por orden de Júpiter) burlando la vigilancia de Argos. Pero éste, con sus cien ojos, escapó de las asechanzas de aquel, quien tuvo que recurrir á la fuerza, y lo mató con una piedra, de donde le vino el glorioso título de *Ἀργειφόντης*, ó Matador de Argos. Los innumerables ojos de la víctima quedaron inmortalizados en las plumas del gallardo pavo real, que brotó de su sangre, segun nuestro Poeta. Ovidio afirma la preexistencia del ave, y dice únicamente que los ojos de Argos fueron puestos en la cola de su pájaro favorito. Una distraccion me hizo olvidar, al traducir esta porcion del Idilio en los desiertos de Coahuila por donde á la sazón pasaba, que fué una pedrada y no un mandoble lo que puso fin á la vida del importuno vigilante.

15. Las niñas casaderas llevaban ceñida una faja, como prueba Schwebel con varias citas. El motivo lo asigna Festo, en la voz *Cingulum*. *Nova nupta praecegebatur cingulo, quod vir in lecto solvebat, factum ex lana ovis, ut sicut illa in glomos sublata conjuncta inter se sit, sic vir suus secum cinctus, vinctusque esset. Hunc Herculeo nodo vinctum vir solvit omnis gratia; ut sic ipse felix sit in suscipiendis liberis, ut fuit Hercules, qui septuaginta liberos habuit.*

16. La planta que los Latinos denominaban *tibia Phrygia*, toma aquí su nombre de la Migdonia, parte de la Frigia Mayor.

17. Ya hemos visto en las notas á Teócrito que las Nereides eran ninfas marinas, hijas de Nereo y Dóris, y cincuenta en número.

18. Los Tritones, deidades marinas tambien, eran hijos de Neptuno y Anfítrite, y servian al Rey de los Mares, de lo que podemos llamar "trompetas de órdenes."

19. Júpiter, inmediatamente despues de su nacimiento, fué enviado por Rhea, su madre, á la isla de Creta, y confiado á los Coribantes, que ocultándolo pudieron librarlo de la voracidad de Saturno. Los hijos que por obra de Júpiter tuvo Europa, fueron Mínos, Sarpedon y Radamanto. El segundo, rey que fué de Licia, se distinguió sobremanera en la guerra de Troya: el primero y el último, en virtud de su insigne justicia, fueron nombrados, juntamente con Éaco, jueces del Infierno.

20. Véase la nota 20 al Idilio I de Teócrito. Éste es uno de los pasajes en que los Poetas parecen confundir las Horas con las Gracias.



IDILIO III.

1. He puesto *amapolas* en vez de *anémona*, siguiendo la costumbre de algunos traductores españoles, por ser flor mucho más conocida. Por la misma razón, he traducido *ανηθον* por *hinojo*, aunque no es precisamente el mismo.

2. Jacinto, hijo de Piero y de Clio, fué muerto violentamente por Zéfiro. De su sangre brotó la flor que lleva su nombre, y el *AI* que se observa en sus hojas es el grito de Apolo, afligido por su muerte. Tambien Ajax Telamon, despues de su suicidio, fué cambiado en la misma flor, quedando grabadas en sus pétalos las dos primeras letras del nombre del héroe.

3. Uno de los muchos nombres de Sicilia fué *Trinacria*, y sus habitantes se llamaron Trinacrios. Este retornelo en que se invita á las Musas de la isla habitada por Bion y sus alumnos á prorumpir en llanto por el gran bucólico, es graciosísimo en el original.

4. Filomena, perseguida de muerte por su padre, á causa de sus amores con Tereo, para escapar al furor de aquel, rogó á los dioses la convirtieran en pájaro, y fué trasformada en Ruisseñor.

5. Aretusa, ninfa amada de Alfeo, fué trasformada por Diana en una célebre fuente de Sicilia.

6. El dialecto Dórico fué usado de preferencia por los bucólicos griegos. Por eso se habla tanto en este Idilio de la *Musa Dórica*, del *cantar Dórico*, de las *fuentes Dóricas*; etc.

7. El Estrimon era un río de Tracia en que abundaban los cisnes.

8. El Eagró era tambien río de Tracia, y los Traces se llamaban tambien Bistonios. En esas regiones fué donde Orfeo, despues de la pérdida de su esposa Eurídice, recibió muerte cruel á manos de las Bacantes.

9. Este hermoso pasaje ha sido imitado por Virgilio en la Égloga V.

10. Los Faunos ó Sátiros, los Priapos y los Panes, eran divinidades campestres protectoras de los pastores; las Náyades eran ninfas que reinaban sobre las fuentes, rios y manantiales de agua dulce.

NOTAS Á MOSCO.

11. Alude probablemente al delfín que sacó á la playa el cadáver del poeta Hesíodo, cruelmente asesinado y arrojado al mar.

12. Alciona ó Alcinoá, esposa de Céis, se afligió tanto con la muerte de éste, acaecida en un naufragio, que se arrojó al mar; los dioses por compasión la trasformaron en el pájaro conocido con el nombre de *Alción ó Martín Pescador*. Céilo fué también trasformado en un pájaro marino, que muchos confunden con el alción.

13. Memnon, rey de Abidos, fué muerto por Aquiles delante de Troya. Sus cenizas fueron cambiadas en pájaros, llamados *Memnonides*.

14. Es graciosísima esta invitación á las palomas, animal consagrado á Vénus, á quien Bion había dedicado varias de sus composiciones.

15. Esta hipérbole fué imitada por Virgilio en la *Égloga IV*.

16. Los amores de Polifemo y Galatea eran tema favorito de los poetas bucólicos. Aquí parece que se hace alusión á algun Idilio de Bion que se ha perdido.

17. El Méles, hoy *rio de Esmirna*, fué padre de Homero, por lo cual éste se llamó también *Melesigenes*.

18. Ceo ó Ceos, una de las Cícladas, fué patria de Simonides.

19. Se cree que los once versos siguientes fueron añadidos por Marco Musuro de Candia, para llenar la laguna que nos dejó la pérdida de los versos originales.

20. Ausonia era uno de los nombres de Italia.

21. Este pasaje fué imitado por Horacio, l. 4, oda 7.

22. Algunos han tachado de pueril este concepto. A mí me parece uno de esos lamentos muy naturales cuando nos hallamos afligidos por la pérdida de una persona ilustre y querida.

23. Orfeo, hijo de Apolo y de la Musa Caliope, pulsaba la cítara con tal perfección, que por oírle, los árboles dejaban sus puestos, los ríos detenían su curso y las fieras se reunían en torno suyo. Sintió tanto la muerte de su esposa Eurídice, que bajó al Averno á buscarla, y ablandó á los Jueces infernales con la dulzura de su voz, hasta el grado que le concedieron su extraordinaria petición. Sobre el descenso de Ulises á los Infernos véase la *Odisea*.

24. Proserpina, llamada también Hécate, era una ninfa siciliana que fué robada por Pluton y constituida reina del infierno. Los Griegos continuaron llamándola: *Κόρη* (en Dórico *Κόρρα*) la *Doncella* por antonomasia.

25. He preferido el nombre moderno de *Mongibelo* al de *Etna*, por parecerme más sonoro en castellano.

IDILIO IV.

Las desgracias inefables de Hércules, perseguido por la Tierra y por el Cielo, dan ocasión á Mégara su esposa, y á Alcmena su madre, de lamentarse mutuamente.

1. Da Mégara á su suegra el dulce nombre de *madre* en señal de reverencia y amor. Ésta, en su respuesta, le demuestra con sus cariñosas palabras, que es digna de tan tierno dictado.

2. Hércules, en un acceso de furibundo delirio, excitado por Juno, mató á los tres hijos habidos en Mégara, Terímaco, Creonciades y Democoonte, y aún á su misma esposa, aunque aquí el Poeta la hace sobrevivir. De las Parcas se ha hablado en la nota 17 al Idilio I de Teócrito. Las Furias eran tres: Alecto, Megera y Tisífone.

3. Era tanto el poder atribuido por los gentiles á Apolo y á Diana, sobre la vida de los hombres, que si moría un varon se imputaba á Apolo, y si una hembra á Diana, la causa de su muerte. El hermoso símil contenido en las octavas IV y V ha sido empleado por Virgilio y otros muchos poetas anteriores y posteriores al nuestro; pero como observa Pagnini, ninguno mejor que Mosco lo ha animado y caracterizado en todas sus circunstancias.

4. Era costumbre antiquísima, no solo de los Griegos, sino de muchas otras naciones, el quemar en una pira los cuerpos de los difuntos. Fundábase este uso, segun el Arzobispo Eustacio, *ad Iliad. lib. I*, en la opinion generalizada entre los antiguos, de que el alma, purificada de este modo, se elevaba al cielo por medio de las llamas, como en un *vehículo, ἐν ὀχήματι*. Gran caso se hacia de las exequias, como es bien sabido, y el ser privado de ellas era una de las desgracias más temidas.

5. El territorio de Tébas en Beocia, de que también era parte Aonia, era famoso por sus pastos, que criaban magníficos potros.

6. Era Tirinto una ciudad fortificada del Peloponeso, donde Hércules y su familia tuvieron por largo tiempo su residencia.

NOTAS Á MOSCO.

7. También Teócrito afirma en este sentido que Hércules tenía una alma ó corazón de bronce.

8. En la Sagrada Escritura hallamos frases semejantes. *Effusus sicut aqua*, dijo Jacob á Ruben; y David, en el salmo XXI, describiendo los efectos de un dolor supremo, dice: *Sicut aqua effusus sum*.

9. Abundaban en el Istmo de Corinto los bosques de pinos, de cuyas ramas se tejían las coronas para los vencedores en los Juegos Ístmicos.

10. El dolor hace aparecer injusta á la afligida Mégara, diciendo á una suegra tan amorosa que solo su hermana puede consolarla.

11. Recuérdese que aunque Hércules é Icícles eran ambos hijos de Alcmena, el uno reconocía por padre á Júpiter y el otro á Anfitrión.

12. Compárese la frase de la Escritura: *Sufficit dei malitia sua*.

13. El jurar por Ceres y su hija Proserpina era un adorno usual en la conversacion femenil. Las estatuas de Ceres la representan gravemente vestida y con el espeso velo de una casta matrona.

14. Niobe, orgullosa de sus catorce hijos, osó preferirse á Latona, que tenía dos tan solo. Apolo y Diana vengaron el ultraje hecho á su madre, matando con sus terribles dardos á la prole de la orgullosa mujer. Niobe lloró tanto, que Júpiter, movido á compasión, la trasformó en mármol.

15. Véase la nota 4ª al Idilio XXIV de Teócrito.

16. Casi es innecesario hacer notar que el nombre del dios del fuego se toma aquí por el elemento mismo.

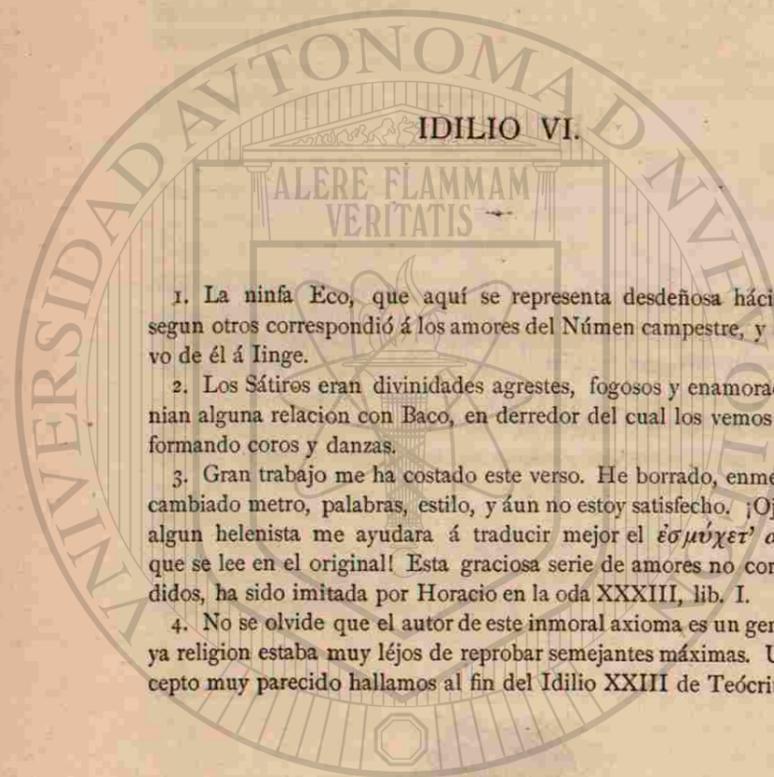
IDILIO V.

Estobeo nos ha conservado este Idilio, que parece incompleto. Representase un pescador que, comparando la inseguridad del mar con la vida campestre, parece preferir la última al peligroso oficio de la pesca.

1. Véase la nota 1ª al Idilio I de Teócrito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDILIO VI.

1. La ninfa Eco, que aquí se representa desdeñosa hácia Pan, según otros correspondió á los amores del Númen campestre, y áun tuvo de él á Inge.
2. Los Sátiros eran divinidades agrestes, fogosos y enamorados; tenían alguna relación con Baco, en derredor del cual los vemos á veces formando coros y danzas.
3. Gran trabajo me ha costado este verso. He borrado, enmendado, cambiado metro, palabras, estilo, y áun no estoy satisfecho. ¡Ojalá que algun helenista me ayudara á traducir mejor el *ἔσμυχετ' ἀμοιβῆ* que se lee en el original! Esta graciosa serie de amores no correspondidos, ha sido imitada por Horacio en la oda XXXIII, lib. I.
4. No se olvide que el autor de este inmoral axioma es un gentil, cuya religion estaba muy léjos de reprobear semejantes máximas. Un concepto muy parecido hallamos al fin del Idilio XXIII de Teócrito.

IDILIO IX.

Graciosísimo es este poemita, traducido é imitado en casi todos los idiomas. Un erudito compatriota nuestro, en su disertacion sobre la poesia erótica de los Griegos, lo califica muy duramente y trata de tabernario su lenguaje. Es que no habia visto más que una pésima traduccion de tan lindo epigrama, y no recordaba la trasformacion de Júpiter en toro para poder celebrar sus bodas con Europa.

FIN DE LAS NOTAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

	Pág.
Carta-Prólogo, á D. José María Roa Bárcena.....	V

IDILOS DE TEOCRITO.

IDILO I.—Tírsis ó la Cancion.....	1
IDILO II.—La Hechicera.....	15
IDILO III.—Amarilis ó el Cabrero.....	29
IDILO IV.—Los Pastores.....	35
IDILO V.—Los Caminantes.....	43
IDILO VI.—Los Cantores Bucólicos.....	57
IDILO VII.—Las Fiestas Talisias ó el Viaje de Primavera.....	61
IDILO VIII.—Los Cantores Bucólicos.....	73
IDILO IX.—El Pastor ó los Vaqueros.....	83
IDILO X.—Los Segadores.....	89
IDILO XI.—El Cíclope.....	97
IDILO XII.....	103
IDILO XIII.—Hilas.....	Ibid
IDILO XIV.—Los Amores de Cinisca.....	111
IDILO XV.—Las Siracusanas ó las Fiestas de Adónis.....	119
IDILO XVI.—Las Gracias ó Geron.....	135
IDILO XVII.—Panegírico de Tolomeo.....	143
IDILO XVIII.—Epitalamio de Helena.....	155
IDILO XIX.—El Ladronzuelo de Panales.....	161
IDILO XX.—El Vaquerillo.....	163
IDILO XXI.—Los Pescadores.....	167
IDILO XXII.—Los Gemelos.....	173
IDILO XXIII.—El Enamorado, ó sea el Desdichado en Amores.....	191
IDILO XXIV.—Hércules Niño.....	197
IDILO XXV.—Hércules, Matador del Leon, ó la Hacienda de Augías.....	209
IDILO XXVI.—Las Bacantes.....	227
IDILO XXVII.....	231
IDILO XXVIII.—La Rueda.....	Ibid

INDICE.

	Pág.
IDILIO XXIX.....	235
IDILIO XXX—A la Muerte de Adónis.....	Ibid
Otra Traducción del mismo.....	239

IDILIOS DE BION DE ESMIRNA.

IDILIO I.—Canto Fúnebre de Adónis.....	245
IDILIO II.....	255
IDILIO III.....	259
IDILIO IV.....	261
IDILIO V.....	263
IDILIO VI—Cleódamo y Mirson.....	265
IDILIO VII.....	269
IDILIO VIII.....	271
IDILIO IX.....	273

IDILIOS DE MOSCO DE SIRACUSA.

IDILIO I.—Amor Fugitivo.....	277
IDILIO II—El Rapto de Europa.....	281
IDILIO III—Canto Fúnebre de Bion.....	293
IDILIO IV—Lamentos de Mégara, Esposa de Hércules.....	305
IDILIO V.....	313
IDILIO VI.....	315
IDILIOS VII y VIII.....	317
IDILIO IX ó más bien Epigrama.—Amor arando.....	Ibid

NOTAS.

NOTAS á los Idilios de Teócrito.....	321
NOTAS á los Idilios de Bion.....	383
NOTAS á los Idilios de Mosco.....	394

FIN DEL INDICE.

ERRATAS NOTABLES EN EL TEXTO.

PÁGINA.	VERSO.	DICE.	LÉASE.
19	3	hermosa. ⁹	hermosa. ⁹ ”
22	1	sécomo	sé como
33	20	esperéis profanos	esperéis, profanos,
39	12	Pirra	Pirro
48	6	pido	digo
53	10	pase	pace
63	9	“¿Dónde	“¿Dónde
67	4	extremo	extremo.
95	4	acuesta	acuesta,
101	2	vez	par
116	10	Magareses	Megaresés
137	11	tiene	tienen
141	2	contar	narrar
159	2	nosotros	nosotras
164	21	color	dolor
175	12	canto.	canto!
204	12	ceniza	ceniza.
Ib.	14	plegue;	plegue
207	19	su	aquel-
210	22	Penío	Peneo
223	18	enrizóse	erizóse
229	4	Sin poder nuestra réplica oír	<i>Sin poder nuestra réplica oír</i>

Las erratas que se hayan deslizado en el Prólogo ó las Notas, podrá fácilmente corregirlas el lector, sin necesidad de indicacion especial.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

